

FAOLLE	
DE FILAS	
Est:	A
Tar:	5
Núm:	53

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18

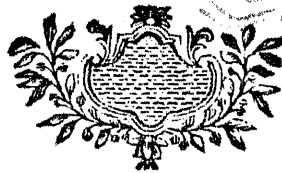
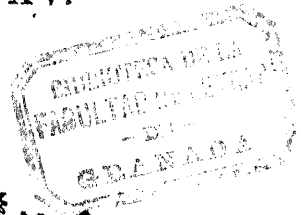


# CONQUISTA DE LA BÉTICA:

POEMA HEROICO

DE JUAN DE LA CUEVA.

TOMO XV.



MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.

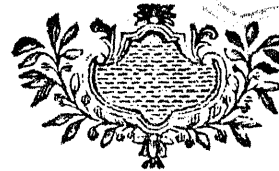
AÑO DE 1795.

# CONQUISTA DE LA BÉTICA:

POEMA HEROICO

DE JUAN DE LA CUEVA.

TOMO XV.



MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE 1795.



Muy bien á los Christianos poderosos  
 Del cerco en que nos tiene lanzaremos,  
 Y con infamia suya y gloria nuestra  
 Por fuerza hareis la suerte que sea vuestra.

Mirando estais con vuestros propios ojos  
 Vuestra tierra ocupada de enemigos:  
 Las pérdidas, las muertes, los enojos  
 Que sufrimos y dan á los amigos.  
 De Aznalfarah y Gelves los despojos  
 Que llevan, las cruizas y castigos  
 Que dan, y el daño general que hacen,  
 Con quel poder y fuerzas nos deshacen.

Todo esto veis, y mas que no me dexa  
 La mortal ánsia que deciros pueda,  
 Que segun veo las cosas y me aqueja,  
 Poco será la vida que me queda.  
 Y quando acabe llevaré una queja  
 Justa que del honor nos deshereda  
 Un Africano, y que una mugercilla,  
 Resistiese al caudillo de Sevilla,

O triste voz, ó afrenta miserable,  
 O duro oprobrio, ó misera caida  
 De un estado tan alto y tan loable  
 A una profundidad tan abatida.  
 ¿A quién el caso no será admirable?  
 ¿Quién no se atreverá tal cosa oida?  
 ¿Dónde no ofenderá, vista tal mengua,  
 Nuestra reputacion la vulgar lengua?

Pues deste modo van las cosas mas,  
 Y con quejarme no remedio el daño,

Quiero tentar las mas extrañas vias  
 Por salir si pudiere de este engaño.  
 Antes que vea cumplir las profecias  
 Que me amenazan en aqueste año,  
 Quanto al humano ingenio se concede  
 Haré que cosa por hacer no quede.

Y por principio vayan á buscarme  
 Luego con toda priesa y diligencia  
 La Mora que la lid vino á estorbarme,  
 Y mi verganza ha puesto en contingencia.  
 Desta quiero vengaros y vengarme,  
 Pues en Muley ni Hacén hubo potencia,  
 O hacerla ministro que ella sea  
 Por quién vengado en Botailhá me vea.

Fué el fuerte Moro Bnyarruz, nombrado  
 Que con su gente de á caballo fuese  
 Por la Mora, y al punto despachado,  
 Dixo el Rey que á otra cosa se acudiese.  
 Que á la flota que al rio tenia ocupado,  
 Ardiente fuego en ella se pusiese,  
 Y mandó para esto que buscasen  
 Hombres á quien la fabrica encargasen.

Agricalte tomó el cuidado desto  
 Por mandado del Rey, y luego acude  
 A ponerlo por obra, y dexa el puesto  
 Antes que el Rey de donde está se mude.  
 Quiere que pues está á su cargo puesto,  
 Que por su diligencia no se dude  
 El fin á que se aspira, de que entiende,  
 Quel remedio vendrá que se pretende.



Fuese Axartaf, y llevó á Muley consigo  
 Para tratar con él en su aposento,  
 En cosas que apartarlas de testigo  
 Era satisfacer su pensamiento.  
 Los demas requiriendo el bando amigo,  
 Salen al marcial alojamiento:  
 Habul Hacén, á quien amor aspira,  
 Dexa el muro y buscando va á Tarfira.

Quiere primero (si posible fuese)  
 Que la gente que va á encontrar con ella,  
 Y que su aviso el riesgo le advirtiese,  
 Que espera si viniesen á prendella.  
 Con esto va sin que á su afan pusiese  
 Tregua, ni acuda mas que á solo vella,  
 A pié, y cargado de armas sin que aguarde  
 Cosa, que todo le parece tarde.

Con seguro descuido del cuidado  
 Que Hacén lleva, la constante Mora  
 Fatigada del sol llegó á un cercado  
 Donde Zahen, un Moro viejo mora.  
 No está de yedra, ni árboles ornado,  
 Ni la fuente por él corria sonora.  
 La esteril grama y cardo lo ocupaba,  
 Y en medio un pozo mal formado estaba.

Una casa pajiza y mal cubierta,  
 Sobre toscos horcones sustentada,  
 De palma y cañas una fragil puerta,  
 Con un pedazo de hiscal atada.  
 Dio una voz, y fué del Moro abierta  
 Sin que tardase ni dixese nada,

Tarfira salta del caballo al suelo,  
 Con ligereza y sin ningun recelo.

Dióle la rienda al bárbaro en la mano,  
 Rogándole lo lleve á donde coma,  
 Y esto diciendo, el rostro soberano  
 Descubrió la guerrera de Mahoma.  
 Quedó de verla el Moro tan ufano,  
 Que ámbas rodillas en el suelo, toma  
 Las riendas, prometiéndole llevarlo  
 Donde en seguro coma su caballo.

Dentro en la pobre casa á desarmarse  
 Tarfira entró, y el Moro al punto lleva  
 El caballo do puede apacentarse,  
 Y agua corriente de una fuente beba.  
 Y sin parar en cosa ni ocuparse,  
 Deseando saber cosa tan nueva  
 Vuelve, y en la presencia della puesto,  
 Con tremulosa voz le dice aquesto.

¿Qual suerte para mí tan ventajosa,  
 O bella imagen del superno coro,  
 Siendo celeste y no terrestre cosa  
 A la casa te trae de un pobre Moro?  
 Si es á que mi pobreza trabajosa  
 Acabe ya, por mi quietud le adoro,  
 Que con ella estoy libre y mas seguro  
 Que con las armas ni el Hercúleo muro.

Mas si te aqueja y trae de aquesta suerte  
 Algun trabajo, así te acuda el cielo,  
 Y dé el remedio á la fatiga fuerte  
 En que estar vemos nuestro patrio suelo.

Que no te menosprecies de ponerte  
A contarme la causa de tu duelo,  
Que tu semblante claro manifiesta,  
Que el alma tienes en cu dudo puesta.

Y porque entiendas que es en favor tuyo  
El justo cielo, has de saber amiga,  
Que te ha traído á do el amparo suyo  
Le ampara desta marcial fatiga.

Que no sin causa su furor no huyo,  
Antes quieto á estar aquí me obliga,  
Que un hijo del Christiano Rey me tiene  
Aquí, y mi casa su favor sostiene.

Que siendo como Príncipe ecelente  
A un humilde servicio agradecido,  
Aqui me dió seguro de su gente,  
Y aqui en su amparo vivo enriquecido.  
Y pues la causa es justa que te cuente,  
Y tan buena ocasion se me ha ofrecido,  
En breve te diré la historia desto,  
Per quel seguro entiendas deste puesto.

Cansado de la vida trabajosa,  
De palacio y su engaño peligroso,  
De la precisa obligacion forzosa,  
Que mas obliga al que es mas poderoso.  
Huyendo de la astucia cautelosa  
Del que rígido de ánimo ambicioso,  
Con muestras de humildad abraza y liga  
El regio mando de inmortal fatiga.

La privanza por medios adquirida,  
Y esos no justos, y el forzar al justo,

El no acordarse de obra recibida  
En pudiendo, y el deudo dar disgusto.  
El dar al dulce adulador cabida,  
Y al tercero del vano y torpe gusto,  
De todas estas cosas fatigado,  
Y de otras muchas vine aquí forzado.

Y el Rey, de quien primero hubo licencia,  
A quien qual él decia fué agradable,  
Apróbó por discreta mi sentencia,  
Y por él muchas veces fué loable.  
Y dióme una segura preeminencia  
Que como ley divina es inviolable,  
Que en esta casa aquel que se acogiese,  
Seguro de qualquier peligro fuese.

Cincuenta años ha y mas que desta suerte  
Aquí qual ves en mi pobreza vivo,  
Que ni el mandar mi ánimo divierte,  
Ni el ser mandado, ni el trabajo esquivo.  
Desta gloriosa y ventajosa suerte  
Por mayor libertad me veo cautivo,  
Sin que me altere ni perturbe aquello  
Que no se goza por temer perdello.

Sucedió pues, que esta quietud gozando,  
Sobre Sevilla el Rey Fernando vino,  
Tiénela como ves amenazando  
Su fuerte espada al bando Sarracino.  
Con fuerza, gente y armas, ocupando  
La tierra toda, y sobre el rio divino  
Victoriosas fustas, que detienen  
Las que en socorro de Africa nos vienen.

Tiene el Real inexpugnable puesto,  
 En el tendido llano de Tablada,  
 A la insigne ciudad en contra opuesto,  
 De tan proiija guerra quebrantada.  
 De allí se esparce, sin que dexé puesto  
 La gente fiera, ni reserve nada  
 Que no sujete y ponga en la cadena  
 De cautiverio miserable y pena.

Un dia sucedió, que desta gente  
 Una esquadra á robar vino á esta parte,  
 Y por caudillo della un ecelente  
 Príncipe, igual al poderoso Marte.  
 Y habiendo recogido libremente  
 Quanto á ver puedes desde aquí alargarte,  
 De gente, de riquezas, de ganado,  
 Aquí vino con todo encaminado.

Entre el robo y cautivos que traian  
 Los Christianos guerreros recogido,  
 Venia Hayni, de quien segun decian,  
 Era en el Reyno de Pluton temido.  
 Baxos y pobres pañes lo encubrian,  
 Y así sin ser de nadie conocido  
 Iba con los demas, á quien la dura  
 Cadena ataba y fuerte ligadura.

Llegó del modo que te voy diciendo,  
 A ese llano que de aquí se muestra,  
 El Christiano su presa recogiendo,  
 Hecha de gente y de hacienda nuestra.  
 Y Hayni, su trabajo conociendo,  
 Y la suerte á los nuestros tan siniestra,

Queriendo reparar el grave daño,  
 Acudio á él con un remedio extraño.  
 Fingió venir cansado, y reparóse  
 Un poco, y luego se tendió en el suelo,  
 Y dél con boca y manos aferrose,  
 Dando gemidos que herian el cielo.  
 Bramar la tierra en el instante oyóse,  
 Cubriose el dia con obscuro velo,  
 Piedra y agua las nubes arrojaban,  
 Y los truenos y rayos se alcanzaban.

Los vientos con violencia combatiendo  
 Procuraban vencerse con fiereza,  
 De sus contrarias partes acudiendo,  
 Mostrando allí su horrible fortaleza.  
 Iba la fiera tempestad creciendo,  
 Quanto mas ofendia su aspereza,  
 Sin ser posible á la Christiana gente  
 Valerse de remedio conveniente.

Todos estaban juntos sin poderse  
 Del agua, truenos, rayos que caian  
 Apartarse, huir ni guarecerse,  
 Que en la tierra los pies se les hundian.  
 Ni á los unos los otros podian verse,  
 Voces confusas de temor se oian,  
 Con muerte amenazando á los Christianos,  
 Sin tocar nada desto á los paganos. (go,

Despues quel agua y tierra, el viento y fue-  
 Con furia todo su poder mostráron,  
 Teniendo en tan mortal desasosiego  
 A la Christiana gente á quien dañáron.

De luz el orbe fué adornado luego,  
Las ofuscadas nubes se apartáron,  
Salió el ardiente sol con encendidos  
Rayos, mas que en la Lybia enfurecidos.

Comenzó el agua que cayó á encenderse,  
Y qual aceyte al fuego así hervia,  
Que los Christianos sin poder valerse,  
Entre ellos mismos sin cesar ardia.  
Que ni adelante ir, ni atras volverse  
Podian, aunque mas su afan crecia,  
Y sin saber que hacerse en tanto daño,  
Quedos sufrían el martirio extraño.

Yo, que ya preso dellos habia sido,  
Y puesto en la presencia del Infante  
Don Henrique, que á lástima movido  
De mi edad, y desdicha tan bastante.  
De mi vida el discurso habiendo oido,  
Mandó á todos los que habia delante,  
Que en persona ni hacienda me ofendiesen,  
Y que libre en mi casa me pusiesen.

Desta merced tan alta y piadosa,  
Agradecido yo como era justo,  
El riesgo suyo viendo, y peligrosa  
Suerte, causada por el mago injusto.  
Sin reparar si era debida cosa  
Dar vida á quien nos da tanto disgusto,  
Me llegué al mago, que tendido estaba  
En el suelo y la tierra conjuraba.

Toméle el brazo y dixé: Hayni levanta,  
Y el fuego aparta que al Christiano ofende,

O en tí haré cortando tu garganta,  
Lo que tu horrible ánimo pretende.  
Respondiome (Zahen) poco te espanta,  
Aun no ha baxado el fuego que deciende  
Del cielo, con que pienso consumillos,  
Sin que tú ni hombre pueda redimilos.

Claro entendí esta respuesta oyendo,  
El ánimo dañoso que regia  
El de Hayni, que con hablar horrendo  
Fuego infernal del agua arder hacia.  
La fuerza de su encanto conociendo  
Que era de un libro oculto que traia,  
Con que le vide siempre hacer cosas  
Que en el infierno aun fueran monstruosas.

No diferí el remedio al grave daño  
En que sin duda todos acabaran,  
Entre el agua sulfúrea y fuego extraño,  
Sin que armas ni esfuerzo aprovecharan.  
Y así furioso un corvo alfange apaño,  
Sin que causas ni efectos me estorbaran,  
Y la muerte di al mágico Agareno,  
Y el libro horrible le saqué del seno.

Abrílo, y en el punto que fué abierto,  
Espantables figuras parecieron,  
Truenos, ahullidos, voces sin concierto  
Sobre nosotros resonar se oyéron.  
Lleno todo de horror, sin saber cierto  
Que hacer mas, á voces me dixéron,  
Arroja el libro si librallos quieres,  
Y sinó su remedio no lo esperes.

En el suelo que ardia lo eché luego,  
 Que apenas tocó en él, quando una llama  
 Se hizo el agua y se hizo el fuego,  
 Y por el ayre en vuelo se derrama,  
 Cesó al puntó el mortal desasosiego,  
 Y sobre el ayre una luciente Dama  
 Coronada de estrellas refulgentes,  
 Se mostró á todos los que había presentes.

Los Christianos quedáron admirados,  
 Y gozosos de ver cosa tan bella,  
 Y de rodillas todos inclinados,  
 Las manos puestas sin hablar ante ella.  
 Nosotros conmovidos y alterados,  
 La vista no moviamos de vella,  
 Y estando así gozando este consuelo,  
 Envuelta en oro se ascondió en el cielo.

Igualmente del caso suspendidos  
 Los unos y los otros nos quedamos,  
 Los Christianos los daños recibidos  
 Olvidan, y los nuestros olvidamos.  
 Que con estar cautivos y afligidos,  
 Alegres y contentos nos hallamos,  
 Y sin saber de que tan alentados,  
 Con ir temiendo y todos desmayados.

Despues de haber en general contento  
 Celebrado el ejército Christiano  
 El venturoso y alto acaecimiento,  
 Con un fin tan extraño y soberano.  
 En medio de su ilustre Ayuntamiento  
 El Principe tomó mi diestra mano,

Diciendo: ó amigo, á quien debidamente  
 Debe la vida esta Christiana gente,  
 Ruégote (pues tan alto beneficio  
 Recibimos de ti en tan gran estrecho,  
 Que siendo á los Christianos tan propicio,  
 A tus moros agravio tal has hecho)  
 Des lugar que yo use el propio oficio  
 Contigo, y te dé el justo satisfecho  
 Que á tu piedad se debe y tu nobleza,  
 Que obliga á mí y á la Real grandeza.

Pide aquello que mas tu gusto fuere,  
 Que desde aquí otorgo libremente,  
 Y el Rey mi padre lo que yo hiciere  
 Tendrá por bien en la ocasion presente.  
 Postráme y dixe, pues tu Alteza quiere  
 Acudir á su ánimo ecelente,  
 Solo pido, que desta mortal furia  
 Esta mi casa no padezca injuria.

Fuérme otorgada la merced pedida,  
 Mandándolo así á todos sus guerreros  
 Que fuese así igualmente obedecida  
 De los demas Christianos Caballeros.  
 Y por hacerla mas engrandecida,  
 Soltar hizo cincuenta prisioneros,  
 Diciéndome, que aquellos me dexaba,  
 Y la misma merced les otorgaba.

Mandóme dar de ropas y de oro,  
 De los despojos una grande parte,  
 Con que pudiera hacer igual tesoro  
 Al que tiene Axartaf ofrecido á Marte.

Y dexando del bando nuestro Moro  
 Los bienes y cautivos, de aquí parte,  
 Y yo los bienes que me dió con ellos,  
 Con que los reparé y pude valé los.

Quedá del modo que te voy contando,  
 Con los cautivos libres sin pensallo,  
 Y yo libre el suceso celebrando,  
 Del modo que es razon solemnizallo.  
 Y el día siguiente, apenas fué mostrando  
 La deseada luz, quando á caballo  
 Diez Christianos viniéron á traerme  
 Este papel por mas seguro hacerme.

Despues acá, mil veces ha venido  
 El Principe á esta casa á visitarme,  
 Y con tanta amistad favorecido,  
 Que puedo con descuido asegurarme.  
 De los suyos soy siempre requerido  
 Mandados dél que vengan á guardarme,  
 Y por esta razon digo. Señora,  
 Que estás segura á donde estas ahora.

Tarfira habia suspendida estado  
 Del Moro oyendo la agradable historia,  
 Con que aunque poco sosego el cuidado  
 Que le causaba la tenaz memoria.  
 Y á Zahen dice, am go yo he trocado  
 En bien mi mal, y mi tormento en gloria,  
 De donde vengo á conocer que el cielo  
 Me truxo aquí á reparar mi duelo.

La causa que me trae qual ves compuesta  
 De fuertes armas y caballo fiero,

Te contaré, mas la ocasion no es esta,  
 Que cansada me trae el pesado acero.  
 Dexame reposar, pues estoy puesta  
 En donde hallo la quietud que quiero,  
 Que luego te diré el proceso largo  
 De mi fortuna y mi suceso amargo.

Esto diciendo, la cabeza inclina  
 Sobre el brazo, y el cuerpo al suelo duro,  
 A reposar aplica la divina  
 Mora, y al sueño se entregó seguro.  
 Del Rey Moro, buscándola camina  
 La gente, que dexando el fuerte muro,  
 Con el cuidado que Axartaf quedaba,  
 Por el tendido llano la buscaba.

Habiendo en ala todo el ancho prado,  
 Sin perder punto en toda diligencia  
 Procurando á Tarfira, rodeado,  
 Llenos de furia y bárbara inclemencia,  
 Llegan do está su caballo atado,  
 Conócenlo, y no viendo la presencia  
 De la guerrera Mora, que buscaban  
 Cuidadosos y solícitos andaban.

Sin dexar parte á donde se entendiese  
 Poder la Mora dellos ser hallada,  
 No quedó que mil veces no se viesse,  
 Ni senda sin dexar de ser hollada.  
 Viendo que della no hay quien les dixese  
 Buyarruz dixo: no aprovecha nada  
 La diligencia nuestra si se asconde,  
 Y no podemos entender á donde.

No importa, que si ella está en el mundo  
 Respondió Carabé Moro valiente,  
 No se me asconderá, y si el profundo  
 La guarda, al Rey se la pondré presente.  
 Vamos, que la razon en que me fundo  
 Hará buena el cuidado diligente,  
 Y aquella casa de Zahen cerquemos,  
 Y á privilegios ni merced miremos.

Allí no hay duda quella esté escondida,  
 Pues vino por aquí, y sabemos cierto  
 Que no sabe la tierra, ni en su vida  
 Pudo llegar á ver este desierto.  
 Esta merced injusta sea rompida,  
 Y con ella el inútil dueño muerto,  
 Seguidme Caballeros, que yo quiero  
 Ser el primero en traspasar el fuero.

Pica el caballo, y todos lo siguiéron,  
 Y la casa del Rey privilegiada  
 Con la mayor presteza que pudiéron  
 En torno fué de lanzas ocupada.  
 De los caballos prestos descendieron  
 Carabé y Buyarruz, sin decir nada,  
 Y arrempujando la pajiza puerta,  
 Quedó del primer golpe en tierra abierta.

Lánzanse dentro, sale Zahen fiero  
 A voces resistiendo que no entrase,  
 Ni de su casa el libre y real fuero  
 En perjuicio suyo quebrantasen.  
 Mandan que calle, y Carabé el primero  
 Le amenazó, si al punto no cesasen.

Las libres amenazas y voz loca,  
 Y con su mano le tapó la boca.

Dió con él en el suelo, y la garganta  
 Le oprime el pie del bárbaro furioso,  
 Y estribando sobre él con fuerza tanta,  
 La boca tuerce el Moro congojoso.  
 Tarfira á este ruido se levanta,  
 Y á Zahen viendo en trance tan forzoso,  
 La espada empuña, abraza el fuerte escudo,  
 Y á ellos sale quan ligera pudo.

Buyarruz que iba entrando, dió con ella,  
 Y ella con él, hallándolo al encuentro,  
 Lo embiste fiera la guerrera bella,  
 Sin dexarle que entrar pudiese dentro.  
 El fuerte Moro teme de ofendella,  
 Movidá el alma en su escondido centro  
 De su belleza, y con cuidado extraño  
 Le va guardando sin hacerle daño.

Pidele que sojega la fiereza,  
 Y un solo punto á que le hable aguarde,  
 Ella no escucha, y llena de crueza,  
 En saña horrible y en corage arde.  
 Crece el furor en ella y la braveza,  
 De modo que le obliga á que se guarde  
 A Buyarruz, que solo procuraba  
 Los golpes reparar que le tiraba.

Destá suerte el guerrero y la guerrera  
 En desigual batalla contendian,  
 Zahen, ya casi está ahogado fuera  
 De las soberbias manos que le asian.

La gente que cercando el puesto espera,  
 Como las armas y el gemir oían,  
 Dexan sus puestos, y en la casa se entran,  
 Y al Carabé ahogando el viejo encuentran.

Pasan delante y hallan á Tarfira  
 Con el valiente Buyarruz lidiando,  
 Arremeten á ella, él los retira,  
 Fieros golpes en ellos descargando.  
 Carabé acude, y con rabiosa ira,  
 Un grueso tronco que halló apañando,  
 Por un lado llegó, y quan fiera pudo  
 Tiró á Tarfira, que amparó su escudo.

Hecho astillas sembró con él el suelo,  
 Y ella del recio golpe sin sentido  
 Cayó, volviendo el bello rostro al cielo  
 Que á su vista fué todo oscurecido.  
 Bomita sangre, gime, y hecha un yelo  
 Quedó, y el beilo resplandor perdido,  
 Sin órden arrastrados los cabellos  
 Por la tierra, y la sangre envuelta en ellos.

La bella mano Buyarruz le toma,  
 Ante ella de rodillas inclinado,  
 Que la piedad qualquier fiereza doma,  
 Y el noble pecho es della estimulado.  
 Este infiel, aunque seguia á Mahoma,  
 Como hidalgo y en ciudad criado,  
 Acudió como noble á su nobleza,  
 Sintiendo el hecho horrible con ternera.

Carabé culpa el noble sentimiento  
 De Bayarruz, con ánimo inhumano,

Diciendo, que era baxo pensamiento  
 No irse á él como debia á la mano.  
 Que considere el libre atrevimiento  
 Que con Muley uso, y veria llano  
 Ser justo lo que él hizo, y no lo fuera  
 Quando en tal lance así no lo hiciera.

No le da oído el Moro piadoso,  
 Que oír al fiero Carabé le ofende,  
 Por el hecho tan baxo y riguroso,  
 Que lo lastima y en furor lo enciende.  
 Mas temiendo al Rey serle sospechoso  
 Calla, y en su piadoso oficio entiende,  
 Procurando á Tarfira que volviese  
 Del desmayo, y la vida guareciese.

Tiene la mano en la sangrienta llaga,  
 La sangre restringiendo que salia,  
 Y con dulces palabras la alhaga,  
 Y blandamente el cuerpo le movia.  
 Triste y dudoso sin saber que haga,  
 Viendo que ni responde ni le oia,  
 Y que era fuerza irse y no dexalla,  
 Y de la suerte como está llevalla.

De fuerza justa y de piedad forzado  
 Está suspenso en congojosa duda,  
 De entrambas ádos cosas aquejado,  
 Para que á entrambas de una suerte acuda,  
 Y de los suyos viéndose llamado,  
 Y quel desmayo della no se muda,  
 Que la lleven así qual está acuerda,  
 Sin que mas tiempo en aguardar se pierda.



Una tabla tenia Zahen puesta  
 Por reparo al entrar de su aposento,  
 Que del calor lo defendia en la siesta,  
 Y el invierno del helado viento.  
 Para poder llevalla eligió esta,  
 Y dél traída, sin tardar momento  
 Pone á Tarfira en ella, y á este instante,  
 Buscándola llegó Hacén su amante.

Y siendo vista dél de aquesta suerte  
 Quedó suspenso de dolor y espanto,  
 Sin que á hablar ni á preguntar acierte,  
 Rendido á la graveza del quebranto.  
 La espada arroja y el escudo fuerte,  
 Y provocado á lastimoso llanto,  
 Pone las dos rodillas en el suelo  
 Junto á ella, y la voz levanta al cielo.

Dice (ay de mí) quan crudamente he sido  
 Castigado, y no sé de quien me queje,  
 No sé quien pudo ser, sé que ha podido  
 Hacer quel alma de la mia se aleje.  
 De un golpe á dos almas ha ofendido  
 La tuya en que su bella estancia dexa,  
 La mia en ver tu muerte dolorosa,  
 Que eternamente la trairá llorosa.

Furioso vuelve á arrebatár su espada,  
 Y embrazando el escudo dice: dime  
 Buyarruz, ¿cuya fué la mano osada,  
 Que fué ocasion que el alma mia lastime?  
 Dimelo presto, no me encubras nada,  
 Verás si deste brazo se redime

Aun quel Christiano exército le acuda, (da.  
 Y el Moro, el mundo y infierno esté es su ayu-

Quedó en diciendo esto el Moro fiero,  
 El espantable rostro levantando,  
 Mirando del primero hasta el postrero,  
 Los movimientos y color notando.  
 Carabé á responder salió el primero,  
 Buyarruz lo atajó, y la vez alzando  
 Le dice: Hacén modera las razones,  
 Que ofenden á tu nombre los blasones.

El sucedido caso desta Mora,  
 Fué acaso, y sin pensar dada la muerte,  
 El como fué te contaré, y no ahora,  
 Que nos aguarda el Rey con esta suerte.  
 Y si tu alma su belleza adora,  
 Y te lastima su pasión, advierte  
 Que importa mas tu honor que no su vida,  
 Y esto aplaque tu cólera encendida.

Viendo Hacén que allí no era posible  
 Vengar la injuria á su querida hecha,  
 El encendido ardor y saña horrible  
 Dentro en su pecho conmovido estrecha.  
 Y junto á ella con dolor terrible,  
 Su malograda hermosura endecha,  
 Pide justicia al cielo de su injuria,  
 Pues él no puede executar su furia.

Estando así quejándose, llegaron  
 Quatro Moros que Buyarruz envia,  
 Y la tabla y la Mora levantáron,  
 Para llevarla al Rey que la pedia.

Sobre sus fuertes hombros la cargaron,  
 Y Hacén con los suyos acudia,  
 Pidiendo á los demas que se apartasen,  
 Y á él solo la carga le dexasen.

Así la casa de Zahan dexando,  
 Que casi muerto en un rincón metido,  
 Sin hacer cosa ni hablar temblando,  
 Allí aguardaba que se hubiesen ido.  
 Que con la presa apriesa caminando,  
 Iban al patrio muro conocido,  
 Llevando al Rey la Mora por presente  
 Cercada de armas y de armada gente.

Contentos, aunque no victoriosos,  
 Los Moros iban, con llevar cautiva  
 A la bella Tarfira, y gloriosos.  
 La frente alzaba cada uno altiva.  
 Entre los Moros iban dos famosos,  
 Exercitados en la guerra esquiva,  
 Parientes ámbos y contino amigos,  
 De Christianos mortales enemigos.

Teniendo por infame la hazafia  
 De prender una Mora tanta gente,  
 Mahomad dice á Carabé con saña,  
 La voz alzando con furor ardiente:  
 ¿ No tienes por afrenta y mengua extraña  
 Cara' é amigo, la ocasion presente?  
 ¿ Es hazafia debida á nuestra gloria  
 De una flaca muger haber victoria?  
 ¿ No consideras esto, no te altera  
 El fuerte pecho y ánimo invencible?

¿ Esto puede sufrir tu espada fiera?  
 No lo puedo creer, que no es posible,  
 Mientras la presa va que el Rey espera,  
 Que á Muley tiene en confusion terrible,  
 Nosotros vamos á buscar Christianos  
 Con quien probemos (no en muger) las manos.

Queriendo darle Carabé respuesta  
 A Mahomad, se anticipó primero  
 El bizarro Zafi, diciendo: en esta  
 Ocasion quiero ser tu compañero.  
 No es ménos el cuidado que me cuesta,  
 A Zafi respondió Buhani fiero,  
 Que el que os tiene en aqueise sentimiento,  
 Y así os iré á servir si os da contento.

Holgóse Mahomad, y deteniendo  
 Las riendas todos, dexan ir la gente  
 Para elegir que via irian siguiendo,  
 Que fuese á su intencion mas conveniente.  
 Y estando entre ellos esto confiriendo,  
 Llegó Niceno, el Andaluz valiente,  
 El fuerte Orcano y animoso Habrino,  
 Entendiendo que hacian aquel camino.

Carabé viendo sin pensar consigo  
 Junta tan escogida compañía,  
 Dice: bien creo Mahomad amigo,  
 Que este socorro el cielo nos lo envia.  
 Que la gente en favor que ves contigo,  
 Cada uno por sí te prometia  
 Seguro el intento que te lleva,  
 Y mas llegados á hacer la prueba.

Lo que nos falta solo es que al efecto  
 A que nos juntó el cielo nos pongamos,  
 Sin aguardar mas órden ni decreto,  
 A buscar ya nuestros contrarios vamos.  
 A ese parecer el mio someto  
 Niceno dixo, y todos aguardamos  
 Quel camino elijais que os pareciere,  
 Que á la ocasion importa y se requiere.

Mahomad respondió, al real guiemos  
 Atravesando por aquesta senda,  
 Y á la derecha mano lo dexemos,  
 Para que nuestra ida no se entienda.  
 Y á vista dél, los siete aguardaremos  
 Que salga, y si hay quien esto nos defienda,  
 Que donde digo es donde mas importa  
 Para que nuestra espada vean si corta.

Volvió la rienda á la siniestra mano,  
 Donde un camino angosto le encamina,  
 Dexando á la derecha el fertil llano  
 Que fué sepulcro á Justa y á Rufina.  
 Pasa á Valdeleon libre y ufano,  
 Donde fué de Abenamar la ruina,  
 Y de Arritaña el peligroso arroyo  
 Que en el estío es un baxo y largo hoyo.

De Alcalá miran el Alcazar alto  
 A donde el sol primero su luz muestra,  
 Entregando al Christiano sin asalto,  
 Y sin probar la suerte adversa ó diestra.  
 Murmurando el valor de que fué falso,  
 De su Alcayde la suerte tan siniestra,

Llegan los siete bárbaros guerreros  
 Entre el real Christiano y los Erveros.

De verde pasto y yerva está este puesto  
 En invierno abundante y en estío,  
 Por su fertilidad siempre dispuesto  
 Para tenerla en el calor y el frío.  
 Tiene una milla el Betis en opuesto,  
 De Guadayra casi junto el rio,  
 Que quando sale con creciente baña,  
 Juntándose con Betis su campaña.

La fuente que el Maestre D. Pelayo  
 Hizo suya, ganando con la espada  
 El agua della en el ardiente Mayo,  
 Siéndole de los bárbaros vedada.  
 A quien no ofende el encendido rayo  
 De Apolo, ni jamas se vió agotada,  
 Lo fertiliza, y es en los calores  
 Refrigerio á sedientos cazadores.

En medio tiene una alta torre y fuerte,  
 Segun fama, do Habrén tuvo encantado  
 A Buhanzul, porque le dió la muerte  
 A Heydia su hija de quien era amado.  
 Y sintiendo Asambey la dura suerte  
 Contra Habrén en secreto conjurado,  
 Le dió la paga digna al fiero intento,  
 Con que deshecho fué el encantamiento.

A cumplir su designio se pusieron  
 En medio del camino, deseando  
 Que viniesen al fin que ellos viniéron,  
 Los Christianos que vienen procurando.

En órden militar se reduxéron  
A vista del real del Rey Fernando,  
Donde les sucedió de la manera  
Quel arrogante y temerario espera.

Puestos aquí los bárbaros guerreros,  
Aguardando á cumplir en los Christianos,  
El fiero intento y detestables fieros,  
De hombres viles y de ingenios vanos.  
Del Christiano real dos Caballeros  
Saliéron, y á do estaban los Paganos  
Puestos en acechanza encamináron,  
Y á vista de los Moros se halláron,

El uno de los dos era el famoso  
Garciperez de Vargas, cuyo nombre  
Vencerá al tiempo, y será glorioso  
En todas las naciones que se nombre.  
El otro está quien fuese aun hoy dudoso,  
Porque dél no pudiese decir hombre,  
Que Garciperez solo y su escudero,  
Conociéron quien fue este Caballero.

Iban los dos su via prosiguiendo  
A guardar los Erveros enviados,  
Porque el sol ya su luz diminuyendo,  
Del cielo declinaba los mas grados.  
Y de improviso á los Paganos viendo  
En el camino que seguían parados,  
El Caballero rehusó la suerte,  
Y á Garciperez dixo desta suerte.

Paréceme si á tí señor parece,  
Quel camino dexemos que llevamos,

Que en ocasión qual es la que se ofrece,  
Justo es temer y injusto si aguardamos.  
Aquí pues es do el premio se merece,  
Respondió Garciperez ¿qué dudamos?  
Que siete á dos no es mucha demasia,  
Ni vencerlos tampoco es va. entía.

Que pasemos delante es lo que importa,  
Sin que torzamos de la via derecha,  
Pues saben bien si nuestrá espada corta,  
Y como los castiga y los estrecha.  
Esto ha de ser, tu alteracion reporta,  
No les demos indicio ni sospecha,  
Que rehusamos de pasar por ellos,  
Que temiendo será ensoberbecellos.

Seguir aquese temerario acuerdo,  
O Garciperez, me parece injusto,  
Respondió el Caballero, y de hombre cuerdo  
Mudar de acuerdo que ha de dar disgusto.  
En persuadirte el tiempo en valde pierdo,  
Y aguardar mas aquí no es caso justo,  
Yo me voy al real, allá te aguardo,  
Que siempre de ese número me guardo.

Vuelve el caballo y pica á toda priesa,  
Con tal presteza en su veloz huida,  
Que aun en la tierra no dexaba impresa  
Del pié la forma aunque era dél herida.  
El Rey miraba esta afrentosa empresa  
Del que huyendo así escapó la vida  
Y se vino al real, y considera  
El que aguardaba á la batalla fiera.

Su valor viendo y su constancia fuerte,  
 Y como solo y sin temor se via  
 Contra los Moros á probar la suerte,  
 Y se apercibe á la batalla esquiva.  
 Guarecer (dice el Rey) es bien la muerte  
 A este Christiano, y es razon que viva,  
 Váyanlo á socorrer al que así acude  
 A un hecho tal sin quel temor le mude. (do,

Cumplirá al punto, ó excelso Rey, tu man-  
 (Don Lorenzo Juarez dió en respuesta)  
 Si al que allí ves los Moros aguardando  
 No fuera Garciperez, que en aquesta  
 Ocasión, su valor manifestando,  
 Verás quan poco el darle ayuda presta,  
 Que si como son siete fueran ciento,  
 Lo mismo fuera en conseguir su intento.

Tu Alteza aguarde, y verá si aguardan  
 Lo que el ser siete importará á su brazo,  
 Y si en la lid los bárbaros se tardan,  
 Si dellos dexa en su lugar pedazo.  
 Que los mas fuertes huyen y acobardan  
 De oír su nombre, y les da embarazo  
 Las armas, y el huir les es seguro  
 Del fuerte encuentro ó de su golpe duro.

A este punto el valiente Caballero,  
 Ya que los Moros junto á sí tenia,  
 Paró el caballo, y pide á su escudero  
 Las armas para el fin que pretendia.  
 Y á cubrir yendo con el blanco acero  
 La cabeza, una escota que traia

Se le cayó en el suelo, sin que fuese  
 Vista de él ni el criado lo sintiese.

El yelmo enlaza y el caballo alienta,  
 Sin quel temor le ocupe ni desvie,  
 Con el valor que siempre se presenta,  
 Que era justa razon que del confie.  
 Que de seguirle tenga mucha cuenta  
 Le mandó á su escudero y tras él guie,  
 Y con esto las armas aprestando,  
 Paso á paso á los Moros fué llegando.

Por medio dellos hizo su camino  
 Sin torcer via ni mudar pisada,  
 Dexándolos suspensos el divino  
 Varon que tuvo á la fortuna atada.  
 Viéndolo así pasar dixo Habrino,  
 No ha sido provechosa esta jornada  
 Mahomad, ni de honor para ninguno,  
 Pues siete somos asaltados de uno.

Mahomad respondió, razon tuvieras  
 De poder condenar nuestra flaqueza,  
 Si á Garciperez tu no conocieras,  
 Y supieras qual es su fortaleza.  
 Mas sabes bien que en las batallas fieras  
 Es pestilencia nuestra su fiereza,  
 Y quieres tú que acometamos siete,  
 A uno que á un ejército acomete.

Miéntas esto decian los Agarenos,  
 Garciperez se habia desviado  
 De los Moros, que de otro asombro lleno,  
 Se suspendiéron viéndolo parado.

Y fué, que como á echar viniese ménos  
 La escofia que perdida habia quedado,  
 Picó el caballo y la rienda vuelve,  
 Y á donde están los barbaros revuelve.

Viendo el fiel criado, que volvía  
 Por la escofia, al lugar que los Paganos  
 Ocupaban, la ida le impedía  
 Con tiernos ruegos, puestas ámbas manos.  
 Diciéndole: Señor dexa esa via,  
 Porque sin tí no dexes los Christianos,  
 Mira que no es la causa tan forzosa  
 Que te obligue á una empresa tan dudosa.

¿No satisface á tu invencible pecho,  
 Haber por siete Moros de á caballo  
 Pasado así, y tan poco caso hecho  
 Que pone admiracion considerallo?  
 Con ménos satisfaces tu derecho,  
 Dexa el riesgo, no vuelvas á buscallo,  
 Pues no te obliga, y mira pues te llama,  
 Que en el peligro muere el que lo ama.

Calla (respondió el fuerte Caballero)  
 No digas mas, que es causa y fuerza urgente  
 La que me fuerza, y sígueme escudero,  
 No temas hoy adverso inconveniente.  
 Pues sabes bien la causa porque quiero  
 Cobrar mi escofia, que es que no consiente  
 Mi cabeza momento estar sin ella,  
 Mira tú si es razon dexar perdella.

Sin decir mas, guio derecho al puesto  
 Que ocupaban los Moros, donde habia

Caído la escofia, con dispuesto  
 Animo de mostrar su valentia.  
 Los Moros viendo que volvía tan presto,  
 Creyendo que á buscallos revolvía,  
 Cortados de pavor el puesto dexan,  
 Y á mas huir huyendo dél se alejan.

Don Lorenzo Juarez quando vido  
 Huir los Moros la campal revuelta,  
 Y quel mas confiado y atrevido  
 Picando iba huyendo á rienda suelta,  
 Dixo: ¿ve vuestra Alteza el escogido  
 Valor de Garciperez, vió la vuelta  
 Que dió sobre ellos, porque no salieron  
 A él ni de temor le acometieron?

Cierto tengo Señor, que si á él salieran,  
 Que dellos diera Garciperez cuenta,  
 De suerte que á Sevilla no volvieran  
 Sino los ménos á contar su afrenta.  
 Que yo sé bien los hechos que se esperan  
 Dél, y sé que tu ejército sustenta  
 Caballeros que puedes con seguro,  
 Al mundo todo echar el yugo duro.

Estando el Rey y Don Lorenzo en esto,  
 Garciperez llegó con su criado,  
 En su heróica demanda, al mesmo puesto  
 Donde la escofia se le habia quedado.  
 Hallóla, y della al punto fué compuesto,  
 Y el camino tomó que habia dexado  
 A guardar los Erveros, porque el día  
 A mas andar del mundo se escondia.

## LIBRO DECIMOQUARTO.

Cansado de aguardar, y congojoso  
Del suceso contrario á su deseo,  
Axartaf impaciente está y cuidadoso,  
Temiendo el fin perdiendo aquel trofeo.  
Muley brama al Rey viendo temeroso,  
Y que le imputa por delito feo,  
Quitarle una muger de aquella suerte,  
Rendir á Botalhá ó darle muerte.

Solos, en esto solo estan tratando  
Los dós en el Real apartamiento,  
Sus recelos el Rey representando,  
Y Muley su arrogante pensamiento.  
La defensa del daño administrando,  
La venganza del duro acaecimiento,  
Muley se la promete al Rey y jura,  
El Rey le oye y nada le asegura.

Está qual el que en áspero combate  
De la enemiga mano fué herido,  
Que al cirujano da que llegue y trate  
Las llagas que lo tienen afligido.  
Y temiendo el dolor que no le mate,  
Que de esfuerzo le priva y de sentido,  
Le promete de dar salud entera,  
Aunque el presente mal le desespera.

Por todas partes ve su daño cierto,  
Y la muerte delante de sus ojos,  
El afligido Rey ya casi muerto,  
O muerta su esperanza en sus enojos.  
Y Muley con altivo desconcierto,  
La victoria, venganza y los despojos,  
Le promete, y el Rey que siente el daño  
Calla, y conoce que es hablar y engaño.

Ocupados los dos estando en esto,  
Entro Agricalte, y con semblante amigo  
Le dixo al Rey: Señor tu verás presto  
La venganza que importa en tu enemigo.  
Para quemar su flota está dispuesto  
Lo necesario, en que el ingenio sigo  
De Braxen y Abdulac, tus ingeniosos  
Arquitectos, en su arte milagrosos.

Una balsa fabrican, que del rio  
Ocupe desde aquesta aquella parte,  
En cuya fuerza y fábrica confío,  
Lo que en la fuerza del potente Marte.  
En toda ella sin dexar vacio  
El fuego ha de ir dispuesto por tal arte,  
En tinajas de pez y alquitran llenas,  
Que abrasen gente, vasos, xarcia, entenas.

Irán delante quatro naos de armada,  
Que hagan rostro á la enemiga gente,  
Y la balsa de Moros ocupada,  
Defendiendo y lanzando fuego ardiente.  
Gente saldrá por tierra aderezada,  
Que la ribera cubra juntamente,

Que detenga al Christiano que huyere  
Del fuego, y muera á hierro el que saliere.

Este es el órden que, Señor, se ha dado  
Para que venga tu deseo á efecto,  
Y el Christiano orgulloso y confiado,  
Pierda el brio y de tí se vea sujeto.  
Solo resta que sea confirmado  
De tí gran Señor nuestro este decreto,  
Que de tí confirmado, todo el orbe  
No es poderoso que tu intento estorbe.

Calló Agricalte, y con semblante ledo  
Quedó mirando al Rey que le responde,  
De tu lealtad y diligencia puedo  
Decir que á tu nobleza corresponde.  
Lo que en eso demandas te concedo,  
Haz á tu gusto, y trázalo por donde  
Te pareciere que al negocio importa,  
Y con la diligencia el tiempo acorta.

Inclinó la cabeza al pecho. y vuelve  
El valiente Agricalte, y á este punto  
La quietud y silencio se revuelve  
Con un alto clamor que se oyó junto.  
Axartaf fiero el manto al brazo envuelve,  
Y el alfange previene y pone á punto,  
Muley hace lo mismo, y donde oyéron  
El confuso rumor los dos saliéron.

En el umbral de la primera puerta,  
El uno y otro ayrado y conmovido  
Se ponen á entender la causa cierta  
Del alboroto y súbito ruido.

La duda les altera y desconcierta,  
Y les pone delante que rompido  
El muro ya los enemigos se entran,  
Y á Garciperez y al de Ucles encuentran.

Daba fuerza á esta duda y temor vano,  
La obscura noche que con sombra fria,  
Tenia cubierto el monte, el soto, el llano,  
Y quanto al mundo manifiesta el dia.  
Oye el confuso estruendo el Rey Pagano,  
Ve que su guardia al arma se ponía,  
Teme, duda, recela, y sin aliento,  
Cien mil cosas sospecha en un momento.

Sin poderse entender, ni haber quien diga  
La ocasion cierta del suceso incierto,  
A querer ir, y á no salir le obliga,  
En su palacio estándose encubierto.  
Teme traycion de alguna civil liga,  
Teme de su enemigo algun concierto,  
Y en esta suspension y duda estando,  
Buyarruz llega y dice así en llegando.

De tu guardia hemos sido detenidos,  
Y puesto casi á riesgo de perdernos,  
Pues quedan muertos dos, y tres heridos,  
Sin saber como ni poder valernos.  
La causa fué, que siendo detenidos  
Los que solemos ante tí ponernos,  
Mayormente trayendo qual mandaste  
La Mora que huyó, á que me enviaste.

Sin querer permitir ni dar licencia  
Para entrar ni noticia desto darte,



La guardia toda puesta en resistencia  
 Dixo, que no podíamos hablarte.  
 Queriendo cumplir yo con obediencia  
 Traer la Mora que impidió vengarte,  
 Qual á mi cargo puso tu Real mando,  
 Pedia la entrada aquesta razon dando.

Respondiéron que á tí no te importaba  
 Prender á una muger, ni dar cabida  
 A hombres que su esfuerzo se empleaba  
 En hazaña tan torpe y abatida.  
 Que la ocasion presente demandaba  
 Quien mate hombres, no quien quite vida  
 A las mugeres, y que hombres tales,  
 No han de ver de los Reyes los umbrales.

Estas injurias y estorbar la entrada,  
 Alteró á todos los que á tí venian,  
 Y dixéron á una en voz airada,  
 Que era traycion aquella que hacian.  
 Que les fuese la puerta al punto dada,  
 Porque de maldad cierta se temian,  
 Sobre esto remitieron á las manos,  
 Los pensamientos de ámbas partes vanos.

Viendo el furor de entrambas á dos partes,  
 Vengo Señor a procurar remedio,  
 Porque si tú no vas y los despartes,  
 No se qual otro pueda ser el medio.  
 No bastan fuerzas ni aprovechan artes,  
 Sino que á tu persona ven en medio,  
 Acude gran Señor, ó da tú el orden  
 Que ponga freno al bárbaro desorden.

En el sobrino puso el Rey los ojos  
 Diciendole Muley, sal allá luego,  
 Pon en paz esos bárbaros enojos,  
 Pon en quietud su gran desasosiego.  
 Y porque satisfagan sus antejos,  
 Que no estoy muerto, y cese el furor ciego,  
 La puerta se de á todos francamente,  
 Que en aquesta ocasion es conveniente.

Muley no tardó mas en salir fuera  
 A sosegar el fiero movimiento,  
 Que oir al tio la razon postrera,  
 Y saber que era aquel su pensamiento.  
 Parte furioso con veloz carrera,  
 Y en medio del revuelto Ayuntamiento  
 Se pone y dice: ¿qué locura os mueve?  
 ¿Que infernal furia amigos os conmueve?

¿Las armas que traéis para defensa  
 De vuestro Rey y vuestros ciudadanos,  
 Volveis contra vosotros, en ofensa  
 De vuestra gloria y hechos soberanos? (sa,  
 ¿No veis que es contra el cielo el que tal pien-  
 No veis que os sois vosotros inhumanos?  
 Alzad las lanzas, desviaos amigos,  
 Y esa ira emplea en los enemigos.

Vuestra virtud se ve, y lealtad veo clara,  
 Bien se conocen vuestros nobles pechos,  
 Bien se dexa entender, bien se declara,  
 Bien nos hacen á todos satisfechos.  
 Vamos que os llama el Rey, dexá esa avara  
 Furia para emprender mayores hechos,

Seguidme y esta Mora le llevemos,  
Con que un servicio grande le hacemos.

Oyendo todos á Muley, alzaron  
Las fuertes picas que tenian caladas,  
Los unos y los otros envaynaron  
Las cimitarras que tenian sacadas.  
El alboroto y furia sosegaron,  
Qual las ondas del mar son aplacadas.  
Faltando el viento, ó viendo la presencia  
Del que sobre ellas tiene preeminencia.

Así los alterados corazones  
Se apartan del furor en que se ardian  
Viendo á Muley y oyendo sus razones,  
Como los que su mando obedecian;  
Y asiendo de Tarfira, á rempujones  
Ante el Rey de rodillas la ponian,  
Que viéndola, y de sangre toda llena,  
Perdió la ira y se conmueve á pena.

Fuêle allí todo el caso referido  
De Zahen que en su casa la amparaba,  
Y como fué de Carabé ofendido,  
Porque su libertad apellidaba.  
Quedó el Rey admirado y suspendido,  
Quando estas cosas Buyarruz contaba,  
Y con semblante grave y sosegado  
Dixo: esa Mora pongan en recado.

Con esto dió la vuelta á su aposento,  
Y Muley viendo la hermosa Mora,  
Aunque cubierta del humor sangriento,  
Perdió la saña que en su alma mora.

Volvió en amor el fiero pensamiento,  
Y della al punto el Moro se enamora,  
Y olvidado del daño y de la afrenta,  
Su mal con nuevo afecto representa.

Asele con la mano de la suya  
Limpiale el rostro y dícele: ¿es posible  
Que me haga el amor empresa tuya,  
En ocasion de enojo tan terrible?  
Nadie es posible que su suerte huya,  
No hay al poder de amor nada imposible,  
Todo lo allana con su fuerza y arte,  
Pues en mi hace lo que no hizo Marte.

La bandera de hoy mas, Señora, sigo  
Del amor que me abrasa las entrañas,  
Por tí á sufrir su sinrazon me obligo,  
Y por tí sus cruexas quiero extrañas.  
A mi muerte daré vida contigo,  
Haré por tí loables mis hazañas,  
Vengaréme de aquella ingrata Mora  
Que me dexó y á mi enemigo adora.

Esto diciendo el encendido Moro  
La levantó del suelo, y dice vamos  
Donde estas llagas cure Manitoro,  
De quien la Real persona confiamos.  
Que el gran Señor del cielo á quien adoro.  
La salud os dará que deseamos,  
Y porque mis deseos no sean vanos,  
Imolaré en su altar dos mil Christianos.

Hacén viendo un extremo semejante,  
Y que Muley llevaba así á Tarfira,

Quedó suspenso, y sin pasar delante  
Ardiendo en zelos y en furor suspira.  
Ni la razon ni esfuerzo es importante,  
Ni en aquella ocasion sirve la ira,  
Dudoso y sin saber que medio siga,  
Se rinde á su dolor y á su fatiga.

Furioso parte en seguimiento dellos  
Lleno de horror y de infernal fiereza,  
Sin que su vista se desvie de vellos,  
Tras dellos va con suelta ligereza.  
Y viendo que estorballos ni ofendellos  
No era posible, gime con terneza  
Disimulando su pasion ardiente,  
Los acompaña humilde y obediente.

Miéntas se habian ocupado en esto,  
Y en la rebellion, Mateo de Orgales,  
Un Christiano que fué en cadena puesto,  
Y traído á sufrir sus duros males.  
Habiendo visto todo lo propuesto,  
Y tefirse de sangre los umbrales  
De la casa Real, coligió cierto  
Que la ciudad se alzaba ó era el Rey muerto.

Sin detenerse punto acudió luego  
A las estancias donde habia Christianos,  
Contóles lo que vió, y el civil fuego  
Que se iba encendiendo en los Paganos.  
Que si querian volver á su sosiego,  
Y á ver los suyos aprestasen manos  
Y corazones qual pedia el negocio,  
Dexando la quietud y el blando ocio.

De todos fué con gran contento oido,  
Y todos en que fuesen conformáron,  
Y aunque no se mostró con alarido,  
Con blanda voz y brazos lo mostráron:  
Acude cada qual despavorido  
A buscar armas, y otros se quedáron  
Tomando el órden que en aquesto fuese  
El mejor que á su intento conviniese.

Entre los que quedáron aguardando,  
El uno fué Gonzalo de Reynoso,  
Que habia treinta años que vivia penando  
En cautiverio triste y trabajoso.  
Este el negocio bien considerando  
Como varon prudente y animoso,  
A quien por larga edad debian respeto,  
Dió confiado en esto este decreto.

Si nuestra pretension, qual deseamos,  
Quereis que sin contraste se consiga,  
Y qual es nuestro intento nos veamos  
Libres de aquesta servicial fatiga.  
Una cosa conviene que hagamos,  
Que si en ella nos es la suerte amiga,  
Sin duda con fin próspero veremos  
Quanto en este negocio pretendemos.

Despues que la fortuna en tan extraños  
Y rigurosos males me sujeta,  
Haciéndome probar los graves daños  
Del cautiverio con que así me aprieta,  
He pasado la fuerza de mis años  
De la forma que á nadie os es secreta,

Vendido cien mil veces y comprado,  
La noche y día sirviendo alherrojado.

En aquesta miseria rigurosa,  
Padeciendo del modo que se entiende,  
En oprobrio y afrenta vergonzosa,  
Sujeto á quanto en este estado ofende,  
Viene á parar mi vida trabajosa  
(Quel cielo por milagro me defiende  
Para lo quel sabe) en ser cautivo  
De Baxen, por quien temo el estar vivo.

Larga historia seria si quisiese  
De la vida que paso daros cuenta,  
Y no dudo que á llanto os conmoviese  
Del modo que á mí mismo me atormenta.  
Y la ocasion huyendo se nos fuese,  
Que vuestro esfuerzo y gran valor intenta,  
Para lo qual conviene que me acorte  
En razones, y dé el debido corte.

Este Baxen que en su prision me tiene,  
Cuyo cautivo soy por mis pecados,  
Este se ocupa ahora y se detiene  
En ingenios de fuego nunca usados.  
Aconsejó al Rey Moro, que conviene  
Para que los Christianos sean quemados  
Dentro en las naves y las naos con ellos,  
Sin que librarse puedan ni vaellos.

Una balsa hacer que fuego ardiente  
Lance, y que entrando en medio de la armada  
La abraze toda, y la Christiana gente  
Muera en el agua ó muera allí abrasada.

Esto hacen con priesa diligente,  
Y está para este efecto aparejada  
Gran suma de alquitran, pez y resina,  
De que gastando van en la marina.

Está aprestado en una atarazana  
Todo esto, y de aquí lo van llevando  
Aquella parte en frente de Triana,  
Que es donde están la balsa aderezando.  
Digo pues, que en estando la Christiana  
Gente aquí junta, partiré volando,  
Pondré en resina, en pez y alquitran fuego,  
Y la vuelta daré á este puesto luego.

Los bárbaros en viendo que se arde  
La pez y lo demas que tienen junto, (de  
No habrá hombre dellos que en su casa aguar-  
Que no acuda á matar el fuego al punto.  
Ellos en esto sin que mas se tarde  
Estando la huida nuestra á punto,  
Huir podemos con mayor seguro,  
Y saltar por qualquiera parte el muro.

Por una parte de la noche obscura  
Que sobre el mundo tiende el negro manto,  
Somos qual veis en esta coyuntura  
Ayudados con sombra que da espanto.  
La cisma entre los Moros asegura  
Nuestro hecho, y en esto hará tanto  
Que guiados del cielo como vamos,  
Nuestro justo deseo consigamos.

Pareció bien á todos el consejo,  
Y las razones fuéron aprobadas

Que les dió el venerable y sagaz viejo  
 Para ser sus desdichas acabadas.  
 Desean viendo el tiempo y aparejo,  
 Pues estaban en una conformadas  
 Las voluntades, que viniendo diesen  
 Principio al hecho y tiempo no perdiesen.

Reynoso estaba y los demas en esto,  
 Con ardiente deseo deseando  
 Que ya ocupasen los demas el puesto  
 Que ellos ya deseaban ir dexando.  
 A este punto con ánimo dispuesto,  
 Apercebido de armas convocando  
 Los Christianos que habia en el camino,  
 Mateo de Orgales al concierto vino.

Luego tras él llegó Martin de Oviedo,  
 Anton de Aguayo y Nuño de Padilla,  
 Fernan Perez y Jayme de Pinedo,  
 Juan de Avendaño y Pedro de Avesilla.  
 Estos de esfuerzo armados y denuedo,  
 Mas que de armas, piden que á Sevilla  
 Dexen ya, mas Reynoso los sosiega,  
 Y que le aguarden solo un punto ruega.

Sin detenerse parte presuroso  
 Por el camino que tambien sabia,  
 Llega al atarazana el animoso  
 Viejo con el valor que convenia.  
 Aplica al punto el fuego codicioso  
 En toda la resina y pez que habia,  
 Echando en cima estepas embreadas,  
 Que habia para la balsa aparejadas.

Al punto que la llama vió emprendida  
 En los barriles y esparcirse el fuego,  
 No aguardó mas, dexando la encendida  
 Atrazana dió la vuelta luego.  
 Llegó á donde aguardaban su venida  
 Los Christianos en gran desasosiego,  
 Temiendo que sentido ó preso fuese,  
 Por donde su negocio se entendiese.

Mas viéndolo, y que habia concluido  
 Con próspero suceso tal hazaña,  
 Fué con placer de todos recibido,  
 Casi llorando de alegría extraña.  
 Y así Mateo de Orgales conmovido  
 Le dice: ó claro honor de nuestra España,  
 Gloria, ilustre del nombre de Reynoso,  
 Por quien puede de hoy mas ser mas glorioso.

Ya que nos da tu gran valor seguro  
 Quel deseado fin conseguiremos,  
 Da el órden como ya saltando el muro  
 La libertad perdida procuremos.  
 Que de la noche huye el velo obscuro,  
 Y casi ya de oriente la luz vemos,  
 Y en difiriendo un punto nuestra ida,  
 Cierto será que nos será impedida.

No será quando todo el mundo venga,  
 Dice Reynoso, ni se pierde punto,  
 Que no ha sido dilacion tan luenga  
 Que nos aparte el bien que vemos junto.  
 Y para que se alcance se prevenga  
 Todo, y se ponga lo importante á punto,

Y pegados al muro en orden vamos,  
Y de las calles públicas huigamos.

Todos al punto en órden se pusieron,  
Aprestando las armas que traian,  
Con el mayor silencio que pudieron  
Por las mas solas calles se escondian.  
De igual valor sus pechos guarnecieron,  
Que por escudo al riesgo los ponian,  
Seguros que ningun acaecimiento  
Retraer los haria de su intento.

Guiados de su esfuerzo y su ventura,  
Que adiestrándoles iban el camino,  
Cubiertos de la noche fria y obscura,  
Qual á su heroica empresa les convino.  
Para quebrar la fuerte ligadura  
Del cautiverio á tal valor indigno,  
Al muro del Osario que nombraron  
Por mas seguro todos allegaron.

Suben y al punto ataron de una almena  
Una sogá que á Jayme dió Reynoso,  
Y sin dificultad ni sentir pena,  
Cada qual baxa al campo presuroso.  
Ya á este punto en clara voz resuena  
La fama del incendio peligroso,  
Altérase el lugar, tocan á fuego,  
Conmuévase sin órden ni sosiego.

Acuden con ardiente diligencia  
Por todas partes, unos arrojando  
Aguá en el fuego, y otros su violencia  
Van con vinagre y tierra mitigando.

No habia en hacer esto diferencia,  
Igual era el mandado y el del mando,  
Que en los graves sucesos de este modo,  
Como es comun el daño es igual todo.

El confuso clamor, el alarido,  
Las voces, el estruendo, el desconcierto,  
El alboroto y el comun gemido,  
Indicio daban de su daño cierto.  
Que sin saber el caso sucedido,  
Muchos lloraban ya su pueblo muerto,  
Y arrojando las armas se escondian,  
Creyendo que así el daño redimian.

Otros siguiendo la confusa gente,  
Sin saber donde ó como iban forzados,  
Donde el pueblo acudia y vian la ardiente  
Llama hondear por techos y tejados.  
Otros iban con priesa diligente  
A los puestos que habia señalados  
En muros, torres, y en cerradas puertas,  
Porque no fuesen al Christiano abiertas.

La voz llegó y el pavoroso estruendo  
A los oidos de Axartaf, que estaba  
Entre sueños el gran clamor oyendo,  
Y sin volver en sí se fatigaba.  
Mas de sí el grave sueño sacudiendo  
Se puso en pié, oye el clamor que andaba,  
Toma las armas, abre el Real Palacio,  
Sale sin darle su furor espacio.

Encuentra con Muley, y tras él luego  
El arrogante Carabé venia,

Que en apagar el encendido fuego  
Se hailó con su gente y compañía,  
Cuéntale el caso, y como ya en sosiego  
Quedaba todo, y como solo habia  
Hecho el daño en aquello de que usaban  
Para la balsa que haciendo estaban.

Confuso el Rey de oír el caso extraño,  
Manda que al punto hagan diligencia  
Quien fué la causa ó quien cometió el daño,  
Para que haya capital sentencia.  
Van unos, vienen otros, y el engaño  
Va creciendo con mas suelta licencia,  
Por pareceres varios ó desgustos,  
Absuelven reos y condenan justos.

Sin poderse entender la verdad cierta  
Del caso, la andan todos procurando,  
Y el quel ingenio aviva y mas despierta,  
Con mas oscuridad la va ignorando.  
Ayudaba á esta duda la encubierta  
Luz que los orbes ya venia alumbrando,  
Que tras la aurora que venido habia,  
Por las puertas del oriente salió el dia.

Fué con la luz el caso manifiesto,  
Que los cautivos luego se halláron  
Méno, y dió mas fuerza á creer esto  
La sogá atada al muro que dexáron.  
Que el fuego fue en la pez y alquitran pueste  
Por ellos, á una todos lo afirmáron,  
Y así el Rey manda á Carabé que vaya  
Tras ellos, ó los mate ó se los traya.

Carabé al punto á procurallos parte,  
Lleno de ira y de feroz despecho,  
Con cincuenta caballos por la parte  
Que habian saltado iba su via derecho.  
Agricalte llegó y dice: á informar  
Vengo Señor del espantable hecho,  
Aunque certinidad no se ha tenido  
Quien el atróz insulto ha cometido.

Verdad es que han faltado unos Christianos,  
Y presúmese que ellos lo hiciesen,  
Mas han salido sus designios vanos,  
Sin que el efecto á que aspiraban viesen.  
Ellos quisieron con violentas manos  
Que tus justos intentos se impidiesen,  
Poniendo fuego á la resina y cosas,  
Que para hacer la balsa son forzosas.

Dañar no pudo el temerario intento  
De la Christiana gente rebelada  
La balsa que ha de ser asolamiento  
De todo los que vienen en su armada.  
Solo resta Señor tu mandamiento  
Para con él al agua ser echada,  
Y enviar guarnicion de armada gente  
Que la defienda y lance fuego ardiente.

Holgóse el Rey y dixo: no difieras  
Punto que al agua sea echada luego,  
Con que esa gente, naves y galeras,  
Mueran en el rigor de armas y fuego.  
Yo enviaré gente que á esas gentes fieras  
Dome, y conocer haga su ardor ciego,

Ve Muley, envia allá quinientos hombres  
De mayor fama, y mas famosos nombres.

Agricalte y Muley sin detenerse  
Parten á guarnecer la ingeniosa  
Balsa, seguros que tenian de verse  
Por ella en una suerte venturosa.  
Comienza el pueblo á ayrarse y conmovirse  
Para ir, toman armas con furiosa  
Rabia, contra la gente baptizada,  
Que no sabia deste engaño nada.

Mas puesta al arma estaban aguardando  
Una esquadra de Moros que venia  
Una blanca bandera levantando,  
Quel viento tremolaba y revolvia.  
Cien hombres la venian acompañando  
De á caballo y de fuerte infantería,  
Y en medio un grave viejo se mostraba  
A quien todos seguian y él mandaba.

Luego que del real estuvo junto,  
Se adelantó, y los suyos se juntaron  
Aguardando, y la esquadra en torno á punto  
De la bandera que á guardar quedáron,  
Fué conocido el grave Moro al punto  
De Valerio, el Christiano que halláron  
En Carmona, en la cumbre á donde estuvo  
Puesto el real que en su prision lo tuvo.

Este las manos puestas, y en el suelo  
Las dos rodillas, dice al Rey Christiano:  
Señor, á quien el gran Señor del cielo  
Regala con su aliento soberano.

Aquel Moro á quien sigue el blanco velo  
Es Buceyte, y el Moro mas humano  
Que su ley tiene ni jamas se ha visto,  
Quien así favorezca la de Christo.

Fuí su cautivo el tiempo que he vivido  
En cautiverio esclavo allí en Carmona,  
De quien tratado con piedad he sido,  
Y habido dones de Real Corona.  
Y luego que mi inútil vejez vido,  
De servir hizo libre mi persona,  
Dexándome que solo me ocupase  
En hacer lo que solo me agradase.

Esta suerte informaba al Rey Fernando  
Valerio, y prosiguiera en sus razones  
Sino llegaran del Christiano bando  
A la misma ocasion quatro varones.  
Danle cuenta que viene demandando  
A su Alteza, y le traen preciosos dones,  
Manda el Rey que entre, y dada la licencia,  
Fué traído Buyarruz en su presencia.

Sacó una caja de marfil y oro,  
Y á los reales pies se fué derecho,  
Cruzó los brazos el anciano Moro,  
Y la crecida barba llegó al pecho.  
De cortesía guardando aquel decoro  
Que convenia á la ocasion y al hecho,  
El Rey lo hizo levantar, y al punto  
Propone así, tocado, y al Rey junto.

Gran Señor nuestro, á quien con larga mano  
Favorece el Señor que rige el cielo,



Para que sea del poder Christiano  
 Todo el Hiberio y el Hesperio suelo.  
 Carmona me envía á tí, que con humano  
 Deseo, y de servirte firme zelo,  
 Quiere poner en el dominio suyo  
 Sus fuerzas todas y el gobierno tuyo.

Las parias son aquestas, que han corrido  
 Los seis meses, del término que diste  
 Para quel pueblo fuese reducido  
 A dársete del modo que pediste.  
 Quiéresete entregar con un partido  
 (Que elige solo en su miseria triste)  
 Que los dexes quedar en sus haciendas  
 Seguros de que nunca les ofendas.

Dióseme facultad, que si viniese  
 Tu Alteza en esto, yo pudiese dalle  
 Seguro que la villa se le diese,  
 Y estas llaves que traigo aquí entregalle.  
 Esto ofrece Carmona, y si pudiese  
 Mas, te ofreciera mas, sin que se halle  
 Cosa que sea en contrario á lo propuesto,  
 Lo qual en fe de su lealtad protexto.

Inclinó la cabeza, y desta suerte  
 Dio Buceyte á entender que habia acabado  
 Su legacia, y con callar advierte  
 Que aguardaba respuesta á su recado.  
 Levantó el grave rostro el varon fuerte  
 Propagador del celestial Senado,  
 Y al Moro que aguardaba su respuesta,  
 Satisfaciendo á su razon dió esta.

Todo lo que contiene tu embaxada  
 Se resume en que dándoos mi seguro,  
 Por mia Carmona me será entregada,  
 Y quanto fuera señoréa el muro.  
 Cumpliéndome esa fe, por mí os es dada  
 Toda seguridad, y os aseguro,  
 Y tomo á cargo mio vuestra defensa,  
 Que en bienes ni en persona se haga ofensa.

Besó el Moro las llaves, inclinando  
 Las rodillas junto al real asiento,  
 Las dió en su mano al Santo Rey Fernando,  
 Haciéndole el debido acatamiento,  
 Al cielo vista y manos levantando,  
 Lágrimas derramando de contento  
 Valerio, el bien que deseaba viendo,  
 Se postró en tierra al Rey así diciendo:  
 Llegado es ya Señor el dia dichoso,  
 Ya el cielo quiso que rendido vea  
 El indómito pueblo belicoso,  
 Que contra el verdadero Dios guerrea.  
 El tiempo de mi estado trabajoso  
 Se acabó, y el quel alma mia desea  
 Es el que veo, pues veré cumplida  
 Tu promesa, y la Virgen mia servida.

No dudo que esté puesta en tu memoria  
 La promesa, Señor, que me hiciste  
 Quando por dar á mi baxeza gloria  
 La vez primera hablarte permitiste.  
 Que de Carmona habiendo la victoria,  
 Una Ermita hacer me prometiste

A la Madre del Hijo Sempiterno  
 Q el cielo abrió, y cerró al horrible infierno.

Desta celestial Virgen por quien sales  
 Siempre victorioso en tus hazañas,  
 De quien siempre te amparas y te vales,  
 Y con quien siempre en todo te acompañas.

Desta que traes pintada en tus reales  
 Banderas, y esculpida en tus entrañas,  
 Desta pido una Ermita en nombre suyo,  
 En la cumbre do estuvo el campo tuyo.

Atento el santo Rey al justo ruego,  
 Del varon santo suspendido estuvo,  
 Sin poder darle de contento luego  
 Respuesta contemplándolo se tuvo.  
 Suspenso quedo todo y en sosiego,  
 Que ni estruendo se oyó ni una voz hubo  
 Que alterase el silencio en que Valerio  
 Puso el restaurador del Reyno Hesperio.

Mas habiendo el intento soberano  
 Con celestial discurso conocido,  
 Y que era mas que movimiento humano  
 El que a Valerio en esto habia movido:  
 Le dio en el caso facultad y mano,  
 Dexándolo á su arbitrio cometido,  
 Mandando que la Ermita que fundasen,  
 Nuestra Señora del Real llamasen.

Don Rodrigo Gonzalez Giron vino  
 For mandado del Rey, aderezado  
 De gente y armas, y tomo el camino  
 Con Buceyte y Valerio acompañado.

El uno el templo va á fundar divino,  
 El otro á quel lugar le sea entregado  
 En nombre de su Rey, lo qual hicieron,  
 Y las tres fuerzas en poder le diéron.

## LIBRO DECIMOQUINTO.

**G**uarneciendo las fuerzas de Carmona  
 Don Rodrigo Gonzalez se detuvo  
 Lo quel lumbroso hijo de Latona  
 Diez veces en cercar la esfera estuvo.  
 Administrando á la Real corona  
 Lo conveniente que á su cargo tuvo,  
 Dando á Valerio todo lo importante  
 Con que pasase en su labor delante.  
 Puesto en recaudo en todo conveniente  
 Y dispuestas las cosas por el arte  
 Que mandaba la osasion presente,  
 Y mandado le fué del santo Marte,  
 De ó la villa á su escogida gente,  
 Y al ejército parte á darle parte  
 Al Rey de lo que en nombre suyo ha hecho,  
 Con que de sí dió el justo satisfecho.

Contóle como habia en las fortalezas  
 Puesto de guarnicion tantos soldados,  
 Y á los Moros dexó que en sus riquezas,  
 Y en sus tratos quedasen amparados.

Como aplacó las bárbaras fierezas  
De muchos, que así viéndose apremiados  
Del cautiverio con pavor huían,  
Y ciegos á la muerte se ofrecían.

De todo estaba dándole al Rey cuenta  
Don Rodrigo, y el Rey le estaba oyendo  
Con gusto, porque allí le representa  
Lo que fué, como estándolo el Rey viendo:  
Que eso puede el ingenio á quien alienta  
Febo, que vaya al vivo describiendo  
Lo que fué ó pasó en lugar distante  
De la suerte que viéndose delante.

Recibía el invicto Rey contento  
Del elegante proceder, y estaba  
Sin perderle razon á todo atento  
Que semblante ni vista meneaba.  
Regalando el divino entendimiento  
Que en esto con deleyte se ocupaba,  
Sin divertirlo mas en este punto,  
Una espia á sus pies se inclinó junto.

Gran Señor (dice) el enemigo viene  
Por tierra contra tí apriesa marchando,  
Y el ancho rio atravesado tiene  
Con una balsa ardiente fuego echando.  
La gente que la máquina sostiene  
Un ejército viene figurando,  
Y la que por la tierra le acompaña  
En arma puesta cubre esa campaña.

Puesto de aquella parte de Triana  
El Maestre, resiste con su gente

Que no pueda seguirle la Pagana  
Por tierra, ni allegársele consiente.  
La balsa va buscando la Christiana  
Flota de gente armada, y fuego ardiente,  
Y por trinchera con que sea guardada  
Puestas delante quatro naos de armada.

Suspendió al Rey la nueva, y revolviendo  
La vista, vió que en arma se ponía  
El campo, y que venia decendiendo  
Bonifaz con su flota y compañía.  
El sabio Rey al punto el caso viendo  
Dispuso con prudencia y valentia  
Las cosas, previniéndolas de modo  
Que en la necesidad se acuda á todo.

En arma la invencible gente puesta,  
El designio del bárbaro aguardando,  
Que ya sus naves y su balsa apresta,  
Y á las Christianas se venia acercando.  
De Braxen y Abdulac la órden dispuesta,  
Y el modo como el fuego han de ir lanzando,  
Agricalte á las naves de pelea  
Acude, esfuerza, instruye y señorea.

Por el órden que entre ellos fué tomado  
Los unos y los otros con denuedo  
Arremeten, con armas el soldado,  
Con esperanza y con semblante ledó.  
Los otros de quien ha de ser echado  
El fuego abrasador, sin tener miedo  
Con las manos lo toman, en ardientes  
Estopas, y lo arrojan inclementes.

El fuego, el humo, y armas homicidas,  
 A un tiempo todo comenzó á esparcirse  
 Por las Christianas naves, ofrecidas  
 Al duro trance, y no á poder rendirse.  
 Que libres de temor y en fuerza unidas  
 Dan principio cruelmente á combatirse  
 Contra la balsa, y contra los navios,  
 Llenos de esfuerzo y de temor vacíos.

Puesto en la popa de su nao el valiente  
 General, la batalla administraba,  
 Y á veces apagando el fuego ardiente,  
 Y á veces en la horrible lid andaba.  
 No habia ocasion á que estuviese ausente,  
 Ni habia necesidad donde no estaba,  
 Con este exemplo todos sus guerreros  
 Hacian lo mismo en el asalto fieros.

Era el clamor, eran las voces tales,  
 Tal el furor que en todos se encendia,  
 Y el menosprecio tal de las mortales  
 Armas, que en medio á Marte suspendia.  
 Como si todos fueran inmortales  
 Méenos el mas cobarde las temia,  
 Sin que el espanto de la horrible muerte,  
 Les retrayese de probar la suerte.

Las naves de los bárbaros lanzaban  
 Piedras, saetas, dardos, astas, fuego,  
 Que un punto de hacer esto no cesaba,  
 Ni á los Christianos daban desosiego.  
 Las voces y alaridos se mezclaban  
 En son confuso, y con el humo ciego,

Sin poder verse ni entenderse cosa,  
 La batalla hacian mas espantosa.

De la balsa crecian las ayradas  
 Llamas del fiero viento sacudidas,  
 Y del soberbio bárbaro arrojadas,  
 A que en las naves fuesen emprendidas.  
 Con esta luz se vian las aferradas  
 Naves de fuego y armas combatidas,  
 Y á los Christianos que en el fiero asalto  
 Entre todos mostrar su valor alto.

Y á Bonifaz que ardiendo en fortaleza  
 De un cabo andaba á otro discurrendo,  
 Con orden disponiendo y con destreza  
 Las cosas, y á los riesgos acudiendo.  
 Viéron como saltó con ligereza  
 En medio andando del combate horrendo  
 Agricalte, en la nao Christiana echando  
 Fuego, á batalla á Bonifaz llamando.

El valiente guerrero que su nombre  
 Oyó, y delante vió el feroz Pagano,  
 Que le pedia batalla de hombre á hombre,  
 En su nao donde habia tanto Christiano.  
 Con el valor igual á su renombre,  
 La espada aprieta en la derecha mano,  
 Y en la siniestra el defensivo escudo,  
 Arremetiendo á él quan presto pudo.

No se detuvo el bárbaro animoso  
 Que á recibirle no saliese luego,  
 Con el corage que venia furioso,  
 Que no le daba punto de sosiego.

Comiéntanse á herir con valeroso  
Esfuerzo, mas estando en este fuego,  
Los Christianos y Moros acudiéron,  
Y el singular combate dividiéron.

De nuevo en todos comenzó á encenderse  
El ardiente furor y horrible saña,  
En que dexaba claro conocerse  
La enemistad que en todos ardia extraña.  
Agricalte en el bordo sin moverse,  
Contra el Christiano ejército se ensaña,  
Y él solo á todos hace rostro y hiere,  
Solo de todos la victoria quiere.

Está el soberbio Moro confiado  
De sí, y que puede él solo á todo el mundo  
Contrastar sin que sea contrastado,  
Ni aun del poder horrible del profundo.  
De armas y de Christianos rodeado,  
El valor suyo muestra sin segundo,  
Pretendiendo rendir la nao Christiana,  
Que contrastaba bien su altivez vana.

Sobre él acude la invencible gente,  
Llevando ya los Moros de vencida,  
Que revolvian las proas con diligente  
Presteza aperciendo la huida.  
El Moro que en su lid estaba ardiente,  
El riesgo viendo en que tenia su vida,  
Viendo escurrir las naves y dexallo  
Sin curar dél ni procurar salvallo.

Con la presteza quel ayrado viento  
En el tendido océano revuelve

La fragil onda, y con furor violento  
A la parte que quiere allí la vuelve.  
Tal el Moro, con presto movimiento  
Del navio saltó, y ciego se envuelve  
Con el agua revuelta y alterada,  
Y á la balsa llegó de gente armada.  
Fué recibido en ella del anciano  
Y prudente Abdulac, que conociendo  
Que la victoria conseguia el Christiano,  
Las naves viendo revolver huyendo;  
Formó de nuevo el esquadron Pagano,  
Armas apriesa y fuego aperciendo,  
Braxen hace lo mismo, y Agricalte  
Acude á todo porque en nada falte.

Al horrible combate se aperciben  
Instigados de ira rigurosa,  
Con flechas, dardos, piedras los reciben.  
Con teas que aspiran lumbre pavorosa.  
Que los maten ó el agua los derriven,  
No reprime su cólera furiosa,  
Que al bordo puestos de la balsa aguardan,  
Haciendo ápiesa que los fuegos ardan.

Llegáron á la balsa seis baxeles  
De Christianos varones ocupados,  
Para della lanzar los infieles,  
Que tanto en ella estaban confiados.  
Los bárbaros con armas y crueles  
Llamas se defendian de los ayrados  
Christianos, que por llamas y armas entran,  
Ganan la balsa, y matan los que encuentran.

Unos al fuego acuden presurosos,  
 Y otros á los Paganos arremeten,  
 Que cortados de espanto y temerosos  
 Forzadamente en huida meten  
 Agricalte y algunos animosos,  
 Aunque en peligro, aguardan y acometen,  
 Queriendo resistir con su denuedo  
 Los ánimos que no conocen miedo.

Mas habiendo Bernardo de la Gama,  
 Varon invicto de valor ardiente,  
 A quien eterno hará la ilustre fama  
 Miéntras la luz naciere en el oriente:  
 Habiendo sido en apagar la llama  
 El principal de la Christiana gente,  
 Guiado de su próspero destino  
 A donde estaba Agricalte vino.

Y viendo que en él solo consistia  
 Alcanzar los Christianos la victoria,  
 Que con valor constante resistia  
 Contra el honor de todos y la gloria.  
 Por la gente rompió que combatia  
 Con el Moro, que honraba su memoria  
 La resistencia que haciendo estaba,  
 Tan sin temor del mal que le cercaba.

Una viga encendida ay rado toma,  
 Y con fiereza en alto la levanta  
 Contra el sequaz del pérfido Mahoma,  
 Que opuesto á todos no movia la planta.  
 Y descargando en él su altivez doma,  
 Y las fuerzas y orgullo le quebranta,

Haciéndole pedazos la cabeza,  
 Que en ella sana no le dexó pieza.

Con sangre y sesos cae rociando  
 Los pies de su homicida, estremeciendo  
 La balsa toda, á Betis alterando  
 En el centro do está el combate oyendo.  
 Los que con él estaban peleando  
 El mesmo daño en que le vian temiendo,  
 Al agua se arrojaban, mas el fuerte  
 Gama, al caer á muchos dió la muerte.

Los que la punta con Braxen guardaban  
 Sin aguardar las armas arrojaron,  
 Y al agua pavorosos se arrojaban,  
 Donde la muerte que huian hallaron.  
 Abdulac y los bárbaros que estaban  
 A su orden, tambien desampararon  
 El puesto, y en el medio que elegian  
 Ahogados ó á hierro perecian.

Gama de un cabo á otro diligente  
 El encendido leño levantando,  
 Hecho un Alcides derribando gente  
 Pagana, la victoria habia alcanzado.  
 La balsa libre de la llama ardiente,  
 Y de Christianos llena habia quedado,  
 Y así seguros de poder perdella,  
 Por suya cantan la victoria en ella.

Las roxas hondas pavorosas iban  
 Rompiendo apriesa aquellos que la suerte  
 Dilató un punto mas para que vivan,  
 Y en el agua á hallar vengan la muerte.

Otros que a tierra deste riesgo arriban  
 En otro caen mas peligroso y fuerte,  
 Que es con la gente indómita Christiana  
 Que la parte guardaba de Triana.

Aquí sin que pudiesen repararse,  
 Ni Abenjafon les diese algun remedio,  
 Ni de Achilinó viesen ayudarse  
 Que del puente ocupando estaba el medio.  
 De los Christianos vian acabarse  
 En el seguro y elegido medio,  
 Libres del agua y balsa, y naoş vencidas,  
 En la tierra á perder venian las vidas.

No es este el mayor daño que sufrían  
 Los temerosos bárbaros rendidos,  
 Que á espaldas vueltas sin parar huían,  
 Del temor vergonzoso poseidos.  
 Que en alcance hiriéndolos venían  
 Los del real, que siendo acometidos  
 Dellos, al punto que sus naos salieron  
 En campaña á lo propio se pusieron.

Mas detenidos del valor Christiano,  
 Y contrastado su designio horrible,  
 Las riendas vuelven; y el ardor Pagano  
 Que á los principios se mostró invencible,  
 Sin aspirar al premio soberano  
 De la victoria huyen del terrible  
 Daño quel miedo les ponía delante,  
 Que fuera aunque menor causa bastante.

Tiene Sevilla una alta torre puesta  
 Junto al sagrado Betis, de admirable

Forma á su fiera inundacion opuesta,  
 Al tiempo y á su furia incontrastable.  
 De dos coronas que se ven compuesta,  
 Que la adornan y hacen agradable,  
 Y de guardarse aquí el real tesoro,  
 La torre siempre se llamó del Oro.

Desde aquí puesto el fiero estrago mira  
 Axartaf, y con tierno sentimiento  
 De ver como su gente se retira,  
 Y de Pagana sangre el rio sangriento.  
 Encendido en dolor, y ardiendo en ira,  
 A Muley que con torpe desatiento  
 Llevado del tropel iba huyendo,  
 Por su nombre lo llama así diciendo.

¿A donde vas Muley? ¿dónde te ausentas,  
 Y el campo dexas con huida infame?  
 ¿No ves que á mí y á tu linage afrentas,  
 Y das sujeto que tu infamia aclame?  
 Ahí entre esas armas violentas  
 Tu sangre honradamente se derrame,  
 No quieras vida tan á costa tuya,  
 S no que haciendo ahí el deber concluya.

Levantó el rostro avergonzado desto,  
 Conociendo la voz del Rey su tio  
 Muley, y con turbado y mustio gesto,  
 Y el pecho altivo de valor vacío.  
 Se suspendió, y en tal congoja puesto,  
 Se comenzó á alterar y á cobrar brio,  
 Que en noble oido, injuria vergonzosa  
 Es mas que la alabanza poderosa.

Qual acomete al guerreador caballo  
 En la carrera puestas en competencia,  
 El alentado espíritu dexallo,  
 Y correr con flaqueza y negligencia.  
 Quel ginete acudiendo á reparallo,  
 Con áspero rigor y con violencia,  
 La espuela aprieta, y la voz levanta,  
 Con que al ligero viento se adelanta.

Así Muley la voz del Rey oyendo,  
 De su afrenta instigado y conmovido,  
 El esfuerzo y valor restituyendo  
 Quel pecho habia del temor perdido.  
 A la ahuyentada gente deteniendo,  
 Al combate la vuelve enfurecido,  
 Con el orgullo y altivez primera  
 Que dió principio á la batalla fiera.

Vuelven á los Christianos que venian  
 En su alcance, y con ánimo esforzado,  
 Y todas fuerzas, recobrar querian  
 El puesto que huyendo habian dexado.  
 Los Christianos guerreros defendian  
 Perder un paso del que habian ganado,  
 En esta competencia iba creciendo  
 De entrambas partes el combate horrendo.

Muley furioso, y Carabé inhumano,  
 Habul Hacén no menos que ellos fuerte,  
 Rompian con saña el escuadrón Christiano,  
 Dando a los suyos ánimo á la suerte.  
 Deste exemplo el mas tímido Pagano  
 Menospreciaba el miedo de la muerte,

Y peleaba con tan gran denuedo  
 Como si nunca en él cupiera miedo.

En un peso duraba la batalla  
 De entrambas partes, sin dexar el puesto  
 Los Christianos haciendo por ganalla;  
 Los Moros por morir y no ver esto.  
 Rompen lanzas, deshacen fuerte malla,  
 Espadas vuelan por el aire presto,  
 Paveses, hombres y caballos parten,  
 Que desta suerte sola se desparten.

Carabé andaba en el combate fiero  
 De un cabo á otro sin cesar llamando  
 A singular batalla algún guerrero,  
 Con voz altiva á todos despreciando.  
 Mostrábales teñido el blanco acero  
 En la Christiana sangre, protestando  
 Que él solo habia de teñir el llano  
 Con ella sin dexar vivo Christiano.

Este Moro que así en la lid se muestra  
 Despreciador de la invencible gente,  
 Que alzada lleva la soberbia diestra,  
 Y contra todos la arrogante frente.  
 Que con espuela aflige y freno adiestra  
 El guerrero caballo diligente,  
 Es uno de los siete que huyéron  
 A Garciperez que en el campo viéron.

Teniendo aquesta afrenta en la memoria  
 Esculpida, y el odio siempre vivo,  
 Que en pecho noble la perdida gloria  
 Hace el dolor perpetuo y mas esquivo.



Desta infamia en los suyos tan notoria,  
Encendido en furor el Moro, altivo  
A Garciperez busca én la batalla,  
Y fiero dice como no lo halla.

¿Christianos donde está vuestro Christiano?  
¿Donde se asconde Garciperez? venga  
Que aquí le aguardo, y pruebe mano á mano  
Conmigo su valor, no se detenga.  
Que si es lo que dice el vulgo vano,  
Ahora hay ocasion que lo mantenga,  
A campo singular lo desafío  
Donde su nombre acabe y viva el mio.

Paró el caballo y la voz á un punto,  
El diestro brazo levantando en alto,  
Rienda, escudo y alfange apresta á punto,  
Previniéndose así para el asalto.  
Y porque vió ante sí ponerse junto  
Ardiendo en ira, y de sosiego falto  
Un caballero, que nombrar oyendo  
A Garciperez, le llegó diciendo.

El nombre que tu quieres que hoy acabe  
Bárbaro, porque el tuyo tenga vida,  
Bien debes de saber, y el mundo sabe  
Que es deuda á Garciperez conocida.  
Si quieres que tu nombre el mundo alabe,  
Que sea tu fama eterna y conocida,  
Lo ménos haz que á Garciperez hecho,  
Con que daras honrado satisfecho.

Así le respondió el invencible  
Don Pedro Ponce, y fiero arremetiendo

Contra el Moro, y el Moro con terrible  
Denuedo el brazo levantó hiriendo,  
Empieza el uno y otro en son horrible,  
Defendiéndose entrambos, y ofendiendo  
A golpearse con fiereza extraña  
Quel rio suspende y teme la campaña.

Carabé con orgullo y confianza  
De su esfuerzo y sus fuerzas tan pujante,  
Un golpe á otro presuroso alcanza,  
Que un monte deshiciera de diamante.  
Mas quando así hiriendo se abalanza  
A Don Pedro, Don Pedro en el instante,  
En el contrario ángulo se mete,  
De do seguro hiere y acomete.

Qual á la nao en alto mar metida  
Guarda el sabio piloto con cuidado  
Contra la tempestad enfurecida  
Del violento mar y viento ayrado.  
Que siendo con fiereza combatida  
Sin cesar por el uno y otro lado,  
Usando de los medios convenientes.  
Contrasta al mar y vientos diferentes,  
Así con gran cuidado y providencia  
De los golpes del bárbaro se guarda,  
Y le hiere Don Pedro, y con prudencia  
Quando arremete en proporcion le aguarda  
Reprime así la bárbara violencia  
Que mucho tiempo sin rendirse tarda,  
Segun del fuerte brazo recibia  
Las llagas y la sangre dél salia.

Estimulado de la horrible furia,  
 Una maza el cruel bárbaro levanta,  
 Fixando á un tiempo con ardiente furia  
 En los estribos una y otra planta.  
 A vengar su afrentosa y justa injuria  
 Descarga un golpe con fiereza tanta,  
 Que si en Don Pedro como dió no diera,  
 En qualquier otro crudo efecto hiciera.

Mas el valiente Caballero á punto  
 Que el Moro comenzó su movimiento,  
 Fué tan presto y estuvo tan á punto.  
 Que le impidió alcanzar con él violento.  
 Y frente á frente, y pecho á pecho junto  
 Quedó con él, y el Moro sin aliento  
 C. yó, saliendo el alma furiosa  
 Por donde entró la espada poderosa.

Mató á Ceudin, y al renegado Audama,  
 Que huyendo de Loxa habia venido  
 Donde á su padre dió á la ardiente llama  
 Por quel dexar la fe le habia impedido.  
 Este en su esfuerzo confiado y fama  
 Contra el fiero leon arremetido,  
 Donde el castigo Dios le tuvo cierto,  
 Que hasta los pechos fué de un golpe abierto.

Cayó la infernal anima lanzando  
 Por la mortal herida, estremeciendo  
 La tierra, en ella el fiero cuerpo dando  
 Que de sangre iba un ancho rio vertiendo.  
 Revuelve el real guerrero procurando  
 Dar fin él solo al combate horrendo,

Y lleno de corage y confianza  
 Dirriba, zsuela, y mata en su venganza. (ros  
 Haciendo el mesmo estrago en los Christia-  
 En seguimiento de Don Pedro iba  
 Muley Bohacen vengando á sus Paganos,  
 Casi haciendo igual la suerte esquiva.  
 No son en esto sus designios vanos,  
 Que por do pasa á muchos hiere y priva  
 De la vida, y hiriendo y derribando,  
 Por el Christiano exército iba entrando.

Aifonso Andres, y Pedro Rubio fuéron  
 Los primeros qu el bárbrro ha encontrado,  
 Que á un tiempo ámbos á dos le acometiéron,  
 Cada uno ganándole el un lado.  
 Y aunque con valor alto combatiéron,  
 Y del uno y del otro fué aquejado  
 Derribó al uno del caballo muerto (abierto.  
 De un golpe, y de otro al otro un hombro

Aquí Domingo Gomez acabara  
 Tu cierto tiro y tu preciada vida,  
 En tirar flechas tu destreza rara,  
 Sin igual en tu tiempo conocida.  
 Si un solo punto Botalhá tardara  
 En poner él su escudo á la herida  
 Que Muley te tiró, á quien tiraste  
 Una flecha que en dicha suya erraste.

Contra el Príncipe de Africa revuelve  
 Muley, de ira arrebatado y ciego,  
 Y á singular batalla con él vuelve  
 Sin darle el oido un punto de sosiego.

Con el furor que le arrebató envuelve  
La enemistad, la afrenta, el zelo, el fuego,  
Y todo junto, y viendo á quien le injuria,  
Lo precipitan á rabiosa furia.

Y levantando el diestro brazo fiero,  
Sin hablarle palabra, apercebido  
Del fuerte escudo y del cortante acero,  
Le tiró un golpe de hombre enfurecido.  
Botalhá lo repara, y con ligero  
Movimiento, con otro le acudió  
Que si en un monte de diamante diera  
Como al escudo de Muley lo abriera.

Hecho menudas piezas vino al suelo,  
Que el brazal solo le quedó en el brazo,  
Y sin temor, sin ningun recelo  
Lo arrojó por inútil embarazo.  
Protestando con voz que hiere el cielo  
Que igual aquel será el menor pedazo  
Que piensa dexar dél, y así furioso  
A Botalhá arremete presuroso.

Hiere apriesa el caballo tan ayrado,  
Tan sin sosiego y saña tan rabiosa,  
Tan de su horrible cólera llevado,  
Que ni le espantaba ni detiene cosa.  
Ni herido leon tan denodado,  
Ni la pisada sierpe tan furiosa,  
Como Muley va de ira y saña ciego,  
Por la sangrienta vista echando fuego.

No lo recibe con menor fiereza  
El Africano Príncipe valiente

A Muley, ni con ménos fortaleza  
Se opone á reprimir su furia ardiente.  
Y porque no le imputen á flaqueza,  
El escudo que trae animosamente  
Del brazo lo largó y echó en la tierra,  
Y sobre Muley va acabar la guerra.

Muley un hasta apañá presuroso  
De duro roble y reluciente hierro,  
Que halló junto á sí, y dice furioso,  
Con esta vengo tu alevoso yerro,  
Con esta, aquesse espíritu alevoso  
De ese maldito pecho desencierro,  
Que no es posible el cielo tu enemigo  
Dexar maldad tan grande sin castigo.

Vibró furioso el bárbaro su lanza  
Enderezada al Africano pecho,  
Que sin mostrar de su valor mudanza  
Lo tuvo firme al peligroso estrecho.  
Eseando tambien tomar venganza,  
En moviendo movió para él derecho,  
Dióle un golpe en la lanza con destreza,  
Ganó la punta, porque allí es flaqueza.

Cerró con él, y fiero de allí empieza  
A herirle por una y otra parte,  
Ya por los pechos, ya por la cabeza,  
Sin darle espacio, ni valerle el arte.  
No tiene sana de las armas pieza  
Muley, ni sabe como dél se aparte,  
Que sin aliento ya para aguardallo  
A la caba se arroja del caballo.

Tras él iba arrojarse el Africano,  
Mas A'gaydin poniéndose delante,  
De las riendas le asió con la una mano,  
Alzando el brazo fiero y arrogante.  
Este de Muley era primo hermano,  
Siempre contrario suyo, con bastante  
Causa, por quel poder y la riqueza  
Tratan con menosprecio la pobreza.

Aunque á Muley con odio aborrecia  
Porque con menosprecio lo trataba,  
Como el que en mando y bienes le excedia,  
Y al Rey y al Reyno con poder mandaba.  
Olvidado del odio que tenia  
El riesgo viendo en que su primo estaba,  
A Botalhá detiene que no vava,  
Ni la victoria con su muerte haya.

Mas el valiente Botalhá encendido  
En rabioso furor, de ira instigado,  
Sobre él revuelve, y fiero lo ha herido,  
Dando con él en tierra atropellado.  
Alzase en esto un bárbaro alarido,  
Un confuso clamor desacordado,  
Huyen rendidos al temor cobarde,  
Sin haber Moro que Christiano aguarde.

Garciperez y el Gran Señor de Lara  
Por la parte del muro dan en ellos,  
Y la victoria por allí se aclara,  
Principio dando de poder rompellos.  
Don Nuño mató aquí á Daut y á Huzmara,  
Y al valiente Gaudí, que defendellos

El solo dixo que podia del mundo,  
Sin conocer en él otro segundo.

Abul Abed, hijo del sabio Abdalla,  
Diestro en domar caballos Africanos,  
Que junto á sí á Garciperez halla,  
Que á sus pies muerto habia dos Paganos.  
Confiado en su alfange, escudo y malla,  
En su brioso esfuerzo, y fuertes manos,  
No rehusó con él probar la suerte,  
Mas quedó por despojos de la muerte.

Por el mismo lugar le dan rebato  
Sin que á sus golpes se resista hombre,  
Don Lorenzo y el fuerte Gallínato,  
Y el que ilustró de Alfaro el claro nombre.  
Seña mora ni bélico aparato  
Dexan en pie, ni Moro que no asombre  
Los golpes, muertes, el estrago fiero  
Que haciendo en ellos va el Christiano acero.

Crece el furor, crece el rigor de Marte,  
Y el temor en los bárbaros medrosos,  
Que sin defensa el campo se reparte  
Y á la huida acuden presurcosos.  
Aquejados por una y otra parte  
De los Christianos fuertes y animosos,  
Que hiriendo y matando los siguiéron  
Hasta que en el castillo los metieron.

El de Eucles en la parte de Triana  
Los apretaba de la misma suerte  
Con su invencible compañía Chris tiana,  
Que menosprecia su valor la muerte.

Que viendo recogida la Pagana  
Gente, ya sin osar probar la suerte  
Tocar á recoger mandó, imitando  
Los del Real que se volvian marchando.

Llenos de gloria victoriosos llegan  
Al real, donde el Rey estaba puesto  
Al paso, al qual humilde se le entregan,  
Y él los recibe con alegre gesto.  
Y como los privados se le allegan  
El grave caso hacen manifesto  
Con la sangre, las armas abolladas,  
Tintas en ella, y rotas las espadas.

La gente acude de las naves luego,  
Y Bonifaz delante á presentalla,  
Contándole el cruel desasosiego  
En que le puso la naval batalla.  
Muestrale á Gama apagador del fuego,  
Que fué principio de poder ganalla,  
Dándole á todos la debida gloria,  
Sin solo á sí aplicarse la victoria.

De oír á todos, y de ver presente  
Hazaña tan heroyca y milagrosa  
Tan digna de alabar por excelente  
De todos la virtud maravillosa.  
En medio puesto de una y otra gente,  
La lengua que destila miel sabrosa  
Movió, y mirando á una y otra parte  
Así prosigue el sacrosanto Marte.

Quando quiera deciros la grandeza  
Del valor vuestro, ó inclitos varones,

El esfuerzo inmortal, la fortaleza,  
Faltará ingenio en mí y propias razones.  
Si en quanto ilustra el sol con su belleza  
Desde nuestras Atlánticas regiones  
Vuestra gloriosa fama es conocida,  
Y vuestra espada bélica temida.

Que podré yo decir de vuestra gloria  
Si vuestros altos hechos testifican  
Lo que demanda copiosa historia,  
Y á la fama inmortal se los aplican.  
Ella los cante, y dellos dé memoria,  
Qual ellos mismos su loor publican,  
Sin que la invidia ni el olvido puedan  
Que á la fuerza del tiempo no precedan.

La victoriosa suerte que hoy tenemos  
Por vuestro esfuerzo habida, y vuestra espada,  
La campaña que vuelta en sangre vemos,  
Y de bárbaros muertos ocupada.  
El Betis, que aun apenas conocemos  
Su clara onda, en roxo humor trocada,  
Donde el ingenio y bárbara fiereza  
Deshizo vuestra inmensa fortaleza.

Aunque no es aquesta gran hazaña  
La mayor de las vuestras es loable  
Por ser la industria de la balsa extraña,  
Y el riesgo de los nuestros tan notable.  
Y no es de ménos gloria para España  
La de tierra, ni es ménos admirable,  
Y de inmortal renombre para otros,  
Lo que es sola alabanza de vosotros.

De todo esto, que en presencia vuestra  
 (Aunque me acorto) justamente digo  
 La hazafia de hoy da clara muestra  
 Del miedo en que dexais vuestro enemigo.  
 El santo y justo intento que os adiestra,  
 Y el valor alto al fin que aspiro y sigo  
 Me dan seguro, que de verse espera  
 En su alta torre mi real bandera.

Esto no puede mucho diferirse  
 Si con maduro acuerdo lo advertimos,  
 Y así debe en razon de presumirse,  
 Pues con tantos estragos los seguimos.  
 Del maestre no pueden resistirse,  
 Que en Triana por freno les pusimos,  
 Desta parte ya veis qual los tenemos,  
 Y el daño que contino les hacemos.

Cada día sus fuerzas apocamos,  
 Y las nuestras se aumentan cada día,  
 Ni por agua ni tierra los dexamos,  
 Ni de librarse el cielo les da vía.  
 Con esto solo amigos que advirtamos  
 Entenderemos quel Señor nos guía,  
 Cuyo brazo quebranta la potencia  
 Del que á su iglesia niega la obediencia.

Mil exemplos truxera milagrosos  
 Si el tiempo y la ocasion lo permitiera,  
 Y con ménos trabajo y mas ociosos  
 En regalada quietud os viera.  
 Mas estais aunque alegres y gloriosos,  
 Cansados de una lid tan larga y fiera,

Y un trabajo tan largo y tan pesado,  
 Mas obliga al reposo que al cuidado.

Así le dixo á su invencible gente  
 El defensor del celestial imperio,  
 Que con prudencia y animo excelente  
 Regia las cosas que hacia el misterio.  
 Estimulado del cuidado ardiente  
 En que vivia de su Reyno Hesperio,  
 Habiendo en todo á todos prevenido,  
 A su tienda real se ha recogido.

## LIBRO DECIMO SEXTO.

Cubrió la sombra que sucede al día  
 Hombres y plantas, montes y animales,  
 Principio dando á su nocturna vía  
 Cinthia, y las bellas formas celestiales.  
 Con la tiniebla y frialdad venia  
 El Cinmerio reposo á los mortales,  
 Trayendo aquel letheo y suave engaño  
 Con que del duro afan se olvida el daño.

En quieto silencio el mar y el viento  
 Estaba todo, y en reposo el mundo,  
 Solo Axartaf, su ardiente pensamiento  
 No le dexa en un mar de ansias profundo.  
 De su Reyno ve el cierto asolamiento,  
 Su destruccion ve y daño sin segundo,

Ve herido á Muley con tanta afrenta,  
Muertos los que tenia en mayor cuenta.

Deste horrible cuidado combatido,  
Gimiendo amargamente el duro daño,  
Al temor el espíritu rendido  
El triste Rey en un pavor extraño.  
Del cauto Hacen aquesto conocido,  
Como en quien la discordia y falso engaño  
Traiciones y homicidios se alvergáron,  
Y en quien quantas maldades hay se halláron.

Viendo ocasion á su deseo oportuna,  
Y á la venganza de su ardor zeloso  
Contra Muley, que sin defensa alguna  
Tenia consigo á quien le trae penoso.  
Sin acudir á mas que á su fortuna,  
Su natural siguiendo sedicioso,  
Olvidado de todo lo que obliga  
Al que de amor padece la fatiga.

Lleno de sangre, como el que en la rota  
Se halló, y aunque vivo habia escapado,  
Hecha pedazos la trabada cota,  
Roto el escudo y el arnes tranzado.  
Así por dar con esta insignia nota  
Que habia acudido á lo que está obligado,  
Ante el Rey se arrodilla, y desta suerte  
Propone el Moro cauteloso y fuerte.

Bien quisiera venir á tu presencia,  
O gran Señor, cargado de despojos,  
Dexando del contrario la potencia  
Desecha, qual la nuestra ante tus ojos.

Mas el cielo con libre preeminencia  
Le da al Christiano gloria, y á tí enojos,  
El porque él lo sabe, aunque yo espero  
Que ha de mudar de acuerdo tan severo,

Que no debe creerse que no sea  
Tambien á nuestra gente favorable,  
Pues no con ménos ánimo pelea,  
Ni en la virtud es ménos admirable.  
Esto hará la obra que lo crea,  
Y el hado en favor tuyo incontrastable,  
Que lo de hoy fué un no entendido efeto  
Que al cielo es reservado su secreto.

Mas aunque nos parece incomprehensible  
A la grabeza del humor terreno  
Alcanzar lo que al hombre es imposible  
De su torpe ignorancia estando lleno:  
Muchas veces, Señor, se ve visible  
Lo que se asconde en el celeste seno,  
Y se sabe, se trata y comunica,  
Y qual vulgar suceso se platica.

Las cosas á los hombres tan secretas,  
Suelen las celestiales impresiones  
Comunicarles y hacer profetas,  
Y dar de cosas por venir razones.  
Unas por terremotos, por cometas,  
Otras por sueños, otras por visiones,  
Qual yo, de una revelada he sido  
Del miserable caso sucedido.

Suplicote Señor, que estés atento  
Sin divertirte un punto de escucharme

El admirable y verdadero cuento  
 Quel gran Profeta quiso revelarme.  
 Que de los tuyos viendo el perdimiento  
 Ayudarte acudió con avisarme  
 De la oculta ocasion en que consiste  
 El daño todo del suceso triste.

Quando el combate con mayor fiereza  
 Entre los nuestros y el Christiano andaba,  
 Donde el valor, esfuerzo y fortaleza  
 Hacia el deber, y en un igual estaba,  
 Ni en el Christiano invicto la destreza,  
 Ni en el valiente Moro el brio faltaba.  
 De suerte que si daño nos hacian,  
 No era menor el que ellos recibian.

Andando pues así qual voy contando  
 Con nuestros enemigos defendiendo  
 Tu derecho, á mil dellos muerte dando,  
 Y mil muertes nosotros recibiendo.  
 En nuestra gente fué el valor menguando,  
 Y el ánimo igualmente enflaqueciendo:  
 Dexamos la batalla que tuvimos  
 Por nuestra, y con huida revolvimos.

Muley que solo habia con su mano,  
 Sin que poder al suyo resistiese,  
 Dado muerte á un gran número Christiano  
 Huyó sin que el honor le reprimiese.  
 Oyo tu voz, volvió el temor Pagano  
 En esfuerzo, hizo al campo que volviese  
 A la batalla con tan gran denuedo  
 Que traspaso en el Christiano el miedo.

Esta vuelta sin duda fuera tuya  
 De la victoria el premio glorioso  
 Que la fortuna pone á cuenta suya  
 Por un camino extraño y espantoso.  
 Que si presto no haces que concluya,  
 Acabará tu reyno poderoso,  
 Segun el Gran Profeta, que esto siente  
 Me dió á entender á mi personalmente.

Yendo revuelto en el sangriento asalto,  
 Sirviéndote qual es oficio mio,  
 Procurando no ser en nada falto  
 Al que mas su valor mostrase y brio,  
 Una figura desde el cielo alto  
 Baxó, de extraña forma y atavio,  
 Cubierta toda de un lúgubre velo,  
 Que le hondeaba el presuroso vuelo.

El rostro y las espaldas le cubria  
 El cabello, y la barba el ancho pecho,  
 Un mundo en la una mano sostenia,  
 Todo á la parte occidental deshecho.  
 Asíome, y luego de una niebla fria  
 Me cubrió en torno, y del combate estrecho  
 Me sacó, y en ayre suspendido  
 Me dixo así, despues de un gran gemido.

No te suspenda ni te cause espanto  
 La extrañeza que ves Hacen amigo,  
 Yo so el que fué vuestro Profeta santo,  
 Que vuestra parte favorezco y sigo.  
 Vengo que ya no puedo sufrir tanto,  
 Ni es justo que el Christiano mi enemigo



84 CONQUISTA DE LA BÉTICA.  
Triunfe del bando que mi nombre adora,  
Por la mágica fuerza de una Mora.

Esta procede quanto mal le viene  
Al poderoso Axartaf, y en esta  
El Rey Fernando mas potencia tiene,  
Que en la hueste que en campo tiene puesta.  
Y así al Rey vuestro en esto le conviene  
Si ver no quiere su ruina presta,  
Con muerte ó con prision quitar de en medio  
A Tarfiray no tiene otro remedio.

Ella con su sortilega potencia  
Hoy la vitoria ha dado á los Christianos,  
Rindió á las armas la mortal violencia,  
Apagó el fuego con sus propias manos.  
Y ahora en la animosa resistencia  
Que volviéron haciendo los Paganos,  
Amedrentados la batalla dexan,  
Que infernales ministros los aquejan.

Quando me dixo esta razon postrera  
La espesa nube hizo que se abriese,  
Y á donde andaba la batalla fiera  
La vista me mandó que revolviere:  
Hicélo así, y nunca Alá quisiera  
Que tal desdicha con mis ojos viesse,  
Sino que allí ó entre el Christiano acero,  
Viera acabar la vida mia primero.

Por que si hubiera (ó Rey esclarecido)  
De contar el suceso miserable,  
No dudo te tuviera suspendido,  
Como á mi muerto el caso lamentable.

Que á quien qual yo al fuerte Muley vido  
Ser al poder Christiano incontrastable,  
Matar millares dellos, y en un punto  
Vello huir y el campo con él junto.

Verlo oyendo tu voz con tal denuedo  
A la batalla hacer volver su gente,  
Y en ella entrar de nuevo tan sin miedo  
Qual siempre fué su corazon valiente.  
Hacer las cosas que decir no puedo  
Sin gran dolor, y el alma no consiente  
Que diga mas, que casos tan amargos  
Piden remedio y no discursos largos.

Y mas en este en donde estuvo  
El peso todo de tan gran vitoria,  
Que Tarfira aguardó con presupuesto  
De darle á su Africano Rey tal gloria.  
Lloroso de tu daño manifesto,  
Y de que honrase al Moro tal memoria,  
Al Profeta pedí que me dexase,  
Y acabar con los tuyos me baxase.

Mas tomando la mia con su mano,  
Con mustio rostro y triste sentimiento  
Respondió: ya el remedio en esto es vano,  
Que es sin reparo el fiero rompimiento.  
Poder divino y brazo soberano,  
No fuerza humana ni terrestre aliento  
Redimir pueden pérdida tan grande,  
Ni atajar que á mas daño se desmande.

Yo tengo á cargo en eso lo que importa,  
Y yo al remedio acudiré importante,

Que en mí igualmente que en vosotros corta  
 Del Christiano la espada triunfante,  
 Presto vereis como el furor reporta  
 Sin que prosiga en su deseo adelante,  
 Ve tú á Axartaf y dile lo que digo,  
 Que yo le vengaré de su enemigo.

Diciendo esta razon , la congelada  
 Nube se revolvió con repentino  
 Movimiento , y con ira desatada  
 Por el ayre conmigo hizo camino.  
 Y qual la seca arista arrebatada  
 En alto del revuelto torvellino,  
 Tal me truxo, y sin darme algun espacio  
 Me puso dentro en tu real palacio.

Fuera de mí confuso y temeroso  
 Quedé, lleno de horror, alto el cabello,  
 Mirando á todas partes pavoroso,  
 Sin poder entenderme ni entendello.  
 Mas siendo del espíritu glorioso  
 Esforzado, y forzado á obedecello,  
 De lo que me mandó te he dado cuenta  
 Y en su nombre la do, y por él la asienta.

Con un fingido y congojoso miedo  
 Hacen dió fin á su invencion extraña,  
 Dexando al Rey el cauteloso enredo  
 Fuera de sí creyendo tal patraña.  
 Y envuelto en confusion y en llanto acedo,  
 Que lo uno y lo otro le acompaña  
 Al que tan ignorante y ciegamente  
 Oye y cree, no qual oye y cree el prudente.

Deste hierro proceden muchos males,  
 Y muchos malos son favorecidos,  
 Trátanse mal los justos y leales,  
 Trátanse bien los falsos y fingidos.  
 Los honores y asientos principales  
 Son destos , y estos son los admitidos,  
 La virtud, la lealtad y la nobleza  
 Tratada con desprecio y aspereza.

Hacen lleno de engaño y de cautela,  
 En ocasion tan grave y tan forzosa,  
 Confiado en su ingenio al Rey revela  
 Una tan nueva y no creible cosa.  
 Que oyendola, ni el cauto ardid recela,  
 Ni advierte con prudencia cautelosa  
 Si pudo ser ó no, mas ciego en todo  
 Creyéndolo responde deste modo.

O amigo Hacen á quien el cielo santo  
 Ama, y el gran Profeta es tan amigo  
 Que del combate y marcial quebranto  
 Al cielo se subió á hablar contigo.  
 Pues tanto puedes y mereces tanto,  
 ¿Qué no haras? ¿qué no podras conmigo?  
 Haz y ordena las cosas de la suerte  
 Que pide la ocasion y Alá te advierte.

Del dedo al punto se sacó un anillo  
 En que el sello real traía estampado,  
 Y despues de avisallo y prevenillo,  
 De su mano á la suya se lo ha dado.  
 Y porque no dexase de admitillo  
 Muley, mandó que fuese acompañado

De Cayde, Bacalud, Celin, Bugima,  
Y de Abdulac, que el fiero orgullo oprima.

Alegre el cauto Hacén de verse puesto  
En donde su deseo le pedía,  
Del Rey se aparta, y parte á buscar presto  
La Mora, que aun su nombre aborrecía.  
Determinando de hacer en esto  
Quanto poder el Rey le concedía,  
Si huyendo Tarfira de su gusto,  
Con desden lo tratase ó con disgusto.

Iba resuelto de vengar su injuria  
En Muley Bohacén, si se pusiese  
En defender la que su honor injuria,  
Y el remitirla qual desea impidiese.  
Llevado así desta zelosa furia,  
Sin que descanso á su cuidado diese  
Llegó á la casa, y sin parar en nada,  
De gente y armas toda fué cercada.

Ni le reprime la real grandeza  
De Muley, ni el blason que ve á la puerta,  
Insignia que denota su nobleza,  
Conocida de Hacén, y á nadie incierta.  
Confiado en el mando, con fiereza  
Mandando hizo que le fuese abierta,  
Entró dentro, pregunta por Tarfira,  
Y á su aposento llega ardiendo en ira.

Ya á este punto habia la voz llegado  
A Muley, del forzoso atrevimiento  
Del esquadron de gente aderezado,  
Que á Tarfira cercaba el aposento.

Y aunque herido y todo desangrado,  
Desnudo sale como está al momento;  
Pide razon del caso, Hacén le cuenta  
Todo el suceso, y lo que el Rey intenta.

Muestrale el real sello, Muley pide  
Que vuelva al Rey, y diga que él la lleva,  
Que él se la llevará, y á otro lo impide,  
O de su muerte llevarán la nueva.  
A Muley dice Hacén: el tiempo mide,  
Busca otra ocasion para esa prueba,  
No te canses, que el Rey manda llevalla,  
O ha de ir, ó ante tí despedazalla.

Si el mundo todo al hecho se conspira,  
Si el infernal abismo se conjura,  
Si el cielo ardiendo en espantable ira  
Lo que tu dices que harás procura.  
Primero que se ofenda á mi Tarfira,  
Primero que perder su hermosura,  
El mundo asolaré, y el hondo abismo,  
Dice Muley, y al cielo haré lo mismo.

Furioso á las armas arremete,  
Aunque herido, con valor constante,  
Y con tan fieros golpes le acomete  
Que un monte deshiciera de diamante.  
De la estrechez y aprieto en que se mete  
Haciendo fuerza por pasar delante,  
Sin brotar sangre no quedó herida  
Cómo quando ve un muerto á su homicida.

No con ménos valor sobre él revuelve  
El Africano Hacén, que amor y zelo

90 CONQUISTA DE LA BÉTICA.  
Le precipita, esfuerza, ayra, envuelve  
En nueva furia, y en menor rezelo,  
Zayde á Hacén, Celin á Muley vuelve,  
Los demas les abaten por el suelo  
Los alfanges, trabádoles los brazos,  
Con ruegos unos, y otros con abrazos.

De todos impedidos se apartáron  
Los dos guerreros, y Muley cansado  
De forcejar, las fuerzas le faltáron  
Y cayo sin sentido desmayado.  
Que las recientes llagas le brotáron  
Tanta sangre, y el golpe que habia dado  
Del caballo en la zanja, le pusiéron  
Tal, que todo esto junto lo rindiéron.

Bugima y Bacalud lo recibieron  
Al caer en sus brazos con firmeza,  
Y en sus dos capellares lo pusiéron  
Llenos de espanto y muertos de tristeza.  
Celin y Zayde y Abdalac se fuéron  
A darle cuenta al Rey de la extrañeza  
Del admirable caso, y la otra gente  
Quedó á Hacén, que su opinion sustente.

Sin darle alteracion, ni el intrastable  
Pecho, mostrar del caso sentimiento,  
Que piensan los crueles que es loable  
A la piedad no darle acogimiento.  
Con infernal espíritu implacable  
Prosiguiendo en su horrible pensamiento  
A Tarfira de un brazo asió, diciendo,  
Con voz soberbia y con semblante horrendo,

Pues no ha podido mi amoroso ruego  
Mover tu dura obstinacion un punto,  
Ni mi fatiga ni mi ardiente fuego,  
Ni la muerte que ví por tí tan junto.  
Ahora que veo luz, y no estoy ciego,  
Que tengo vida, y ya no estoy difunto,  
Ahora quiero que conozcas claro  
Tu altiva ingratitud y tu odio avaro.

El Rey me ha dado facultad que pueda  
Premiar tu insolente desvarío,  
Que te dé muerte, ó vida te conceda,  
Eso remite á solo el querer mio.  
Si el gusto tuyo hacer el mio no veda,  
Si á mi querer no acudes con desvio,  
Verás en tí una gloriosa suerte,  
Y en excediendo una espantable muerte.

No te suspendas mas ni te diviertas,  
Dame respuesta en esto que te pido,  
Y pues á tiempo estás, mira que adviertas  
Lo que me debes, y lo que he sufrido.  
Quantas cosas te he dicho serán ciertas,  
No te impida temor ni amor fingido,  
Mira que la venganza en casos tales  
Mueve los corazones mas leales.

Viendo Tarfira lo que el Moro intenta,  
Y la fuerza que hace por llevalla,  
Habiendo estado á su razon atenta,  
La suya dá queriendo así atajalla.  
Si todo lo que aquí me representa  
Tu libre voluntad, y en tí se halla,

Y el poder que te ha dado el Rey te anima,  
Ni me conmueve á mí ni desanima.

Otras veces en este mismo efeto  
Has hablado conmigo, y siempre fuiste  
Respondido de mí, que está sujeto  
Mi corazon á aquel que siempre oiste.  
Y ahora puesta en este duro aprieto,  
Amenazada con la merte triste

Vuelvo á decir, que ni el honroso premio  
Podrán conmigo, ni el mortal apremio.

Executa el poder que el Rey te ha dado  
En mí, como en Muley á quien has muerto:  
Haz tu soberbio corazon vengado  
Y el odio que en él tienes encubierto.  
Que el cielo que me pone en tal estado  
Por lo que él sabe, sabe claro y cierto  
Tu horrible trato, tu infernal cruera,  
Tu engaño y tu infiel naturaleza.

Y él pues me priva de poder vergarme  
Con este brazo que tu mano aprieta,  
En darme esfuerzo no podrá faltarme  
Para morir sin ser á tí sujeta.  
En esta fé constante has de hallarme  
Sin que el temor, ni tu maldad secreta  
Tuerzan mi casto ánimo de aquello  
Que á mi suerte es debido defendello.

De aquesa vana fé (respondió fiero  
El soberbio Hacén) habrás el pago  
Que por tu afrenta y tu disgusto quiero  
Hacer mi gusto, pues por él lo hago.

Tarfira replicó, verás primero  
Que llegue á ver tan afrentoso trago  
Tu justa muerte, que el honor me esfuerza  
Y suple en esto el ánimo á la fuerza.

Con el siniestro brazo le rodea  
El fuerte Moro la cerviz rosada  
A la bella Tarfira, que se emplea  
En la defensa sin rendirle nada.  
Y porque el fiero bárbaro no vea  
Cumplir su gusto, y dexe deshonrada,  
Con ánimo defiende su pureza,  
Dando fuerza el honor á la flaqueza.

Al ruido, á las voces, al estruendo  
Los dos que á Muley tienen compañía  
En el desmayo, acuden entendiendo  
No la maldad que cometer queria.  
Y á Tarfira y Hacén trabados viendo,  
Que ella dél con valor se resistia,  
Y á el que asido della procuraba  
Lo que animosamente ella negaba.

Estaba el fiero bárbaro tan ciego,  
Tan fuera de razon, tan sin sentido,  
Que de Celin ni Zayde valia el ruego  
Ni daba á voces ni al clamor oido.

De su furor sentia solo el fuego,  
Y así él solo sin valor rendido,  
Sin refrenar la detestable furia  
Volvió el amor en fuerza, oprobrio, injuria.

La bella Mora, aunque no rendida  
Del ánimo, que en ella era invencible,

Andaba ya de fuerza enflaquecida,  
 Porque el contrario en ella era terrible.  
 Esforzabase viéndose ofendida,  
 Su venganza haciéndola posible,  
 Que la honra en estrecho nunca duda  
 Que ha de vengarse aunque le falte ayuda.

Sin valer con el Moro cosa alguna,  
 Ni reprimir su ánimo obstinado,  
 Quiere así contrastar á la fortuna,  
 Y haber el premio que le habia negado.  
 Viendo que le ase Zayde y le importuna,  
 Que de Celin tambien se via trabado,  
 Tiró de todos, blasfemando al cielo  
 Y con ella y con ellos dió en el suelo.

Qual suele el feroz toro al animoso  
 Y fuerte alano, que lo tiene asido,  
 Que sin dexarlo, con ardor furioso  
 Lo aqueja, y trae sujeto y afligido.  
 Que lleno de fiereza con rabioso  
 Impetu, en saña y cólera encendido  
 Con brazos, piernas, pecho, cuerno y frente  
 Lo despide, y con ánimo valiente.

Tal el fiero Hacen ardiendo en ira  
 A Zayde y á Celin de sí sacude,  
 Y á la afligida y misera Tarfira,  
 Que ya á los ruegos de muger acude.  
 El oido, el cruel bárbaro retira,  
 Y sin que dél proposito se mude,  
 El pie á Tarfira puso en la garganta,  
 Y alfange y brazo con furor levanta.

Vuelven sobre él los Moros á impedille  
 Que el fiero golpe no descargue en ella,  
 Y con ruegos de nuevo á persuadille  
 Que su valor no emplee en ofendella.  
 Ni á ellos oye, ni á ella quiere oille,  
 Ni ruegos ni clamor su ira domella,  
 Dando voces que dél se desviasen,  
 Y libre el brazo que le asian dexasen.

En esto estaban con el Moro fiero  
 Los dos piadosos Moros, resistiendo  
 Que no alcanzase del tajante acero  
 En la hermosa Mora el golpe horrendo.  
 Quando el Rey llega, y Abdalac el primero  
 De Hacen la fiera condicion temiendo,  
 Como él que bien su pretension sabia,  
 Y el odio della y el zelo en que se ardia.

Acompañando al Rey venia delante  
 Recelando del bárbaro el efecto,  
 Que el zelo y el desdén en un amante  
 Hacen dexar de serlo al mas perfecto.  
 Qual este que volviéron de diamante  
 El tierno pecho, al dulce amor sujeto  
 Los desdenes y zelos, y esta injuria  
 Su amor convierten en rabiosa furia.

Como al soberbio Moro Abdalac vido  
 Pisando el cuello de la Mora bella,  
 Y en alto el fuerte brazo suspendido  
 Por los dos Moros que hacian por ella;  
 Para ellos corrió despavorido,  
 Diciendo: dexa fiero de ofendella,

Que el Rey viene á impedir tu crudo intento,  
Y á que cese tu horrible atrevimiento.

Levantó el rostro el bárbaro inhumano  
A la voz , y al Rey vió con su sobrino,  
Largó á Tarfira, y con semblante ufano  
A donde estaba el Rey diciendo vino:  
De Muley se ve en esto el furor vano.  
Que quiso con soberbio desatino  
Contra el celeste mando y querer tuyo  
Contrastar el terrestre poder suyo.

Axartaf no le da respuesta alguna,  
Y Hacen con su habla no prosigue,  
Que teme si con ella le importuna  
A ira como á lastima le obligue.  
Tarfira , amancillada en su fortuna  
Quejándose de Hacén sus pasos sigue,  
Pide justicia al Rey , dándole cuenta  
De su historia, y lo que el Moro intenta.

Oyela el Rey, y como ya venia  
De Abdalac informado largamente  
De lo que el Moro della pretendia,  
Duda con pensamiento diferente.  
Discurre la ligera fantasía  
Por mil discursos que le trae presente  
El caso , y sin poder comprehendello  
Ni osa culpar al Moro ni absolverlo.

Sus penso el afligido Rey no sabe  
El órden elegir para que acierte,  
Ni si dexé á Hacén, ó si lo acabe,  
Ni si le crea la divina suerte.

Sosiego en su alma ni quietud no cabe,  
En tanta duda y en dolor tan fuerte  
Gime viendo á Muley hecho despojos  
De la muerte, y de humor cubre sus ojos.

Dudando en esto, y suspendido desto,  
Quedó Axartaf en su profunda guerra,  
Con extremos haciendo manifiesto  
El sentimiento que su alma encierra.  
Quando Muley con demudado gesto  
Levantó el cuerpo todo de la tierra,  
Abrió los ojos que cerró la muerte,  
Y al Rey su tio dice de esta suerte:

Tendras, ó Rey , por admirable cosa,  
Despues de muerto ver mi nueva vida,  
Que bien considerado es prodigiosa,  
Y para dar horror aun siendo oida.  
Quanto mas quien la ve, y esperar osa  
Con animo y constancia no rendida  
Qual tú, y á un hombre habla que no tiene  
Vida, y del otro mundo á hablarte v ene.

La causa es desto á solo prevenirte,  
Que con descuido vives y engañado,  
Y de lo que te importa apercibirte,  
Si en vida quieres conservar tu estado.  
Esto me manda una Deidad decirte,  
Que teniendo de ti y de mí cuidado,  
A tu remedio acude por el modo  
Que de mí te será informado todo.

Viendo la injuria que á mi honor y nombre  
Hacen hacia con tu nombre y sello,

En que ni á tu grandeza ni renombre  
Era debido en tal obedecello.  
Movido, y no de espíritu de hombre,  
Me opuse sin estar para hacello  
Por las recientes llagas que tenia,  
Y por la mucha sangre que vertia.

Mas estando en mi cama desta suerte  
Sin valor para hacerle resistencia,  
Mas para el trago de la dura muerte,  
Que para entrar con él en competencia.  
Oí una voz que dixo: Muley fuerte,  
No sufras que se haga tal violencia  
A Tarfira, sal presto que ese injusto  
Engaña al Rey por solo hacer su gusto.

No dexes que en un casto pensamiento,  
Tan encendido en inmortal pureza  
(Qual sabes bien, pues siempre á tu tormento  
Ha resistido con tan gran firmeza)  
El desleal Hacen su falso intento  
Cumpla, y desflore con bestial fiereza  
El casto honor que tanta estima tiene,  
Y ella con tanto ánimo mantiene.

Desta voz instigado salí fuera,  
Pedile que Tarfira iria conmigo  
A cumplir tu mandado, y quel se fuera  
Que luego al punto me veria contigo.  
No vino en esto, y con la muerte fiera  
Le amenazó, y que en un cruel castigo  
Primero te daría que dexalla,  
Porque venia á esto ó á llevalla.

Acudí á la defensa apercibiendo  
Las armas que el furor me dió á la mano,  
Con justo intento, el falso resistiendo  
De ese insolente bárbaro Africano.  
Con quien andando en el combate horrendo  
Perdí el aliento, quel sugeto humano  
No puede en tanto daño recibido  
Resistir mas, sino caer rendido.

Rompió la estrecha ligadura el alma,  
Las tinieblas los ojos me cubrieron,  
El alfange aflojó la diestra palma,  
Los vitales espíritus murieron;  
Y el alma que en el mundo tanta palma  
Ganó, y en guerra tanto honor le diéron,  
Al punto que empezó á hacer camino  
Asió della un espíritu divino.

Quien fuese no sabré significarte,  
Ni con lengua mortal encarecello,  
Ni su beldad qual era figurarte,  
Mas que decirte que era un joven bello.  
No tenia de cosa mortal parte,  
Ni su rostro ocupaba el primer vello,  
Venia adornada la inmortal figura  
De las partes que Apolo se figura.

Traía una ropa verde matizada  
De inmortal oro y piedras relucientes,  
Por los anchos espacios adornada  
De celestiales formas refulgentes.  
Una sierpe en los pechos dibuxada,  
Acometida de Christianas gentes,



Y á los pies unas letras que decian,  
Ellos lo acabaran si así porfian,

De mí ha sido el espíritu glorioso  
Rompiendo el ayre con ligero vuelo,  
Qual el ave del Jove poderoso  
Quando al Troyano Joven subió al cielo.  
Dió conmigo en un valle deleytoso  
Que ni en el cielo estaba ni en el suelo,  
Entre entrambos dos orbes sostenido,  
De gloria y de deleyte enriquecido.

Aquí de hojosos árboles compuesto,  
Y de agradables fuentes que corrian,  
Se via adornado el soberano puesto,  
Y de almas ilustres que se vian.  
Que sin cuidado ni temor molesto  
Por los floridos prados discurrían  
En dulces coros y en alegres fiestas,  
Muchas de yedra y de laurel compuestas.

En lugares distintos se mostraban  
Un gran numero en cosas diferentes,  
Unas ligeros corzos acosaban,  
Y otras los javalies y osos valientes.  
Otras en blandos ocios se espaciaban  
Entre las flores y sonoras fuentes,  
Sin acudir á mas que en este officio  
Ocupar su memoria y exercicio.

Quedé de la extrañeza suspendido,  
Sin hacer otra cosa que admirarme  
En mirar fuentes, valles, montes, exido,  
Y tantas álmás de que via cercarme.

Que la Deidad que allí me habia subido  
De todo viendo así maravillarme  
Llegándome á los bordos de una fuente  
A las demas en todo diferente.

Ocho columnas de alabastro y oro  
A lo Mosayco y Jonico labradas  
Tenian un techo que valia un tesoro  
Las piedras que por él se vian sembradas.  
El golpe de agua que salia sonoro  
De seis Ninfas de Pario relevadas  
El medio de la fuente ancha ocupando,  
Por los pechos la fresca agua lanzando.

Un grande estanque estaba junto della,  
Que de la fuente el agua recibia,  
Sin que al pasar pudiese nadie vella  
Porque la tierra el paso le cubria.  
De aqueste el monte, el prado, y selva bella  
Sin cesar se regaban noche y dia,  
Y despues en un rio se convierte,  
Que por el largo término se vierte.

Al punto que llegamos á esta fuente  
La celeste Deidad que me guiaba  
En medio me lanzó de su corriente,  
Que me hundió donde su centro estaba.  
De aquí me arrebatáron velozmente  
Sin saber quien, aunque conmigo hablaba,  
Y despues que en un baño me laváron.  
Al estanque que digo me lleváron.

Al bordo estaba del estanque puesto  
El glorioso joven, aguardando

Que me arrojara fuera el curso presto,  
 Mi humanidad (qual él decia) lavando.  
 Porque dexando de hacerse esto  
 La gloria que se estaba allí gozando  
 A nadie puede serle concedida,  
 Y por Mahoma á todos defendida.

Luego que dexé el agua y salí fuera,  
 La mía tomando con su diestra mano  
 El joven, me habló desta manera,  
 Con blanda risa y con semblante ufano:  
 Muley no dudo que en congojosa fiera  
 Te ponga el caso oculto y soberano,  
 Y te admire el lugar que no se alcanza  
 Si muerte y vida no hacen tal mudanza.

Desto que has visto el gran secreto dexo  
 Reservado á otro tiempo en que lo diga,  
 Porque de ver (si puede ser me aquejo)  
 A tu tio Axartaf en tal fatiga.  
 Deste cuidado punto no me alejo,  
 Porque Hacen su intento no consiga,  
 Y con engaño tal al Rey engañe,  
 Ni con tal nombre á Tarfira dañe.

Ve luego al Rey, y dile que yo digo  
 Que soy quien ves, que ese traydor procura  
 Su destruccion, que con mortal castigo  
 Su atrevimiento pague y su locura.  
 Y que en la nube no se vió conmigo,  
 Ni lo saqué de la batalla dura,  
 Quel huyó della, y dado aqueste aviso  
 Vente á gozar de nuestro paraiso.

Esta razon diciendo Muley fuerte,  
 Con un mortal desmayo vino al suelo,  
 La boca y ojos le cerró la muerte,  
 Cubriéndolo de un pálido y frio hielo.  
 El Rey quedó admirado de la suerte,  
 Lleno de horror y triste desconsuelo,  
 Los demas en suspenso encogimiento  
 Del caso, y del Rey viendo el sentimiento.

Los ojos que cubria el humor lloroso  
 Tiene Axartaf en el sobrino puestos,  
 Suspirando y gimiendo congojoso,  
 Sus cuidados haciendo manifestos.  
 Revolviendo el espíritu cuidadoso  
 Por mil discursos varios y molestos,  
 Que le traia su dolor presente,  
 Al cabo dice con valor prudente.

Tener puesto al contrario en la campaña  
 Que nos tiene del modo que nos vemos,  
 Que nos ofende mas y mas nos daña.  
 Quanto mas en defensa nos ponemos.  
 Que nos encierre aquí su ardiente saña,  
 Y nos destruya si salir queremos,  
 Y al remedio de aquesto no acudimos,  
 Y si acudimos, ved qual del salimos

Muerta nos tiene la Christiana espada  
 (En diez meses) la flor de nuestra gente,  
 Sin que á su intento se resista nada,  
 Porque á su intento todo está obediente.  
 La tierra destruida y saqueada  
 Nos lo dice, y el mal que veis presente

Nos amenaza con mortal caída,  
Pues Muley soio nos podía dar vida.

Este daño Hacen pongo á tu cuenta  
Pues me engañaste con tan falso engaño,  
Y así como á traydor muerte y afrenta  
Te haré dar con un castigo extraño.  
Que el que á su Rey qual tú engañar intenta,  
Quien un insulto cometió tamaño,  
Quien ofende muger y la de honra,  
Pague igualmente con la vida y honra.

Mandó que luego allí lo desnudasen,  
Y atras los fuertes brazos le volviesen,  
Y así desnudo al campo lo sacasen,  
Y atado de un pié en alto lo pusiesen;  
Y que tanta distancia lo apartasen  
Que del Christiano ejército lo vieses  
Luego quel claro Apolo á los mortales  
Diese luz con sus rayos celestiales.

Que en el doblado y cauteloso pecho  
Donde cupo tan pérfido delito,  
Manifestando el detestable hecho  
En un papel lo lleve todo escrito.  
Porque sa'ga del orbe nuestro estrecho,  
Y en la Africa, Armenia, y la fecunda Egipto  
Tengan noticia del profano aleve,  
Manda que luego así á cumplir se lleve.

Hizo al real palacio llevar luego  
El cuerpo de Muley, dando á Tarfira  
Por libre, y sin oír de Hacen el ruego  
Ayudado á su aposento se ritira.

Los ministros acuden sin sosiego,  
Y del vestido cada qual le tira  
A Hacen, y con furia lo arrebatan,  
Y atras los brazos fuertemente le atan.  
Pónenlo en el camino resonando  
El cóncabo metal, y entre la obscura  
Y fría niebla, el triste Hacen llorando  
Va á padecer la justa muerte dura.  
Pide á Abdalac, que pues el regio mando  
Va á executar, que en tanta desventura  
Se compadezca dél, y le dé muerte  
Que sea mas breve, y no tan larga y fuerte.

Sin responderle ni otorgarle cosa  
De las que demandaba, llegó al puesto  
Que la justa sentencia rigurosa  
Mandaba, y donde estaba el palo puesto.  
Colgáronlo, y la trompa sonora  
De nuevo hizo el ronco son funesto,  
Que en el Christiano ejército fué oído,  
Y al arma todo al punto apercebido.

Los caballos acuden presurosos  
Donde la órden de acudir tenían,  
Y los infantes corren animosos  
A sus banderas, qual hacer solian.  
Forman de allí esquadrones poderosos,  
Que á guardar varios puestos acudian,  
Salen espías, ponen centinelas,  
Renuevan armas, aperciben velas.

El magnánimo Rey personalmente  
Acude á todo, y todos acudiendo

A sus obligaciones, con prudente  
Disponer lo iba todo apercibiendo.  
Así aguardaba la invencible gente  
Sin entender la causa del estruendo  
Bárbaro ni á que fin la trompa fiera  
Resonó, y dió señal de tal manera.

Salió una esquadra por aquella parte  
Quel puente del famoso Guadayra  
Queda á la diestra, y de Tablada parte  
El término y la gran ciudad se mira.  
Siguiendo el orden bélico de Marte  
De esfuerzo apercibidos y de ira,  
A donde la sonora trompa oyéron  
Espiendo el tendido llano fuéron,

Por esta parte habian enderezado  
Los cautivos huidos su camino,  
Para entrar en el campo deseado  
Del santo Rey que ya tenian vecino.  
Y como fuese dellos encontrado  
El Christiano esquadron, Reynoso vino  
Reconociendo si eran enemigos,  
Y enmedio se halló de los amigos,

Alzó la voz, llamó á sus compañeros,  
Pónese en medio del Christiano amparo,  
Cuentan su historia y sus desastres fieros,  
Todo el suceso allí haciendo claro.  
Preguntan á los fuertes Caballeros  
Por el valiente Lope Díaz de Alfaro,  
Que compañero fué en su trabajoso  
Cautiverio, de Orgales y Reynoso.

De todos eran con igual contento  
Los Christianos cautivos escuchados,  
De todos con alegre sentimiento  
De palabra y consuelo regalados.  
Don Lope de Quevedo estuvo atento  
Oyendo miéntras eran preguntados  
De todo el caso, y con valor ardiente  
Le dice así á su Christiana gente.

El Christiano caudillo que sustenta  
La guerra en nombre del Señor del cielo,  
Y de la Santa Fe la gloria aumenta,  
Ensancho los límites del suelo.  
Con ser todos de tanto honor y cuenta  
Qual sois, me envia en este obscuro velo  
A mí el menor de todos á regiros,  
Debiendo obedeceros y serviros.

Mas ya que su grandeza poderosa  
Quiere por esta via engrandecerme,  
Y honrarme así con suerte tan gloriosa  
Qual fué de vos el Capitan hacerme.  
Si os pareciere hagamos una cosa  
A quel honor me fuerza á disponerme,  
Y la piedad á todos nos obliga  
A que la obra el justo fin consiga.

Este Christiano dice, que en oyendo  
Que resonó la trompa, fué espiedo  
A donde resonó y oyo el estruendo  
Del bárbaro que se iba retirando.  
Y dice que dexáron padeciendo  
Muerte cruel de un solo pié colgando

A un hombre en una horca suspendido,  
Y que no aguardó mas quando esto vido.

Débase presumir que esta inclemencia  
Seria en algun Christiano executada,  
Por su odio ó su bárbara violencia,  
O por ver hoy su sangre derramada,  
Y ya que executáron su sentencia,  
Y la muerte por ella le fué dada,  
Vamos y de la horca lo quitemos,  
Y al Christiano real nos lo llevemos.

Todos sin discrepar condescendiéron  
En que por obra al punto se pusiese  
El piadoso acuerdo, y le pidiéron  
A Don Lope que no lo difriese.  
Hízolo así, y á una revolviéron  
Las riendas, sin que en ellos uno hubiese  
Que deste parecer se desviase,  
Y á otro diferente se inclinase.

Reducidos en orden, y guiados  
De los cautivos que en esquadra puestos  
Delante iban de esfuerzo acompañados,  
Y á todo riesgo con valor dispuestos.  
De silencio y tinieblas rodeados,  
Midiendo el llano van con pasos prestos,  
Sin que voz, ni relincho de caballo,  
Ni estruendo alguno fuese en alterallo.

Qual suelen los prudentes cazadores  
Que la ligera liebre procurando  
Rodean el prado, y miden los alcores  
En orden puestos sin hablar buscando.

A los ligeros galgos y ventores  
El cargo de la caza encomendando,  
Y á ellos el silencio con que hacen  
Su caza, y á su oficio satisfacen.

Así los caballeros valerosos  
Siguiendo el fin de su acordado intento,  
En quieto silencio van cuidadosos  
Su camino con sordo movimiento:  
Llegan al puesto y cercan animosos  
El palo, y los cautivos al momento  
Asiendo dél, del suelo lo arrancáron,  
Y palo y ahorcado se cargáron.

La cuerda le cortó Mateo de Orgales,  
Que en el ayre de un pié lo sostenia,  
Mira el rostro que hecho cardenales  
Sin semejanza un globo parecia.  
Ni la traza le dicen ni señales,  
Quien fuese, ni Reynoso conocia  
Si era Christiano ó Moro, con mirallo  
Y á mil partes volvello y levantallo.

En esta duda y suspension estaban  
Los unos y los otros detenidos,  
Que era uno los unos afirmaban,  
Que era otro los otros advertidos.  
Los unos y los otros porfiaban,  
Y en esto estando todos encendidos,  
Martin de Oviedo un Moro halló echado,  
Que allí llorando el muerto habia quedado.

Este traído, y entre todos puesto  
Sin ser apremiado les dió cuenta

Del caso todo, y hizo manifesto  
De Bohacen el fin, de Hacen la afrenta.  
Y en medio del Christiano esquadron puesto  
Para que como allí les representa  
Aquella historia, al Rey sela refiera  
Como la cuenta allí por verdadera.

Cargan el muerto, atan el cautivo  
Los cautivos, y al campo al gres parten  
A dar reposo á su trabajo esquivo;  
Y el en que iban entre si reparten.  
Y con cuidado vigilante y vivo  
Don Lope manda á todos no se aparten,  
Y unidos con tan buen trofeo revuelven  
Con muerto y preso, y con cautivos vuelven.

---

LIBRO DECIMOSEPTIMO.

**D**el suceso llegó la alegre nueva  
Al pastor del Christiano ayuntamiento,  
Que rompiendo las sombras se la lleva  
La veloz Fama por el presto viento.  
Tiéndese el real, y el vulgo aprueba  
Ménos y mas hablando en todo atento,  
Quitando y añadiendo, que esto tiene  
La nueva quando por el ayre viene.

Cercado en torno de su invicta gente  
Cuidadoso aguarda que Don Lope venga,

Por que la nueva abierta y libremente  
Se platica, y no hay ya quien no la tenga.  
Instiga á todos el deseo ardiente  
Que no sufre que tanto se detenga,  
Que las cosas que agradan siempre tardan,  
Si con cuidado y con deseo se aguardan.

Así el glorioso defensor de España  
Ocupado y cuidadoso está aguardando  
Quien le cuente de vista la hazaña  
Qual todos van de oidas afirmando;  
Deseando ver cosa tan extraña  
Muerto, preso y cautivos deseando,  
Llegó Don Lope, y á sus pies postrado  
Muerto, preso y cautivos le ha entregado.

Maravillado el Rey quedó, y suspenso  
De Principes el fuerte ayuntamiento,  
Que á todos aquejó el cuidado inmenso,  
Que á nadie hace de su fuerza esento.  
Todo el discurso allí desde el comienzo  
Recitó en el Real acatamiento

Don Lope, dando al preso por testigo  
Del muerto, y la ocasion de su castigo.

El qual á Botallhá viendo presente  
Como vasallo suyo ante él se inclina,  
Y el temor deseando libremente,  
De Hacen y Muley cuenta la ruina.  
Cuenta del uno y otro el fuego ardiente  
Sirviendo en competencia á la divina  
Tarfira, que igualmente los trataba,  
Y su inviolable honestidad guardaba.

Cuentale como habia Tarfira sido  
 La que en el riesgo se arrojó á librallo,  
 Viéndolo á pié, sin armas y herido,  
 A Muley derribando del caballo.  
 Sin dexar cosa allí le ha referido  
 La historia desde que partió á buscallo  
 De Marruecos, y el órden que habia y modo  
 En Sevilla, y calló informado todo.

Botalhá oyendo de Hacen el nombre,  
 Y de Tarfira y de Muley la muerte,  
 Mudó el color y dixo: aqueso hombre  
 Y aquesos nombres son mi cruda suerte.  
 Y no te maravilles que me asombre,  
 Sinó de verme que á hablarte acierte,  
 O esclarecido Rey, que tantas cosas  
 Han de admirar, y mas tan espantosas.

No dixo mas, quedando con sosiego  
 Mirando al Rey el Moro valeroso,  
 Y aunque de alteracion y dudas ciego,  
 Fué en encubrillo todo poderoso.  
 El Christiano caudillo entendió luego  
 La pasion y cuidado congojoso  
 En que quedaba el Principe Africano,  
 Por la razon que dado habia el Pagano.

Y así á Don Lope le mandó que fuesen  
 Los Christianos cautivos alojados  
 Por él, y que en regalo los pusiesen  
 Como sus males fuesen reparados.  
 Que el preso y muerto á Botalhá le diesen,  
 Y á do mandase allí le sean llevados,

Entróse, esto mandado, á su aposento,  
 A entregar al reposo el pensamiento.

Don Lope acude á lo que está á su cargo,  
 Y los cautivos se llevó consigo,  
 Que del trabajo libres, y afan largo,  
 Amparados se ven del bando amigo.  
 Ansioso, triste, envuelto en llanto amargo  
 Botalhá, hace al muerto su enemigo  
 Que lo arrojen al campo, y con el vivo  
 Se aparta á platicar su daño esquivo.

Suspensos todos sin hablar quedáron  
 Del Rey de Africa viendo el sentimiento,  
 Y á mil diversas cosas lo aplicáron  
 Con diferente voz y entendimiento:  
 Y como la verdad no declaráron,  
 Tras della andando discurriendo atiento,  
 Don Lorenzo al Infante Don Henrique  
 Dice, de esto no sé que certifique.

Ver un hombre tan grave y tan valiente,  
 Hacer extremos de congoja tales,  
 Descomponerse un hombre tan prudente,  
 Rendirse así á la fuerza de los males;  
 Considerado bien, y sabiamente  
 Visto el afecto, y vistas las señales,  
 De gran causa procede tanto efecto  
 En varon tan constante, y tan perfecto.

El hijo del magnánimo caudillo  
 De la guerrera España así responde:  
 Bien podemos el caso atribuillo  
 A todo aquello que el secreto asconde;

El querer padecello y encubrillo,  
Pues no da indicio ni lugar por donde  
Saberse pueda, imitando en esto  
Algun varon, que veo en este puesto.

El Rey mi padre, y yo (al que digo) vimos,  
Y todos quantos en presencia veo  
Ir contra siete Moros, y estuvimos  
Temerosos que hiciesen del trofeo.  
Porque uno, que nunca conocimos,  
Que iba con él, rendido al temor feo  
Lo dexó, y al real volvió huyendo,  
La vida en mas que el claro honor teniendo.

Mas el constante y fuerte caballero,  
Gloria y blason del siglo y los antiguos,  
Aunque dexarse vió del compañero,  
No por eso dexó los enemigos.  
Que él solo, y amparando á su escudero  
Del campo los echó, qual son testigos  
Todos, y con ver esto no he podido  
Saber quien lo dexó, ni se ha sabido.

Garciperez, oyendo al fuerte Infante,  
Los ojos vió que todos habían puesto  
En él, y que pasaran adelante  
En lo que Don Henrique habia propuesto:  
Para impedirlo serenó el semblante,  
Y con alegre, aunque severo gesto,  
Con la humildad que lo ensalzo contino,  
Así le respondió el varon divino.

No es cosa nueva á tu Real grandeza  
(Principe excelso) darme el favor suyo,

Engrandeciendo mi servil baxeza  
Con la gloria debida al nombre tuyo.  
Hazañas son de tu inmortal largueza  
Que á tí debidamente restituyo:  
Pues tu solo valor es el que puede,  
Y dél quanto se obra nos procede.

Quedó en esta razon el invencible  
Garciperez suspenso, y conociendo  
Don Lorenzo, que le era aborrecible  
Toda alabanza, estándola él oyendo:  
Le dixo, ó Garciperez, ¿es posible  
Que nos vais tanto tiempo así escondiendo  
Quien fué, el que huyendo esa batalla,  
Os dexó solo á vos para ganalla?

Su Alteza, y el Infante, y yo estuvimos,  
Y otros muchos que juntos nos hallamos,  
En la tienda Real, de donde vimos  
De la ocasion el fin que deseamos:  
Y como al que os dexó no conocimos,  
El Rey y todos los demas quedamos  
Con el deseo, que el Infante muestra,  
De conocerlo entre la gente nuestra.

Y aunque de todos procurado ha sido,  
Porque nos puso á todos en cuidado,  
A todos igualmente se ha escondido,  
Y á ninguno le ha sido declarado:  
Vuestro escudero que mejor lo vido,  
Ni con ruegos, ni siendo apremiado,  
Se acabado con el, que nos lo diga,  
Ni en esto el gusto de ninguno siga.



Mal puede mi escudero ser testigo  
 (Respondió Garciperez) de quien era  
 Ese que procurais, pues fué conmigo  
 Sin levantar del rostro la visera.  
 Esto sé solo, Don Lorenzo amigo,  
 Esto dirá quando deciros quiera  
 Mi escudero, y no hay mas que decir, que esto,  
 Fuera de ser engaño manifiesto.

Y la fe doy de noble hijodalgo,  
 Y comotal ante el Infante juro,  
 Si en esto hubiera descubierto algo,  
 Como no puede, y del estoy seguro,  
 Quel ministerio de que del me valgo,  
 Le pagara con un castigo duro,  
 Que fuera exemplo á libertadas lenguas,  
 Que no publiquen afrentosas menguas.

Un sonoro murmurio levantáron  
 Loando todos la virtud constante  
 Del invicto varon, con que atajáron  
 Que no pasase en su razon delante.  
 Varios sugetos el hablar tomáron,  
 Preguntados algunos del Infante  
 Sobre la guerra que tenian presente,  
 Y la virtud de la guerrera gente.

No de las galas, el lascivo vicio  
 Del ciego amor, ni las nocivas damas,  
 Ni del costoso juego el exercicio  
 Consumidor de haciendas y de famas,  
 De Marte horrible el fiero y cruel officio,  
 De fuertes armas, y encendidas llamas,

De máquinas, de ingenios belicosos  
 Trataban los varones gloriosos.

A qual estaba justamente dado  
 De Capitan el título debido,  
 Qual por fuerte ó por práctico soldado  
 Era remunerado y conocido:  
 Como á ningun officio era llamado  
 Quien no lo hubiese en obras merecido!  
 Como al officio proveian solo,  
 No á la persona por favor ó dolo!

Contaban sin invidia las hazañas,  
 Qual de Don Suero Tellez el valiente,  
 Qual de Don Gil Manrique las extrañas  
 Proezas, y el valor resplandeciente:  
 Del gran Primado, honor de las Españas,  
 Y de Don Pedro Ponce el excelente,  
 De Don Rodrigo Flores y el de Haro,  
 Y al que ilustró de Lara el nombre claro.

Desto trataban solo, no escondiendo  
 El justo honor que á todos se debía,  
 Su alabanza y su gloria ennobleciendo,  
 Con darla á quien tambien la merecia.  
 Dichoso tiempo! y los que en él viviendo  
 Dichosos! pues á nadie se escondia  
 Por odio ó por invidia el alabanza,  
 Ni al virtuoso la real privanza.

Largo discurso la ocasion me ofrece,  
 Si hubiera de ocupar la pluma en esto,  
 Y decir lo que siento, y me parece  
 En este siglo de la invidia infesto:

Mas el temor me acorta y enmudece,  
Y el ser forzoso dar la vuelta presto  
A tratar de los héroes que he dexado,  
Que en nuevas contenciones se han trabado.

Vos, sacra Musa, que teneis memoria  
De quanto pide el canto que prometo,  
Vos que sabeis de origen esta historia,  
Vos me informad, y descubri el secreto:  
Será por mí, mediante vos, notoria,  
Sin que del tiempo el áspero decreto  
En ella pueda executar su ira,  
Ni sepultar en el Letheo mi lira.

Como á sus caballeros alababan  
Los defensores de la Fe Christiana,  
Y sus hechos gloriosos ensalzaban,  
Su fama haciendo eterna y soberana;  
Mientras en esto en dulce paz hablaban,  
Invidiosa de oillos la inhumana  
Discordia, con horrible pensamiento  
Aberar quiso el fuerte ayuntamiento.

De la espantable forma descompuesta  
En invisible espíritu se vuelve,  
Y entre los unos y los otros puesta  
Ayrada á un cabo y otro se revuelve,  
De vengar su cruel ánimo dispuesta,  
De infestarlos á todos se resuelve:  
Que no quiere, que abraza la concordia  
La dulce paz ediosa á la discordia.

A prisa el infernal aliento espira  
Su venenoso y no entendido daño,

A qual en odio, á qual enciende en ira,  
A qual en un furor conmueve extraño.  
El mas quieto animo se aira,  
Sin poder resistir furor tamaño;  
Y tocado de invidia y vanagloria  
De sus hazañas hace allí memoria.

Los unos dicen que ellos son iguales  
A todos quantos son allí alabados,  
Y que són sus gloriosos hechos tales  
Que exceden á presentes y pasados.  
Otros hazañas cuentan inmortales,  
Otros servicios altos y estimados,  
Otros dan voces, y las armas piden,  
Otros las toman, y otros se lo impiden.

Crecia el alboroto y el ruido  
En los de dentro, y los que estaban fuera  
Con tanta alteracion, que conocido  
Lo que causaba su discordia fiera,  
Don Lorenzo pidió que fuese oido;  
Y hecho así, habló desta manera  
Puesto al umbral de la Real estancia,  
Condenando de todos la arrogancia.

No se os puede negar, fuertes varones,  
Las alabanzas que pedis debidas,  
Como los que en tan árdnas ocasiones  
Ofreceis y ofrecisteis vuestras vidas:  
Esto dicen las bárbaras naciones  
De quien sois siempre crudos homicidas,  
Y sin ellas el mundo á quien espanta  
Vuestro nombre, que al Cielo se levanta.

No quiero en cosa que tan bien se sabe,  
 Y que de nadie os puede ser negada,  
 Que mi rudeza vuestra gloria alabe,  
 Si del Cielo merece ser loada:  
 El diga mismo lo que en todos cabe,  
 Pues él la gloria os tiene aparejada,  
 Y el que os ampara, alaba, ama y defiende,  
 El de esa vana presuncion se ofende.

Y si así lo ofendemos con tan vana  
 Y loca presuncion, sabed, amigos,  
 Que esperamos su ira soberana,  
 Y con debida causa sus castigos.  
 Echad de vos la alteracion profana,  
 Que vuestros hechos son claros testigos  
 De vuestro honor, y dadle á Dios la gloria,  
 No á vuestra presuncion y vanagloria.

Oyendo atento á Don Lorenzo estuvo  
 Miguel Ibañez, el soldado viejo  
 Que siempre nombre de valiente tuvo,  
 Y en los casos de guerra mal consejo:  
 Fieldad á pocos y amistad mantuvo,  
 Y en él la ira siempre halló aparejo,  
 Siempre en revueltas, siempre en sediciones  
 Se ocupó, y en seguir alteraciones.

Este favorecido por sus hechos,  
 Y confiado en ellos, de que estaban  
 Todos los que le oian satisfechos,  
 Y todos donde quiera le amparaban,  
 Con la fiereza y asperos despachos  
 Con que todas sus cosas se trataban,

La voz horrible levantó diciendo  
 A Don Lorenzo que le estaba oyendo:  
 Siguiendo, ó D. Lorenzo, lo que es justo,  
 Das alabanza á nuestra invicta gente,  
 Sin que te mueva aquí lisonja ó gusto,  
 Ni mas que honrarlos tan debidamente:  
 Mas has andado en una cosa injusto,  
 No porque lo seas tú, ni tu excelente  
 Animo alvergue cosa que sea indina  
 De tu real sangre, y tu virtud divina.

No me puedes negar que aunque nos diste  
 La gloriosa alabanza que esperamos  
 De la merced que siempre nos hiciste,  
 Y el amparo que siempre en tí hallamos,  
 Que en una cosa á algunos ofendiste,  
 Y fué en hacer á todos los que estamos  
 Sin diferencia, en igualdad conforme,  
 Por ser comparacion tan disconforme.

Y el decirnos que no nos alabemos,  
 Con razon justa tu opinion condeno,  
 Pues contar las hazañas que hacemos  
 No ofende á nadie, y es honor del bueno.  
 Que al valiente mas animo ponemos,  
 Y al que es desta virtud y nombre ageno  
 Con el exemplo enciende el temeroso  
 Animo, y de cobarde es animoso.

Quando á nuestro caudillo te veniste  
 De tu destierro, y con tan gran prudencia,  
 Y con tan gran lealtad le descubriste  
 Del Rey Moro el intento y la potencia:

Esta noble hazaña que hiciste,  
Que honroso blason da á tu decendencia  
No será vanagloria que la cuentes,  
Sino exemplo á leales y valientes.

Así, ó Don Lorenzo, pues se entiende  
Que es justo, lo que es bueno que se alabe,  
No lo hagas vanagloria, que se ofende  
(Que no se alabe) en quien lo dicho cabe.  
Aquí ofender á nadie se pretende,  
Ni que la fama del famoso acabe,  
Ni se atribuye á fortaleza humana  
Lo que es fuerza y potencia soberana.

En esta razon última, mirando  
Se quedó á Don Lorenzo el sedicioso  
Miguel Ibañez, su intencion mostrando  
En denuedo y semblante furioso.  
El vano vulgo á voces aprobando  
Que era justo, y á todos provechoso  
Lo que había dicho, y porfiando en esto  
En su defensa al arma se había puesto.

Viendo el leal y fuerte caballero  
Que la gente vulgar se amotinaba,  
Y que en tal ocasion rigor severo,  
Ni soberbio castigo aprovechaba,  
Con prudencia encubriendo el odio fiero  
Al loco vulgo, que alterado estaba,  
Y al bandolero Ibañez que lo altera,  
A hablarles volvió desta manera.

Si igualasen en esto las razones  
A la razon que tengo de alabaros,

Cesáres, Alexandros, Escipiones  
A cada uno de vos debo llamaros.  
Pues de nuestras Atlánticas Regiones  
(Donde con tantos hechos veo ensalzaros)  
A los lugares donde habita Flora  
Se teme vuestra espada vencedora.

Los bastantes exemplos que tenemos  
Aprueban lo que en gloria vuestra digo,  
Pues cada dia por los ojos vemos  
El daño que haceis al enemigo.  
Esto como es razon reconocemos:

Esto estima el Rey nuestro y bando amigo,  
Pues en vos tiene su seguro España  
Mientras os tiene puestos en campaña.

Mucho podía decir en esta parte  
Si el tiempo espacio aquí me concediera,  
Y á mi rudeza acompañara el arte  
Que pide relacion tan verdadera:  
Y mas habiendo Ibañez de alabarte,  
Y á tu valor la gloria dar que espera;  
Mas ingenio y mas tiempo se requiere,  
Y esto de tí á otra ocasion se espere.

A esta postrer razon todos alzaron  
Un gran clamor, y ufanos de contento  
A Ibañez casi en hombros levantaron,  
Y así llevado fué á su alojamiento.  
Riendo del escándalo quedáron,  
Y del vulgar y loco pensamiento;  
Quel punto de la honra de los tales  
Es verse honrar de hombres principales.

Después de haber reido el desvario  
De Ibañez, y de todos sus llegados,  
La confianza y atrevido brio  
En demandar que fuesen alabados:  
Dixo el Infante, yo de vos confio,  
O Don Lorenzo, que serán honrados  
Vuestros amigos, si con tal pujanza  
Dais á los conocidos la alabanza.

Honar es gran virtud, y es tener honra,  
Dexar de honrar es bárbara torpeza,  
Aquel es mas honrado que mas honra,  
Y de honrar se denota la nobleza;  
Y aquel que de dar honra se deshonra,  
Da claro indicio de servil baxeza,  
Baxo es aquel que por honrarse huye  
De honrar, y baxa condicion arguye.

Esa opinion, ó Príncipe excelente,  
Respondió el fuerte Lope Diaz de Alfaro,  
Da testimonio del valor ardiente  
De ese espíritu invicto al mundo raro:  
Por vos la ilustre y la plebeya gente  
Tiene seguro honor y honroso amparo,  
Y así como de vos son tan honrados,  
Son en todas las partes estimados.

Vos Don Lorenzo recibí ese nombre  
De honrar, respondió el fuerte y claro Infante,  
Pues no dexastes entre aquellos hombre  
Que por no honrallo dexé de ir triunfante.  
Mas si dais tanto honor, tanto renombre,  
Tanta alabanza á aquella gente errante,

¿Que dexáis para vos? ¿y qué dexastes  
A Garciperez de quien no tratastes?

No ha menester el alabanza mia  
(Respondió Don Lorenzo) el invencible  
Garciperez, ni su alta valentía  
Terrestre ingenio es cosa conveniente:  
Al coro del que da la luz del dia,  
Y al retor mismo le será imposible,  
Y así por no ofender su inmensa gloria  
No quise della yo hacer memoria.

De vuestros altos hechos milagrosos,  
De vuestra gran lealtad y fortaleza,  
De los afanes vuestros peligrosos,  
Sirviendo siempre á la real grandeza:  
Canten esos espíritus gloriosos,  
Pues se debe al valor vuestro y alteza,  
Que en mi es indigna tan gloriosa suerte,  
Dió por repuesta Garciperez fuerte.

Si no os parece á entrambos que habeis hecho  
Hazaña que sea digna de alabanza,  
(Dice el Infante) y que es el mundo estrecho  
Para lo ménos que de vos se alcanza:  
Podreis para abonar vuestro derecho,  
Y dar á vuestros ánimos venganza,  
Pedir á todo ese lugar batalla,  
Y por sí cada uno sustentalla.

Quando por esa via yo entendiera,  
Respondió Don Lorenzo, alcanzar gloria,  
Y que memoria alguna se tuviera  
De mi nombre entre hombres de memoria:

En campo á eso al punto me pusiera,  
Y solo pretendiera haber victoria  
De toda esa ciudad, y no me alargó,  
Habiéndô en esto de hacerse algo.

Mejor parecerá, dixo riendo  
Garciperez de Vargas, que las obras  
Vayan esas promesas concluyendo,  
Pues en obras almas del mundo sobras:  
Que de irnos hazañas prometiendo  
No haces nada, ni alabanza cobras;  
Haz qual sueles hacer, no nos prometas,  
Ni en contenciones de hablar te metas.

Lo que el Infante dice es lo que importa  
Para que fama alguna se consiga,  
Aunque la tuya nunca anduvo corta  
Pues no hay de quien mas alabanzas diga.  
Razon será tambien que vean si corta  
Garciperez tu espada en la enemiga  
Génte, dixo el Infante, y tambien quiero  
Que vean tambien si corta bien mi acero.

Los tres solos tenemos de ponernos  
En campo, de por sí cada uno solo,  
Ni habemos de acudirnos ni valernos  
A mortal riesgo, ni á enemigo dolo.  
A quantos salgan hemos de ofrecernos,  
Y el tiempo sea al punto que de Apolo  
Se descubran las puertas orientales  
La luz restituyendo á los mortales.

Alteróse el Cesareo ayuntamiento  
Del temerario desafío aplazado,

Del Infante juzgando el pensamiento  
Mas de valiente que de buen soldado:  
Este rumor creció, qual con el viento  
El mar crece tranquilo y sosegado,  
Formando cada uno en sus razones  
Varios efectos, varias opiniones.

Ninguna (aunque en razon todas fundadas)  
Tuvo tanto poder que fuese aceta,  
Y aunque justas y oidas no estimadas  
Ni tenuta ninguna por discreta:  
Antes viendo las voces levantadas,  
Dixo el Infante, nadie se entremeta  
En esto, ni se altere, ni me arguya,  
Pues no la de estorbar la opinion suya.

De los tres se ha elegido esta hazaña  
Por nuestro gusto, y porque en sí es gloriosa,  
Y entienda el que la llama ardua y extraña  
Que estas partes la hacen mas famosa:  
Porque la empresa á quien no acompaña  
Riesgo y dificultad no es honorosa,  
Que en esto vale mas, lo que mas cuesta,  
Y esto, en lo dicho, sirva de respuesta.

Fuese en diciendo esto, y todos fuéron  
Cada qual por su parte divididos,  
Unos á ver las velas acudieron,  
Otros del sueño (á descansar) rendidos.  
La noche en lo uno y otro consumiéron,  
Mas del Aurora siendo concedidos  
Los nuevos rayos con que ilustra al mundo  
Y destierra las sombras al profundo.

Todos los que presentes se halláron  
 En el concierto de los tres varones,  
 Que de salir al campo concertáron,  
 Contradichos de tantas opiniones,  
 Ni en cama ni en reposo descansáron,  
 Desechando tardias dilaciones,  
 Salen unos á ver, otros á armarse,  
 Para al efecto en la ocasion hallarse.

Mas los tres invencibles caballeros  
 De por sí cada uno en campo armado  
 Pareció con la luz de los primeros  
 Rayos á dar principio á lo aplazado.  
 A hacer sus designios verdaderos  
 En diferentes puestos se han parado  
 El fuerte Don Lorenzo, y el Infante,  
 Mas Garciperez fué su via delante.

Y con aquel esfuerzo que mantiene  
 Aquella alma del Cielo gobernada,  
 Llegó á la puerta que en opuesto tiene  
 El ancho y fértil llano de Tablada.  
 Pasa la caba, y nada le detiene,  
 Que á Garciperez no le impide nada,  
 Hince la lanza en la cerrada puerta,  
 Y aguarda puesto en la campaña abierta.

Hizo lo mismo Don Lorenzo, y luego  
 Se puso en campo en diferente parte,  
 De ardiente saña y de corage ciego  
 Por mostrar su invencible esfuerzo y arte.  
 Sin dar al fiero ánimo sosiego  
 El hijo fuerte del sagrado Marte

Llega, hace lo mismo, y sale fuera,  
 Y en distancia apartado el riesgo espera.  
 Quando los Moros desde el muro viéron  
 Que todos tres tan sin temor llegáron,  
 Y que en las puertas con las lanzas diéron,  
 Y sin decirles nada se tornáron;  
 Injuriados desto al punto abriéron  
 La puerta, y gente de á caballo echáron  
 Y de á pie, que vengasen la osadia,  
 Que con tal mengua á todos ofendia.

Salen los fieros bárbaros cubriendo  
 El espacioso llano, procurando  
 Vengar la injuria que les fué encendiendo  
 Mas en ver tres á tantos aguardando.  
 Contra los quales en furor ardiendo  
 A un cabo y á otro Moros derribando,  
 Lleno de saña, y de corage fiero  
 Garciperez salió á herir primero.

Cercanlo en torno, y él en medio dellos  
 Atropella, derriba, hiende y mata,  
 Y de matar á todos ó vencillos  
 Solo su invicto pensamiento trata:  
 No cesa de herir y acometellos,  
 Y por do pasa ahuyenta y desvarata  
 El esquadron, qual el leon ayrado  
 De armas y perros viéndose cercado.

La horrible lid crecia, y la braveza  
 En el invicto corazon Christiano,  
 Resistiendo la bárbara fiereza  
 De enemigos cubriendo y sangre el llano:

Aycaf, Moro de estima y fortaleza,  
 Hijo de Hamu, del Rey de Niebla hermano,  
 Dixo viendo que tantos lo herian,  
 Y el daño que del solo recibian.

Vergüenza es nuestra, confusion y espanto,  
 Que un hombre solo con tan gran pujanza  
 En tanta suma de hombres haga tanto,  
 Que no fué la de ayer igual matanza:  
 A dar venganza á todos me adelanto,  
 Veamos si este brazo y esta lanza  
 Pueden vengar la ofensa que nos hace,  
 Y á mi deber y nombre satisface.

Por dos veces la lanza vibró fiero  
 Puesta la vista en el Christiano pecho,  
 Y otras tantas el brazo vuelve á fuera  
 A dar fuerza, y que el tiro sea derecho:  
 Estando atento así desta manera  
 La largó, con seguro satisfecho  
 Que un muro de diamante rompería,  
 Y el deseado fin conseguiría.

Mas fué la suerte del varon Christiano,  
 Que al tiempo que la lanza iba rompiendo  
 Con veloz movimiento el ayre vano  
 Al blanco que fué el bárbaro eligiendo;  
 Con una fiero cimitarra Osmano  
 Se adelantó, y llegando el golpe horrendo  
 El fuerte arnés y cuerpo le atraviesa,  
 Y en el suelo hincó una grande pieza.

Encendióse el combate mas con esto,  
 De Osmano viendo sin pensar la muerte,

Y á Garciperez que sustenta el puesto  
 Con ánimo constante y valor fuerte:  
 A las voces, ruido, al clamor presto  
 Acuden Moros á probar la suerte,  
 Que unos á otros como tantos vienen  
 Se embarazan, se ocupan y detienen.

No da principio al año deseado  
 Con tantas flores y hojas el sabroso  
 Aliento de Fabonio regalado,  
 Dulce á Flora, y á Venus deleytoso;  
 Ni tantas ondas trae el mar ayrado  
 Conmovido de Boreas animoso,  
 Como enemigos cercan al valiente  
 Garciperez, y hieren reciamente.

Todo esto ve, y está aguardando atento  
 Sin dexar el lugar, ardiendo en ira,  
 Don Lorenzo, con firme sufrimiento  
 Sin poder acudir aguarda y mira:  
 Crece con el deseo el encendimiento  
 De la ocasion que así entre sí lo aira,  
 Qual el mar hace, el viento concibiendo  
 Que lo va poco á poco enfureciendo.

Mas viendo que un gran número acudia  
 A donde estaba con deseo aguardando,  
 Caballo, adarga y lanza apercebia,  
 Y á todos sale su valor mostrando:  
 Cercanlo, y él con diestra valentia  
 Su algazara y furor menospreciando,  
 Hiriendo y reparando entrellos se entra,  
 Derribando y matando á los que encuentra.



Crece la ira en todos, y el deseo  
De la venganza, y llenos de fiereza  
Procuran que su vida sea el trofeo  
Que satisfaga el daño y su flaqueza.  
Y qual en Phlegra al fuerte Briareo  
Opuesto á la contraria fortaleza,  
Con lanzas y saetas lo aquejaban,  
Y rayos que descanso no le daban.

No de otra suerte á Don Lorenzo aquejan  
Los bárbaros con golpes rigurosos,  
Que descansar ni reposar le dexan  
Por todas partes todos animosos:  
Deste horrible exercicio no se alejan,  
Unos sobre otros fieros presurosos,  
Que los tiros y golpes se alcanzaban,  
Y encima todos del Christiano daban.

No cae tanta nieve en el subido  
Monte do estuvo Prometeo ligado,  
Quando corre el invierno enfurecido  
Por el norte do el mar es congelado,  
Que con yelo á estar viene encanecido,  
De la continua pluvia acompañado,  
Quantas lanzas y golpes descargando  
Están á Don Lorenzo golpeando.

Y qual está el fortísimo elefante  
En la India, ó en la Africa monstruosa,  
Que cercado del ímpetu pujante  
De canes y de gente montuosa,  
Contra todos mostrandose bastante,  
Con desnudo y fiereza poderosa

En medio puesto hiere, ahuyenta y mata,  
Y á los unos y otros desvarata.

Así en el ejército pagano  
Que en torno al fuerte Don Lorenzo ofende,  
A qual derriba junto brazo y mano,  
A qual de la cabeza al pecho hiende:  
De cuerpos, brazos, piernas cubre el llano,  
Quel paso el grande estorbo le defiende,  
Y así parado aguarda la violencia  
Del contrario, con firme resistencia.

Con no menos furor de la fiereza  
Bárbara el fuerte Infante combatido,  
Ni menos gente, ni menor cruera  
Le aflige y hiere, y tiene enfurecido.  
Que usando de su invita fortaleza  
A todo el bando en contra del venido,  
Con rostro firme y pecho valeroso  
Resiste, aparta y tiene pavoroso.

Por todas partes todos le herian,  
Y él sin parar, ni recibir sosiego,  
A la parte que hiriendole acudian  
Aquella parte estaba opuesto luego:  
Si de tropel hiriéndole venian  
Estimulados del corage ciego,  
Por el tropel rompía, y salía fuera  
A mil dellos la muerte dando fiera.

Qual suelen perseguir los cazadores  
A un terrible leon en la campaña,  
Confiando en sus canes labradores,  
En su gran multitud, destreza y maña,

En armas, en venablos, pasadores,  
Que lo provocan á furor y saña,  
Hiriéndole pensando de espantallo,  
Y cercándolo entienden acaballo.

Mas él en su buen animo confiado  
No se espanta ni teme, mas bramando  
Sin estímulos vuelve sosegado  
Desde el un lado al otro vueltas dando;  
Y á donde va se vuelve apresurado  
Las armas, canes, hombres, que cercando  
Lo están, con grave paso sin temellos,  
Porque no teme él, mas temenle ellos.

Así nuestro invictísimo guerrero  
A donde quiera que iba, se llevaba  
Tras sí todo aquel grande campo entero  
Que sin cesar hiriéndole aquejaba.  
Del real miran el combate fiero,  
Mas á salir ningún guerrero osaba,  
Porque el Infante así lo había mandado,  
Y sin orden ninguno sería osado.

Lope Diaz de Alfaro viendo puesto  
A Garciperez, y á su estrecho amigo  
Don Lorenzo en peligro manifesto,  
Y al Infante aquejar del enemigo;  
Quejándose y culpándose á sí desto,  
Lleno de confusion gemia consigo,  
Y el riesgo viendo de tardarse tanto  
Rompe el silencio, y dice así al Rey santo.

Ya ves Señor aquella lid sangrienta  
En que están tres de tu escogido bando

Que cada qual por sí y solo sustenta  
Su parte contra tantos peleando;  
Y aunque en su riesgo y peligrosa afrenta  
El contrario poder van apocando,  
Son tantos los contrarios, que sin duda  
Acabarán faltándoles tu ayuda.

Esta que á nadie fué de tu clemencia,  
Ni de tu santa humanidad negada,  
Esta acuda y resista la potencia  
Bárbara, de los tuyos castigada:  
Salgamos contra aquella cruel violencia,  
Llegue el socorro de tu gente ayrada,  
A aquellos tres guerreros excelentes  
Que de tu campo son los mas valientes.

Lo mismo llega Botalha pidiendo  
Con las armas vestido, ardiendo en saña,  
A los tres solos caballeros viendo  
Lidiar con tantos Moros en campaña:  
Oyelo el Rey, y escucha el fiero estruendo  
Entre la gente indómita de España,  
Que sufrir no pudiendo lo que vian,  
Para salir licencia al Rey pedian.

Viendo el Rey la ocasion, y el árduo hecho  
De enviar al socorro tanta gente  
Quanta pedía el peligroso estrecho,  
De los tres temió el fin como prudente:  
Mas lastimado de piedad el pecho,  
Y conmovido de valor ardiente,  
Mandó que luego á socorrellos fuesen,  
De modo que su intento consiguiesen.

No sale de la Eolica caverna  
 Mas presto el esquadron de vientos fieros,  
 Y mandados del Rey que los gobierna  
 Al mar se arrojan con bolar ligeros:  
 Que sustentando en sí la guerra eterna  
 Cargados de borrascas y aguaceros,  
 En un instante al Cielo, al mar y tierra  
 Cercan y mueven espantosa guerra:

Quanto el Christiano ejército en oyendo  
 Que el Rey le daba de salir licencia,  
 Que en un igual encendimiento ardiendo  
 Sale y llega á la bárbara potencia:  
 Rompe por ella, y con denuedo horrendo  
 Donde halla mayor la resistencia  
 Allí hiere, arruina, mata y hiende,  
 Y sustentando su intencion ofende.

El mismo ardor, el mismo encendimiento,  
 La misma saña, y el denuedo horrible,  
 Aspirando al honroso vencimiento,  
 Que no lo hace el bárbaro imposible:  
 Muestran contra el Christiano ayuntamiento,  
 Executando su furor terrible,  
 Entendiendo que estaba en este punto  
 Su libertad, y honroso premio junto.

De Alecto horrible, y del furor llevado  
 Por todas partes el sangriento Marte,  
 Al mas cobarde, al mas desalentado  
 Da esfuerzo y fuerza á defender su parte:  
 La victoria es de todos un cuidado,  
 Todos la aspiran con esfuerzo y arte,

Todos pelean, todos se defienden,  
 Y con igual valor todos se ofenden.

Andaba el bando bárbaro tan fiero,  
 Tan lleno de cruera y valentia,  
 Tan sin temor, y de valor entero,  
 Que al Christiano la fuerza resistia:  
 Buhazon iba á todos delantero,  
 Moro que de la Persia y la Suria  
 Se llamó Rey, ganado con su espada,  
 De ninguno hasta entónces contrastada.

Este, teniendo el señorío seguro,  
 El cetro y la corona recibida,  
 Ganada por rigor de Marte duro,  
 Y á su fuero y dominio sometida:  
 Contra los fueros que juró perjuro  
 Sin causa á muchos despojó de vida;  
 Desto indignado el Reyno y conmovido,  
 Lo despojó del cetro mal habido.

Huyó el castigo que debidamente  
 Le amenazaba, y á Africa se vino,  
 Donde fué á todos su traicion patente,  
 Y la causa de hacer allí camino:  
 Fué en odio á toda la Africana gente,  
 Y huir della á prisa le convino,  
 Y vino á Axartaf, que como amigo  
 Lo amparó, y tuvo en amistad consigo.

Viendo el estado de la dura guerra,  
 En la qual siempre se mostró constante,  
 Con la fiereza y el valor que encierra  
 El pecho altivo á mucho mas bastante,

Prometiendo librar la opresa tierra  
 En la honrosa ocasion que via delante,  
 Lleno de horror, lleno de fortaleza,  
 Derriba, hiere, y mata con fiereza.

Dos cimitarras va jugando juntas,  
 Con furor y destreza incomparable,  
 Ya con el filo, ya con ambas puntas,  
 Con priesa á un cabo y otro irreparable:  
 Ni de razones cura, ni preguntas,  
 Ni el estruendo ó gemido lamentable  
 Le ocupa, ó hace quel intento dexee,  
 Y á los Christianos sin cesar aqueje.

Iba así el fiero bárbaro haciendo  
 Demostracion que su esgremir podia  
 Haber el premio del combate horrendo,  
 Y aun rendir la Christiana valentia:  
 Fiero á una parte y otra revolviendo,  
 Ancho camino por la hueste abria,  
 Y sin temor por medio della se entra,  
 Y á Lope Diaz de Alfaro en ella encuentra.

Fué del Christiano luego conocido  
 El fuerte Moro, que con tal violencia  
 En la Christiana hueste se ha metido,  
 Haciendo á todos fiera resistencia:  
 De honor Christiano, y de dolor movido,  
 Estimulado de ira y de impaciencia,  
 La espada aprieta, y el paves levanta,  
 Y fiero á él de todos se adelanta.

No con menos fiereza el invencible  
 Bárbaro, á él enderezó furioso,

Y un golpe y otro le tiró terrible,  
 Y otro redobla, y otro presuroso:  
 El valiente Christiano era imposible  
 Poder llegar al bárbaro animoso,  
 Que sin cesar por todas partes hiere,  
 Entra y sale, va y vuelve á donde quiere.\*

Mas reducido, y en su fuerza entero  
 Aguarda que el veloz herir sosiegue,  
 Y él á tal tiempo le acometa fiero  
 Que la ocasion la suerte no le niegue:  
 De un cabo á otro se movia ligero  
 Sin consentir que mucho se le allegue,  
 Que los pesados golpes que tiraba  
 Con la medida sola remediaba.

El bárbaro furioso ardiendo en ira,  
 Viendo seguirse del guerrero fuerte,  
 Y que los fieros golpes que le tira  
 No lo retraen de probar la suerte:  
 De entrambas cosas contra él se aira,  
 Y presuroso para darle muerte,  
 Quanto mas pudo se le acerca junto,  
 Entrambos brazos levantando á un punto.

Al mismo el fuerte Lope Diaz de Alfaro,  
 Antes que descendiese el movimiento  
 Natural, que ni armas ni reparo  
 Impedirian su furor violento:  
 Con destreza y esfuerzo heroico y raro,  
 Digno de su divino pensamiento,  
 Arremetió metiéndose en estrecho,  
 Y al Moro atravesó el valiente pecho.

Descargó el Moro con furioso brio  
 Al tiempo que los pechos se juntáron,  
 Y así diéron los golpes en vacío,  
 Y tras sí al fiero bárbaro lleváron:  
 De sangre empezó á echar un roxo rio,  
 Que los pies del Christiano se bañáron,  
 Y resvalando en ella y revolviendo  
 Rindió la feroz alma el Moro horrendo.

Dexólo en tierra, y parte presuroso  
 A donde vió quel Agareno bando  
 Acudia, y por él rompió furioso  
 A un cabo y otro Moros derribando:  
 Llegó donde el valiente y animoso  
 Infante está herido y peleando,  
 Sobre un monte de bárbaros que ha muerto,  
 De sangre suya y bárbara cubierto.

Al mismo puesto haciendo el mismo daño,  
 De enemigos cubriendo la ancha vega,  
 Su esfuerzo usando, y su valor extraño  
 Don Gonzalo Ruiz Giron allega:  
 Don Jayme Servicial, Guillen Cataño,  
 Quel solo al Moro la victoria niega,  
 Y el que en Xerez primero subió al muro  
 Roto el contrario en el combate duro.

Por otra parte dando cruel rebato  
 Don Pedro Ponce de Leon venia,  
 Tras él Melen Rodriguez Gallinato,  
 Usando de su esfuerzo y valentía:  
 Sin dexar Moro, ni tener recato  
 La victoriosa espada revolvía,

Nuño Gonzalez el Señor de Lara,  
 Que por su banda la victoria aclara.  
 Domingo Muñoz iba de Contreras,  
 Capitan de los fuertes Adalides,  
 Mil muertes dando á los contrarios fieras,  
 Qual á los hijos de Ixion Alcides:  
 Derribando las bárbaras banderas,  
 Haciendo él solo lo que muchos Cides,  
 Iba el fuerte Ruidiaz de los Cameros  
 Desbaratando á los contrarios fieros.  
 El invencible Príncipe Africano  
 Botalhá, contrastando la braveza  
 Del enemigo ejército pagano,  
 Mostraba en medio dél su fortaleza:  
 Con aliento y esfuerzo mas que humano  
 Desvia, derriva y mata con fiereza,  
 Hiende, rompe, atropella, despedaza,  
 Haciendo por do pasa abierta plaza.  
 Buhandali, famoso renegado,  
 De la costa de España cruel cosario,  
 Amigo de Muley, de Axartaf amado,  
 Y del valiente Botalha contrario:  
 En la sangrienta lid habiendo andado  
 De un cabo á otro discurriendo y vario,  
 Sin pensar vino á dar con su enemigo,  
 Para haber de sus obras el castigo.  
 Conformes en los ánimos odiosos  
 En el instante que los dos se viéron  
 El uno contra el otro furiosos  
 Sin hablarse palabra arremetiéron:

Ambos valientes , ámbos deseosos  
De venganza , á una lid principio diéron  
Tan espantable , que pusiera espanto  
Que dos hombres pudieran sufrir tanto.

Huyendo á espaldas vueltas sin concierto  
A esta sazón los bárbaros venían,  
Su daño viendo , y su desastre cierto,  
Con su deshonor todo el mal que vian:  
Quando Buhandali el costado abierto  
Por dos partes , que puerta al alma abrían  
Para dexar el cuerpo abominable,  
Cayó , diciendo así en voz espantable :

Goza , enemigo nuestro , la victoria  
Que alcanzas hoy del Rey , y la que hubiste  
Del valiente Muley , cuya memoria  
Te da el blason que nunca mereciste :  
Ensalza el nombre tuyo , y dale gloria,  
De que á Buhandali vencer pudiste,  
Aunque no te creerán , sino quel Cielo,  
Lo pudo solo , y no poder del suelo.

No pudo decir mas , y aunque pudiera  
El hilo á sus razones le cortáran  
Los Moros , que huyendo la lid fiera  
En confuso tropel la desamparan:  
Dexólo Botalha desta manera,  
Que es la cierta que esperan , y en que paran  
Los soberbios de sí tan confiados,  
Que los trae su soberbia á ser pisados,  
Sigue en alcance la Christiana gente,  
La enemiga del Cielo , y su doctrina,

Que con huida infame y diligente  
A guarecerse á la Ciudad camina.  
Unos sobre otros huyen igualmente,  
La cierta muerte viendo tan vecina ;  
Toman la puerta , y los que no la alcanzan  
Ciegos de miedo al foso se abalanzan.

Aquí morían , y al entrar muriéron  
A la puerta gran número ahogados,  
Que libres de la espada que huyéron  
Allí á la muerte fuéron entregados:  
No les libró el temor á quien creyéron,  
Ni el arrojar las armas , confiados  
Que descargarse de ellas les daría  
La vida que acabó su cobardía.

Vuelve el Christiano ejército alcanzada  
Tan gran victoria , y dexa á los paganos  
En la Ciudad que al punto fué cerrada,  
Quedando el campo libre á los Christianos:  
Los tres guerreros por quien fué empezada  
La fiera lid , las armas en las manos  
Sin poder sustentarse en pie , y heridos,  
Por la falta de sangre enflaquecidos.

De encima de los Moros que habían muerto  
De por sí cada uno los llevaron  
En hombros al real , do entendían cierto  
Haber el premio igual á lo que obraron:  
Mas fué al contrario , y pensamiento incierto  
Pues en el mismo instante que llegaron  
En prision mandó el Rey que los pusiesen  
A los tres , y con guardia los tuviesen.

Fué cumplido del Rey el mandamiento,  
 Y á sus tiendas por cárceles llevados,  
 No con poco alboroto y sentimiento  
 De los Grandes y todos sus privados:  
 Que entendido del Rey el pensamiento,  
 Y la causa quedáron fatigados,  
 Aguardando que huyan al profundo  
 Las sombras, y la luz se muestre al mundo.

## LIBRO DECIMOCTAVO.

**T**odo lo que tardó el luciente dia  
 En hacer manifiesta su belleza,  
 Y en desterrar la noche obscura y fria,  
 Y del sueño la húmida graveza,  
 Estuvo la Cesarea compañía  
 De los Grandes sintiendo con tristeza  
 La indignacion del Rey, buscando modos  
 Como á los tres aprovechasen todos.

Decian los unos, que seria acertado  
 Que el ejército junto los pidiese,  
 Yendo uno en su nombre señalado  
 Para que á demandallos al Rey fuese:  
 Este acuerdo fué de otros condenado,  
 Diciendo, que si al Rey se le dixese

Que todo el campo se movia á tal cosa  
 Que seria la demanda sospechosa.

Otros, que con acuerdo mas prudente  
 Miraban la ocasion, decian que en esto  
 Tratarle al Rey seria impertinente,  
 Por estar enojado, y ser tan presto:  
 Que aguardasen á tiempo conveniente  
 Que no le fuese el demandar molesto;  
 Que á los casos mas árduos asegura  
 Sáberlos tratar bien, y á coyuntura.

En esto tratan, y esto á todos tiene  
 Suspensos, fatigados y cuidados,  
 Sin saber dar el orden que conviene,  
 Aunque dan muchos poco provechosos.  
 Visto quel conveniente se detiene,  
 Y que pide remedios presurosos:  
 Qual en dolencia aguda el acertado  
 Médico los aplica apresurado:

Así los claros Principes sintiendo  
 La prision en quel Rey ponía al Infante  
 Y á los dos caballeros, defendiendo  
 Nadie poderlos ver de allí adelante.  
 Trazas y medios iban proveyendo,  
 Aunque ninguno á la ocasion bastante,  
 Considerando la graveza della,  
 Y con quanta razon debian temella.

Sin acabar de resolverse en nada,  
 La noche habia apresurado el vuelo,  
 Y la Aurora de rosas coronada  
 Manifestando su belleza al suelo:

Quando el sabio y valiente Arias Quixada  
Cuidoso y lleno de ansias y rezelo,  
En medio de la union en pie se pone,  
Y á todos en su duda así propone.

Grande agravio es temer como tememos  
De demandar los Caballeros presos  
Al Santo Rey y á su piedad hacemos,  
Aunque mayores fueran sus excesos :  
Pues á todos nos consta, y dél sabemos  
Por admirables obras y sucesos,  
Que si en guardar justicia es inviolable,  
Que en amar la piedad es admirable.

Justicia y razon siguen nuestra parte  
Con que nuestra demanda se acompaña,  
Sin que la fuerza del decir, ni el arte  
Sirvan aquí en templar al Rey la saña.  
Demas que quantos siguen su estandarte  
Librando de los bárbaros á España,  
Ningunos hay que con los tres se igualen,  
Ni en hechos de armas valgan lo que valen.

Sin esto está su hijo Don Henrique  
Culpado como el mas, y si justicia  
A los dos, no querrá que se publique  
Que por salvarlo no guardó justicia.  
Y quando huya que nadie le suplique,  
Y execute la ley de la milicia,  
En medio de la ley y su violencia,  
Está su santo ánimo y clemencia.

Mi acuerdo es que todos como estamos  
Sin torcer via, ni acudir á cosa

Diferente del caso que tratamos,  
Que á todos tiene en ansia tan penosa :  
Que ante la magestad del Rey nos vamos  
Con demanda tan justa y tan piadosa,  
Seguros que será el piadoso ruego  
Desu clemencia concedido luego.

Fué el parecer de todos aprobado,  
Y en el camino al punto se pusieron,  
Y en las cumbres del bello sol dorado  
Los orientales rayos parecieron.  
El Rey de sus fatigas aquejado,  
Que ausencia del un punto no hicieron  
Se levantó, que al hombre congojoso  
No le quieta el ánimo el reposo.

Solo imaginativo está en su tienda,  
Entre mil pensamientos discurriendo,  
A todos dando libre y suelta rienda,  
Que en él vayan su crudo oficio haciendo:  
Quando sin que la causa cierta entienda  
A su presencia se venia ofreciendo  
De dos en dos, y á trechos repartidos  
La esquadra de los Príncipes unidos.

Encubrió del oculto pensamiento  
Con alegre semblante la graveza,  
Mostrando á todos general contento,  
Aunques dificultoso en la tristeza.  
Esto dió á todos libre atrevimiento  
Para dexar la tímida flaqueza,  
Y tratar del negocio á que venian,  
Ciertos de haber el fin que pretendian.



Los unos le pedian que les diese  
 Facultad que las guardas le quitasen,  
 Otros, que por merced les concediese  
 Que visitarlos qual debian dexasen.  
 Y como el Rey á todos respondiese,  
 Sin que oir sus demandas le alterasen,  
 Un modo de sospecha concibiéron,  
 Y el temor los heló, y el fin temiéron.

Púsoles el temor luego delante  
 Causas de verdad todas aparentes,  
 Que qualquiera pudiera ser bastante,  
 Quanto mas siendo al caso suficientes.  
 Temiéron si aquel plácido semblante,  
 Si las blandas razones y prudentes  
 Era artificio, si era asegurallos,  
 Y con este seguro executallos.

Esta sospecha los turbó de suerte  
 Que grande espacio en suspension quedáron,  
 Sin haber uno que á hablar acierte  
 Sobre el caso á que todos se juntáron:  
 Mas Lope Diaz de Alfaro sabio y fuerte,  
 Viendo que todos de hablar dexáron,  
 Y la ocasion de su temor confuso,  
 Vuelto al Rey, con voz grave así propuso.

La grandeza del caso nos suspende,  
 O excelso y poderoso Señor nuestro,  
 Que con ser justo el fin que se pretende  
 Nos tiene, quales en mi afecto nuestro:  
 Y con saber tan claro que le ofende  
 A tu clemencia, este temor siniestro

Tememos, porque el fin á que se aspira  
 Aunque es justo, es justísima tu ira.

Desta solo se intenta desviarte  
 Si lugar das á nuestro humilde ruego,  
 Si de los tuyos dexas suplicarte,  
 Si su demanda admifes con sosiego:  
 Si la justa razon que puede ayrarte  
 Olvidas, tu vendrás en hacer luego  
 A nosotros tan alto beneficio,  
 Y con los presos tu piadoso oficio.

Ellos nos traen (gran Rey qual ves) rendidos  
 A la fatiga y duro sentimiento,  
 Viéndolos presos, viéndolos heridos,  
 Y á tí (que es lo que importa) descontento:  
 Y demas desto en la prision metidos,  
 Vedarnos por tu acuerdo y mandamiento  
 Poderlos visitar, poder hablalles,  
 Y á ellos de hablar, tambien privalles.

Viendo tan nueva y no esperada cosa  
 De tu inmensa piedad, consideramos  
 Que de la ley la fuerza poderosa  
 Te conmueve al rigor que no esperamos.  
 Esta fatiga, esta ansia rigurosa,  
 Este temor nos trae á que te pidamos  
 A Don Lorenzo, á Garciperez fuerte,  
 Al claro Infante, indignos de tal suerte.

Si la demanda nuestra consideras,  
 Aunque parece grave y atrevida,  
 Y con reposo el ruego nuestro esperas,  
 Será qual pretendemos conseguida:

Pues no hay cosa que en esto hacer quieras  
Que importe tanto qual el darles vida,  
Ni á los Moros en este largo asedio  
Como que se los quites de por medio.

La culpa es grande, y digna de castigo,  
Y no hay ley que no culpe lo que han hecho,  
Mas á esto por todo el campo digo  
Que está de tu justicia satisfecho:  
Que ni la sangre, ni el estrecho amigo  
Harán que la ley fuerza su derecho  
Contigo, mas el caso es contingente,  
Y en los que son qual sea la mas urgente.

Permite gran señor que sea admitido  
De los tuyos el ruego piadoso,  
Y de tu gran clemencia concedido,  
Qual siempre usó tu ánimo glorioso:  
Porque su riesgo sea guarecido  
Quitándolos de apremio riguroso;  
Pues de la fuerza de su grave culpa  
Su gran virtud los libra y los disculpa.

Todo el discurso atento estuvo oyendo  
El santo defensor de los Christianos,  
El fin piadoso y el deseo entendiendo  
De sus ilustres heroes soberanos:  
Y á la causa justísima acudiendo,  
Y á la satisfacion de sus humanos  
Animos, respondió el varon divino  
Con voz divina, y ánimo benigno.

Bien se dexa entender, claros varones,  
Quel justo zelo, y amistad que os mueve

Ese mismo da fuerza á mis pasiones,  
Y ese me enciende el ánimo y conmueve:  
Mas la causa entendida, y las razones  
Tan precisas (que fuerzan que me lleve  
El rigor de la ley) seré loable,  
Y no por causa dél jamas culpable.  
Claro exemplo teneis, bien claro os muestra  
El hecho horrible, la razon que tengo,  
Y la experiencia en la milicia nuestra  
Nos enseña á venir en lo que vengo:  
No es odio el mio, ni el rigor me adiestra,  
Justicia es, con ella me convengo,  
Hoy he de ser Torquato en la milicia,  
Trajano en no torcer de la justicia.

Que no será razon, como no es justo,  
Que de mi hijo el libre atrevimiento,  
Regido de un altivo y loco gusto,  
De un vano y arrogante pensamiento,  
Acometiendo un hecho tan injusto  
Queden, sin quel castigo sea escarmiento  
A otro de salir con tal desórden  
A singular batalla, sin mas órden.

La ley justa y milicia los condena,  
Por el insulto capital, á muerte,  
Todos tres son iguales en la pena,  
Como lo fuéron en probar la suerte:  
Ni el amistad ni sangre me refrena,  
A donde un caso tan atroz se advierte,  
Y así serán punidos, porque fuéron  
Los que en tal riesgo á todos nos pusiéron.

Turbáronse los Grandes en oyendo  
 A su caudillo esta razon postrera,  
 Levantándose entrellos un horrendo  
 Clamor, como si ya el efecto fuera:  
 Unos por el Infante respondiendlo,  
 Otros por todos tres, de tal manera  
 Que las razones todas se encontraban,  
 Y en confuso murmuréo se estorbaban,

Refierenle los hechos en presencia,  
 Que cada uno por servirle ha hecho,  
 Los trabajos sufridos, la asistencia  
 En hacer bueno su real derecho:  
 Y que si aquella vez su inadvertencia  
 El ejército puso en tal estrecho,  
 Que otras cien mil por ellos habia sido  
 De mayores peligros guarecido.

Pidenle con afecto humildemente,  
 Ante él postrados, que por bien tuviese,  
 Que mostrando su ánimo excelente  
 Los perdonase, y luego se los diese:  
 Que con aquello la alterada gente  
 Sosegaria, y quando se hiciese  
 Al contrario, el contrario con seguro  
 Saldría á buscarlo del cerrado muro.

Oyó el Rey de sus Grandes las razones,  
 Y estas regidas de valor piadoso,  
 Y de aquellas sinceras intenciones,  
 Sin invidia, ni odio cauteloso:  
 Condescendió en sus justas peticiones,  
 Que con el justo el ruego es poderoso;

Y la razon, en tan urgente cosa,  
 Es mas que la justicia poderosa.

Fué con alegre y general contento  
 La merced generosa recibida  
 Del Mavorcio y Christiano ayuntamiento,  
 Que la estimó qual á su propia vida:  
 Y si cesó el alegre sentimiento  
 Fué, porque fué la entrada concedida  
 Al pio Valerio, que en aquel instante  
 Ante el Rey vino, y se postró delante.

Besóle entrambos pies el varon santo,  
 Y el rostro así pegado con el suelo  
 Se estuvo sin moverse dellos, quanto  
 Tardó en alzarlo el defensor del Cielo:  
 Que de su vida satisfecho tanto,  
 De su constante santidad y zelo  
 Lo recibió, qual deben recibirse  
 Los tales, y qual deben admitirse.

Preguntóle del modo que le iba  
 En la sagrada Ermita, y como estaba  
 La gente libre de Carmona altiva,  
 Y como el yugo de opresion llevaba:  
 Si le era en trato y condicion esquiva,  
 O si qual ántes iba, y los trataba;  
 Si qual ya fué hallaba en la alta cumbre  
 El sustento, y si via la sacra lumbre.

A todo lo que fué del Rey Hesperio  
 Con eficaz deseo preguntado,  
 Atento estuvo oyéndolo Valerio,  
 Del culto y dulce proceder colgado:

Y dixo, ó Rey, que el celestial imperio  
 Defiendes contra el bárbaro obstinado,  
 De eso, que saber quiere tu grandeza,  
 De eso te informaré con mi rudeza.

Bien es verdad, que tan sabidas cosas  
 Otro ingenio quel mio, otra eloqüencia,  
 Con razones que sean tan poderosas  
 Qual demanda del caso la excelencia:  
 Y al discurso y las obras milagrosas  
 Convenia, y se debe á tu presencia,  
 Mas qual mi fuerza, y no qual se requiere,  
 Tu mandado haré, como pudiere.

Despues, señor, que la sagrada Ermita  
 A la Virgen Christifera fundaste,  
 Y la Christiana gente solícita  
 En sacro culto honrarla qual mandaste:  
 Los que siguen la pérfida mezquita,  
 A quien el yugo de opresion echaste,  
 Todos me tratan bien qual lo hacian,  
 Todos me acuden bien qual me acudian.

Todos me acuden, y á la Ermita santa  
 Vienen algunos que amistad me tienen,  
 Danme y ayudan con largueza tanta,  
 Que en mis necesidades me mantienen:  
 Muchos dicen, que á veces los espanta  
 Quando á deshora por la vega vienen,  
 Mechas y bellas lumbres que parecen,  
 Que toda el alta cumbre resplandecen.

Yo, despues que la Ermita fué acabada,  
 Ni luz vi, ni hallé el mantenimiento

Que hallaba en la cumbre levantada  
 Que era del cuerpo y alma mia el sustento:  
 Y desde entónces, sin faltarme nada,  
 Vivo solo en mi alegre encerramiento,  
 Donde Buzeyte mi señor me envia  
 Todo lo necesario cada dia.

Este viene contino á visitarme,  
 Y deste en todo soy favorecido,  
 Prometiéndome siempre de ayudarme,  
 Aunque infiel, que en esto no lo ha sido.  
 Todos los principales viendo honrarme  
 Del que es en todo á todos preferido,  
 Siguen el mismo exemplo, y me frecüentan,  
 Me acuden igualmente, y me sustentan.

Sucedió, pues, que un Moro poderoso  
 Pariente de Buzeyte, y grande amigo,  
 En su mezquita el bárbaro furioso  
 A traicion dió la muerte á un su enemigo:  
 Púsose al arma el vulgo sedicioso  
 Para vengarlo, dándole el castigo  
 Condigno á la maldad, y aleve hecho,  
 Y así en mil piezas todo fué deshecho.

Sosegó el fiero escándalo el invicto  
 Buzeyte, y puso en paz la ayrada gente,  
 Condenando por malo y feo el delito  
 De Abulcacin su amigo, y su pariente:  
 Y seguido de un número infinito  
 Para enterrallo, un bárbaro imprudente  
 A Buzeyte pidió que lo enterrasen  
 En la Ermita, y que al pueblo lo quitasen.

Fué del prudente Moro esta demanda  
 Con fuerza de razones defendida,  
 Diciendo ser una maldad infanda  
 Contra su ley, que en ello era ofendida.  
 En contra se hicieron á una banda  
 Todos los Moros, y sin ser oida  
 La razon de Buzeyte, encamináron  
 A la Ermita, y al sacro umbral llegaron.

Yo salí luego el alboroto oyendo  
 Sobresaltado, la ocasion dudando,  
 De la inconstancia bárbara temiendo  
 Lo que siempre fui de ella rezelando :  
 Y tantos Moros alterados viendo  
 Me suspendí, y su intento preguntando,  
 Bulatar me informó del caso todo  
 Con presta lengua, y eloqüente modo.

Negué por mi respuesta su profana  
 Y loca pretension, y desto ayrados  
 Escupiendo á la Ermita soberana  
 Decían, de horrible furia arrebatados :  
 Si has hecho Iglesia tu á tu ley Christiana  
 En donde son los Moros enterrados,  
 ¿ Por qué quieres vedarnos que no entremos  
 En ella, y dentro á Moros enterremos?

Bien sabes tú, que en esta excelsa cumbre  
 (Con que quieres alzarte injustamente)  
 Se tiene entre nosotros de costumbre  
 Enterrar la mas noble y rica gente :  
 Si tienes desto clara y cierta lumbre,  
 Como el que ha estado viéndolo presente,

¿ Qué razon hay, que en esta suerte dura  
 Niegues dar á este muerto sepultura?

Responderás, que al Moro le es vedado  
 Enterrarse en Iglesia de Christianos,  
 Y así al Christiano le es tambien quitado  
 Que se entierre en mezquita de Paganos :  
 En mi ley y la tuya así es usado,  
 Mas en esta ocasion son ritos vanos,  
 Y quando sea justo el no hacello,  
 Quiero yo que lo sea con rompello.

Furioso arremetió á tomar la puerta,  
 Y con él todos fieros acudieron,  
 La entrada ya teniéndola por cierta,  
 Para entrar del difunto cuerpo asiéron :  
 Y estando á esta ocasion la Ermita abierta,  
 Tuve por cierto el fin que pretendieron;  
 Mas la divina protectora della  
 Quiso con un milagro socorrella.

Que así estando los bárbaros dispuestos  
 De profanar la consagrada Ermita,  
 Y en el camino todos á una puestos,  
 Sin discrepar de su intencion maldita :  
 A cumplir su designio allegan prestos  
 Al sacro umbral con algazara y grita,  
 Y del modo que iban se quedáron,  
 Que en la tierra los pies se les fixáron.

Solo á Buzeyte, que con justo zelo  
 A las Christianas obras favorece,  
 Le fué otorgado por merced del Cielo  
 Entrar, y así en su efecto lo agradece :

Que desviando el tenebroso velo  
De sus ojos, se aparta y aborrece  
La seta en que su alma estuvo opresa,  
Y la Christiana Religion confiesa.

Viendo todos un caso tan extraño,  
Ignorando la causa milagrosa,  
Lo atribuían en su ciego engaño  
A la Mágica, entre ellos poderosa:  
Y decían, que aquel horrible daño  
No podía sucederles de otra cosa,  
Y que no obraba allí virtud divina,  
Y que era falso, y falsa mi doctrina.

En esto estando todos encendidos  
En impaciente ira y saña ardiendo,  
Sin poderse mover, aunque movidos  
De su pasión, y su furor horrendo:  
En el Oceano fuéron escondidos  
Los orientales rayos, pareciendo  
Sobre la tierra la tiniebla obscura,  
Llena de horror, de sombras y tristura.

En el instante comenzó á alterarse  
El Cielo, y á temblar de horror la tierra,  
El viento con horrible son á ayrarse,  
Y el fuego á darles prodigiosa guerra,  
Ardió (ó admirable caso de contarse  
Y de creerse!) la espaciosa sierra;  
Y en un punto, que no fué mas que un punto,  
Fuéron ceniza vivos y difunto.

Luego reforzó el Austro el vivo aliento,  
Y arrebatando la ceniza ardiente,

Della limpio dexando el sacro asiento,  
Que verse apenas la señal consiente.  
Manifestóse el caso que te cuento  
(O excelso Rey) entre la Mora gente,  
Por muchos que á las voces y alaridos  
Viniéron tras los Moros conmovidos.

Ha dado el exemplar milagro un miedo  
Tan grande, y puesto entrellos tal espanto,  
Que no hay Moro, si yo no lo concedo,  
Que ose llegar á ver el umbral santo:  
Todos dicen de mí que solo puedo  
Darles descanso, ó misero quebranto,  
Y que se rige por mi mano el Cielo,  
Pues del hago baxar el fuego al suelo.

Desta suerte (Señor) están las cosas  
De Carmona, que en su soberbia cresce,  
Aunque entregó sus fuerzas poderosas,  
Y te paga las parias y obedesce:  
Sus iras y contiendas sediciosas,  
Y el estímulo horrible que padesce  
En la dura opresion, cesa de modo  
Quel nombre tuyo lo sojuzga todo.

A sus razones puso fin Valerio  
Dexando á todos suspendidos dellas,  
Dando las alabanzas del misterio  
Al gran fabricante de las esirellas:  
Y así el sagrado defensor Hesperio,  
Después de oílas bien y encarecellas,  
Sobre cada razon con gusto extraño  
Mil cosas preguntaba al Ermitaño.

Y habiéndole de todo satisfecho,  
Particularizando cada cosa,  
Con voz humilde, y con seguro pecho,  
Sin invencion profana ó fabulosa;  
Viendo que Apolo decendía derecho  
Donde le aguarda la cerúlea Diosa  
Madre del fatal Griego, que dió muerte  
De los Troyanos al varon mas fuerte.

En cruz los brazos, y la vista en tierra  
Quedó postrado ante el Real asiento,  
La lengua oprime, y los labios cierra,  
Con rostro humilde, y santo encogimiento.  
Mas el retor de la Christiana guerra  
Lo levantó y llevó á su alojamiento;  
Todos al Rey que los dexó imitaron,  
Y á los suyos al punto caminaron.

Quedando solos, ya despues que hubieron  
Satisfecho á la hambre estimulante,  
Al reposo los ánimos rindiéron  
Que de la noche supla lo restante:  
Mas luego que las formas se escondiéron  
En el seno del libico Atlante,  
Valerio se despide y va á su Ermita,  
Quedando el Rey entre su gente invita.

Viendo el estado en que al presente tiene  
Las cosas de la guerra, en que iba viendo  
Que las socorre el Cielo, y que dél viene  
Todo el bien que les iba sucediendo:  
Dice, que al fin que aspira le conviene,  
Y al justo intento que le va encendiendo

De ganar la Ciudad, que con tal fuerza  
En la defensa pertinaz se esfuerza.

Que se rompiese el puente de Triana  
El socorro impidiendo que Sevilla  
Le da, y que dividida la pagana  
Fuerza, de fuerza habian de destruilla:  
Que el altivez y repugnancia vana  
De Abenjafon, pensaba resistilla  
Con pasar él allá personalmente,  
Con poder nuevo, y reforzada gente.

Resuelto en ir, apresta la partida,  
A Bonifaz el orden enviando,  
Que el punto esté la gente apercebida,  
Lo importante al efecto aderezando:  
Señala de su gente la escogida,  
Y estando en esto, viéron que aquejando  
Venía un caballo un Moro presuroso,  
Sin darle espacio, ni tomar reposo.

Puesta en la punta de una gruesa lanza,  
Una bandera de cendal pequeña  
De paz, y de segura confianza,  
Antigua, conocida y cierta seña:  
Muestra el denuedo y fiera semejanza,  
Que á todo el mundo su altivez desdeña,  
Llega, dexa el caballo, á pié se pone,  
Y ante el Rey puesto humilde así propone.

Bien tengo, ó Rey invicto, conocido  
Que mi leal deseo será aceto,  
Quando mi justo intento sea entendido,  
Y el ánimo que á ti me trae sujeto:

Este admite , con darme grato oido,  
Sabrás la causa , y yo pondré en efecto  
El puro zelo que me rige y mueve,  
Y á tu grandeza mi aficion le debe.

De mil contrarios vengo estimulado,  
Y á todos ellos con valor resisto,  
Niego el poder del que me veo forzado,  
Y de la fuerza de mi ley desisto :  
Acudo solo á lo que esté obligado,  
Pues mi pérdida ya y deshonra he visto ;  
Mi padre preso , infame mi linage,  
Y yo en perpetua afrenta , y duro ultrage.

Despues , Señor , que con felice agüero  
Sobre Sevilla como estás veniste,  
Y en torno della contra Marte fiero  
Tu vencedor ejército pusiste :  
Naázar mi padre , Alcayde y Consejero  
De Axartaf , viendo quel poder rendiste  
De Córdoba y Jaen , y que no habia  
Fuerza contra tu invicta valentia :

Le aconsejó como leal vasallo,  
Poniéndole tus hechos admirables  
Por exemplo , intentando desviallo  
De contrastar tus fuerzas intratables :  
Desto le cobró odio , y mandó echallo  
Del Consejo , con muchos detestables  
Oprobios , dando mano de ofendello  
A los que hacia la invidia aborrecello.

Añadió mas á la afrentosa injuria ,  
Que le mandó poner en una torre ,

Do con pobreza y trato mal le injuria,  
Y con ninguna cosa le socorre :  
Y como es justo , ardiendo en justa furia,  
Porque la fama el título no borre  
De Naázar , y de mí su desdichado  
Hijo , de su deshonra deshonrado.

Ante tí vengo humilde á suplicarte  
Que la torre en que está por el tirano,  
Si tú te sirves , quiero en poder darte,  
Porque el poderlo hacer está en mi mano :  
Mi ofensa vengo así , con entregarte.  
La fuerza , que en aquel poder pagano  
Estriba , y si una vez aquesta ganas ,  
Las demas tienes sin contraste llanas.

Beleyd , mi primo hermano , es el que tiene  
Cargo de la defensa y guarda della ,  
Este solo el seguro le mantiene,  
Y á este solo es posible defendella :  
Y como á quien vengarse le conviene  
Me envia á tí , que si te place habella,  
Que te la entregará , y el alto muro,  
Que defiende á Axartaf con tal seguro.

Este solo camino es el que puede  
En posesion de la Ciudad ponerte,  
Que en opulencia y fortaleza excede  
A quantas pueden mas encarecerte ;  
Y pues á tu grandeza la concede  
El justo Cielo , y tu dichosa suerte,  
Sigue la suerte que te ofrece el Cielo,  
Pues no hay poder que te la dé en el suelo.



Y porque entiendas, Rey, que no encarezco  
De la Ciudad insigne el alabanza,  
Ni por respeto alguno te engrandezco  
Su bélico poder, y su pujanza:  
Dentro del muro que entregarte ofrezco,  
Y por número visto de mí, alcanza  
Trecientos mil y mas hombres de guerra,  
Sin otros muchos mas que hay por la tierra.

Sin esto (en que con mucha razon fia)  
Las vituallas para muchos años,  
Las defensas que hace cada dia,  
Los pertrechos de guerra tan extraños:  
Le pone esfuerzo, aliento, y da osadía  
A no rendirse, ni á temer los daños,  
Y mas despues que oyó que habian los suyos  
Muerto tres fuertes Caballeros tuyos.

Dixose que en la lid en que salieron  
Los dias pasados del cerrado muro  
Contra los tres Christianos que viniéron  
Al desafio peligroso y duro;  
Que á todos tres la justa muerte diéron,  
En que consiste todo su seguro,  
Y esto á Axartaf lo tiene tan ufano,  
Que en nada estima ya el poder Christiano.

Publicamente ha dicho en mi presencia  
Que muerto D. Henrique, y muerto el fuerte  
Garciperez, de Moros pestilencia,  
Y Don Lorenzo azote de la muerte;  
Queda flaca y ninguna tu Potencia,  
Y así sin rehusar contraria suerte

Te podían luego las cerradas puertas  
Tener sin miedo, y con seguro abiertas.

Esto quel tiene por tan gran trofeo,  
Y toda la Ciudad estima en tanto,  
Le hace que castigue como á reo  
A mi inocente padre en tal quebranto:  
Y pues sin causa así ofenderle veo,  
Causa justa será mi tierno llanto  
A condolerse dél, y á no culparme,  
Y á tí quel don acetes, y ampararme.

Dió fin á su discurso el cauteloso  
Moro, y á la maldad que en él asconde,  
Sin entenderse el modo artificioso  
Que á su deseo horrible corresponde.  
El defensor de España poderoso  
Que atento estuvo, al bárbaro responde  
Con grave voz, desnuda de arrogancia,  
Con celestial dulzura y elegancia.

Justa causa me obliga agradecerte,  
O noble Moro, el noble ofrecimiento,  
Que en tu afrentosa y miserable suerte  
Me has hecho, descubriéndome tu intento;  
Y quisiera poder satisfacerte  
Qual demanda tu angustia y sentimiento,  
Dándote en libertad tu padre caro,  
Y contra tu enemigo Rey mi amparo.

Esto no faltará, mientras que fuere  
De tu necesidad forzado habello,  
Y el haberlo de dar en mi estuviere,  
Y así podéis tu primo y tu entendello:

Mas porque al grave caso se requiere  
 Consultallo primero que emprendello,  
 Aguarda que de todo habras respuesta,  
 Qual la ocasion demanda, justa y presta.

Queriendo entrarse el Rey, salió el valiente  
 Infante, y Don Lorenzo llegó al punto,  
 Y Garciperez por la guardia y gente  
 Rompiendo entró, y al Rey se puso junto:  
 Y dixo, de los tres cree falsamente  
 Axartaf que ninguno está difunto,  
 Bien ve ese Moro á Don Henrique vivo,  
 A Don Lorenzo vivo, y que yo vivo.

Y si viene á ver esto, vuelva y diga  
 Como quedamos vivos, que vivimos  
 En la sangre bañados enemiga  
 Que de sus Moros todos tres vertimos:  
 Que vuelva el gozo que tenia en fatiga,  
 Que los que hace muertos le decimos  
 Que primero verá su asolamiento,  
 Que con verdad cumplido ese contento.

Prosiguiera, si el Rey no lo atajare,  
 Al bárbaro mandando que allí aguarde,  
 En quanto á su Mavors consejo aclara  
 Todo su intento, y dél le hace alarde.  
 El Rey se entró, y el Moro se prepara,  
 Sin que el temor le impida ni acobarde,  
 A efectuar su intento cauteloso,  
 Que era espíar el campo belicoso.

Con cuidadoso descuido salió fuera  
 De la tienda real el Agareno,

Mira la hueste, advierte y considera  
 Con pronta vista, y discurrir sereno:  
 Ve todo el campo, y ve de la manera  
 Que estaba, y todo á su designio bueno;  
 Falto de gente, porque habia salido,  
 Y á varias partes convenientes ido.

Unos guardando estaban los Erveros,  
 Otros la tierra al rededor corrian,  
 Otros que entrasen Moros forasteros  
 Con requas en Sevilla defendian.  
 Otra parte de fuertes caballeros  
 A recibir alegres acudian  
 A Don Alonso el victorioso Infante  
 Que de Murcia volvia ya triunfante.

Ocupados en esto habian dexado  
 Casi solo el real del santo Marte,  
 Que visto bien del Moro, y contemplado  
 Con discurso, cuidado, ingenio y arte:  
 El caballo tomó que habia dexado,  
 Y blandiendo una gruesa lanza parte  
 Con toda priesa á su cerrado muro,  
 Pues cumplido su intento habia seguro.

Huyendo iba así el Moro cauteloso,  
 Con suelta rienda, y con aguda espuela.  
 Aquejando el caballo presuroso  
 Que qual suelta saeta ó rayo vuela:  
 Ufano, alegre, libre, victorioso,  
 Ya de daño ninguno se rezela,  
 Yendo así libre del cobarde miedo  
 Topó con Fernan Perez de Toledo.

Este , en el fuerte ejército Christiano  
 Era un valiente y diestro balletero,  
 Que en tirar flechas excedia al Romano  
 Que en las fiestas de Anchises fué el primero:  
 Viendo que á él enderezó el Pagano  
 Su ballesta aprestó , y aguardó fiero  
 Al bárbaro , que adarga y lanza apresta,  
 Y enristra á él , que apunta su ballesta.

Llega el agudo hierro al fuerte pecho,  
 Al punto que salió la presta vira  
 Que al rostro el tiro enderezó derecho,  
 Quel blanco fué donde asestó la mira :  
 Cubrióse con la adarga en este estrecho,  
 Pasó la flecha , y lleno el Moro de ira  
 De un cabo á otro el pecho le traspasa,  
 Y por encima dél corriendo pasa.

Cayó en la tierra el campo matizando  
 De sangriento color entristecido,  
 Y el espíritu invicto no aguardando  
 Salió por donde el pecho fué rompido.  
 El bárbaro glorioso levantando  
 La voz , con arrogancia enfurecido  
 Dixo en llegando al muro , abrid la puerta,  
 Que sin miedo podeis tenerla abierta.

Axartaf , aguardando que viniese  
 El Moro astuto estaba sobre el muro,  
 Temiendo siempre que volver pudiese  
 Libre del riesgo , sin castigo duro:  
 Y así mandó que luego le dixese  
 La causa que les daba aquel seguro,

El qual por este modo procediendo  
 Le fué informando , el caso prosiguiendo.  
 Cumpliendo, ó invicto Rey, tu mandamiento,  
 De Ala guiado , al campo fui Christiano,  
 Y sin hallar en cosa impedimento  
 Lo espíé todo, y vuelvo libre y sano.  
 Usé para salir con este intento  
 De un ardid , que fué un medio soberano,  
 Que fué fingir enemistad contigo,  
 Tratamientos contando de enemigo.

Dixe que contra ley , sin causa alguna  
 En prision á mi padre tenias puesto,  
 Porque contra el Christiano y su fortuna  
 Ibas soberbio , y pertinaz en esto :  
 Discurrí por mil cosas de una en una,  
 Todas con evidente presupuesto  
 De servirte , y al cabo de informalle,  
 En poder una torre ofrecí dalle.

Sin rezelar que yo podia engañallo,  
 Porque el ingenio obró y el artificio,  
 Vino á creermé , y vine asegurallo,  
 Sin que tuviese de mi intento indicio:  
 Díxome , quel queria consultallo  
 Con los de su Consejo , y con propicio  
 Semblante me mandó que le aguardase  
 En tanto que el negocio se tratase.

Fuese , y los tres valientes caballeros  
 Que te dixéron que le habian faltado  
 En la batalla , entráron los primeros  
 En la consulta , por el Rey mandado.

Quedé solo , y en torno mil guerreros  
 Que me cercaban de uno y otro lado,  
 Hecho un Sinon en muestras , actos , modos  
 Los complacia y engañaba á todos.

Todos gustaban de hablar conmigo,  
 Y yo con ellos , y era esto de suerte  
 Que de pariente , ni de estrecho amigo  
 Podian confiar mas su buena suerte :  
 Procedia con ellos como digo,  
 Sin que entendiesen que bebian la muerte  
 En el dorado vaso que les daba,  
 En la conversacion que los cegaba.

Quando entendí que ya via obrado el gusto  
 De la suave adulacion con ellos,  
 Y que era tiempo que mi engaño justo  
 El fin hiciese que me truxo á vellos :  
 Fingiendo congojarme mi disgusto  
 Cubrí de humor mis ojos sin movellos  
 De la tierra , y así estuve suspenso  
 Un largo espacio , en un sosiego inmenso.

Viéndome en esta suspension penosa  
 A piedad conmoviéndose un Christiano  
 Me dixo , que la pena congojosa  
 Despidiese , y el llanto y temor vano :  
 Que en qualquiera ocasion dificultosa  
 El me daba su fe , y su diestra mano  
 De ser en favor mio , sin que hubiese  
 Fuerza que deste acuerdo lo moviese.

Agradecile el noble ofrecimiento,  
 Encogiendo los hombros , y cruzando

Los brazos , con humilde acatamiento,  
 Los pies ante él postrado demandando :  
 El se abrazó conmigo , y muy contento  
 Me llevó por la hueste paseando,  
 Dándome cuenta de diversas cosas,  
 Y mostrando sus fuerzas belicosas.

Videlo todo á mi placer , y anduve  
 Tan advertido y tan cuidadoso en vello,  
 Que no quedó lugar donde no estuve,  
 Ni paso , ni secreto sin sabello.  
 Y así despues que en esto me entretuve,  
 Que no fué poco tan seguro hacello,  
 Dexé con otros al que me guiaba,  
 Y partí yo do mi caballo estaba.

Púseme encima dél con ligereza,  
 Rienda , lanza y adarga apercibiendo,  
 La aguda espuela con veloz presteza  
 Al duro hijar pegándola , y rompiendo.  
 Sin aguardar respuesta , ni franqueza  
 De todos me aparté , y partí huyendo,  
 Despues que ví su ejército y su gente,  
 No para darte guerra suficiente.

Y así te digo , que con gran seguro  
 Puedes salir , y dalles la batalla,  
 Y tenerles abierto y libre el muro,  
 Y dentro dél , si osaren ellos dalla :  
 Porque en la ley del alto Alcoran juro,  
 Que en el Christiano campo no se halla  
 Número , que no tengas treinta tuyos  
 Para cada Christiano de los suyos.

Mi parecer, si debe ser aceto,  
 Es que la gente militar que tienes  
 Salga á campaña, y pongas en efecto  
 El bien propio, y comun que le detienes:  
 Que como tu vasallo leal prometo,  
 Si no que en voz contraria me condenes,  
 Si la empresa dexare de ser tuya  
 Con muerte del Christiano, y mengua suya.

Quedó el Bético Rey mirando al Moro  
 Suspenso sin mover ojo ni ceja,  
 Teniendo en premio de mayor tesoro  
 Lo que el Moro le informa y aconseja:  
 Y asi le dice, amigo Marsiloro  
 Dame tu que la suerte sea pareja,  
 Que yo te daré cierta la victoria,  
 Y á tu alabanza el nombre della y gloria.

Esto diciendo, el órden dió á Arradino  
 Para que quando el sol del dia siguiente  
 Mostrare al mundo el resplandor divino,  
 Esté ya en campo en órden con la gente:  
 Quel determina hacer aquel camino,  
 Y al bueno ó mal suceso estar presente;  
 Con este acuerdo todos se disponen,  
 Y en órden todo lo importante ponen.

## LIBRO DECIMONONO.

Siéndole dicho al defensor Christiano  
 Del Moro astuto el cauteloso enredo,  
 Y como se huyó, y con fiera mano  
 Dió muerte á Fernan Perez de Toledo:  
 Aunque le conmovió el caso inhumano.  
 Mostró el semblante sin mudanza ledo,  
 Y dexando el negocio que trataba  
 De acetar lo quel Moro le mandaba.

Mandó que al punto fuesen y juntasen  
 La gente que tenia señalada,  
 Y armas, caballos, balsas aprestasen,  
 Y todo lo importante á la jornada:  
 Porque luego que al mundo le faltasen  
 Los rayos que le dan la luz sagrada,  
 Del Betis pasen á la otra parte,  
 Y con esto el consilio se desparte.

Los Capitanes, qual les fué mandado,  
 Y qual al caso convenia acudieron,  
 Y todos á quien era encomendado  
 El cargo del mandar se dispusieron:  
 Juntan la gente, y tienen aprestado  
 Quanto para al efecto apercibieron,  
 Y á la lengua del agua en órden junto  
 Aguardan solo del efecto el punto.

Con la gente de mar por otra parte

Andaba Bonifaz, solicitando  
 Con fuerza, esfuerzo, con destreza y arte  
 Como quebrar el puente, aderezando  
 De su gente marítima una parte  
 A prevenir las xarcias, ocupando  
 Otra en hacer ingenios admirables,  
 En entezar obenques, zafar cables.

De la túpida vela el largo vuelo,  
 En que el Herculeo Noto se recoja,  
 Ata para en bonanza y en rezelo,  
 Con nudo estrecho, y con lazada floja :  
 Cuelga del mastileo que llega al Cielo  
 Labeta, que la vela ize ó doscoja,  
 Atan trizas, alistan chafaldetes,  
 Aparejan mesanas y trinquetes.

Para el efecto en órden todo puesto,  
 De armas, de gente y xarcias prevenidas  
 Las fuertes naves, por seguro puesto  
 Un espacio á otras fuéron reducidas :  
 Porque del mundo el sol había traspuesto  
 La luz á las regiones escondidas,  
 Y la noche de estrellas coronada  
 Del mar salió de sombras frias cercada.

Tiende el silencio ocioso por la tierra,  
 Y el blando sueño su dulzor suave,  
 El cuidado se alivia y se destierra  
 El afan triste, y la congoja grave :  
 Cesa del viento y mar la cruda guerra,  
 Ni fiera brama, ni se escucha el ave,  
 Todo en quietud sabrosa reposando,

Los trabajos del dia reparando.

Solo en esta sazón el poderoso  
 Príncipe del Christiano ayuntamiento,  
 Aquejado su ánimo glorioso  
 Del fuerte, justo y santo pensamiento :  
 Ni cura de quietud, ni de reposo,  
 Poniendo en obra su loable intento,  
 Aderezando barcos, balsas, gente,  
 Para pasar del Betis la corriente.

Estando todo junto y prevenido,  
 Las balsas y los barcos ocupáron  
 Los Infantes, y al vado conocido  
 Los bélicos ginetes se arrojáron :  
 En esquadron formado todo unido  
 Las balsas á los barcos amarráron,  
 Y así con boga concertada y blanda  
 Enderezan su via á la otra banda.

Y no fué (aunque ayudó la noche oscura  
 Con sus tinieblas) tan secreto el hecho,  
 Que saliese la suerte tan segura  
 Sin verse en riesgo y peligroso estrecho :  
 Que yendo atravesando la hondura  
 Del Betis, donde el curso iba derecho  
 A la parte que el órden les fué dado  
 A los que fué el gobierno encomendado.

Ocho barcos de Moros, que en zelada  
 Para guardar los nuestros se pusieron,  
 De gente diestra en mar, y aderezada  
 De fuegos, tiros y armas que metieron :  
 Llenos de furia y saña arrebatada

Puestos en orden de pelea salieron,  
Un alarido sin concierto dando,  
Trepas, caxas y pífanos tocando.

Los Christianos hallándose asaltados  
Del no pensado engaño, acuden fieros  
A la defensa, y de su esfuerzo armados  
Se oponen á los bárbaros guerreros:  
Que en el ardid y fuerzas confiados  
Tiros empiezan á esparcir ligeros  
De piedras, fuego, xaras, lanzas, dardos  
De amientos, con engorra al salir tardos.

Con los fuertes paveses se cubrían  
Los del Christiano ejército, acudiendo  
Al remedio del riesgo en que se vian  
Del loco amor de Marte en ira ardiendo.  
Las descubiertas balsas defendían  
Poniéndose delante, resistiendo  
La lluvia de los tiros, que á ofendellos  
Sin descansar momento daba en ellos.

Tiran los cables, y las balsas llegan  
Bordo á bordo amarrar los barcos y ellas,  
Tan junto, y con tal fuerza las apegan  
Que ni puedan entrallas, ni rompellas:  
Así al contrario lo que intenta niegan,  
Porque los barcos pueden defendellas,  
Y ellas de gente y armas reforzallas,  
Y por aquella parte asegurallos.

Atados los tres barcos de esta suerte,  
Y las tres balsas, prestos y cuidados,  
Contra el furor del enemigo fuerte

Acuden los Christianos animosos,  
Y á dar comienzan á la horrible muerte  
Despojos de los Moros belicosos,  
Que llenos de valor se defendían,  
Y el mismo mal en la defensa hacían.

Venia administrando un barco destes  
Chilahayni, por Axartaf enviado,  
Y los demas al orden suyo puestos  
Por ser valiente y platico soldado:  
Y á los Christianos viendo así dispuestos,  
Y el esquadron que habían ya formado,  
A los suyos mandó que lo siguiesen,  
Y en ala juntos á embestillos fuesen.

La voz oída, al punto obedecieron  
Del diestro Capitan el mandamiento,  
Y al son de un gran clamor arremetieron,  
Todos á una, á conseguir su intento.  
En torno á los tres barcos se pusieron,  
Y dellos aferrándose al momento,  
El bárbaro caudillo, el brazo en alto,  
Aviva, anima, enciende al fiero asalto.

Siguen los suyos el exemplo horrible,  
Y los Christianos su valor constante,  
Resistiendo el furor la ira terrible  
Sin dexarlo que en ella se adelante:  
Haciéndole tener por imposible  
La victoria que ya juzgó delante,  
Que ayrado desto el bárbaro arremete,  
Y por las picas se abalanza y mete.

Deste furor le hacen que se abstenga

Los bélicos y santos caballeros,  
 Y que de intento mude, y se detenga,  
 Sin proseguir en sus designios fieros:  
 Lleno de horror en ver que no se venga,  
 Peleando quedó en los delanteros  
 De pies puesto en los bordos aferrados,  
 De entrambos barcos de armas ocupados.

De su crueza y bárbara osadía  
 Daba con pruebas de soberbia muestra  
 Del fiero altivo ardor que la regia,  
 Y gobernaba su invencible diestra;  
 Que no pudiendo hacer abierta vía,  
 Ni romper por la invita gente nuestra,  
 Blasfema al Cielo, y á la tierra injuria,  
 Y á los suyos enciende en mortal furia.

Igualmente los de una y de otra parte  
 En su defensa, y su porfía mostraban  
 Con armas, fuerzas, con esfuerzo y arte,  
 Quanto sus pretensiones demandaban:  
 Que ni la oscura noche los desparte,  
 Ni las muertes crueles que se daban,  
 Sin poder ser entrados los Christianos,  
 Ni apartar de su intento á los Paganos.

La confusion, la mortandad, la duda,  
 Y el horrible destrozo iban creciendo,  
 Que ni la suerte se mejora ó muda  
 Del peso en que tenia el combate horrendo:  
 Sin haber hombre que á otra cosa acuda  
 Que á herir y á matar. En ira ardiendo,  
 Miguel Ibañez por la fiera gente

Se abalanza con ánimo excelente.

Derribó á Caide que halló el primero  
 Que se le opuso á defender la entrada,  
 Y á Hamet que acudió su compañero,  
 Cuya amistad muriendo aun fué guardada:  
 Que atravesado del Christiano acero  
 Por dos veces, y viendo ya entregada  
 La muerte dél, cayendo y levantando  
 Al caro amigo muerto fué buscando.

Y abrazado con él, ya que la muerte  
 Quería privallo de gozar la vida,  
 Y de amistad soltar el nudo fuerte  
 Que entre ámbos fué viviendo tan asída:  
 Dixo, goza Christiano de la suerte  
 Por tu dichoso hado concedida,  
 Y no estimes en poco la victoria,  
 Que asegura tu vida, y te da gloria.

Mas ya quel Cielo quiso así pagarte,  
 Y á mi hacer que de tu bien me queje,  
 Por merced quiero solo suplicarte,  
 Antes que el alma que se va me dexé:  
 Que del ruego no quieras desviarte  
 De ese mi viejo padre, ni se aleje  
 La piedad de tí, ni el poder tuyo  
 Muestrés con la flaqueza, y miedo suyo.

A esta razon el viejo tremuloso,  
 Las manos puestas, su dolor mostrando,  
 A los pies se arrojó del victorioso,  
 Piedad de su desdicha demandando:  
 Mas Ibañez con ceño desdeñoso



El oído á los ruegos desviando,  
De su impiedad usando y su crueza  
Del vicio asiendo dice con fiereza.

Este no es tiempo de piedad ni ruego,  
Que ruego ni piedad pueden conmigo,  
Ni pudieron jamas, porque la niego  
No solo á tí, mas al mayor amigo:  
Id juntos tu y tu padre al crudo fuego  
Que os guarda el justo Cielo por castigo,  
No os apartéis en tan penosa suerte,  
Qual en la vida acompañaos en muerte.

Lanzó de sí la carga del anciano  
Hamet Xarif, á la humida corriente,  
Y arrojado en el Betis soberano  
Qual Delfin cortó el agua diligente:  
Revuelve asiendo con la diestra mano  
De Hamét, que al morir se via presente,  
Que viendo asirse, asió al Christiano fiero,  
Y á su padre vengó, y á sí primero.

Qual suele el labrador enfurecido  
Con duro golpe derribar en tierra  
El venenoso aspide, y herido  
Dexarlo ya seguro de la guerra;  
Y llegándose á ver el que ha vencido,  
Incauto de su mal, y de que yerra  
Le enlaza con la cola, y con la boca  
Lo hiere, y de mortal veneno toca.

Así á Ibañez sucedió, que yendo  
Al Moro casi muerto á echar al rio,  
Que llegándole á asir, y dél asiendo

El Moro volvió en sí con nuevo brio,  
Y de Ibañez el cuello revolviendo  
Con fuerte brazo, de temor vacio  
Sacó un puñal, y por el diestro lado  
Tres veces lo atraviesa el pecho osado.

Sacude ayrado la dañosa carga  
El fuerte Ibañez, con furor rabioso,  
Sintiendo el daño, y tanto el vuelo alarga  
Que en medio lo arrojó del rio espumoso:  
Y ya sintiendo que la muerte amarga  
Venía á privallo del vivir sabroso,  
Entre los Moros á tomar venganza  
De su barco al contrario se abalanza.

A este punto sobre él mil Moros vienen,  
Y él contra todos pone el fuerte pecho,  
Y aunque con crudos golpes lo detienen  
No impiden que su intento no sea hecho:  
Y que con vil temor se desordenen  
Su muerte viendo, y peligroso estrecho,  
Sin cesar de acudir á golpeallo,  
Y con mortales tiros á aquejallo.

Mas él como el leon se encruelece  
Entre los fuertes toros, desechando  
La hambre mata, en ellos se enfurece,  
Contra todos su rabia señalando:  
Así el Christiano en trance tal parece  
Que á todos crueles golpes va tirando;  
Al uno sigue, y luego aquel lo dexa,  
Y va sobre el que mas dellos le aqueja.

No habia en el barco donde el pie pusiese

De la popa á la proa, en baxo y alto  
 Que lleno de hombres muertos no estuviere  
 Por solo Ibañez en el crudo asalto:  
 Y como así la furia lo truxese,  
 Aunque de fuerzas ya remiso y falto,  
 Comenzó á refrenallo la flaqueza,  
 Y á enflaquecer la muerte su fiereza.

Cayó de gloria y de heridas lleno,  
 Qual otro Sceva, sin quel pecho invito  
 Faltase en su valor, ni el Agareno  
 Poder lo sujetase, aunque infinito:  
 Hizo al olvido de su nombre ageno  
 La clara fama, y en su libro escrito  
 El nombre quedará de Ibañez fuerte  
 Mientras tuviere su poder la muerte.

El combate creció mas á este punto  
 Con mayor ira, y con mayor fiereza,  
 Todo el poder de entrambas partes junto,  
 Todo el hervor, la fuerza y la destreza:  
 La flecha, el dardo, lanza y piedra á punto,  
 Sin cesar punto la mortal crueza,  
 Que Betis pavoroso y ascondido  
 Gemia en su gruta, en roxo humor teñido.

Y viendo que ni fuerza ni arte humana  
 Era posible que apartar pudiese  
 El horrible combate, y la Christiana  
 Gente, su justo intento consiguiere,  
 De sus Ninfas la esquadra soberana  
 Juntó, y como ya junta la tuviese,  
 Significando la importancia desto,

Con el semblante, en voz clara ha propuesto.

No pide la ocasion amigas mias  
 Que os suspenda en razones dilatadas,  
 Pues todas sois del Cielo en profecias  
 Desto que veis mil veces reveladas:  
 Cumplidos son los venturosos dias  
 En que serán las fuerzas quebrantadas  
 Desta indómita gente descreida,  
 Por la gente de Dios favorecida.

El desigual combate en que contienden  
 Veis claro, aunque de sombras rodeados,  
 Las fuerzas y el esfuerzo con que ofenden  
 Los unos á los otros denodados:  
 Como los Moros alcanzar pretenden  
 La victoria, por ser aventajados  
 En número, y con esto en cruda guerra  
 Les impiden poder saltar en tierra.

Bien es verdad, que en su enemiga gente  
 Ha hecho la Christiana tal matanza  
 Que no tiene el cristal de mi corriente  
 Sino es de sangre otra semejanza:  
 Con ser esto conviene que al presente  
 Acudamos dexando la tardanza,  
 Y el sangriento combate desviemos,  
 Y á los Christianos donde van guiemos.

Fuera con sus razones adelante  
 Betis, mas impidióselas la bella  
 Cilis su hija, y nieta de Atlante,  
 Habida en Liris Libica doncella:  
 Cuyo ingenio, despues de la elegante

Forma, fué tan profundo, que habia en ella  
 Quanto los Babilonios alcanzaron  
 En la oculta arte que ellos inventaron.

Esta, habiendo los astros consultado,  
 Como la que alcanzaba sus secretos,  
 De Hispalis habia revelado  
 Que sus Moros á ser vendrian sujetos:  
 Quando en su gruta Betis retirado  
 Cuerpos, escudos, lanzas, yelmos, petos  
 Impidiesen el curso á su corriente  
 De sangre Mora, y de Christiana gente.

Conociendo ya Cilis que llegaba  
 De su revelacion el dia dichoso  
 Que con tan grande afecto deseaba,  
 Dice así con espíritu glorioso:  
 Ya padre, ya ya el tiempo que esperaba,  
 Que en tardarse has tenido por dudoso,  
 Se cumple ya, ya ves de sangre y muertos  
 Tus húmidos cristales ir cubiertos.

Todo quanto sobre esto me has oido,  
 Inevitablemente en nada falto:  
 Todo qual lo predixe ves cumplido,  
 Y me inspiró del Cielo el motor alto:  
 Resta que sea á tierra conducido  
 El Christiano poder del fiero asalto,  
 Donde su Rey pisando tu ribera  
 Para cumplir mi profecía lo espera.

Tras esta razon última cortando  
 El agua, del muscoso asiento parte  
 A despartir la lid, que está incitando

La sangrienta Belona y crudo Marte.  
 A la astrigera Cilis imitando  
 Todo el Virgineo coro por su parte,  
 Llevadas de la causa no entendida  
 Dellas, aunque adorada y conocida.

Egle, Agave, Nereida, Galatea,  
 Dione bella, y Lege dulce en canto,  
 La rubia Cloto, y blanca Panopea,  
 Que á Betis puso en amoroso llanto:  
 Cerceis, que á Aragne excedió, y Astrea  
 Que muerta pudo con los Dioses tanto,  
 Eletra, Deyopeya, Glauca, Euribia  
 Llegan á la Christiana y gente Libia.

Siguiendo el curso de sus Ninfas bellas  
 Betis salió del cristalino asiento,  
 Que no quiso hallarse ausente dellas,  
 Ni él faltar del piadoso y justo intento:  
 Y del Cielo inspirado y las estrellas  
 Que en tierra ponga libre en salvamento  
 Al viejo Moro á quien Ibañez fuerte  
 Arrojó al agua á darle allí la muerte.

El qual con debil fuerza trabajaba  
 Rompiendo el agua sustentar encima  
 El fatigado cuerpo, á quien faltaba  
 Vigor con quel furor del agua oprima.  
 Betis, viendo del modo que luchaba  
 Con la corriente, el fuerte pecho arrima  
 Al flaco Moro, y da con él en tierra,  
 Libre y sano de aquella mortal guerra.

Casi en la arena el pie no habia estampa lo,

Ni del cabello y barba sacudido  
 El agua , ni el aliento recobrado  
 Quando un Christiano explorador lo vido:  
 Fué preso dél , y al santo Rey llevado,  
 Que vadeando el rio habia salido,  
 Ante el qual puesto , por humilde modo  
 Cuenta le dió del caso horrible todo.

Del estado en que estaba el cruel debate  
 Quando lo lanzó al agua Ibañez fiero  
 Le dice , y que esparase del combate  
 Un fin en los Christianos lastimero :  
 Que cese mandó el Rey , y que lo ate  
 Al que lo traxo ante él por prisionero,  
 Para ver si es verdad lo que le informa,  
 O le quiere engañar de aquella forma.

Al punto atras las manos le volviéron,  
 Y con dobladas cuerdas las atáron,  
 Y entre dos de á caballo lo pusiéron,  
 Y que sirva de guia le mandáron :  
 A donde era el combate le pidiéron  
 Que los llevase , y fieros se aprestáron,  
 Llevados por el bárbaro enemigo  
 A dar socorro al fuerte bando amigo.

Todos en órden van siguiendo el Moro  
 Que sin alteracion , ni sentimiento  
 De su prision , guardando el fiel decoro  
 Cumpliendo va del Rey el mandamiento :  
 Teniendo en mas que libertad ni oro  
 Volver á donde está su pensamiento,  
 Donde dexó su hijo , que ya estaba

A la muerte rendido que esperaba.  
 Este cuidado esfuerza á su flaqueza,  
 Que sin sentir ninguna , en delantero  
 Va con tan desenvuelta ligereza,  
 Que en allegar al puesto fué el primero:  
 Y habiendo del combate la aspereza  
 Cesado , y el rigor de Marte fiero,  
 Gozaban (ya el contrario retirado)  
 La tierra que en el agua habian ganado.

Las planchas y los barcos en seguro,  
 Libres de miedo poseian la tierra  
 Que les negaba el bárbaro , en el duro  
 Combate , y se la dexa y se destierra :  
 Llega el Christiano defensor , y muro  
 De la santa Christiana y justa guerra,  
 Halla qual deseó su infantería,  
 Diferente que el Moro le decia.

Dexa el caballo , y manda á sus guerreros  
 Que en órden puestos hagan vela y guarden  
 Miéntras los fatigados compañeros  
 Se reparan , y allí á la luz aguarden.  
 A los heridos de los Moros fieros,  
 Que piden los remedios , que no tarden,  
 Hace curar , y con suaves modos  
 Ordena , rige y manda en todo á todos.

Ocupado el divino Marte en esto  
 En el silencio de la noche oscura  
 Guarda los suyos , y sustenta el puesto  
 Que le ganáron en batalla dura :  
 Entre mil ansias y congojas puesto

Con afecto piadoso el bien procura  
De todos, y á unos de otros preguntando  
Por los vivos los muertos va contando.

Desta santa piedad el Rey piadoso  
Lleno de Dios, y caridad ardiente,  
Andaba usando sin tomar reposo  
Entre su amada y victoriosa gente:  
Quando huyendo del anciano esposo  
Por las puertas salió del bello Oriente,  
Trayendo el día, la hermosa Aurora,  
Que el mundo alegra, y las tinieblas dora.

Y así luego que vió del claro día  
La deseada y celestial presencia,  
Y de Betis la onda clara y fría  
Vuelta en sangre con tanta diferencia:  
La playa que de muertos se cubria  
De la Christiana y bárbara violencia,  
Del horrible espectáculo afligido  
Sin decir cosa estuvo suspendido.

Todes en muda admiracion quedáron  
Al Rey confuso y fatigado viendo,  
Que del silencio solamente usáron  
Sin mover pié, ni voz, su afan sintiendo:  
En congoja y afectos le imitáron  
De todas una voluntad haciendo,  
Que la lealtad en pechos tan constantes  
Se muestra bien en casos semejantes.

Levantó el grave rostro en su congoja,  
Claro la de los suyos entendida,  
Y en la pena cruel que le congoja

Movió la lengua de piedad movida:  
Ya veis de sangre la corriente roxa  
De los nuestros, á quien dexó sin vida  
La espada del apóstata Ismaelita,  
Gente enemiga al Cielo, y dél maldita.

A todos nos obliga á la venganza,  
Y todos es razon que los vengemos,  
Y en quanto que esta suerte no se alcanza  
Justa razon será que los honremos:  
Y al uso nuestro, y la Christiana usanza  
A la tierra sus cuerpos entreguemos,  
Que esta es reputacion del honor vuestro,  
No entienda el Moro que mató hombre nuestro.

Juntamente con darles esta gloria,  
Y este último bien hacer en ellos,  
Será razon que viva su memoria  
Sin que pueda el olvido oscurecellos:  
Y así porque su fama sea notoria  
Sus nombres en escrito haré ponellos,  
Vayanmelos trayendo aquí uno á uno,  
Sin que carezca deste honor ninguno.

Don Gutierre, de Córdoba Prelado,  
Acudió á escribir sus nombres luego,  
Y á traellos Don Jayme de Alvarado,  
Y tras él multitud de vulgo ciego.  
Fue ante él primero presentado  
Con muchas llagas Sebastian Gallego,  
Muerto, desemejado, y desta suerte  
Su nombre y patria se escribió, y su muerte.

Ruy Gonzalo Tremello, y Juan de Oviedo,

De Ibañez enemigo conocido,  
 En quien jamas fué conocido miedo,  
 Y á la muerte lo traen aquí rendido.  
 Tu nombre Alonso Perez de Toledo,  
 Y el tuyo, ó Juan de Uceda esclarecido,  
 Por el sagrado Obispo se escribiéron,  
 Y las vidas y muertes refiriéron.

De dardos, lanzas, flechas, roto el pecho,  
 La cabeza en dos partes dividida,  
 El cuerpo todo en piezas mil deshecho  
 Una de otra apenas casi asida,  
 Truxéron á Don Jofre, que á despecho  
 Del tiempo y de la muerte tendrá vida,  
 En un paves Horozco y Fernan Gasco  
 En hombros traen al Capitan Añasco.

Ni á tí, ó Cordian, valió la estrella  
 Que siempre te fué en lides favorable,  
 Que contraría alcanzaste en esto habella,  
 Que no hay suerte en la guerra que sea estable:  
 Ni á tí Gines Millan la forma bella,  
 Ni la voz de Sirena deleytable,  
 Ni el cortesano trato y policia  
 De morir te libráron este dia.

Lope Arias de Alava, que fuiste  
 Caudillo de motines, y alteraste  
 La paz, en esta guerra feneciste  
 Tan valiente qual siempre te mostraste:  
 Y tu Villamayor, que competiste  
 Con Baños y Colodro, y demandaste  
 Premio igual á los dos, por la hazaña

Que ennoblece sus nombres hoy España.

Por la lista de muertos, ó invencible  
 Don Ochoa de Parra, se truxéron,  
 Y á tí ó Ramiro Sanchez del terrible  
 Asalto, entre los muertos te pusiéron:  
 Librarte deste mal no fué posible  
 Ruy Guillen, que en el libro te escribiéron,  
 Y á tí Lorenzo Alfonso de Fragosa  
 Despojos de la muerte rigurosa.

Entre los muertos, muerto en la ribera  
 Hallado ó fiero Don Ramiro fuiste,  
 Y llevado ante el Rey desta manera  
 Del valiente contrario que tuviste:  
 Que en viendote olvidó la saña fiera,  
 Y á tierna piedad le conmoviste,  
 Que en un pecho tan noble y tan valiente  
 La piedad venció al odio inclemente.

Las listas deste modo iban leyendo,  
 Vivos, heridos, muertos señalando,  
 Las estancias y puestos requiriendo,  
 A todos por sus nombres apuntando:  
 Igualmente del número entendiendo  
 Que ya ninguno del Christiano bando  
 Faltaba, mas alzando la voz alta  
 Dixo Ximen Ortun, Ibañez falta.

Esta voz afirmó Dionis de Huesca  
 De quien Ibañez era compañero,  
 Y el Alferez temiendo que perezca  
 El que él decia que era Marte Ibero:  
 Triste de que su amigo no parezca,

En todo el campo lo buscó primero,  
Y no estando entre muertos ni heridos,  
Va á la ribera dando mil gemidos.

Qual suele en el gran bosque Nasamonio  
El enfermo leon bramar ayrado,  
Que se oye en el famoso templo Amonio  
Que al poderoso Jove es consagrado:  
Que con furor y saña testimonio  
Muestra estar de la fiebre maltratado,  
Resuena el arenosa y gran campaña,  
El desierto, floresta, y la montaña.

Tal fué la horrible voz que alzó furioso  
El Alferez, sintiendo con fiereza  
La falta del amigo, y congojoso  
De ira brama, y gime de tristeza:  
Por el húmido asiento, y arenoso  
Vuelve y revuelve con veloz presteza,  
Y no hallando al que procura tanto,  
Convierte la fiereza en tierno llanto.

Haciendo este lloroso sentimiento  
Se volvió Huesca, y ante el Rey se inclina,  
Y dice, ante tu excelso acatamiento  
No sea la causa que me mueve indigna:  
Dé tu piadoso oído acogimiento  
A la llorosa voz, que se encamina  
A tí, para que sea guarescido  
El fiero mal, que ya me trae rendido.

Y ántes que acabe, que será imposible  
Dexar dolor tan fuerte de acabarme,  
Te suplico que en este ardor terrible

Quieras una merced sola otorgarme:  
Porque haciendo todo mi posible  
Reserve al vulgo de poder culparme,  
Y yo á mi fe y obligacion acuda  
Como no ponga en ellas nadie duda.

Ya sabes, gran Señor, la amistad nuestra,  
Digo la amistad nuestra, la que ha sido  
Entre Ibañez y mí, cuyo amor muestra  
La fe que á mí y yo á él siempre he tenido:  
En favorable suerte ó en siniestra  
Ha sido entre los dos tal nudo asido,  
Que un punto no ha podido desviarnos,  
Ni caso adverso desta ley mudarnos.

Que si Theseo y Perithoó juráron  
De no apartarse, y este juramento  
Con fe inviolable entrambos sustentáron  
Sin mover caso adverso el firme intento;  
Si en un vínculo estrecho se ligáron  
Sin hacer con la muerte mudamiento  
De Asvísto muerto, el amistad de Asmundo,  
Conmigo ha sido Ibañez sin segundo.

Los dos el mismo juramento hicimos  
Que hemos guardado inviolablemente  
Desde el dia primero que nos vimos  
En Leon, donde por tí levanté gente:  
Allí las manos de amistad nos dimos,  
Y esta amistad ha sido tan ardiente,  
Tan llena de milagros de firmeza  
Que puede dar exemplos su grandeza.

De algunos puedo aquí hacer memoria  
Tom. XV. N

Que de eloquencia, ingenio, ni artificio  
Tienen necesidad, para que en gloria  
Excedan al mas noble en su exercicio:  
Mas la ocasion en la presente historia  
Pide que haga mi debido oficio,  
Que es ir con tu licencia á procurallo,  
Y en vida ó muerte qual juré imitallo.

Si el contrario lo tiene preso ó muerto,  
De qualquier modo que lo tenga es justo  
Que yo le acuda como amigo cierto,  
Pues dexar de hacerlo será injusto:  
Y primero que haga tal sea abierto  
De crudo hierro, y de rigor robusto  
Este pecho, que falte á mi promesa,  
O vivo le acompañe, ó en la huesa.

El eficaz afecto y sentimiento  
Con quel Alferez su razon propuso,  
Los suspiros, congoja y descontento,  
La flaca voz, y el proceder confuso,  
Al Rey que oyendo habia estado atento  
En suspension maravillosa puso,  
Y responder queriendo á lo hablado  
Así dixo Don Jayme de Alvarado.

Idos los Moros, vuelve á la ribera  
Un barco dellos, sin gobierno alguno,  
Que la corriente lo arrempuja fuera  
Sin ver sobre cubierta hombre ninguno:  
Pareceme Señor, que pues espera  
Que allá enviemos de los nuestros uno  
Que entienda su intencion, y si es engaño

Desengañalle con su propio daño.

Aprobó el Rey por parecer discreto  
El de Don Jayme, y todos lo aprobaron,  
Y así que fuese le mandó al efecto  
Con dos barcos que al punto se aprestáron:  
A obedecer el orden va sujeto,  
Y apenas las dos planchas levantáron  
Quando el barco de un raudo remolino  
Varó en tierra acabando su camino.

Quedó fixo en la arena de la suerte  
Que si el doblado cable al ancla asido  
Tirara á tierra dél, con vuelta fuerte  
Del presto cabestrante así traído:  
Esperando el suceso desta suerte  
El ejército estaba suspendido,  
Mas viendo que varado habia en la tierra  
Al punto le ocupó gente de guerra.

Hállanlo lleno de enemigos muertos,  
Sin haber parte que vacia estuviese,  
De brazos, piernas, y hombres medio abiertos,  
Sin hallar uno que se conociese:  
Quedan suspensos de entender inciertos  
Quien del suceso relacion les diese,  
Y estando así, levanta la cabeza  
Un Moro casi muerto, y así empieza.

Christianos, no teneis que dudar tanto,  
Ese Christiano que teneis presente,  
Ese ha enviado al Reyno del espanto  
A quantos veis que está la vida ausente:  
El contrastó á Jaylich, á Usmen, á Osmanto,



196 CONQUISTA DE LA BÉTICA.  
Y á Marzoco en la Libia el mas valiente,  
Sin otros muchos cuyos claros nombres  
Eternos vivirán entre los hombres.

No pudo decir mas, porque la muerte  
La boca y ojos le cerró á este punto,  
El alma fué á gozar la ardiente suerte,  
Y el cuerpo cae con los demas difunto :  
A tierra sacan el de Ibañez fuerte,  
Y adonde el Rey está lo ponen junto,  
Con el qual Huesca se abrazó llorando  
Mientras que al Rey la historia están contando.

De la suerte que al Moro el caso oyéron  
Al Rey y á su Christiano ayuntamiento  
Por las razones propias refiriéron  
De Ibañez el glorioso acaecimiento :  
Y luego que la historia concluyéron,  
Que en todos puso general contento,  
El gran restituidor de los Christianos  
Así movió los labios soberanos.

No fuera para mí pequeña gloria  
Quel bárbaro enemigo no triunfara  
De tan honrosa y célebre victoria  
Qual fué tal vida, aunque le cuesta cara :  
Digna de hacer eterna su memoria,  
Digna quel tiempo ni la edad avara  
Tengan derecho de ocultar el nombre  
De Ibañez, digno de inmortal renombre.

Mas ya que fué la voluntad cumplida  
Del Señor que gobierna nuestras cosas,  
A quien la humana suerte es ofrescida,

Y obedecen las causas gloriosas :  
Roguemosle que dé á los muertos vida,  
Que importa mas que lágrimas piadosas,  
Y luego en órden militar marchemos  
Donde á los muertos sepultura demos.

En diciendo el Rey esto, levantáron  
El campo, y las esquadras dispusiéron,  
Los caballos en órden se formáron,  
Y al Rey en medio, qual venia, pusieron :  
Sus armas los Infantes aprestáron,  
Y á muertos y heridos recogieron  
Con la escolta que iba en la vanguardia,  
Haciendo Infantes y caballos guardia.

A la siniestra mano habia un camino  
Que tuerce de la Bética ribera,  
Poco usado del bando sarracino  
Despues que se empezó la guerra fiera,  
Por donde iba y venia de continuo  
El Maestre de Eucles, puesto en frontera  
De Asnalfarache, que en perpetua guerra  
Defendia el llano y falda de la sierra.

Por este atravesó el poder Christiano  
Sin quel contrario el paso le impidiese,  
Aunque Abodamafon guardaba el llano  
Por la parte de Gelves si viniese :  
Su industria fué, y su trabajo en vano,  
Que no pudo evitar que no se viese  
El campo del Maestre y del Rey junto,  
Que estaba puesto en su defensa á punto.

## LIBRO VIGESIMO.

Luego que los dos campos se juntaron  
 El gran Retor mandó enterrar los muertos,  
 Curar de los heridos que quedaron  
 Con los remedios de salud mas ciertos:  
 Las cosas militares ordenaron  
 Por el órden que impidan los conciertos  
 Del enemigo, que en perpetua vela  
 Andaba haciendo el daño que rezela.

Ya que fué todo en órden reducido,  
 Y á la invencible y fatigada gente  
 El quieto reposo concedido  
 Con quel trabajo reparase ardiente:  
 Y despues que al cansancio recibido  
 En su espíritu invicto y excelente  
 Con el breve descanso dió sosiego,  
 El Rey juntar sus Grandes hizo luego.

Y habiendo á todos dado honroso asiento,  
 Desde el suyo en suave voz propone,  
 ¡O fuerte amparo del Christiano intento  
 En quien el Cielo su defensa pone!  
 Con qué razon, con qué encarecimiento  
 Satisfaré al dolor que se me opone,  
 En ver que á vuestra inmensa valentía  
 Resiste de Axartaf la rebeidía.

Este dolor me tiene tan cuidadoso

Quanto es razon estarlo en esta guerra,  
 Pues veo un poder de un Rey tan poderoso,  
 Que os huye y dentro de su Ciudad se encierra:  
 Y en asedio tan largo y tan penoso  
 Qual está él, y está toda su tierra  
 Con tanto daño quanto le habeis hecho,  
 Y tantas veces su poder deshecho.

Con todo eso, altivo y arrogante  
 Rompe por todo haciendooos resistencia,  
 Como si no estuvierades delante,  
 Ni fuerades quien rinde su potencia:  
 Esto es causa amigos tan bastante  
 Que me fuerza á que acuda con violencia  
 Al remedio, que solo es el remedio  
 Que nos consiga el fin del largo asedio.

Yo estoy determinado que apartemos  
 La union de Sevilla y de Triana,  
 Y quel puente que tienen les quitemos,  
 Con que hacemos su esperanza vana:  
 Luego principio á conquistar daremos  
 El castillo, y si puede fuerza humana  
 Con esta division, y el valor vuestro  
 Quanto está desta parte será nuestro.

Si es conveniente ó no el acuerdo mio  
 Consideradlo bien, y no os asombre  
 Decirme si es injusto, ó desvario,  
 Y de lo que sentis ponedle el nombre:  
 Y no entendais que dél ni en mí confio  
 Quel me puede engañar, y yo soy hombre,  
 Y el sabio, el justo, en fe y lealtad no debe

Que por dar gusto al Rey lo injusto apruebe.

El Maestro de Ucles por mas anciano,

O porque el Rey y todos le miráron,

Dió, mirando al caudillo soberano,

La respuesta á que todos le obligáron :

Bien veo, Señor, ques darme mucha mano,

Y levantar do nunca imagináron

Mis pensamientos, darme á mi licencia

De responder primero en tu presencia.

¿Donde del mundo está lo que es mas puro,

Donde de Marte la mayor destreza,

Donde de España está todo el seguro,

Por que me opone á esto tú grandeza?

Y quiere que un ingenio humilde, oscuro,

Falto de arte, y lleno de rudeza

Satisfaga, do Hermogenes no dudo

Quedara qual yo estoy suspenso y mudo.

Mas ya que con merced tan excelente

Quieres honrarme, y quieres darme gloria

Tu invicta generosa ilustre gente,

Con un honor tan digno de memoria :

Digo, que si Axartaf tan ciegamente

Te resiste, y te niega la victoria,

Ayuda á su rebelde confianza

De armas y gente el gran poder que alcanza.

Este, qual sabes, le aprovecha poco,

Pues cada dia sufre tantos daños,

Que paga su porfía y furor loco,

Sin que le valga su poder ni engaños :

Yo desta parte, y por la mia le apoco

En su tierra y su gente con extraños

Estragos, talas, muertes, robos, males,

Qual muestran Coria y Gelves las señales.

Hombre no quedó en ellas que pudiese

De su mortal asalto ir á dar cuenta,

Ni Moro en ellas hubo que rindiese

El ánimo á la muerte ni á la afrenta :

De aquesta rebeldía nació que fuese

Nuestra saña implacable en su sangrienta

Miseria, y de tal modo executamos

Que ni á sexó ni á edad le perdonamos.

Siguiendo el mismo exemplo hemos corrido

El Ajarafe todo, de tal suerte

Que mil lugares le hemos destruido,

Y á cien mil Moros dado cruda muerte:

Nuestro intento se ha siempre conseguido

Sin que la gente innumerable y fuerte

Que hay por toda esa tierra levantada

Nos contrastase, ni impidiese en nada.

Abenjafon, que es la mayor defensa

Quel Rey Axartaf tiene desta parte,

En quien estriba, y en quien solo piensa

Que está el poder que puede contrastarte:

Salió dos veces á impedir la ofensa

Que le hacian los tuyos de tal arte,

Que bien creyó llevarlos por despojos,

Mas vió al contrario con sus propios ojos,

Que llegando á romper en nuestra gente,

Fernandíañez y su fuerte hermano

Con docientos Christianos solamente

Le aguardáron en medio de ese llano :  
 Donde mostrando su valor ardiente  
 A diez mil Moros que traia el Pagano  
 Resistiéron de modo que dexáron.  
 El campo, y muertos mas de mil quedáron.

Otra vez en la vega de Triana,  
 Viniendo de una entrada que hicimos  
 En Pilas, Aznalcazar y Boyana,  
 Donde gran copia de despojo hubimos :  
 El mismo Abenjafon con su pagana  
 Gente nos asaltó, y tambien hicimos  
 (Con gran pérdida suya) que dexase  
 El combate, y su gente retirase.

Achilino, su Alférez, nos ha puesto  
 Muchas veces las armas en las manos,  
 Asaltó muchas veces nuestro puesto,  
 Derramó mucha sangre de Christianos :  
 Este, que nos fué siempre tan molesto,  
 Este, en quien confiaban los Paganos,  
 Y al que tenian por el Marte dellos,  
 Y el que siempre acudia á defendellos:

Este, vino á encontrarse un dia lidiando  
 Con Don Rodrigo Flores, en aquella  
 Tan famosa batalla, conquistando  
 A Coria, que en presidio estaba della :  
 Que nuestra poca gente despreciando  
 Salió sin orden á querer rompella,  
 Y mezclados los unos y los otros  
 Conoció presto lo que habia en nosotros.  
 Aquí en este combate fué Achilino

El que se señaló con mas pujanza,  
 Y el que á los suyos les abrió camino  
 Con fiera espada haciendo cruel matanza :  
 Mas encontró con el varon divino  
 Que tomó dél justísima venganza,  
 Aunque no de su vida, de su honra,  
 Con abatida infamia, y vil deshonra.

Teniendo el fiero bárbaro en el suelo  
 Muerto á Gonzalo Yañez Malrecado,  
 A Ruy Muñoz, y á Constantin Pinelo,  
 Quedó lidiando con Andres Machado :  
 A este punto llevado allí del Cielo  
 Don Rodrigo llegó, y el Moro ayrado  
 Con denuedo feroz contra él revuelve,  
 Y la sangrienta espada y lid á él volve.

Recibiólo el Christiano Caballero  
 Con aquella excelente valentía  
 Que siempre, y resistiendo al Moro fiero  
 La victoriosa espada revolvía,  
 Y en el escudo de templado azero  
 Que desde arriba abaxo le cubría,  
 Dió un golpe entre otros, que con él pudiera  
 Abrir un monte aunque de acero fuera.

Trúxolo á tierra, y derribó el caballo  
 Encima dél, el cuello y frente abierta,  
 Sin quedar con valor para cobrallo,  
 Ni procurar sino su vida incierta ;  
 Entendió que su bien está en dexallo,  
 Y atónito y turbado por via cierta  
 Dando de unos en otros la lid dexa,

Presente siempre el miedo que lo aleja.

No de otra suerte quel que se ha perdido  
Por los montes cerrados sin salida,  
Viendo cerca un dragon enfurecido,  
Que toda la ira tiene en sí escondida:  
Que sin valerle que ántes fué temido  
Huye, que su braveza aquí es perdida,  
Turbado el pecho, de frio temor lleno,  
Volando por el áspero terreno.

Huye atónito su ira rezelando,  
Quel escamoso cuello levantaba,  
Que crueles silvidos iba dando,  
Y el venenoso cuerpo se enroscaba:  
Así huía Achilino no esperando  
Al Christiano que tanto rezelaba,  
Sintiendo siempre encima el golpe crudo  
Que su fiereza contrastar no pudo.

Desta infame huida nació luego  
Su mortal daño, y la victoria nuestra,  
Que imitándolo en ella el vulgo ciego  
Hizo su suerte próspera siniestra:  
Mató el temor helado á su ira el fuego,  
Que á los cobardes á huir adiestra,  
Y con aquel desórden que salieron  
A espaldas vueltas de la lid huyéron.

Aquí pudiera, ó Rey esclarecido,  
Hacer discurso de admirables cosas,  
Que son aunque en ejército rendido  
De fama igual entre las mas famosas:  
Que por hacerlas libre del olvido,

Y porque sean eternas y gloriosas,  
Siendo oidas de tí, las refiriera  
Si esta ocasion lugar me concediera.

Mas viendo que mi plática ya excede  
Del término que debe al fundamento  
Que se me dió licencia, y me concede  
Tu alto y glorioso acatamiento;  
Digo que es justo, y debe hacerse, y puede  
Ponerse en obra tu loable intento,  
Que no hay dificultad que te lo estorbe,  
Ni la pudiera haber en todo el orbe.

Achilino es el guarda de la puente,  
Y el que está puesto por defensa della,  
Contra el qual digo que enviemos gente  
Que lo lanze de allí, y pueda rompella:  
Para esto, Señor, tienes presente  
Los que conoce el que ha de defendella,  
Que son los míos, estos vayan luego,  
Vayan, rompanla, abrasenla con fuego.

Para la execucion desto se apresta  
De mi gente la esquadra victoriosa,  
Mira en las manos la bandera puesta  
De su Alferez Gonzalo de Reynosa,  
Y el órden mira con que fué dispuesta  
En oyendo la caxa belicosa,  
Sin quel trabajo del Sargento fuese  
El que al órden que está la reduxese.

Pues viene dando á donde estas la muestra,  
Para que veas su virtud ardiente,  
Y que en doctrina bélica es tan diestra

Qual la gente de Cesar excelente :  
 Pues su ventura á que la veas le adiestra,  
 Mira delante al Capitan valiente  
 Diego Perez Melgar , por quien fué muerto  
 El Moro Alcayde que faltó al concierto.

Los seis que en la vanguardia van pasando,  
 El primero es Don Juan de Rebolledo,  
 Y el que vá junto á él es Don Fernando  
 Su hermano, en quien jamás se halló miedo:  
 Aquel quel rostro viene levantando,  
 Aquel que mira con feroz denuedo,  
 Diego Perez de Páramo se nombra,  
 El que en servicio tuyo el orbe asombra.

El otro que á su lado vá siniestro  
 Es Gutierre Gonzalez de la Serna,  
 Pedro Ruiz de Foyos fuerte y diestro  
 Esotro que los rige y los gobierna :  
 Aquel de verde que de aqui te muestro  
 Es Ximen Lopez , cuya fama eterna  
 Le prometen sus hechos gloriosos,  
 Que lo serán entre los mas famosos.

Fernan Fernandez es aquel que viene  
 Junto á Martin Muñóz y Alonso Perez,  
 Y el otro que á mirarte se detiene  
 Es Gonzalo Ruiz Tafur , tu Alferez :  
 Juan Serbante es aquel , que nombre tiene  
 De constante , y dador de sus haberes,  
 Aquel es Perodiaz de Mendoza,  
 Y esotro Nuño Nuñez de Garoza.

Juan Gonzalez Camena, y Diego Arroya,

Miguel Perez , y Don Juan de Puzoles,  
 Fernan Muñoz de Fregenal y Moya,  
 De la milicia dos ardientes soles,  
 Son aquella hilera , que si Troya  
 Tuviera quatro destos Españoles,  
 No fuera poderoso el poder Griego  
 De entregar su Ilion sagrado al fuego.

Lope Lopez , y Esteban de Ferrera,  
 Y aquel Gonzalo Lopez de Medina,  
 Gomez Perez de Hatinez y Reguera,  
 Lorenzo Alfonso, Antonio de Molina,  
 Y aquel que se apartó de su hilera  
 Quel paso á la siniestra parte inclina,  
 Es Don Guillen , del fuerte Tafur yerno,  
 Y él digno de alabanza y lauro eterno.

Pasando iba la lista de la gente,  
 A vista del gran Príncipe de España,  
 Que escuchando al Maestre atentamente  
 Estaba lleno de ufanez extraña :  
 Quando con priesa y paso diligente  
 Domingo Sancho y Juan Quivir de Ocaña,  
 Adalides secretos que enviáron  
 A ver los Moros , ante el Rey tornáron.

Truxeronle por nueva que los Moros  
 Del Axarafe habian acudido,  
 Y las mugeres, hijos y tesoros  
 En el fuerte castillo habian metido :  
 Y que despues de gran clamor y lloros  
 Volviéron á salir, y se habian ido,  
 Que sobre el muro de Sevilla vian

Gente , y que de Triana le acudian.

Oyendo esto , el marcial alarde  
Que cese por entónces el Rey manda,  
Que la gente se ponga al arma, y guarde  
Tiendas y campo, de una y otra banda:  
Y que de aquella forma el dia se aguarde,  
Del duro suelo haciendo cama blanda,  
A lo qual todos acudieron luego  
Qual convenia , sin tomar sosiego.

Ya comenzaban á huir del dia  
Los claros rayos, y á pintar del Cielo  
Las bellas formas, y de Cintia fria  
Los rayos dar su resplandor al suelo:  
Quando Axartaf, que en saña horrible ardia,  
Con el silencio igual á su rezelo  
Su gente arma , y la salida apresta  
Contra el Christiano ejército dispuesta.

El cauto Marsiloro, y el prudente  
Ariadino, las cosas disponian,  
A todo el indignado Rey presente,  
Que todas por su acuerdo se hacian:  
Quel ardor fiero que en el alma siente,  
Y las ansias que en ella siempre ardian  
Le fatigaban con extraño modo,  
Y así acudia, y se hallaba en todo.

Viendo su gente bélica ordenada  
Qual demandaba su feroz deseo,  
La de á pié y á caballo aderazada,  
De modo que asegura su trofeo;  
Contenta desto el alma conturbada

Se entregó á la dulzura de Morfeo,  
Habiéndose apartado un breve espacio  
De las armas, y entradose en Palacio.

Del apacible y agradable engaño  
Al suave dulzor quedó rendido,  
Recuperando así el cuidadoso daño,  
Que fatigado le traia el sentido:  
En este afecto á su fatiga extraño,  
Confortando el espíritu afligido,  
La imagen de Muley se le presenta  
Pálida, triste, y con la faz sangrienta.

Llámalo por su nombre , en lastimosa  
Y mal formada voz , así diciendo:  
¿Que haces, ó Rey? ¿como en quietud reposa  
Tu conturbado espíritu durmiendo?  
Oyeme, y no te altere mi espantosa  
Y extraña forma, del que fui viviendo:  
Muley soy, dexa el sueño, abre los ojos,  
Conoce al que te dió tantos despojos.

A la voz del espíritu penoso  
El que en quietud estaba reposando  
Se altera, y sacudiendo pavoroso  
El sueño, el grave cuerpo levantando,  
Y aquel aspecto extraño y espantoso  
Ante sí viendo, y la ocasion dudando,  
Y de miedo á Muley desconociendo,  
Como pudo pregunta el Rey diciendo:

Qualquiera que del Reyno Estigio seas,  
Que á mi enviado, ó por tu causa vienes,  
¿Dime que quieres, ó de mí deseas,

O qué ocasión para buscarme tienes?  
 Si entre las sombras de Acheron paseas,  
 Si con desnudas almas te entretienes,  
 ¿Que buscas entre aquellos que la suerte  
 De la vida, aun gozar dexa la muerte?

El tendido cabello que cubria  
 Todo el pálido rostro, el tenebroso  
 Espiritu de encima le desvia,  
 Mostrandose triste y congojoso:  
 Y con voz diferente que solia,  
 En mal formado acento doloroso  
 Al Rey que está aguardando su respuesta,  
 Y se la demandaba, le dió esta:

No creo (ó Rey) aunque de mi olvidado  
 Que á Muley no conozcas tu sobrino,  
 A Muley tu sobrino desdichado  
 De tí tratado con rigor indigno:  
 Que siendo de un traidor aconsejado  
 Con quien sin para que fuiste benigno,  
 Mis leales servicios olvidaste,  
 Y tan ingratamente me pagaste.

Diste tu oído al que con falso engaño  
 Causó mi muerte con infamia triste,  
 Y á ti te tiene en un peligro extraño,  
 Pues ciegamente su maldad creíste:  
 Justo castigo y merecido daño  
 Al que hoy era traidor como tu oíste;  
 Plaga que siempre habita con los Reyes,  
 Por quien se suelen traspasar las leyes.

De este crédito injusto que al aleve

Africano le diste en daño mio,  
 Hubiste el galardón que se le debe  
 Al que sigue tan ciego desvarío:  
 De todo esto, y mas que me conmueve,  
 La memoria tristísima desvío,  
 Y vengo del lugar inexorable  
 A avisarte en tu estado miserable.

Toda tu descendencia, que con tanta  
 Gloria vivieron en aquesta vida,  
 De quien la gigantea deidad canta,  
 Sin que al olvido sea jamas rendida,  
 Que ahora habitan en la selva santa  
 Que les fué dignamente concedida  
 Por nuestro gran Profeta, que hacer quiso  
 Para justos el santo paraíso:

Sintiendo con piedad tu mal presente  
 Del sitio oscuro donde estoy purgando  
 La libre vida de mi edad ardiente  
 Para entrar donde en gloria están gozando;  
 Porque en tocando la inmortal corriente  
 Donde se laban los que ya dexando  
 Las tinieblas, y entrando en aquel puesto  
 No salen mas, ni mas se acuerdan desto:

De aquella horrible estancia me sacaron  
 (A donde estoy) de tí á piedad movidos,  
 Y que avisarte venga me enviaron,  
 Si aviso importa en daños sucedidos:  
 Que te aperciba y diga me mandaron  
 Que los hados están contra tí unidos,  
 Que quantos sobre tí dominio tienen



Contra tí todos conjurados vienen.

Que sin duda el poder será Christiano  
El que habrá el premio desta larga guerra,  
Si en aquesta ocasion dexa el Pagano  
De usar del suyo contra quien lo encierra:  
Hoy tu remedio ponen en tu mano,  
Usa dél, sal y lanza de tu tierra  
A los que te la ocupan, que ahora puedes,  
Que en desigual potencia los excedes.

Ya ves quel Rey Fernando tu enemigo  
Su ejército dexó, y pasó á Triana,  
De su gente llevándose consigo  
La que con mas valor la tuya allana:  
De aquí ha de sucederle el cruel castigo  
Que le promete dar la soberana  
Suerte, que ordena en bien y favor tuyo  
Aquesta division del poder suyo.

No entiendas que fué acaso sin misterio,  
Y ordenacion del Cielo poderoso:  
De allá procede, porque el Reyno Hesperio  
No acabe aquí, con fin tan afrentoso.  
Ve, rompe el yugo, y libra el cautiverio  
Que amenaza á tu pueblo temeroso,  
Ponte en el campo, contra el campo solo,  
Al punto que ilustrare el mundo Apolo.

Gimió profundamente, y el cabello  
Cubrió el pálido rostro, y con ligera  
Vuelta huyó, dexando al Rey en vello  
En un mar de ansias, y congoja fiera.  
Duda si es lo que vió, si ha de creello,

Si de Muley fué el alma verdadera  
La que le habló y dexó en temor dudoso,  
Si fué ilusion de sueño mentiroso.

Fatigándose en esto, embelesado  
Axartaf tiembla, y gime amargamente  
De mil ansias que encienden su cuidado,  
Mil congojas que allí sin hablar siente:  
Está de lengua y de razon privado,  
Qual suele el que de un súbito accidente,  
O de una alteracion pierde la habla,  
Que á todos mira, y á ninguno habla.

Tal quedó el Rey de Hispaliis sagrada,  
Despues que lo dexó la infernal sombra,  
Lleno de horrible horror sin decir nada,  
Que quanto ve parece que le asombra:  
Pone la vista atónita y turbada,  
Vuélvela aquí y allí, y á nadie nombra,  
A nadie llama, quel pavor lo tiene  
Sin poder ir, ni hacer lo que conviene.

Deste modo rendido á su fatiga,  
Lleno de turbacion cuidadoso aguarda  
Que la caxa lo incite y gente amiga,  
Que á su ocasion ya excede lo que tarda:  
Mas advirtiendo así lo que le obliga,  
Quel ánimo honoroso no acobarda,  
Revuelve sobre sí, el pavor desecha,  
Sacude el miedo horrible que lo estrecha.

Como se suele hinchar cafareciendo  
Calladame te el mar quando está ayrado  
En su profundo centro concibiendo

En sí al viento fiero denodado:  
 Así le va la colera subiendo  
 Al Rey, á quien tenia el temor turbado,  
 Que libre dél, su esfuerzo recupera,  
 Y sale á do su gente ya le espera.

¿Que aguardamos? (le dice) ea ya amigos  
 Vamos donde nos manda Ala que vamos,  
 Vamos, vean hoy quien sois los enemigos,  
 Aunque encerrados por su causa estamos:  
 Sean hoy ellos mismos los testigos,  
 Del valor nuestro, que si dél usamos  
 Ninguna duda tengo que hoy acaben  
 Los que en el orbe todo apenas caben.

Fernando qual sabeis pasó á Triana,  
 Y de gente su campo dexó falto,  
 Con que á la muerte la entregó cercana  
 Que le promete vuestro valor alto:  
 Ea que la fortuna os es ya humana,  
 Damos en ellos presto el fiero asalto,  
 Pues ya el oriente al mundo abre las puertas,  
 A un mundo sean las de Hispalis abiertas.

No dixo mas, que la encendida saña  
 Que el corazon le instiga y le provoca,  
 Que siempre con su alma se acompaña,  
 La lengua le anudó, y cerró la boca:  
 La puerta mandó abrir, salió á campaña  
 Llevado de su ardor y furia loca,  
 Haciendo horrible son con instrumentos,  
 Dando alaridos que henchian los vientos.

Pusose Marsiloro al diestro lado,

Y á su gente Ariadino acudió luego,  
 Tarfira en la ocasion de su cuidado  
 Le siguió ardiendo en zelo y vivo fuego:  
 Con ánimo constante y confiado  
 De vengar en su gran desasosiego  
 La injuria que le hace el crudo amante,  
 Con la satisfaccion que sea bastante.

No lleva intento de mover rogando  
 Del Rey amado el libre pensamiento  
 Que el odio y zelo en ella tienen mando,  
 Y ellos en ira han vuelto el blando intento:  
 ¡O mudanza de amor, ó amor infando,  
 Que no hace tu fiero sentimiento!  
 ¡Que mal tu horrible desamor no siembra!  
 ¡Que no hará una olvidada hembra!

Resuelta de morir, ó de dar muerte  
 Al falso Rey, que así la trae penosa,  
 Y si hallaba en su favor la suerte  
 Encima dél sacrificar su esposa:  
 En tal dureza el blando amor convierte,  
 En tal frialdad la llama poderosa  
 Que prometió encender la Cytia fria,  
 Y un desden con extremo tal la enfria.

Con ella iba hablando el fuerte Moro  
 Abdalac, á quien ella con su mano  
 Curó, y guardando el noble y fiel decoro:  
 De amistad firme al Principe Africano  
 Viendo en ira volverse el tierno lloro  
 Le persuadia con deseo humano  
 Que de tal intencion se retrayese,

Y á diferente fin se reduxese.

Mas ella mas quel duro marmol dura  
En su obstinado intento está inmóvil,  
Qual la cumbre del Caucasó segura  
Al viento, ó la del Calpe al mar terrible:  
Que dureza no hay que sea tan dura,  
Ni imposible que sea tan imposible  
Qual mover voluntad determinada  
De una muger amando, ó desamada.

Fué visto del ejército Christiano  
El del Moro, y el son confuso oido,  
El designio entendido del Pagano,  
Y Axartaf de su yerno conocido:  
Que levantando la derecha mano  
Ante el Infante dice enfurecido,  
Suplicote, Señor, que pues estamos  
A tiempo, que una cosa prevengamos.

Ya ves el gran poder con que á buscarnos  
El enemigo viene, en confianza  
Que puede por ser tal desvaratarnos,  
Y á su furioso intento dar venganza:  
Conviene, pues, de un ala aderezarnos  
De gente suelta de paves y lanza,  
Que de reparo sirvan á esta parte,  
Sin que de aquí se mueva ni se aparte.

El viene encaminado á ver si puede  
Coger en medio nuestra poca gente,  
Viendo que en tanto número la excede,  
Y que hacerlo puede facilmente:  
Y así, poniendo aquí quien se lo vede

Y quien resista con valor ardiente,  
Será imposible conseguir su intento,  
Y posible hallar su perdimiento.

Pareció bien el parecer discreto  
Que dió el Príncipe de Africa, y siguiéron  
Su acuerdo, y confirmando su decreto,  
A su cargo el cumplillo remitiéron:  
Diéronle gente, y pusose al efecto  
En el mismo lugar por donde viéron  
Que la enemiga gente se esparcia  
En órden, y que allí á parar venia.

El ejército invicto estaba puesto  
En el abierto llano, de manera  
Que la Herculea Ciudad tenia en opuesto,  
Y de allí asaltos del contrario espera:  
Por la siniestra banda el curso presto  
Del Betis, que lo guarda y su ribera,  
A las espaldas tiene á Guadaira,  
De do á Tablada y los Erveros mira.

Por la parte oriental de do el doliente  
Solano envia su encendido aliento,  
Tenia por defensa solamente  
El llano de una parte y otra esento:  
Por aquí Botalha como prudente,  
Y en la guerra de gran conocimiento,  
Previene el medio, rezelando el daño,  
Al qual se opuso con valor extraño.

Traía Axartaf su campo dividido  
En dos partes, la una á do venia  
La mayor fuerza, y todo el campo unido,

Esta su insignia y parecer seguía :  
 De la otra fué el órden cometido  
 A Marsiloro, que tomó la via  
 A donde Botalha y su poca gente  
 Guardaba el peligroso inconveniente.

Ya se acercaba el enemigo bando  
 Que los mortales tiros se alcanzaban,  
 Ya los volantes dardos disparando  
 El efecto mortal administraban:  
 Crescia el furor, su furia renovando  
 Las horribles hermanas, que instigaban  
 Los pechos de los bárbaros, dispuestos  
 A la victoria, ó á la muerte prestos.

A la defensa se opusieron luego  
 Los bélicos Christianos, resistiendo  
 La furia loca del contrario ciego,  
 Y los tiros quel dia venian cubriendo:  
 Los animosos pechos con sosiego  
 Firmes resisten el tumulto horrendo,  
 Sin salir de órden en defensa hacen  
 Lo que al honor y al riesgo satisfacen.

Viendo Axartaf el marcial decoro  
 Que guardaban los fuertes Castellanos,  
 El poco efecto que hace el campo Moro,  
 Y el daño que le hacen los Christianos:  
 De congoja vertia por cada poro  
 Viva sangre, instigando á sus paganos  
 Quel temor dexen, y con brío arremetan,  
 Y en lúlia rompiéndoles los nistan.

Ea amigos (decia) que no es justo

Que tan pocos contrarios duren tanto,  
 Antes lo acuso, y tengo por injusto,  
 Porque denota cobardía y espanto :  
 Hoy redimis vuestro mortal disgusto,  
 Hoy tiene fin vuestro marcial quebranto,  
 Hoy quedamos si haceis como esforzados  
 Libres, victoriosos y vengados.

Con denodado ánimo arremete  
 El Agareno Rey, sin que le impida  
 La fuerte infantería que acomete  
 Por una y otra parte enfurecida :  
 Mas por las picas sin temor se mete  
 Quel furor le hace no estimar la vida,  
 Rompe la esquadra con feroz denuedo  
 Sin que la duda lo detenga ó miedo.

Qual va el sangriento Marte enfurecido  
 Por la corriente de Ebro rio helado,  
 O qual al gran Briareo no vencido  
 Que contra Jove fiero se ha mostrado:  
 Cincuenta espadas contra él ha asido,  
 Y á otros tantos escudos ha tomado,  
 Con cien brazos le hace cruda guerra,  
 Y en sus cincuenta pechos fuego encierra.

Mas no por eso pierden la esperanza  
 Que tienen de vencello, y con presteza  
 Lo siguen con deseo de venganza,  
 Que piensan de vencer su fortaleza:  
 Sostienense con esta confianza,  
 Y llenos los Christianos de brabeza  
 Lo siguen á do va por toda parte,

Que va mostrando su valor y arte.

Con grita le acometen furiosos  
No ménos que las grullas, que volando  
En órden y esquadrones sonorosos  
Las aguas y la bruma rezelando :  
Se encaminan con gritos temerosos  
Al espacioso Oceano llevando  
A los Pigeos daño , de tal suerte  
Que los vencen, destruyen y dan muerte.

Van los guerreros tras el Rey Pagano  
Siguiéndole con golpes y clamores,  
Que arrepentido de su intento vano  
Dexa el puesto á los fuertes vencedores :  
Cubren de muertos el tendido llano,  
Haciendo en ellos daños no menores  
Don Lorenzo Xuarez y el Infante,  
Y Arias Quixada que venian delante.

Todos á una contra el bando fiero  
Rompen, derriban, atropellan, matan,  
Y á fuerza de vigor y duro acero  
Los deshacen, ahuyentan, desvaratan :  
Desfallece el furor con que primero  
Entráren, y con miedo se recatan,  
Que ya no hay Moro que á Christiano aguarde,  
Ni á quien no ocupe ya el temor cobarde.

Abulalle, de Benalifa nieto,  
Que fue en Xerez por Axartaf Alcayde,  
Viendo del Rey el afrentoso aprieto,  
Acompañado de Barquetne y Cayde:  
A la gente que hoye sin respeto,

Y á Xarif dexan, y á Hayni, y Mocayde  
Sus Capitanes, por salvar la vida,  
Con deslealtad infame, y vil huida.

Dando voces se opone, y dice amigos,  
Amigos mios, deteneos ahora,  
Deteneos no honreis los enemigos,  
Ni afrenteis vuestra ilustre sangre mora :  
Sean hoy vuestros hechos los testigos  
Ante aquel Dios que en vuestra ley se adora,  
Ante aquel que se ofende en ver dexaros  
La victoria que hoy promete él daros.

Volved los rostros, y vereis la ofensa  
Que á vuestra patria haceis, y á vuestra gloria  
El cierto daño, la deshonra inmensa  
En que trocáis tan célebre victoria.  
Fuera de entendimiento va el que piensa  
Que hoy huyendo no acaba su memoria,  
Su hacienda, vida, hijos, casa y nombre  
Con vituperio, infamia y vil renombre.

Volved los rostros, y firmad los pechos  
Vereis la poca gente á quien dexamos  
El campo, por quien rotos y deshechos  
Con pérdida tan grande huyendo vamos :  
Hagaos con esta infamia satisfechos,  
Que quando libres desta lid salgamos  
No tenemos seguro, y damos fuerza  
Al que nos sigue, y nuestro miedo esfuerza.

Todos oyendo Abulallé volviéron  
Con ánimos dispuestos á la muerte,  
O á vencer la batalla, y tras el fuéron

Firmes, conformes á probar la suerte :  
 El frio, temor y espanto sacudiéron;  
 Y el mas cobarde se mostró mas fuerte,  
 Renuevan el combate riguroso  
 Entre el vencido campo y victorioso.

Venia rompiendo por aquesta parte  
 Del enemigo ejército, el valiente  
 Arias Quixada, y con destreza y arte  
 Desvaratando la enemiga gente,  
 Quando el pagano imitador de Marte,  
 Llamado rayo suyo vulgarmente,  
 A los suyos abriéndoles camino,  
 Vino á encontrar con el varon divino.

Con una gruesa lanza está parado,  
 Esperando al Christiano valeroso,  
 Del loco amor de Marte arrebatado  
 Arremete con ánimo furioso :  
 Qual el ligero pardo viene avrado  
 Volando por el monte mas fragoso,  
 Y entre las armas muy feroz se lanza  
 Por tomar de su muerte cruel venganza.

Ningun clamor ni armas lo detiene,  
 Antes revuelve presto si es herido,  
 Contra el que lo hirió ligero viene,  
 Y aquel solo ha de ser el perseguido :  
 Y no lo dexa hasta que ya tiene  
 Venganza, con fiereza encruelecido  
 Es muerto de tantos que lo siguen,  
 Que todos aunque es fuerte lo persiguen.

Asi arremete con furor horrendo

Al fuerte Caballero el belicoso  
 Moro, á quantos encuentra resistiendo,  
 Que á detenello nadie es poderoso :  
 El Christiano invencible conociendo  
 El deseo del bárbaro animoso,  
 Y viéndole que á él enderezaba  
 Y contra él la gruesa asta vibraba.

Con la misma presteza que rasgando  
 La ayrosa nube el rayo baxa al suelo  
 Los ayres trascendiendo, y derribando  
 Quanto delante se le opone al vuelo :  
 Tal va Arias Quixada procurando  
 Al Moro, que sin miedo ni rezelo  
 Fixo en la silla pica apriesa y entra,  
 A un tiempo todo, y al Christiano encuentra.

Recibe el fiero encuentro el firme escudo  
 Sin que de donde estaba se moviese,  
 Que la fuerza ni el golpe hacer pudo  
 Que movimiento en él se conociese :  
 Mas lleno de valor, libre, y desnudo  
 De miedo, como el golpe recibiese  
 Levantó en alto la fulminea espada  
 Del poderoso brazo gobernada :

Y al tiempo que la rienda revolvía  
 Para poderse reducir, descarga  
 En el hombro quel lado descubria,  
 Que no le pudo reparar la adarga :  
 Quedó sin luz, torcer le hizo la via,  
 Los estribos perdió, y la rienda larga  
 Viene el caballo y caballero á tierra,

Y en solo un golpe tuvo fin su guerra.

Del hombro diestro á la mitad del pecho

Le fué rasgando el acerado filo,

Armas y huesos todo fué deshecho

Qual si cortara algun delgado hilo :

Rinde el horrible horror, rinde el despecho,

La altivez fiera, y al soberbio estilo

Sale la sangre negra, el cuerpo dexa,

Y el alma de los huesos se le aleja.

Revuelve con presteza no creible,

Y entre el tumulto bárbaro se mete,

Mata á Bigima, en fuerzas invencible,

Mata á Moolud, á Xavani y Hamete :

A Cayde derribó de un golpe horrible

Que le abrió hasta los pechos, y arremete

Contra Gaulid, que vino á socorrello,

Y acabó encima dél sin guarecello.

Huyendo á rienda suelta sin aliento,

Falto de esfuerzo, al frio temor rendido

Venia Hayni, de roxo humor sangriento

El rostro hermosísimo teñido :

Que de su altivo y loco pensamiento,

Y su arrogante presuncion regido,

De Josef berberisco acompañado,

A Don Lorenzo habian procurado.

Y hallándolo al lado del Infante,

Que con Mencyde estaba en cruel pelea,

Se le pusieron ámbos de delante,

Y en él Hayni la fiera lanza emplea :

Mas Don Lorenzo arremetio al instante

Contra los dos, sin que su astucia fea

Les valiese, y volviendole huyendo

Hirió á Hayni, y á entrambos fue siguiendo.

Alcanzólo cayéndole el caballo,

Y viendo al que buscó que le seguia,

Las manos puestas procuró aplacallo

Con lástimas de infame cobardía :

Mas el Christiano dexa de escuchallo,

De ruegos y plegarias se desvia,

Y ántes que mas en ellas prosiguiese,

Al alma infame abrió por do huyese.

El otro que quedaba, rezelando

El valor del Christiano poderoso,

Con miedo dél, huyendo va temblando

Sin dar sosiego al curso presuroso :

Síguelo el gran guerrero de Fernando,

Presidio del ejército glorioso,

Y yéndole en alcance, Axartaf vino,

Y en medio se le puso del camino.

Que del glorioso honor estimulado,

Y de la triste afrenta convencido,

Despues de haber la fiera lid dexado

Volvia á cobrar el claro honor perdido :

De una soberbia esquadra acompañado

De jóvenes briosos que ha escogido,

Con que vuelve y asalta al Caballero

Que á Josef sigue que huia ligero.

Todos al punto en torno lo cercáron,

Y él contra todos con valor constante

Por medio de las lanzas que enristráron

*Tom. XV.*

P

Se arroja , rompe y pasa por delante :  
 No rayo que las nubes arrojaron  
 Baxa con ligereza semejante,  
 Ni con tal furia va el leon que siente  
 En las entrañas el venablo ardiente.

Por todas partes todos con fiereza  
 Sobre él descargan , y él á todos hiere ;  
 Resiste , mata , aparta , y con destreza  
 Y esfuerzo en ellos hace lo que quiere :  
 Mas los tiros , los golpes , la presteza  
 Es tal , que tiro no hay que golpe espere,  
 Que sin darle descanso lo cubrian  
 Los tiros , y los golpes lo herian,

De la suerte que cae presurosa  
 De la occidental parte con estruendo  
 La lluvia , sobre el suelo impetuosa,  
 Y con la piedra el campo va hiriendo :  
 No daña á los texados la furiosa  
 Pedrisca , que va dellos resurtiendo :  
 Asi golpean y hieren al valiente  
 Don Lorenzo con saña y furia ardiente.

Habiéndose mezclado el fuerte Infante  
 A este punto andando en la batalla  
 Con la gente feroz del arrogante  
 Axartaf , que pensaba reparalla :  
 Y habiendo muerto al Capitan delante,  
 Con tanto esfuerzo comenzo á apretalla,  
 Que las armas largando á huir vuelve,  
 Y á la Ciudad sin aguardar se vuelve.

Axartaf viendo asi desvaratarse

De todo su poder la mayor fuerza,  
 Desmayó , y toca luego á retirarse,  
 Y á la huida con valor se esfuerza :  
 Pica , y pican los suyos á librarse,  
 Sin que ninguno de seguirlo tuerza,  
 Los Christianos guerreros sin dexallos  
 Matándolos procuran atajallos.

La infame fuga viendo el temerario  
 Marsiloro , que estaba en cruel combate  
 Con el Libyco Rey , su cruel contrario,  
 Sin poder darle qual queria remate :  
 Dixo furioso , el hado mi adversario  
 No impedirá traidor que no te mate,  
 Y á la aleve Alguadayra que te sigue,  
 Que á esto el honor hace que me obligue,

Sin decir mas , de un ciego ardor llevado  
 A dar venganza á su implacable ira  
 Arremitió , y Botalhá indignado  
 No ménos fiero contra él se aira :  
 Llega á este punto por el diestro lado  
 Y da un encuentro á Botalhá Tarfira,  
 Que á no ser Botalhá , aunque fuera un muro  
 No quedára en su asiento tan seguro.

Rompió la lanza , mas volvió el Rey Moro  
 A executar su fiero golpe en ella,  
 Y con el suyo llega Marsiloro,  
 Y así lugar no tuvo de ofendella :  
 A mí le dice , á mi , guarda el decoro  
 De Caballero , que á esa Mora bella  
 No es justo que tu espada haga injuria,



Guarda para mí solo aquesa furia.

No respondió , mas levantando fiero  
El fuerte brazo , contra el Moro parte,  
Y el Moro con el ánimo primero  
A la venganza aplica fuerza y arte:  
Vuelve Tarfira, y al Real guerrero  
Que en su alma ocupó la mejor parte,  
Con igual desamor que ántes tenia  
El amor al Rey de Africa heria.

Mas él , sin conocella ni hablalle,  
Quando sobrel hiriendo venia fiera,  
El brazo suspendia, y yendo á dalle  
El alma casi le decia quien era,  
Y así solo acudia á reparalle,  
Que no era posible que pudiera  
(Aun ignorando) en yerro semejante  
Caer quien fué tan verdadero amante.

Marsiloro en furor ardía rabioso,  
Ella en ira infernal por dalle muerte,  
Botalhá en esfuerzo valeroso,  
Defendiendo á los dos tan alta suerte:  
Corrido Marsiloro y furioso  
Dixo á Tarfira , si hoy pretendes verte  
Vengada deste aleve Rey , desvia,  
Dexame solo , que esta suerte es mia.

Tarfira respondió , á mí sola toca  
Tomar deste mal Rey justa venganza,  
Que la ocasion que tengo me provoca  
A que la tome , y dexé la tardanza:  
Ese deseo , y esa furia loca,

Esa contienda , y vana confianza  
No tendrá efecto , Botalhá responde,  
Quel dicho y hecho en pocos corresponde.

Ellos en esto , ya venia su gente  
Desbaratada del Christiano bando:  
Venia Abdalac confusa y ciegamente  
A Botalhá y Tarfira procurando:  
Y viéndolos en esta lid ardiente  
Arremetió , el caballo atravesando,  
Desvia á Tarfira, y dexa al Africano  
Con el Bético Moro mano á mano.

No con igual furor se arremetiéron  
Los dos Tebanos Príncipes ayrados  
Al punto que en el campo los pusieron  
Para acabar la guerra señalados:  
Asi en el mismo instante que se viéron  
Los dos Moros de un fiero ardor llevados,  
De un odio igual , de una intencion dañada,  
Se arremetiéron sin hablarse nada.

Marsiloro traia un feroz caballo  
De una admirable condición extraña ,  
Que se lo dió Halud , por amparallo  
Para alcanzar el Alcaydia de Ocaña:  
Este en el punto que empezó á domallo  
Le enseñó (diferente que en España)  
A levantar el rostro en allegando  
La espuela , ó con la rienda irle llamando.

Pudo el humano ingenio hacer tanto,  
Y de Halud el arte y sutileza,

Que le privó de recibir espanto,  
 Y le enseñó á morder con extrañeza:  
 Que si no fué enseñado por encanto,  
 No era posible ingenio ni destreza  
 Hacer un animal que deprendiese  
 A ofender solo al quel señor quisiese.

En qualquiera ocasion que se hallaba  
 Como la rienda á un punto le ajustasen,  
 Ni perdía paso, ni cabeza alzaba,  
 Ni se descomponia aunque le picasen:  
 Mas si el señor alguna vez gustaba  
 Que de su lado algunos se apartasen,  
 Con picarle y dar rienda solamente  
 Caballo ni hombre habia de haber presente.

Con este entró el Pagano en la batalla,  
 Qual en su esfuerzo y armas confiado,  
 Por él creyendo cierto de ganalla,  
 Como por él habia otras mil ganado:  
 No entiende ya que arnes ni fuerte malla  
 E-torbaran su pretension, ni el hado,  
 Y asi pica, y la rienda larga, y fiero  
 Se allegó quanto pudo al Real guerrero.

El caballo feroz sin detenello  
 Asió al del Rey con furia arrebatada,  
 Y comenzó cruelmente á removello  
 Con la fiereza y saña acostumbrada:  
 Mas Botalló acudiendo á guarecello  
 Al como atravesó de una estocada,  
 Y la cabeza le cortó al caballo

Que al suyo quedó asida sin soltallo.

Los Moros que seguian á Marsiloro  
 Viéndole muerto así venir á tierra,  
 Alzando á una un lastimoso lloro  
 El mas valiente el ánimo destierra:  
 Dexan el campo, huyen del Rey Moro,  
 Que entre el poder Christiano los encierra,  
 De un cabo á Don Lorenzo, y por delante  
 A Arias Quixada, y al valiente Infante.

Sobre esta esquadra que tenian en medio  
 Revuelven todos, ya que habia huido  
 El campo de Axartaf, que por remedio  
 Entrarse en la Ciudad habia elegido:  
 Y sin darle lugar ni valer medio,  
 Ni á ruego dar ni á lástimas oido,  
 Fué dada al hierro en un instante breve,  
 Sin dexar Moro que la nueva lleve.

Pasan delante á detener la gente,  
 Que siguiendo el alcance iba matando  
 Los Moros que huian confusamente,  
 Y al agua ciegos se iban arrojando:  
 Donde tambien la muerte vian presente  
 Que en asechanza estaba allí aguardando,  
 Que no hay seguro al tiro que no yerra  
 En el viento, en el agua, ni en la tierra.

Alli acababan muchos, que la vida  
 En balde hasta aquel punto difiriéron,  
 Allí acabáron, y á la lid rendida  
 Fin glorioso con sus muertes diéron:

Recogióse la gente no vencida  
 Al ronco son, y á Marte concedieron  
 Que en ocio y en quietud se reduxese,  
 Y alivio al largo afan se concediese.

## LIBRO VIGESIMOPRIMO.

Siendo ya el campo de Axartaf deshecho,  
 Con pérdida de tantos de su parte,  
 Y él, puesto á riesgo, y peligroso estrecho  
 Sin valerle poder, fuerza ni arte,  
 A dar la cuenta del glorioso hecho  
 Envió Don Henrique al Santo Marte  
 Su padre, que en oyendo el caso, al punto  
 Dixo, teniendo su concilio junto:

Claro veis la merced quel largo Cielo  
 Siempre nos hace, y ahora vereis claro  
 Que á vuestro noble, justo y santo zelo  
 Con patentes milagros da su amparo:  
 Y al que conspira contra Dios, el suelo  
 Le hará ver con este exemplo raro  
 Su ceguedad, y conocer que puede  
 Solo Dios, que en poder á todo excede.

Deste conocimiento entenderemos  
 Que ha de ser su potencia en ayudarnos,  
 Para que á nuestra justa guerra demos

Conclusion, con el fin que deseamos:  
 Y así conviene en la ocasion que vemos  
 Que al ejército luego nos volvamos  
 A disponer las cosas convenientes,  
 Y dar remedio á los inconvenientes.  
 Y pareceme (si el consejo vuestro  
 Fuere conforme en esto con el mio,  
 Que si será, por la razon que nuestro  
 Que es la seguida meta á donde guio:)  
 Que pidiendo el favor al Moisen nuestro  
 Volvamos luego á vadear el rio,  
 Dexando aquí la infantería aprestada,  
 Pues luego aquí ha de ser nuestra tornada.

Con la gente quel yugo dexa puesto  
 (Mi hijo Don Alonso) al cuello altivo  
 De la bética Murcia, que en molesto  
 Asedio la rindió con Marte esquivo:  
 Para reparo y ser remedio desto,  
 Por quien tan lleno de cuidados vivo,  
 Está ya en el Real, y desta gente  
 Guarnecello podemos facilmente.

Esto tengo acordado, y si os parece  
 Que se debe hacer, hágase luego,  
 Que la ocasion tan grave que se ofresce  
 No concede momento de sosiego:  
 Diciendo esto, su razon fenescce  
 El protector Christiano, contra el ciego  
 Bárbaro, y de los suyos escuchado  
 Sin discrepar de todos fué aprobado.

Sin tocar caxa, ni hacer estruendo

Pasó la voz, y luego aderezáron  
 Caballos y armas, y la via siguiendo  
 Al conocido vado camináron:  
 Betis el veloz curso reprimiendo  
 Sin moverse paró, en quanto pasáron  
 El húmido cristal, y ufano desto  
 Encima estaba de sus aguas puesto.

Llegáron los valientes Caballeros,  
 Y el Santo amparo suyo, á donde estaban  
 El ejército y Príncipes guerreros,  
 Que en aquella ocasion no lo esperaban:  
 Los dos Infantes fuéron los primeros  
 Que llegáron al padre, porque andaban  
 Disponiendo las cosas, y alojando  
 Lo que á Murcia dexaban por Fernando.

Fue con alegre aplauso recibido,  
 Y con gloriosos títulos llamado,  
 Unos le decian padre, otros querido  
 Señor, otros Rey justo, otros amado:  
 Estas voces herian el santo oído  
 Que á todos tuvo siempre aparejado,  
 A la justicia sin cerrar lo abierto,  
 A la clemencia y las mercedes cierto.

A las voces el Príncipe Africano  
 El primero dexó su alojamiento,  
 Y á los pies puesto del rector Christiano  
 Con su esposa, celebran el contento:  
 Levantala el Rey mismo con su mano,  
 Y junto al suyo á entrambos dió el asiento,  
 Y á Botallá las gracias y la gloria

Como á instrumento de tan gran victoria.  
 Tratáron del suceso largamente,  
 Contáron las hazañas milagrosas,  
 De todos la virtud resplandeciente  
 Con que fin diéron á tan arduas cosas:  
 Y estando en esto, el resplandor de Oriente  
 Se escondió entre las sombras tenebrosas,  
 Y la noche inmortal traia al sabroso  
 Y descuidado sueño á dar reposo.

Las mesas fuéron luego aderezadas,  
 Maestresalas y pages acudiéron  
 Con toallas y fuentes levantadas,  
 Y en órden todos ante el Rey viniéron:  
 Qual la del Rey dos sillas ocupadas  
 De Botallá y de Alguadayra fuéron  
 Entre el Rey puestas, y el mayor Infante,  
 Y la de Don Henrique algo distante.

Dióse principio á la dispuesta cena  
 Con alegre quietud, y leal sosiego,  
 De la soberbia y destemplanza agena  
 Que usó Epicuro, y sigue el vulgo ciego:  
 Libre do todo aquello que condena  
 La vida, y pone en vil desasosiego,  
 Huyendo la costumbre fea Romana,  
 Y el gasto de la pródiga Egipciana.

No fuera á la templanza de Fabricio,  
 Ni á su firme virtud desagradable,  
 Pues era libre del guloso oficio  
 Que á tantos truxo á estado miserable:  
 Ni la abundancia acompañaba al vicio,

236 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Ni la hambre á la gula insaciable,  
 Todo con el respeto conveniente  
 Correspondia á la virtud y gente.

Iban la alegre cena prosiguiendo,  
 Dando Ceres sus dones y Diana,  
 Y con alegre ánimo ofresciendo  
 Nisa el licor que da la fuerza humana:  
 Los sentidos les iba conmoviendo  
 Lira y voz de Alvar Nuñez soberana  
 Que con celeste espíritu cantaba,  
 Y el canto y la armonía regalaba.

Cantó quando á Baeza combatia  
 Don Alonso (á quien dió renombre España  
 De Emperador) que viendo su porfia  
 En resistirse, y la defensa extraña,  
 Que ya desconfiado, quiso un dia  
 Alzar el cerco, y toda su compañía  
 Aprobó el parecer que habia tomado  
 De irse, y dexar un cerco tan pesado.

Mas Isidro, Arzobispo de Sevilla,  
 Viendo al Rey que dexar queria el asedio  
 Baxó á la tierra de su impírea silla  
 A serle amparo su inmortal remedio:  
 Y estando el fuerte auxilio de Castilla  
 Solo, y resuelto en su dispuesto medio  
 Se le apareció, y dixo que siguiese  
 La guerra, y de su acuerdo decidiese.

Que no dudase, quel le asguraba  
 Y prometia de darle la victoria,  
 Quel su favor y ayuda le mandaba,

El premio, honor, el triunfo, el lauro y gloria:  
 Esto el divino músico cantaba  
 Ante el Rey Santo, que en la alegre historia  
 Se habia suspendido, y á este punto  
 La música y la cena acabó junto.

Los Grandes, que al principio se habian ido,  
 Entráron, y alabando el dulce canto  
 Del músico, y el caso sucedido,  
 Así les respondió su auxilio santo:  
 ¿A quien seria del Cielo concedido  
 Tanta gracia, ni qual merece tanto  
 Que los Santos descendan á amparalle,  
 Y la victoria no esperada dalle?

Bien es verdad que muchas veces fuéron  
 Con milagros patentes ayudados  
 Los nuestros, y al Patron de España viéron  
 Estando para ser desvaratados:  
 Y en virtud suya la victoria hubiéron,  
 Y los Moros despues aherrojados  
 Contaban, que ellos viéron ser deshechos  
 Por uno que una cruz traia en los pechos.

A aquel gran defensor de los Christianos  
 A quien el santo lávaro seguia,  
 Que en entrando á lidiar con los paganos  
 Las espaldas y pechos le encendia:  
 Con estos y otros premios soberanos  
 El Señor regalaba cada día  
 A los suyos, mas ¿quién será tan digno  
 Que Santos vea, y sienta ardor divino?  
 Estos exemplos nos avisan claro

Que no son nuestras obras qual conviene  
 Para alcanzar aquel divino amparo  
 Que á los justos del Cielo en favor viene :  
 Y pues aquesto amigos os declaro,  
 Y veis que la victoria se os detiene,  
 Sirvamos al Señor que yo os prometo  
 En nombre suyo el victorioso efecto.

Así el Rey santo con glorioso acento  
 Exórtaba á sus fuertes Caballeros,  
 Poniendo en Dios el cierto vencimiento  
 Con el fin justo de los Moros fieros :  
 Lope Diaz de Alfaro estuvo atento,  
 Que estaba junto al Rey de los primeros,  
 Por parecerle urgente ocasion esta,  
 Demandando licencia dió en respuesta.

Solo quiero que entiendas , ó excelente  
 Señor , por quien la Santa Fe Christiana  
 Es defendida , y su afligida gente  
 En libertad de la opresion pagana :  
 Que si se mira con razon prudente,  
 Y ánimo libre de la invidia humana,  
 Mil exemplos tenemos en que has sido  
 Con milagros de Dios favorecido.

Dexo el principio de venir á darte  
 Posesion de Castilla, y de la suerte  
 Que por milagro quiso Dios guardarte  
 Del Conde aleve que intentó tu muerte :  
 Del fiero padre que venia á buscarte  
 Con riguroso intento y brazo fuerte,  
 Sin que á tu tierna edad hiciese injuria,

Quién lo atajó? quién resistió su furia?

Despues que todo aquesto aseguraste,  
 Y de Marte la túnica vestiste,  
 Y á Leon y á Castilla en paz juntaste,  
 Y á combatir los Moros descendiste :  
 Mira la vez primera que pasaste  
 Los puertos, el peligro en que te viste,  
 Y con tan poca gente á tantos Moros  
 Rompiste , y les quitaste sus tesoros.

Estas hazañas y otras mil famosas  
 De que hacer pudiera larga historia,  
 Si no fueran con fuerzas milagrosas  
 ¿Quién alcanzára dellas la victoria?  
 Dexando á parte tan sabidas cosas,  
 De las presentes puedo hacer memoria,  
 Pues la victoria de hoy si la entendemos  
 Por milagro del Cielo la tenemos.

En sus razones iba prosiguiendo  
 El excelente Lope Diaz de Alfaro,  
 Y el Rey le replicó , todo eso entiendo,  
 Todo es así por el divino amparo :  
 Mas dime , ¿el irnos tanto difiriendo  
 Esta victoria , no es indicio claro,  
 Y se dexa entender, que no acudimos  
 A servirle, y que ya le deservimos?

A nuestras graves culpas lo atribuyo,  
 Ellas reprimen su inmortal largueza ,  
 Por ellas niega esto al pueblo suyo,  
 Por ellas da al contrario fortaleza :  
 De donde infero , y mi razon concluyo

240 CONQUISTA DE LA BÉTICA.  
Que aquella inmensa y celestial grandeza  
Será en nuestro favor si le servimos,  
Y las mortales culpas reprimimos.

La Princesa Alguadayra, que habia estado  
Oyendo las Christianas opiniones  
Del santo Rey, y viéndolo parado  
Rompió el silencio, y dixo estas razones:  
Aunque á la suerte mia le es negado  
Hablar en semejantes ocasiones,  
Por ser lo que diré caso admirable,  
Dame licencia, ó gran Señor, que hable.

Las dos blancas mexillas se cubrieron  
De púrpura, y honesto encendimiento,  
Viendo que á su razon todos volviéron,  
Y quel oido el Rey le puso atento:  
Las causas que en temor la suspendiéron  
La dexáron, y el torpe encogimiento  
Dió lugar á la lengua detenida,  
Y prosiguió de todos siendo oida.

Guayna mi abuela tuvo una sirviente  
Antigua, que de mi fué conocida,  
Llamada Barca, en letras excelente,  
Que casi fué por sin igual tenida:  
Esta á la muerte viéndose presente,  
Agravada del peso de la vida,  
A mi padre advirtió la sabia Mora  
Lo que encubierto ha estado hasta ahora.

Dixole que la fuerza poderosa  
Que en las armas tenia el poder Moro,  
El ánimo y destreza belicosa,

La abundante riqueza en plata y oro:  
Que esto era escoria, y todo inutil cosa  
Comparado á un divino y gran tesoro,  
Que sin estimacion y desechado,  
Ni entenderlo, en un pozo tenia echado.

Este tesoro, dixo, ser aquellas  
Virgenes que llamais Justa y Rufina,  
Que Barca dixo, que eran dos estrellas,  
Que al sol exceden en su luz divina:  
Que si sabian los nuestros conocellas,  
Y las honraban con la gloria digna  
A la suya, viviesemos seguros  
Que no entrarian contrarios nuestros muros.

Añadió á esto, que tuviesen cierto  
Que si no las honraban, qual decia,  
Que en sujecion seria el pueblo y muerto,  
Y que á verlo Axartaf alcanzaria:  
Que nadie lo tuviese por incierto,  
Ni dudase de aquella profecia:  
Esto diciendo la dexó la vida,  
Y á la muerte quedó Barca rendida.

Fué con gran sentimiento sepultada  
La sabia Barca, y fué estimada en tanto,  
Que la que en vida en poco fué estimada,  
En muerte se le dió renombre santo:  
Quedó su profecia tan confirmada,  
Y el Rey mi padre con tan grande espanto,  
Que en oyendo nombrar Justa ó Rufina  
Ambas rodiilas en la tierra inclina.

Todo este gran lugar sigue este exemplo,

Y hacerle todos en su honor desean  
 Un levantado y suntuoso templo  
 A donde honradas en su culto sean:  
 Y esto es de modo que á Axartaf contemplo  
 Quando los suyos contra tí pelean  
 Quel favor de las Virgenes invoca,  
 Su pozo adora, y con sus labios toca.

Así Señor, que desto entender puedes  
 Que resulta su esfuerzo y confianza,  
 Desta ocasion quando en poder lo excedes  
 Nace su orgullo, y busca la venganza:  
 Y si en la mortal guerra en que procedes  
 Qual vemos, no sojuzgas su pujanza,  
 No lo causan las culpas de tu gente,  
 Que estotro es solo el cierto inconveniente.

Holgose el Rey, y todos se admiraron  
 Que con las Santas devocion tuviesen  
 Los que á Dios por Mahoma la negaron,  
 Y que en su amparo y su favor creyesen:  
 De la condicion bárbara trataron,  
 Y como en esto todos estuviesen  
 Un largo espacio, el Rey en su aposento  
 Se entró con aquel solo pensamiento.

Púsose en oracion con tierno llanto  
 Ante la imagen que en su arzon traia,  
 Diciendo, ó Reyna del concilio santo  
 Que has sido en todo nuestro amparo y guia,  
 A tí mi alma, á tí mi voz levanto,  
 A tí invoco, ó Christifera Maria,  
 A tí que me socorras vengo ahora,

Qual siempre has hecho, amada mía y Señora.

Si un bárbaro infiel tiene esperanza  
 En el favor de aquestas celestiales  
 Virgenes, si contrasta con pujanza  
 A las fuerzas Christianas inmortales,  
 Y constante en aquesta confianza  
 Resiste á tantas pérdidas y males,  
 ¿Qué pueden hacer más los que creemos  
 De tu Hijo la Fé que defendemos?

Ea, pues, Virgen defensora nuestra,  
 Salud de la mortifera caida,  
 Que costó el medio á suerte tan siniestra  
 Al mayorazgo celestial la vida:  
 Aquí tu amparo, aquí tu favor muestra  
 Para que acabe aquesta descreida  
 Gente, y esta Ciudad se restituya  
 Al culto sacro, y á la gloria tuya.

Suplicote. Señora, que este intento,  
 Este zelo ofrecido á tu servicio,  
 Este deseo y Christiano pensamiento,  
 Este amor firme en este duro officio,  
 Ante ti sea de algun merecimiento,  
 Pues todo da de la ocasion indicio,  
 Y trabajos y daños recibidos  
 Son á tu nombre, ó Virgen, ofrecidos.

Quedó en estas razones suspendido  
 El santo defensor de los Christianos,  
 Y puesto en Dios el alma y el sentido,  
 Se quedo levantadas ámbas manos:  
 Y un resplandor ante los ojos vido,



Que de luz adornó los ayres vanos,  
Y á la noche del sueño engendradora  
Con esplendor divino ilustra y dora.

El deificado espíritu traspuesto  
En aquella dulzura, quel terreno  
Cuerpo ignoraba, aunque al placer dispuesto,  
Era de aqueste sentimiento ageno :  
En gloria y en temor estaba puesto,  
De gloria el alma, de espanto el cuerpo lleno,  
Y estando así la Virgen Palestina  
Se dexó ver, y dixo en voz divina:

No te aflija Fernando la tardanza  
De esta prolixa y trabajosa guerra,  
No dudes, ni haya en tí desconfianza,  
Y de tí, si hay alguna, la destierra :  
Que presto (y ten por cierta esta esperanza)  
Veras en tu poder toda esta tierra,  
Y á tus trabajos puesto fin glorioso,  
Que así lo ordena mi hijo poderoso.

Prosigue en tu conquista de la suerte  
Que has proseguido hasta aquí constante,  
Que mas dichosa y mas segura suerte  
Te aguarda que salir de aquí triunfante :  
Desto te advierto, y con prudencia advierte  
Que puesto estas á la ocasion delante,  
No dudes cosa destas que te digo,  
Que al que la fe defiendes va contigo.

Así dixo la Virgen soberana  
Dexándose cubrir del fulminoso  
Esplendor, se escondió á la vista humana,

Quedando en el espíritu glorioso :  
A este punto la humida mañana  
Lanzó del mundo al sueño perezoso,  
Mostrándose la luz resplandeciente,  
Abriéndose las puertas del Oriente.

En aquesta memoria arrebatado  
Contemplando la gloria en que se vido  
Se quedó el Rey, en Dios todo ocupado,  
Y en la sagrada Virgen el sentido:  
Quando llegó por él siendo llamado  
Bonifaz y el de Alfaro, que habia ido  
En secreto á llamallo, y ante él puesto  
El auxilio Christiano así ha propuesto.

Hoy es el dia, ó Bonifaz amigo,  
En que tu esfuerzo, tu virtud y arte  
Han de mostrarse en la ocasion que sigo,  
Y siguiendo mi acuerdo señalarte :  
Yo estoy resuelto, que hoy nuestro enemigo,  
A quien no ha quebrantado el crudo Marte  
En tanto tiempo, hoy vea por sus ojos  
El principio de ser nuestros despojos.

Las dos naves que tienes aprestadas  
De xarcia, gente y armas, aguardando  
Este punto, sean luego aderezadas,  
Y puestas donde el rio vengán surcando:  
Que del aliento próspero ayudadas  
Quanto delante fueren encontrando  
Arruinarán, y así el trabado puente  
Dellas será rompido facilmente.

Por tierra irán en seguimiento dellas

Gente de á pie, y gente de á caballo,  
De modo que no puedan ofendellas  
Si acudieren los Moros á estorvallo :  
Y para mas seguro defendellas  
Pongan, que puedan todos divisallo,  
En las gavias dos Cruces , pues es dia  
Hoy desta santa insignia que nos guia.

Bonifaz obediente se despide  
Y va á sus naos con presta diligencia  
A cumplir lo quel Rey le manda, y pide  
La forzosa ocasion que via en presencia :  
Pone la gente en orden , y divide  
Los puestos con madura providencia,  
Cerca las naos de fuertes pavesadas,  
Fortalece las popas y arrumbadas.

A la gente de mar previene y manda  
Que alisten betas, zafen aparejos,  
Que al ancla acudan de una y otra banda  
Mozos robustos , no cansados viejos :  
En esto entiende solo, en esto anda  
El sabio Burgales , cuyos consejos  
Obedecidos , y aprestado todo,  
A los suyos habló de aqueste modo.

Hijos y compañeros míos, venidos  
En servicio de Dios, y del Rey nuestro,  
Contra los enemigos descreidos  
De la ley verdadera, y Señor vuestro,  
Bien sal' eis quantas veces son vencidos  
De vos, y quantos Moros de aquí os nuestro  
Por esa humida playa hechos pedazos

Por vuestra fiera espada y fuertes brazos.

Las victorias que habeis habido dellos  
Sabeis mejor que puedo yo contallas ;  
Y pues habeis sabido bien vencellos,  
Sabed bien qual conviene conservallas :  
Hoy es el dia en que teneis de vellos  
Sin fuerzas , pues procuran apartallas,  
Y apartada la union, quebrado el puente,  
Lo demas es rendido facilmente.

El Rey pone su honra en vuestras manos,  
Mirad lo que debeis hacer en esto,  
Obligaos la lealtad y el ser Christianos,  
Y de la fama el glorioso puesto:  
Bien conozco que son mis dichos vanos  
Siendo vuestro valor tan manifesto,  
Y que os ofendo en demandar aquello  
Que no es posible en vos dexar de hacello.

Diciendo estas razones hizo luego  
Que la gente alistada se pusiese  
En órden, y sin darle mas sosiego  
A la nao señalada al punto fuese:  
Ardense todos en honroso fuego  
Deseando quel bárbaro viniese,  
Toman sus puestos, armanse al momento,  
Levan anclas, y velas dan al viento.

Quando el Rey vió que Bonifaz estaba  
Puesto en mitad de la veloz corriente  
Con sus dos naves, y que ya empezaba  
A enderezar las proas á la puente ;  
A la gente de Murcia que alojaba

Junto á los olivares puesta en frente  
Del ejército , hizo que pasase  
Adelante y al muro se acercase.

Fué de los Moros visto y no entendido  
El bélico designio del Christiano,  
Mas de Ariadino siendo conocido  
Como sabio en la guerra y hombre anciano;  
Dixo al Rey Axartaf que prevenido  
Estuviere, y las armas en la mano  
Que no era sin grande fundamento  
Sus contrarios hacer tal mudamiento.

Mandó tocar al arma y prevenirse  
Toda la gente que seguía la guerra,  
Los muros y las puertas requerirse,  
Y ver del modo quel lugar se cierra:  
Que ya (dice) es forzoso apercebirse  
Con nueva fuerza , y reforzar la tierra,  
Pues vemos al contrario que nos cerca,  
Que al muro sin temor se nos acerca.

Del fuerte apremio , y del temor forzados  
A las armas furiosos acudiéron,  
Unos llenos de horror , otros airados,  
Y todos juntos en furor ardiéron:  
Estando desta suerte alborotados,  
Que nunca con igual temor temiéron,  
Abeujamá, un Moro de gran suerte,  
De larga edad , y de constancia fuerte.

Oyendo el alboroto , y viendo claro  
Que al Rey la verdad todos le encubrian  
Del daño cierto , y sin ningun reparo,

Pues de ninguna suerte lo tenían:  
No quiso ser en su consejo avaro,  
Pues ciegos sin ninguno procedian,  
Traido en hombros de Alhayni y Salimo  
Sus hijos , dixo ante Axartaf su primo:

Bien entiendo, Señor, quel justo zelo  
Que me mueve (y me trae á tu presencia  
Lleno de afan , y de lloroso duelo  
Qual pide de los hados la sentencia)  
Entenderás, y quel divino Cielo,  
Porque mi larga edad me da experiencia  
De estas cosas que veo, en que tanto dudan  
Los que con armas y consejo ayudan.

Ya que mi edad me inhabilita y tiene  
Con la débil flaqueza que peleo,  
Ya que la muerte me amenaza , y viene  
A hacer de la vida mia el trofeo:  
Pues no puedo con mas , y te conviene  
Saber del Cielo lo que ordena y creo,  
Y lo que sé de ciertas profecías,  
Y lo que he visto en todos estos dias;

Pues ya la suerte que al contrario ampara  
Si bien su fuerza conocer queremos,  
Contra tí, y en tu daño se declara,  
Y claro el daño sobre todos vemos:  
El ignorante vulgo no repara  
En nada desto , y sigue otros extremos,  
Y pone su remedio y honor tuyo  
En las armas , y en solo el furor suyo.  
Su ceguedad le hace entender esto,

Y creer que las armas pueden tanto  
 Que en el último extremo en que estás puesto  
 Reparar pueda ya el marcial quebranto :  
 Un medio hay solo en mal tan manifesto,  
 Uno y no mas concede el Cielo santo,  
 Este ha de ser dexar las armas luego,  
 Y convertir la furia en blando ruego.

Envia al Rey Christiano á demandalle  
 Que cese el daño bélico, y conceda  
 Que de tu parte ir puedan á tratalle  
 Como acabar la dura guerra pueda :  
 Y si viniere en ello puedes dalle  
 Quanto el ciego furor resiste y veda,  
 No te parezca , ó Rey , caso afrentoso  
 Tratarme Dios en trance tan forzoso.

Algunos no entendiendo el zelo mio  
 Condenarán mi saludable intento,  
 Y dirán sin temor que desvario  
 Con la vejez, y que de honor no siento  
 Que donde hay tanta gente y tanto brio,  
 Tantas armas, y tanto encendimiento  
 Para usar dellas y librar la tierra,  
 Y acabar con fin próspero la guerra.

Que razon hay quel enemigo sea  
 Rogado con la paz de nuestra parte,  
 Y que por esta via entienda y crea  
 Que la necesidad obliga á darte :  
 O Rey, ó Señor mio, á quien desea  
 Mi leal alma el bien que veo negarte  
 El Cielo, que conspira en daño tuyo

Y en favor de Fernando el poder suyo.  
 Por quel vulgo incapaz, que siempre sigue  
 Con desacuerdo vario lo que trata,  
 Conozca que la suerte que con-igue  
 Los convenientes fines desvarata :  
 Oye atento , sabras quien te persigue,  
 Ques otro del quel vulgo se recata,  
 Este me inspira, este me revela  
 Que te revele lo que al vulgo zela.

Muchas veces, Señor, en mi presencia  
 Aben Ala profeta verdadero,  
 Guiado de su espíritu y su sciencia,  
 Profetizó este mal horrible y fiero :  
 Y dixo , que la bárbara potencia  
 Que defendido habia con duro azero  
 Este Reyno , reynando tu seria  
 Rendido y trasladado á Berberia.

Con menosprecio y ceguedad dixiste  
 Al sabio Moro , que sin seso estaba,  
 Y su verdad con odio recibiste,  
 Y quanto sobre tí profetizaba :  
 Masaut te avisó este tiempo triste,  
 Y el daño que en el tuyo se esperaba,  
 Quando te declaró aquella espantosa  
 Vision que tuvo tu alma temerosa.

Sultano tu Alfaqui, docto adivino,  
 Te predixo este mal que ves presente,  
 Y fué arrojado con desprecio indigno  
 De tu Real presencia injustamente :  
 Uzmen, á quien Ala hizo divino

En su saber, con ánimo inclemente  
 Tu mismo lo arrojaste por castigo  
 De una torre al real del enemigo.

Todos estos que fuéron de ti oídos,  
 Que en ley divina, y en razon humana  
 Habian de ser honrados y creídos,  
 Y no tratados con crueldad profana,  
 Venian á tí del sacro Alá movidos  
 A dar aviso á tu ignorancia vana,  
 Para que los remedios previnieses,  
 Antes quel daño irreparable vieses.

Y tú obstinado en ciega rebeldia,  
 Sin conocer tu daño miserable,  
 Ni á inspiracion, ni á cierta profecia  
 Creiste, con desprecio tan notable:  
 Que airado contra tí en su aerea via  
 Ayer se me mostró en forma espantable  
 Sobre un carro de fuego, derramando  
 Fuego y sangre, á tu Reyno amenazando.

Quedé suspenso sin poder moverme,  
 La voz al cuello de pavor asida,  
 Erizado el cabello, sin valerme  
 De razon, porque al miedo fué rendida:  
 Viéndome Alá temblando suspenderme  
 Lanzó una voz, que siendo de mí oida  
 Con nuevo espanto me postré gimiendo,  
 Y él desta suerte prosiguió diciendo:

Desecha el miedo Abenjama, y advierte  
 Lo que te mando, y ponlo en obra luego,  
 Que esto te otorga la preciosa suerte,

Y esto conviene al general sosiego;  
 Pues Axartaf se aparta y se divierte,  
 Regido del furor del vulgo ciego,  
 Ve y dile de mi parte, que yo digo  
 Quel Cielo da la suerte á su enemigo.

Que muy presto verá en la insigne torre  
 (En que Géber mostró su ingenio y arte  
 Contra todo el poder que lo socorre)  
 De los Christianos puesto el estandarte:  
 Que vaya luego á la Mezquita y borre  
 La imagen que allí está, sin dexar parte  
 Donde quede señal, aunque ofendella  
 No han podido, testalla ni rompella.

Con todo eso vaya, y sea deshecha  
 Ante él, y luego envíe al Rey Christiano  
 Que así lo aflige, asedia, y así estrecha,  
 Sin que le valga ya poder humano:  
 Y pida que la lanza, espada y flecha  
 Cese, y el uso fiero de Vulcano,  
 Otorgando los pactos quel Rey pida  
 Con que á los suyos libertad dé y vida.

Esto diciendo, de un oscuro velo  
 Se cubrió el carro, y mil aullidos diéron,  
 Resonó el ayre, conmovióse el Cielo,  
 Y en él mil formas de temor se viéron:  
 Yo hecho allí una estatua de frio yelo  
 Quedé, y como á mis ojos se escondieron  
 Las horribles visiones, he venido  
 A contarte Señor lo que has oido.

Y así como el que debe aconsejarte

Desnudamente la verdad, te digo  
 Que dexando el rigor del fiero Marte  
 Envies á pedir paz á tu enemigo:  
 Así podreis tu pueblo y tu salvarte,  
 Así evitar el áspero castigo  
 Que te amenaza, y solo este reparo  
 Te otorga el Cielo en mal tan cierto y claro.

Puso con esto fin á sus razones  
 El sabio hijo de Zeulid famoso,  
 Dexando al Rey suspenso en opiniones,  
 Lleno de turbacion y congojoso:  
 Y estando así con mil demostraciones  
 De la fatiga, y de temor cuidadoso,  
 Llegaron Marsiloro y Buhanduza,  
 Buyarruz, Agricalte, Alife y Muza.

Todos habiendo visto que venian  
 Las dos naves rompiendo la corriente  
 Del Betis, y su curso dirigian  
 Del que siempre traian diferente:  
 Alborotados desto, le pedian  
 Al Rey que salga la aprestada gente  
 Y en larga toda la ribera guarden,  
 Y allí el designio del contrario aguarden.

Fué dicho, y puesta por la obra al punto,  
 Y á Buyarruz que salga le mandaron  
 Con todo el campo de á caballo junto,  
 Y al arenal y puente lo enviaron:  
 Puestos en arma, y todo puesto á punto,  
 Los muros y las puertas reforzaron  
 De nueva guardia, no dexando cosa

Sin prevenir á la ocasion forzosa.

Lleno Axartaf de congojoso espanto  
 Al muro sube, á donde el conturbado  
 Pueblo celebra con medroso llanto  
 De su fortuna el miserable estado:  
 Viendo que estaba el campo del Rey santo  
 En órden puesto, al arma aparejado,  
 Y las dos naos quel favorable viento  
 Traia rompiendo el humido elemento.

Con el mismo cuidado el poderoso  
 Fernando en medio de su gente estaba,  
 Aguardando el suceso venturoso  
 Qué á Dios con mil suspiros demandaba,  
 Regalando su espíritu glorioso  
 Las Cruces que en las gavias divisaba,  
 En cuya virtud tiene confianza  
 De vencer, y salir con su esperanza.

Venian rompiendo con veloz carrera  
 Los cristales las naos, en popa el viento,  
 Las velas llenas, que saliendo á fuera  
 Las llevaban con presto movimiento:  
 Yendo así, quel fin próspero se espera  
 De su loable y deseado intento,  
 Cesó el viento, las velas se apegaron  
 A los masteles, y las naos pararon.

Quedó el Christiano ejército mirando  
 El caso extraño en confusion dudosa,  
 Qual suele el cazador que va acosando  
 La pantera lunada y olorosa,  
 Que yéndola los canes alcanzando

Por el llano , en la selva montuosa  
Se esconde del furor de los ligeros  
Canes , y de la vista á los monteros.

Así cesando el viento favorable  
Que las veloces naves impelia,  
La execucion de hazaña tan loable  
Cesó , cesando el fin que la regía:  
A los Moros el caso fué admirable,  
Y alzando una confusa vocería  
Decian , que habia su Profeta sido  
Quien las habia en su curso suspendido.

Los Moros viendo , y los Christianos esto  
Diferentes el caso celebraban,  
Los Moros con alegre y manifiesto  
Regocijo y clamores lo mostraban :  
Los Christianos que vian su efecto puesto  
En diferente fin del que esperaban,  
Confusos á los medios acudian,  
Y el deseado efecto á Dios pedian.

Admirados del caso, el temerario  
Y libre vulgo hablaba sin concierto,  
Hablabá sin respeto y voluntario,  
Siempre apartado de decir lo cierto :  
Qual aplicaba aquello al bien contrario,  
Y en público decia y descubierta,  
Que era horrible portento , en que sin duda  
El Cielo les negaba ya su ayuda.

Otros desconfiaban y temian,  
Las armas arrojando de las manos,  
Y á milagro del Cielo atribuian

Aquello , y en favor de los Paganos :  
La baxa chusma en esto conferian  
Quando el gran defensor de los Christianos  
Sin hacer sentimiento de su injuria  
Diciendo así aplacó su loca furia.

No se yo que ocasion haya que os mueva  
A seguir tan notorio desvario,  
Ni que locura temeraria os lleva  
Precipitados á arrojar al rio,  
Causa ha de haber que os turbe así y conmueva.  
¿ Esto es lo que yo de vos confio?  
¿ Esto hay en vos? ¿ Que honreis así al demonio,  
Y al Cielo levantais tal testimonio?

O tu, Señor, que sufres esta ofensa,  
Y estas mirando esta tu ciega gente,  
Obre con ella tu piedad inmensa,  
Perdona el ciego y bárbaro accidente:  
Y el enemigo si lo mismo piensa  
Vea el efecto y obra diferente,  
Vea que son los tuyos socorridos,  
Aunque fuera de seso y descreidos.

No prosiguió adelante el poderoso  
Caudillo del Christiano ayuntamiento,  
Conociendo que en miedo vergonzoso  
Quedáron , y en confuso encogimiento:  
Levantóse un murmureo sonoro  
Entre todos , diciendo en alto acento  
Que los dexasen ir, que con sus brazos  
Le prometian el puente hacer pedazos.

Acuden á las armas que arrojaron,

Y al Rey suplican que les dé licencia,  
 Que pues en yerro tal se señaláron,  
 Vayan á este peligro en penitencia :  
 Los que en soberbia deslealtad pecáron  
 Fuéron del justo oidos con clemencia,  
 Quel arrepentimiento humilde hace  
 Lo que la dura obstinacion deshace.

Regalólos el Rey con clara muestra  
 Que en su gracia y favor los recibia,  
 Y con esto de nuevo los adiestra  
 Al órden que guardaban aquel dia :  
 Y así aguardando que la suerte diestra  
 Venga de aquella soberana via,  
 De aquella mano que reduxo á órden  
 Del indigesto caos todo el desórden.

No estaban á este punto descuidados  
 Los de las naves , ni con ménos pena,  
 Ni de ménos fatigas aquejados  
 Viendo pegar las velas á la entena :  
 Sienten este suceso los soldados  
 Como á quien era la ocasion agena,  
 Los marineros su tristeza rien,  
 Y que se animen dicen y confien.

Con el Piloto de su nao mirando  
 El dil gente Capitan andaba  
 La parte austral con atencion notando,  
 Y el agua que corria si se alteraba,  
 Si via celage alguno , preguntando  
 Si era de viento , ó que significaba,  
 Qualquier nublado aunque pequeño fuese

Su calidad pedia que le dixese.

Puesto en la popa de su nave mira  
 Con vista atenta si levanta el viento  
 Las descogidas velas , si respira  
 Por parte alguna el deseado aliento :  
 Y estando así , con blando soplo espira  
 El austro , y con tardio movimiento  
 Poco á poco las velas levantaba,  
 Y las suspensas naves meneaba.

Levantóse un clamor quando estuviéron  
 Entre la gente , y luego acuden fieros  
 Los soldados al puesto que tuviéron,  
 Y á los suyos los sueltos marineros :  
 Cresce la fuerza al viento , y luego fuéron  
 Llenas las velas dél , y los ligeros  
 Navios por las aguas arrojados,  
 Del soplo , y dellas con furor llevados.

Quando los Moros viéron , que venian  
 Con próspero viage los navios,  
 Que viento en popa sin temor rompian  
 Del sacro Betis los cristales frios,  
 Tuviéron cierto el daño que temian,  
 Y así los pechos de temor vacios  
 Acuden , previniendo á la defensa  
 Quanto al Christiano impida y haga ofensa.

En la torre del oro estaban puestos  
 Muchos Moros , que apriesa les tiraban  
 Ya con ballestas , ya con dardos prestos,  
 Ya con piedras , que punto no cesaban :  
 Eran á los Christianos tan molestas



Los tiros, y eran tantos que no estaban  
Con seguro en ninguna parte dellos,  
Aunque seguian su curso sin temellos.

Aquejadas las naves desta suerte  
Resistiendo la bárbara fiereza  
Que las seguia, en su gloriosa suerte  
Por la ribera con veloz presteza:  
Juntas sufrían el combate fuerte,  
Juntas iban con suelta ligereza,  
Yendo siempre á la banda de Triana  
Bonifaz, con su nave Capitana.

El Cielo, el agua, el favorable viento,  
Que todo junto en su favor venia,  
Dando principio á conseguir su intento  
De la una á la otra nao desvia:  
La presta onda, el libre y franco aliento  
Impele, y dan desocupada via  
A la nave en que iba solamente  
(Sin Remon Bonifaz) su fuerte gente.

Llega la herrada proa, que por delante  
Lleva de espuma el agua encanecida,  
Y en la puente con ímpetu pujante  
Dió un golpe que fué toda removida:  
Acudió Bonifaz al propio instante  
Y con otro por medio fué rompida,  
Pasando á la otra parte, y del encuentro  
Resonó el Cielo, el ayre, y tremió el centro.

Los bárbaros que estaban esparcidos  
Por todo el arenal y la ribera  
Contra las naves fuéron conmovidos,

Hiriendo á los Christianos desde fuera:  
Allí, ántes que sean reducidos  
Quieren que acabe á todos su ira fiera,  
Cubriendo el sol con tiros arrojados  
Con que en las naves eran aquejados.

El caudillo Christiano, y el valiente  
Hijo que á Murcia puso á sangre y fuego  
Contra la fiera y enemiga gente,  
Contra el poder Christiano acuden luego:  
Y hiriendo y matando, con ardiente  
Furor, sin darles punto de sosiego  
Los hacen retirar y dar la vuelta  
A la Ciudad huyendo á rienda suelta.

Viendo el invicto defensor Christiano  
Que los Moros el campo le dexáron,  
Y á Bonifaz la vuelta dar ufano  
Con las dos naos do las demas quedáron,  
Retiró el campo á vista del Pagano,  
Y al ejército fué, donde ordenáron  
Todo lo suficiente, y puesto á punto  
Marchó á Triana á combatilla al punto.

---

## LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

No les daba momento de reposo  
El General de Christo á los Paganos,  
Que llenos de cuidado pavoroso

262 CONQUISTA DE LA BÉTICA.  
Velaban con las armas en las manos :  
Ni en la estacion quel sueño deleytoso  
Concedia sosiego á los humanos,  
Ni quando el sol tendia sus rayos bellos,  
Descanso habia ni quietud en ellos.

El sabio Abenjafon viendo el cuidado  
Quel Santo Rey ponía en su conquista,  
Y que estaba á morir determinado  
Antes que de su intento se desista :  
Con todo su poder se ha retirado  
Al castillo, de donde se resista  
A la Christiana furia que lo aqueja  
Con asaltos, que un punto no lo dexa.

Conociendo el estado miserable  
Tan contrario á su altivo pensamiento,  
La afrenta en que se vía tan notable,  
El infame y estrecho encerramiento :  
Temió ( como prudente ) al variable  
Vulgo, viendo su cierto perdimiento,  
Cuidoso desto en medio dél se pone,  
Y por saber su intento así propone.

Viendo estamos la suerte que nos sigue,  
Contraria en todo al fuerte valor vuestro,  
Pues al Christiano vemos que consigue  
Quanto quiere en oprobio y daño nuestro :  
Esto es, por quel cielo nos persigue,  
Y el bien nos tuerce del camino diestro,  
Que de otra suerte su poder no fuera  
Pederoso, ni dellos hombre hubiera.

Mas ya quel Cielo así toma venganza

De nuestros yerros, y qual veis nos tiene  
Encerrados aquí, sin esperanza  
De bien, si del benigno Alá no viene :  
Veamos si aguardando esta mudanza  
(Que sin falta será qual nos conviene)  
Estamos de un proposito en que sea  
Defendida esta fuerza en cruel pelea.

Ya vistes bien en el pasado asalto  
Que con pérdida suya nos dexáron,  
Que su ingenio quedó de efecto falto  
En la mina que hacernos intentáron :  
Como rompimos desde el muro alto  
Sus máquinas, que en nada nos dañáron,  
Y rezelosos desto, aunque nos cercan  
Por agua y tierra, al muro no se acercan.

Este es indicio verdadero y claro  
Que os temen, y pues esto conocemos  
Demandemos al sumo Alá su amparo,  
Y qual conviene á todos peleemos :  
Por saber esto solo me declaro,  
Y por ver de quien hay que confiemos,  
Del Rey nuestro el honor, las vidas nuestras,  
Mugeres, hijos, bienes, y honras vuestras.

Oyendo al Rey el vulgo temerario,  
Con un alto clamor aprobó el hecho,  
Pidiendo que saliesen al contrario,  
Y no aguardasen en tan grave estrecho :  
Mas viendo en esto firme al vulgo vario  
Muley Zydan, al Rey llegó derecho,  
De Dios movido, á mejorar su estado,

Y morir en la ley que había dexado.

¿Cómo es posible (dice) ó Rey que intentes

Persuadir á este pueblo miserable

Los daños viendo, y pérdidas presentes,

Que espere en la fortuna variable?

Dices quel Cielo ayuda á los valientes

Christianos, y le es siempre favorable;

Si está el Cielo en defensa y favor suyo,

¿Puede ir contra el Cielo el poder tuyo?

A todo tu discurso respondiera

Si la fuerza que fuerza á mi deseo

Licencia de hablar me concediera,

Y la ocasion forzosa en que me veo:

Mas este conmovido pueblo espera

Mi voz, regida al bien que le deseo,

Al bien que siempre procuré en sus daños,

Sin ambicion, sin interes, ni engaños.

Y así acudiendo á su remedio digo,

Que pues las armas no han de remediarnos

Las dexemos, temiendo el cruel castigo

Que de segullas puede resultarnos:

Si este afrentoso y baxo acuerdo sigo

Es conociendo no poder librarnos

De otra suerte, pues todo humano amparo

Nos falta ya, y nos niega el hado avaro.

Axartaf, qual sabemos está puesto

En tanto estrecho, que ha intentado darse,

Esto es á ti, y á todos manifiesto

Que ni puede ayudarnos ni ayudarse:

Si el poder de Sevilla teme esto,

Y de las armas quiere desviarse,

¿Qué ha de hacer la gente de Triana

Que no sea quanto hiciere altivez vana?

Ya las armas que mandas que aperciban

Sirven de poco en el presente estado,

Ya no hay poder ni fuerzas que prohiban

Del Christiano el poder determinado:

Si ves esto, y ves claro que nos privan

Poder sernos ningun socorro dado,

¿Qué confianza es, Señor, la tuya

Si quieres que esta gente no concluya?

Si su salud procuras y remedio,

Si no quieres que el yugo los oprima,

Si aspiras á su bien y darles medio,

Si su afliccion y llanto te lastima;

Quita ahora las armas de por medio,

Dexa el furor, y haz que se redima

La libertad, la vida y la hacienda,

Y otra ninguna cosa se pretenda.

Muley Zydan dió fin á sus razones,

Con que al pueblo mudar hizo de intento,

Y alterarse en contrarias opiniones,

Condenando del Rey el pensamiento;

El qual viendo sus libres contenciones,

Su clamor, su alarido y movimiento,

Asir mandó á Zydan, y con semblante

Feroz dice teniéndolo delante:

¿Qué se puede esperar del que dexando

La Fe con que nació de ella reniega,

Decid, vulgo infiel? ¿qué de este infando

Que á Dios y al Rey la fe debida niega?  
 Tal ceguedad teneis, que esto ignorando  
 A todos este fementido os ciega,  
 ¿No veis claro el engaño? ¿no estais viendo  
 Que á todos este aleve está vendiendo?  
 ¿Tal consentis? ¿tal sufre el valor vuestro?  
 ¿Que este traydor de causa que sospeche  
 Que entre vos pueda haber ni en hombre nuestro  
 Quien por tal modo el grave yugo os heche?  
 ¿No temeis esto? pues tan claro os muestro  
 Que os cumple no tener quien os aceche,  
 Muera este perro, muera que esto importa,  
 Que el hilo así á su traicion se corta.

Diciendo esto, arranca furioso  
 Del fulminante alfange el Rey airado,  
 Muley humilde dice y animoso,  
 El corazon al Cielo levantado:  
 O tu Señor benigno y poderoso,  
 A quien dexé de mi maldad llevado,  
 Esta alma ampara miserable y triste,  
 Que con tu sangre y muerte redimiste.

Siguiendo al Rey con barbara fiereza  
 Sobre Zydán los moros acudiéron,  
 Usando de su indómita crueza  
 Mil piezas en un punto lo hicieron:  
 Sin alcanzar ser ciega y vil rudeza  
 La vida que con muerte tal le diéron,  
 Que si el bien que le hacian entendieran,  
 La muerte que le diéron no le dieran.

Deste ardiente furor arrebatados,

Corriéron los cerrojos de las puertas  
 Diciendo, quel estar allí encerrados  
 Hacia todas sus desdichas ciertas:  
 Que conozcan por quien están cercados,  
 Que su valor ni fuerzas están muertas,  
 Y así salen los barbaros guerreros  
 A buscar los Christianos Caballeros.  
 Fué dado aviso en el real Christiano  
 Que en su demanda Abenjafón salia,  
 Con tanta gente que seguia al Pagano  
 Que un grande efecto al mundo prometia:  
 El caudillo de Christo soberano  
 La nueva oyendo de la cierta espía  
 Mandó tocar al arma, y hecho al punto,  
 De sus grandes halló el Consejo junto.

Tratóse el caso y qual seria el intento  
 De dexar el castillo y salir fuera,  
 Pues tantas veces fué su atrevimiento  
 Castigado con pena justa y fiera,  
 Y teniendo del Rey conocimiento  
 Que así Axartaf queria que entendiera  
 Que le servia con hacer aquello,  
 Y que solo aspiraba á defendello.

Otros diéron sentido diferente  
 Diciendo que se veia quebrantado  
 De tanta guerra, y ya quebrado el puente  
 Del buen suceso habia desesperado:  
 Y queriendo librar á sí y su gente,  
 El castillo fué dél desamparado  
 Para irse, otros desto se apartaban,

Y otros contra esto todo voceaban.

Estando en esto, en orden salió puesta

La vencedora gente procurando

Al contrario, que ya con vuelta presta

A Triana venia atravesando:

Que en viendo ser su ida manifiesta,

Mil alaridos disonantes dando

Pican, y á los Christianos arremeten,

Y en medio dellos á herir se meten.

Abenjafon acometió el primero

A romper el ejército Christiano,

Todo cubierto de luciente acero,

La cimitarra en la derecha mano,

En voz alta diciendo el Moro fiero:

Hoy pondre freno á vuestro intento vano,

Temerarios Christianos, hoy confío

Honrar con vuestra infamia el honor mio.

No dixo mas, que la rabiosa ira

La lengua le travó, y el furor ciego

Lo llevó ciego y tras de sí lo tira,

Sin dar al fiero corazon sosiego:

Con esto el bando Moro que lo mira,

Qual por las mieses licencioso fuego,

Esforzado del austro poderoso

Entra haciendo estrago riguroso.

Su ardiente furia con igual fiereza

Del Christiano valor fué resistida

Con tanto esfuerzo y tanta fortaleza,

Que fué en su loco orgullo reprimida:

Y mostrando una súbita flaqueza,

Generalmente en todos conocida,

El Rey que iba hiriendo el delantero

Volvió las riendas á huir primero.

Los Christianos hiriendo y derribando

Bárbara gente la vitoria siguen,

De muertos y heridos ocupando

Calles y plazas fieros los persiguen,

Que de temor las armas arrojando

La fuga infame sin parar prosiguen,

Y en el castillo con el Rey se encierran,

Y tras de sí las fuertes puertas cierran.

Una gran plaza tiene el real castillo

Fuera del muro en frente de la puerta,

Que un largo espacio dexa descubrillo,

Con salida á tres partes descubierta:

Estas, para mejor poder rendillo,

De por sí cada una está cubierta

De las Christianas armas que les vedan

A los Moros que entrar ni salir puedan.

Considerando el defensor de España

Que los Moros tenian solamente

Esta plaza, y dexando la campaña

Le quedó libre á su invencible gente,

Con aquella facundia que acompaña

El celestial espíritu excelente,

En medio dice de los suyos puesto,

Ufano de tener por suyo el puesto.

Ya vemos la vitoria en nuestras manos,

Y el justo intento nuestro conseguido,

El poder de los Moros inhumanos

De vuestra espada indómita rendido :  
 No tienen ya camino los Paganos  
 Que ocupado no sea y defendido  
 De la Christiana gente, pues tenemos  
 Todos los que tenían como vemos.

Don Pelayo el camino ocupa y cierra  
 De Castilleja, y por esotra parte  
 Del Ajarafe está dándoles guerra  
 Don Alonso, y su ejército reparte :  
 Este de Aznalfarache y su alta sierra  
 Conquista nuestro bélico estandarte,  
 El rio Bonifaz, y de este modo  
 Cercado está de nuestras armas todo.

Ahora importa que en custodia estemos  
 De esta plaza, y aquí el real pongamos,  
 Y el soberbio castillo conquistemos,  
 Pues todo quanto hay fuera sujetamos :  
 De esta suerte no hay duda que forcemos  
 Al Moro que se dé, ó que le hagamos  
 Que la hambre, el trabajo, el miedo y muerte  
 Nuestra le obligue á hacer la suerte.

Cesó el Christiano defensor, quedando  
 Con rostro firme y con semblante ledo  
 Todo su invicto ejército mirando,  
 Que en un silencio alegre estaba quedo :  
 Y el parecer siguiendo y aprobando,  
 Llenos de esfuerzo y vencedor desnudo  
 Las calles toman y la plaza cercan,  
 Y á los Moros con esto el miedo acercan.

Los bárbaros miraban pavorosos

Del Christiano poder la diligencia  
 En cercallos, y tristes y llorosos  
 Al miedo remitian la resistencia :  
 El corage y los brios animosos  
 De Abenjafon huyéron su presencia,  
 Y temiendo igualmente el cierto daño  
 No saben que hacerse en mal tamaño.  
 Duda lanzando del turbado pecho  
 Bascosos y tristísimos gemidos,  
 Ignora que hacer en tal estrecho,  
 Los suyos viendo al vil temor rendidos.  
 Prueba á hablar y en nada es de provecho,  
 Que apenas de los labios son movidos,  
 Quando el vulgar clamor su voz confunde  
 Y entre él la acaba y sin oírse hunde.

En esta ambigüedad el Rey Pagano  
 Viendo que todos de seguirlo dexan,  
 Arrojando las armas de la mano,  
 Repugnantes estímulos le aquejan ;  
 Lo qual viendo Audala Moro Africano,  
 Y que del parecer del Rey se alejan  
 Todos, pidió que atentos lo escuchasen,  
 Y dixo así como el clamor dexasen.

Los armas que hasta aquí han sido remedio  
 Para defensa de la amada tierra,  
 Que sirviendo á Axartaf en este asedio  
 Dilatado han su daño y cruda guerra,  
 Ya no sirven ni pueden sernos medio,  
 Pues aquí nuestro miedo nos encierra,  
 Y es tan señor de todos igualmente

Que rinde al que mas puede y mas valiente.

Todos sujetos al temor demandan  
Que al Rey Fernando des la fortaleza,  
Esto se trata solo, en esto andan,  
Y esto pide su infame y vil flaqueza:  
Y contra tus designios se desmandan  
Sin refrenar el vulgo su fiereza,  
Negando á su Señor la fe debida,  
Y á tí el respeto por salvar su vida.

Aqueste escandaloso movimiento,  
Este motin y general espanto  
Puedes quietar, (pues ya tu pensamiento  
No puede en esto ni tu esfuerzo tanto)  
Con que un aviso envíes al momento  
De esta confusa alteracion y llanto,  
Pidiéndole á Axartaf que te dé el orden  
Que reduzga á razon tanto desórden.

A tu deber en esto satisfaces  
Y á la vulgar alteracion quietas,  
Las presunciones bárbaras deshaces,  
En que dicen que tu en su daño aprietas:  
Podrás darte á partido, ó pedir paces,  
Pues las públicas voces y secretas  
Son pedirte que entregues el castillo  
Degrado, pues de fuerza has de rendillo.

Piden esto temiendo que si dura  
La resistencia y no se da á partido,  
Entrando en él, ganado en guerra dura,  
Todo ha de ser á su rigor rendido:  
Por esta sola causa se procura

Que se le entregue, siéndole pedido  
Al vencedor la libertad, la vida  
Que igualmente sea á todos concedida.  
Iba Audala con su razon delante,  
Quando un clamor se levantó espantable,  
Que al Rey mudar de nuevo hizo el semblante  
Con pavorosa turbacion notable:  
Quedó suspenso todo, y al instante  
En voz llorosa, triste y lamentable,  
La conturbada y conmovida gente  
Muerto á Muzaydi al Rey le traen presente.

Tenia Axartaf la guardia encomendada  
Del castillo á Muzaydi Moro fuerte,  
Cuyo valor y vitoriosa espada  
De humilde hizo levantar su suerte:  
Este á la puerta que tenia cerrada  
Que el cautiverio reparaba y muerte  
De los suyos, y estándola guardando  
Le dió la muerte el conmovido bando.

La demas guardia siendo acometida  
De la soberbia popular huyéron,  
Y á Muzaydi privado de la vida,  
Llenos de espanto y de dolor traxeron:  
Y la puerta guardada y defendida,  
Todos á quebrantalla acometiéron,  
Diciendo que al Christiano se le abriese  
Con qualquiera partido que les diese.

Furioso Abenjafon sus armas toma,  
Y donde están los Moros llega fiero;  
Mas viendo á tantos la fiereza doma,

Y dice á Benaudá que vió primero:  
Amigo Benaudá, del gran Mahoma  
Descendiente, y honor del Reyno Ibero,  
¿Qué te conmueve? ¿Qué locura emprendes?  
¿En qué á tu honor, al Rey y al Cielo ofendes?

No pudo decir mas, que la rabiosa  
Saña la lengua le travó quedando  
Suspense, y con la vista desdeñosa  
A todos lleno de furor mirando:  
La gente ya rendida y temerosa  
Paró de estar las puertas derribando,  
Y Benaudá á Abenjafon se vuelve,  
Y deste modo su pregunta absuelve.

Aunque á tí te parece, ó Rey, que hago  
Ofensa al Cielo, al Rey, y á mi linage,  
Si bien lo miras, cumplo y satisfago  
A mi deber sin que le haga ultrage:  
Querer librar del miserable trago  
A esta gente sin brio ni corage,  
Falta de esfuerzo, al vil temor rendida,  
No es obra para ser reprehendida.

Bien sabes tú. y saben claramente  
Fsos que te acompañan y aconsejan,  
(Que son pocos) que no hay en nuestra gente  
Dos, que las armas de temor no dexan:  
Véense cercados, ven quebrado el puente,  
Ven que con hambre y muerte los aquejan,  
Véense desesperados de remedio,  
Y acuden al rendirse que es el medio.

Si tú tienes ó alcanzas otra vía

Con que repares el presente daño,  
Esta que sigue á la deshonra mia,  
Qual dices, dexaré por ciego engaño:  
Mas ves crecer los daños cada día,  
Ves el desórden y el temor extraño,  
Y quieres estorbar que no acudamos  
Al medio con que el riesgo reparamos.

Confuso el Rey de oír el fiero intento  
Quedó suspense, y todos sosegados,  
En duda como pueda darse asiento  
Sin quel honor se pierda y sean culpados:  
Estando en tan dudoso pensamiento  
Los unos y los otros ocupados,  
En el cerúleo mar se escondió el día,  
Y le siguió la noche obscura y fria.

Luego, qual ya tenia concertado,  
Hizo á Carhan que al agua se arrojase,  
Y del presente y contencioso estado  
A su Rey Axartaf razon llevase:  
Pidiole á Abenaudá y al bando airado  
Que la respuesta de Axartaf guardase,  
Y en tanto que cesase el furor ciego  
Pues era justo, y se debia á su ruego.

Abenaudá por todos dió en respuesta  
Lo que nos mandas, Rey, te concedemos  
Por entender que la tendremos presta,  
Pues ir nadando el mensagero vemos:  
Esto se cumplirá, y se te protesta  
Con juramento, que ante ti hacemos,  
Que no se inovará sin que primero



Con la respuesta vuelva el mensajero.

Con esto el Rey de niebla se quieta,  
Y dexando allí alguna de su gente,  
Llevado del cuidado que lo aprieta,  
A remediar se fué el temor presente:  
Sin descubrirse á nadie, con secreta  
Priesa envió otro Moro diligente  
Que le diga á Axaitaf que allá detenga  
A Carhan, y respuesta no le venga.

Asi los riesgos que temia asegura,  
Y el fin dudoso aguarda que revela:  
Con ruegos, con alhagos, con blandura  
Los entretiene, oculta su cautela:  
Surcó Carhan del Betis la hondura,  
Y el otro qual ligero delfin vuela:  
Llega Carhan, y apénas da el recado,  
Quaado del otro fué el segundo dado.

Maravillose el Rey de la opulenta  
Ciudad, que riega Betis generoso,  
Su daño viendo y su lloro y afrenta,  
Sin ser para estorbarla poderoso:  
Y por quel duro estado no se sienta  
De Abenjafon constante y animoso,  
Mandó á Carhan que la respuesta aguarde,  
Que importa á la ocasion que vaya tarde.

Al otro Moro hizo que volviese  
A Triana, y al Rey dio por respuesta  
Que á la gente alterada entretuviese,  
En quanto el lo que conviene apresta:  
Quedo suspenso, y como asi estuviese

La vista en tierra sin moverla puesta,  
Dando un suspiro y otro enternecido,  
Marsiloro le dixo á ira movido:

La duda, ó fuerte Rey, que así te tiene  
Ageno de tu esfuerzo y valentia  
En la ocasion presente no conviene,  
Pues con ella el remedio se desvia:  
El daño ves quan presuroso viene,  
El bien quan tardo sin que halle via  
Que no la ocupe el enemigo fiero  
En daño nuestro con mortal acero.

Esta miseria en que acabar nos vemos,  
Esta estrechez en que acabando vamos,  
Este mal en que todos perecemos,  
Este cerco en que ya sin vida estamos,  
Pues ya de todo medio carecemos,  
Y el de la muerte es solo el que esperamos;  
Digo, que honremos con morir las vidas,  
Peleando con nuestros homicidas.

Fernando está qual sabes en Triana  
Con la fuerza mayor del poder suyo,  
Combatiendo con mas que fuerza humana  
Todo lo que gobierna el órden tuyo:  
Pues él quema, destruye, asola, allana  
Quanto divide el Betis, yo concluyo  
Que á la gente que tiene desta parte  
Asaltemos con fiero y crudo Marte.

Ya sabemos ques poca y desarmada,  
Y que acudir no puede á socorrella  
Sin que primero toda sea asolada,

Y toda acabe sin poder valella:  
 Hecho esto, pondremos en Tablada  
 Cien mil hombres que puedan defendella,  
 Estorbaránle el vado otros cincuenta  
 Mil, y á que guarden la ribera ochenta.

Cercado así, y muerta acá su gente,  
 De fuerza ha de huir y ha de dexarnos,  
 Y quitado de aquí este inconveniente  
 Por tierra y agua es fácil repararnos:  
 Sin duda el Rey te ha hecho presidente  
 Marsiloro, y procuras gobernarnos  
 (Dice Ariadino del real consejo)  
 Sin ser prudente ni Soldado viejo.

¿En qué fundas tu ciego y vano acuerdo?  
 ¿En qué razon ó crédito que pueda  
 Asegurar que es de hombre fuerte y cuerdo  
 Para que la acepcion se te conceda?  
 Cierta que la paciencia y seso pierdo  
 Viendo que tu vergüenza no te veda  
 Hablar con libertad en la presencia  
 Del Rey, y de esta militar audiencia.

Quando yo hable, dice Marsiloro,  
 En presencia del Rey, no es cosa nueva  
 Hablar yo, hablar tú si es mal decoro  
 Pues tu bageza lo que digo aprueba:  
 El Rey sabe esto, y todo el bando Moro  
 Igualmente que yo siento y reprueba  
 Que tu decreto y parecer corrija  
 Al Rey y al Reyno, y solo del se rija.

Yendo Ariadino á replicar, se puso

En pié y la mano en el alfange puesta  
 Buyarruz, y Axartaf viendo confuso,  
 A Marsiloro vuelve tal respuesta:  
 Dime, si sigues de lealtad el uso,  
 ¿Qué ley te enseña ó que lealtad es esta  
 Que en presencia del Rey te descomidas  
 Con razones tan vanas y atrevidas?

El hablar libre y cólera reporta  
 Y en tu razon como es razon advierte,  
 Mídete en las palabras que te importa  
 Por tu reputacion y por tu suerte,  
 Que si tu alfange qual presumes corta,  
 Alfanges hay aquí que te den muerte,  
 Y no tienen en poco á los Christianos,  
 Ni con ellos desean venir á manos.

Responder quiso Marsiloro, y fiero  
 El Rey le dixo quel lugar dexase,  
 Y sin hablar se fuese, y el primero  
 Puesto en pie le mando se levantase:  
 Hizolo el Moro, y el templado acero  
 Desdefioso empuñó, y como mirase  
 A Buyarruz con vista pavorosa,  
 El asiento dexó sin decir cosa.

Quedó todo suspenso, y levantando  
 La voz el valeroso y real Salimo  
 Las causas que temia considerando,  
 Desta suerte propone al Rey su primo:  
 Bien entiendes, Señor, y el fuerte bando  
 Quanto tu honor y tu contento estimo,  
 Quanto me aflige el descontento tuyo,

Y este dolor quanto me hace suyo.

Desde el principio que empezó esta guerra  
Te aconseje que no te confíases  
En la pujanza y fuerzas de la tierra,  
Y que de medios con el Rey tratases:  
Que de la gente que este muro encierra  
(Aunque mucha) otro acuerdo no aceptases,  
Y si lo hubieras hecho yo te juro  
Que hubiera sido á todos mas seguro.

Con odio y fiera saña aborreciste  
Mi sano parecer, y aconsejado  
Del vulgo sedicioso á quien seguiste,  
Vienes á verte en tan lloroso estado:  
Mas ya que la ocasion dicha perdiste  
Digo, que ahora al Rey le sea enviado  
De parte tuya quien de medios trate,  
Y no aguardes al último combate.

La flaqueza estás viendo desta gente  
A la hambre rendida y temor vano,  
Todos piden remedio al mal presente,  
Sin que á las armas hombre ponga mano:  
Desto se sigue un grande inconveniente  
Que es abrirle la puerta al Rey Christiano,  
Y debese temer que yerros tales  
Son de los que acobardan en los males.

Mi parecer, si en esto es admitido,  
Que solo tu remedio procuremos  
Y el deste triste pueblo enflaquecido,  
Y en armas ya ni en fuerzas confiemos:  
Todos te piden esto que te pido

En su nombre, y pues claro y cierto vemos  
Nuestra ruyna y miserable aprieto,  
Elige como Rey fuerte y discreto.

Dando Salimo fin á sus razones  
La cabeza inclinó y tomó su asiento,  
Alterando con nuevas contenciones  
A Axartaf, y al discorde ayuntamiento:  
Contra las repugnantés opiniones  
Se opuso Abenjama, y el movimiento  
Pidió que sosegase, y sosegado  
Así habló, llegando al real estrado:

Quando todo el lugar con muerte fiera  
En poder del Christiano hoy acabara,  
Y la enemiga llama resolviera  
En ceniza y carbon la patria cara,  
Como á tí libre del peligro viera,  
Por el Dios que nos sigue y desampara  
Te juro, ó Rey, que muerte, prision, fuego  
No me pusiera en tal desasosiego.

Mas considero gran Señor que tienes  
Totalmente acabada tu potencia,  
Que sin ella sustentas y entretienes  
Lo quel Christiano con marcial violencia:  
Y que ya no es posible que refrenes  
Del enemigo horrible la inclemencia,  
Porque toda tu gente no procura  
Sino su redencion sin guerra dura.

Solo pretende por tan baxo medio  
La libertad, las vidas y hacienda,  
Y aspirando á este bárbaro remedio

Justo será que el tuyo se pretenda:  
 Que estando puesta tu persona en medio,  
 Y faltando el poder que la defienda,  
 Tu riesgo es cierto, y este riesgo puedes  
 Reparar tú si de razon no excedes.

Ahora estás á tiempo de envialle  
 A pedir los partidos convenientes  
 A tu honor pues no puedes contrastalle,  
 Ni defender sus fuerzas excelentes:  
 Esto te importa, y ántes que entregalle  
 Vea á Sevilla, á todos los presentes  
 Suplico que á este cuerpo sin ventura  
 Le deis en ella honrada sepultura.

El fuerte pecho atravesó, y cayendo  
 Falto de vida, el cuerpo miserable  
 Ocupó la cruel muerte, descendiendo  
 La inmortal alma al reyno inexôrable:  
 Quedó Axartaf el caso horrible viendo  
 Admirado, y con llanto lamentable  
 Todos piden que punto no difiera  
 En darse pues ningun remedio espera.

Puesta en tierra la vista el Rey no sabe  
 Qual órden siga en caso tan extraño:  
 Dale voces el vulgo que ya acabe  
 De conocer que es sin remedio el daño,  
 Que ya no es tiempo quel valor se alabe  
 Con que sean defendidos, que es engaño  
 Pensar que puede reparar el suelo  
 Lo que es voluntad última del Cielo.

A esto ayudaba un alarido horrible,

Un clamor espantable, un rumor fiero,  
 Y amenazando ya con apacible  
 Ruego, y todo con libre desafuero,  
 Que el Rey suspenso en caso tan terrible,  
 Puesto en mas duda que se vió primero  
 Vacila, teme, ignora que les diga,  
 Ni á que parte se incline, ó que órden siga.

Contempla su deshonra, el daño advierte  
 Que le amenaza á todos si tal hace,  
 Del cautiverio la afrentosa suerte  
 Si al acuerdo vulgar se sastiface:  
 Gime y desea que la fiera muerte  
 Su duda acabe, que este fin le aplace  
 Antes que ver la gran Ciudad rendida,  
 Y al enemigo yugo sometida.

En esta confusion, en esta duda  
 Está Axartaf, revuelto en mil cuidados,  
 Suspenso sin saber á donde acuda,  
 Ni por donde ser puedan reparados:  
 De la congoja ardiente sangre suda,  
 Y de la misma todos aquejados  
 En un sordo silencio suspendidos,  
 Al Rey imitan tristes y afligidos.

Buyarruz del concilio salió fuera  
 En quanto el Rey de aquella suerte estaba,  
 Llevado del haber la muerte fiera,  
 Quel cauto Marsiloro le guardaba:  
 Que llegando á la última escalera,  
 Donde el paseo de palacio acaba,  
 En asechanza Marsiloro puesto

Al crudo hecho el ánimo dispuesto.

De sediciosa gente acompañado,  
Y de la oscuridad que lo cubría,  
De las Estiges furias ayudado  
A la horrible maldad que pretendía,  
A Buyarruz que solo y descuidado  
Iba de tan extraña alevosía,  
El fiero Marsiloro á manteniendo  
Dió un golpe tan cruel como valiente.

Hendióle hasta los ojos, y furioso  
Buyarruz puso al fuerte alfange mano  
Con ánimo constante y animoso,  
Diciendo á voces, muera este tirano:  
Muera este perro, dice el alevoso  
Marsiloro, y con ánimo inhumano  
Los unos y otros al valiente Moro  
Hieren, diciendo viva Marsiloro.

Oyó las voces Axartaf, y temiendo  
Mayores daños, lleno de fiereza  
Dexó el asiento, y va do oyó el estruendo  
Resuelto de mostrar su fortaleza:  
Halló al prudente Buyarruz gimiendo,  
Que sin velle esfuerzo ni destreza,  
Rendido ya á la muerte habia caido  
De tantos golpes como habia sufrido.

Viendo al Rey los aleves homicidas  
Huir quisieron, mas la guardia fuerte  
Los detuvo, quitando algunas vidas,  
De Buyarruz vengando la cruel suerte:  
Fuéron sus intenciones conocidas,

Y el Rey mandó por la alevosa muerte  
Que á todos por las picas los pasasen,  
Y á Marsiloro vivo quarteasen.

Oyendo Marsiloro la sentencia  
Brazo y voz levantó diciendo, amigos  
Del Rey apelo á vuestra gran potencia,  
Y de la mia os quiero hacer testigos:  
La muerte teneis todos en presencia,  
No hay que aguardar, rompé estos enemigos  
Que si el Cielo permite que acabemos,  
Tambien permitirá que peleemos.

Llenos de ardiente furia arremetieron  
Contra la guardia que tenia caladas  
Las picas, y por ellas se metieron,  
Y con algunos fueron levantadas:  
Otros en orden luego sucedieron,  
De donde aquellas fueron desviadas,  
Y levantando otros les hacian  
Piezas, y en orden prestas se ponian.

Destá suerte la guardia iba apocando  
A los facinerosos que quisieron  
Defender al traidor, que peleando  
En alto con las picas lo tuvieron:  
Y las entrañas yéndole rasgando  
Dixo á voces, que todos las oyeron,  
Rey cruel, estas vidas y deshonra  
Tu libertad las pagará y tu honra.

Allí, o blasfemo Matalu, acabaste,  
Parricida cruel y Camorbeto,  
Y tú infando Marzoco, que alteraste

A Fez , y la pusiste en duro aprieto:  
 Tu Benhaluz que á Zumahil faltaste  
 En fe, y descubriendo su secreto  
 Perdió él la vida, y tú por este yerro  
 De Murcia echado fuiste en vil destierro:

Tú Anselme, cruel cuchillo de Chistianos,  
 Con tu sangre teñiste el claro acero:  
 Tú Hamen que mataste á tus hermanos  
 Por ser en heredarlos el primero:  
 Carfala, Cidi, Ali y los Buxanos,  
 Audara, Bujucef, Handon y el fiero  
 Mahoroque acabasteis, y acabáron  
 Quantos á Marsiloro se allegáron.

El aleve esquadron habia rompido  
 La poderosa guardia en la presencia  
 De Axartaf, que cansado y afligido  
 Puesto en dudosa y triste contingencia:  
 El pueblo todo viendo conmovido,  
 Y pavorosa la marcial Potencia,  
 Mandó que al fuerte Bayarruz llevasen,  
 Y con funeral pompa lo enterrasen.

A todos los demas mandó llevarlos,  
 Y desde el muro que á Tablado mira,  
 Despues de hechos quartos arrojillos,  
 Con esto dando exemplo de su ira:  
 Fué hecho, y vueltos ya de executillos  
 La alteracion y escandalo le admira  
 De todos, y las voces que le daban,  
 En que sus libertades demandaban.

Decianle, Señor, pues que no puedes

Resistir tanta desventura y daño,  
 Ya no hay gente, ni hay armas con que vedes  
 El enemigo ardor y esfuerzo extraño:  
 Y para convencerte de que excedes  
 En esto, entiende, ó Rey, que este es el año  
 Que Amir predixo que sería el postrero  
 De tu Reynado y del poder Ibero.

Mezclábanse con estas espantosas  
 Voces, gemidos tristes y llorosos,  
 Ya de flacas mugeres temerosas,  
 Ya de niños y viejos pavorosos:  
 El Rey, viendo y temiendo tantas cosas,  
 Y rendidos los fuertes y animosos,  
 Para bablar mandó tener sosiego  
 A todos, y él así propuso luego.

Si la pasion, ó amigos, que os conmueve  
 Fuera qual ya fué en vos, con ménos miedo  
 Yo me atreviera á reducir en breve  
 Vuestra flaqueza que animar no puedo:  
 El mas noble no acude á lo que debe,  
 El mas fuerte se rinde al llanto acedo,  
 Y todos igualmente se desvian  
 De las obligaciones que debian.

Vuestro intento se funda en que entreguemos  
 La Ciudad al Christiano, y no acudamos  
 A la defensa della, ni aguardemos,  
 Pues tan sin fuerzas ni esperanza estamos:  
 Yo digo ( ¡ay Cielo injusto á quien tememos! )  
 Que no habiendo otro medio que sigamos,  
 Que quiero conceder vuestra demanda

Cobarde, injusta, aleve, cruel, infanda.

Solo os quiero pedir en este extremo  
Triste, desventurado y trabajoso,  
Que temais las infamias que yo temo  
En partido tan baxo y vergonzoso:  
Quel fuego del honor en que me quemó  
Os encienda, y mireis con mas reposo  
Las razones tan justas que condenan  
A los que de ser libres se enagenan.

Decidme amigos ¿qué remedio espera  
El que por entregar la patria amada  
Al disponer de aquesta gente fiera  
Se ofrece al yugo la cerviz ligada?  
Porque pues del remedio desespera,  
Y en contra tiene á la fortuna airada,  
No acaba defendiendo el patrio muro  
Ora entre el fuego ardiente ó hierro duro.

En sus no bien aceptas persuasiones  
Prosiguiera Axartaf, si el conmovido  
Pueblo no le atajara las razones  
Levantando un horrisono alarido:  
Paró el Rey, y de tres graves varones  
A su presencia un niño fué traído  
De dos meses, que al pecho de su madre  
Pidió que lo llevase allí su padre.

El prodigioso caso refirieron  
Al Bético Señor, y en acabando  
En voz clara que todos la entendieron  
El niño desta suerte fué hablando:  
Rey Axartaf, á quien los llados diéron

Desta insigne Ciudad el cetro y mando,  
Dexa la temeraria rebeldía,  
Y atento oído da á mi profecía.

Bien sabes, Rey, que Aben Ala excelente  
En saber los secretos escondidos  
Del Cielo te predixo el mal presente,  
Y los males que has visto sucedidos:  
Y tú ignorando, y tu ignorante gente  
Los casos ni alcanzados ni entendidos  
Con ménos precio fué de tí ultrajado,  
Y con viles oprobios denostado.

Y ahora, aun con ver claro ante tus ojos  
Quanto te dixo el consultor del Cielo,  
Confías en tus bárbaros antojos,  
Sin quererte rendir al Cielo y suelo:  
Pues mira quel Christiano hará despojos  
De tí, sino te mueve el comun duelo,  
Y tardas en pedir que te conceda  
Como librarse tanta gente pueda.

Dió un gran gemido á esta razon postrera  
Sin poder proseguir con sus razones,  
Y á llorar comenzó de tal manera  
Que al Rey hizo temblar y á sus varones:  
Mandáron que con él se salga fuera  
Su padre, y con medrosos corazones  
Piden todos al Rey que envíe al Christiano  
A ofrecer el gran pueblo Sevillano.

Axartaf, viendo el caso prodigioso,  
Los suyos todos sin valor ni aliento,  
El lleno de ansias, triste y pavoroso,

Sin fuerzas, sin razon ni entendimiento,  
 Con flaca voz y aspecto temeroso  
 Pidió que sosegase el movimiento,  
 Y siendo obedecido, en pié se pone  
 Y dando un gran gemido así propone.

Ya veis, amigos, la contraria suerte,  
 El comun daño y la miseria nuestra,  
 El cautiverio ó la cercana muerte,  
 Mi desventura y la deshonra vuestra:  
 El esfuerzo, la fuerza, el brazo fuerte  
 Sirven de poco ya, y qual hoy se muestra  
 Por el porriento horrible que hemos visto,  
 Y así ya ni contraste, ni resisto.

Hagamos lo que el Cielo determina,  
 Que es el que al Rey Fernando favorece,  
 Démosle la Ciudad fuerte y divina  
 Que ya por suya toda le obedece:  
 Empiece nuestra misera ruyna  
 Con el reynado mio que hoy fenece,  
 Désele al enemigo franca puerta  
 Pues su buen hado se la tiene abierta.

A tratar los partidos convenientes  
 Con el Christiano Rey irá Salimo,  
 Por ser de los mas graves y prudentes,  
 Y por ser mas anciano, y ser mi primo:  
 Pida la libertad de nuestras genes,  
 I lo demas que en este grado estimo,  
 Le daré por escrito, por que tenga  
 Memoria, y con acuerdo se prevenga.

Tu Mahayni, que Alcayde de mi torre

Has sido siempre, y siempre leal vasallo,  
 Pues la fortuna desta suerte corre,  
 Y al hado no podemos contrastallo,  
 Ve, pues Alá á los suyos no socorre  
 Y el pueblo suyo dexa así entregallo,  
 Pon de paz en la torre una bandera,  
 Señal del triste oprobio que se espera.

Esto diciendo dexa el real asiento  
 El congojoso Rey, y acompañado  
 De Salimo se entró en su aposento  
 A dar órden que fuese despachado,  
 Porque del estrellado firmamento  
 Al mar se habian las guardas declinado,  
 Y las sombras leteas al profundo,  
 Libre dexando al claro dia el mundo.

## LIBRO VIGESIMOTERCIO.

Abriéronse las puertas orientales,  
 Que humedeció la aurora refulgente,  
 Trayendo el bello dia á los mortales,  
 Los caballos que exâlan fuego ardiente:  
 A este punto los Moros principales  
 Que señaló Axartaf la fria corriente  
 Del agradable Betis van surcando,  
 En demanda del sacro Rey Fernando.

Fuéron vistos los Bárbaros al punto,



Y la insignia de paz tendida al viento,  
 Fue todo el campo apercebido y junto,  
 Lleno de sobresalto y de contento:  
 Y viendo ya que se cumplia el asunto,  
 El Corrector Christiano envia al momento  
 A Don Rodrigo Alvarez que fuese  
 Y de los Moros la intencion supiese.

Del Rey mandado el fuerte Caballero  
 Se apartó dél, y les salió al camino:  
 Tomó razon del Moro delantero,  
 Y dada al Rey, en nombre suyo vino:  
 Pidió qual dellos fuese el mensagero,  
 Juntos viendo á Salimo á Araidino:  
 Salimo dixo que él, mas que venia  
 Ariadino en la misma legacia.

Que fuesen juntos (para serle dada)  
 A la presencia de su Rey llevados,  
 Con el seguro de la ley sagrada  
 Con que los mensageros son guardados:  
 Venid (dice el Christiano) que guardada  
 Esa ley os será, y por él guiados  
 Delante puso del Rector Christiano  
 Al uno y otro Embaxador Pagano.

Con humilde semblante se humilláron  
 Los dos Embaxadores de Sevilla  
 Ante el Rey santo, y sin hablar quedáron  
 En cruz los brazos junto á su alta silla:  
 Las sillas sus infantiles ocupáron,  
 Y en torno los guerreros de Castilla,  
 Los del consejo militar sentados

Por sus antigüedades y sus grados.

Los demas que ante el Rey tenian licencia  
 De hablar y asistir, estaban puestos  
 Sin orden, sin lugar, sin diferencia,  
 Unos con otros en diversos puestos:  
 Fuéles dada á los Moros preeminencia  
 Que sus intentos hagan manifestos,  
 Salimo en pie propone deste modo,  
 Del Rey oido, y del concilio todo:

Si en dones de tu Alteza, concedida  
 Audiencia y facultad, será forzoso  
 Que á tu divino espíritu le pida  
 Aspire el mio rendido y temeroso:  
 De suerte que la causa mia entendida,  
 Mueva ese pecho invicto y generoso  
 A conceder los pactos que concluyan  
 Guerra tan larga, y su furor destruyan.

Este fin solo, ó gran Señor, le mueve  
 A Axartaf mi señor, que á tí me envia,  
 Para que con honestos medios pruebe  
 Que desta guerra acabe la porfía:  
 Porque la horrible furia no se lleve  
 Tantos despojos de almas cada dia,  
 Ni tantas vidas quite el cruel vulcano,  
 Ni tanta sangre humana riegue el llano.

Conmovido á piedad del mal que digo,  
 Quiere (queriendo tú) elegir un medio  
 Que la fuerza reprima al enemigo  
 Furor, lanzando su impiedad de enmedio:  
 Esto venimos á tratar contigo,

Pareciendote justo y buen remedio,  
Las condiciones que aceptar podemos  
Dádonos tu licencia las diremos.

Puso Salimo fin á sus razones,  
Quedando en pié ante el supremo asiento,  
Notando de los bélicos varones  
El semblante, y del Rey el movimiento,  
Que á las no manifiestas intenciones  
Habiendo estado en suspension atento  
Queriendo dar declaracion de todo  
Interrumpió el silencio de este modo:

Quando di facultad para que entrases  
A donde estás, te concedí licencia  
De hablar sin que en nada reparases,  
Ni te ocupase nadie en mi presencia:  
Lo que tu Rey mandó que me tratases  
Puedes decir con libre preeminencia,  
Prosigue en quales pactos ó conciertos  
Venis, que si son justos serán ciertos.

La cabeza inclinó el prudente Moro  
Al Rey, y levantó la vista al Cielo (ro,  
Diciendo, ó santísimo Alá á quien siempre ado-  
En cuya mano está el poder del suelo,  
Influye en mí de tu celeste coro  
Un espíritu igual al justo zelo  
Que me rige, con gracia tal que pueda  
Hacer quel Rey los pactos míos conceda.

Viendo Axartaf que va de día en día  
Cresciendo el daño de la horrible guerra,  
Que no remedia nada su porfía,

Y quel remedio á todos se les cierra,  
A tratar con tu Alteza nos envia  
Que este furor que la quietud destierra,  
Esta ira infernal que sostenemos,  
Con pacíficos medios atajemos.

Estos traygo por orden e-tampados  
En esta breve hoja de la suerte  
Que mi Rey pide, y del me fuéron dados  
Para que con tu Alteza los concierte:  
Uno por uno te serán tratados  
Aquí, uno por uno los advierte:  
I tú, ó gran Rey de la substancia eterna,  
Mi ingenio aspira, y debil voz gobierna.

Volvió segunda vez á arrodillarse  
Mirando al Cielo, y vuelto al Rey Fernando  
Dice, lo que primero ha de tratarse  
Es lo que en nombre de Axartaf demando:  
Que él quiere del Alcazar despojarse,  
Y entregarte su fuerza, reservando  
La renta que entre tí y él se divida,  
Dexando á los demas hacienda y vida.

No prosigas delante en tus conciertos  
Si son qual ese, dixo el Rey de España,  
Que esos son acordados desconciertos  
De gente que del miedo se acompaña:  
Veos rendidos, veos de hambre muertos,  
Veos que en pactos convertis la saña,  
Y quereis que divida el señorío,  
Y con los Moros parta lo que es mio.

Bien os podeis volver si vuestro intento

Se funda en semejante desatino,  
 Que yo no os pienso oír, ni dar asiento  
 En cosa tan sin orden ni camino:  
 Salimo con humilde acatamiento  
 Replicó, si es aqueste pacto indigno,  
 De la Ciudad el tercio te ofrecemos,  
 La Alcazar y sus rentas te daremos.

Como tan poco el Rey viniese en esto,  
 Dixo el Moro: Señor yo quiero darte  
 Media Ciudad, haciendo que este puesto  
 Divida un muro de una y otra parte:  
 A muchos pareció el concierto honesto,  
 Y le dixéron al Christiano Marte  
 Que lo aceptase, aquellos le harian  
 Ser una la Ciudad que dividian.

Ni el concierto primero, ni el segundo,  
 Ni el desa division que es el tercero,  
 Dió por respuesta el Corrector del mundo,  
 Conceder pienso, ni aun oillos quiero:  
 En solo un pacto el fin de tantos fundo,  
 Y este ha de ser que acabe el duro acero  
 Lo que negais con tanta rebeldia,  
 Si la Ciudad no me entregais por mia.

Salimo suspendió la voz turbado,  
 Y en el Rey puesta sin mover la vista  
 Quedó, de mil contrarios aquejado,  
 Sin entender si acepte ó si desista:  
 Teme aceptar el Rey lo demandado,  
 Teme que no hay poder que le resista,  
 En estas dudas y temores vuelve

Esta razon, que en un suspiro envuelve.

Pues así quiere el sumo Alá dexarnos  
 Con tanto menoscabo y mengua nuestra,  
 Con tal abatimiento despojarnos,  
 Con tal miseria qual en obras muestra,  
 No tenemos que hacer sino inclinarnos  
 A la fortuna favorable vuestra,  
 Que pues en contra nuestra se declara,  
 Esto es fuerza hacer con los que ampara.

La Ciudad que con tanta fortaleza  
 A la mayor del mundo ha resistido,  
 La de mayor lealtad y mas nobleza  
 Que quantas son ni antes de ella han sido,  
 Hoy se te entregará, si de tu Alteza  
 Me fuere en nombre suyo concedido  
 Que la gente sea libre y la hacienda,  
 Sin que persona en esto les ofenda.

Asimismo demanda que la gente  
 Que quisiere quedarse, has de dexalla  
 Con su hacienda y tratos igualmente,  
 Y con Christiana piedad tratalla:  
 Y queriendo ir á parte diferente  
 Le des pasage, y des para guardalla  
 Segura escolta, y si por mar se fuere  
 Naves, y quanto menester hubiere.

El Moro paró aquí, y el glorioso  
 Propagador de la union Christiana,  
 Viendo alzarse un murmureo sonoro  
 Así movió la lengua soberana:  
 Hacienda, libertad, trato piadoso,

298 CONQUISTA DE LA BÉTICA  
Seguro alvergue, voluntad humana,  
Tendrán los que quedarán con nosotros  
Vituallas, pasage y naos los otros.

Salimo dixo, y pido juntamente  
Que ha de ser por el suelo derribada  
La Mezquita mayor, y la eminente  
Torre del gran G ber edificada:  
Con esto acaba nuestra guerra ardiente,  
En que no pierdes ni aventuras nada,  
Que quando ve-gas todo á derriballo  
Fácil será volver á edificarlo.

A eso, respondió el Rector Christiano  
Don Alonso, mi hijo dé respuesta,  
Facultad le concedo, y le doy mano  
Que diga y li-ga en la razon propuesta:  
Inclinó la cabeza el Soberano  
Joven al padre, en él la vista puesta,  
Y volviéndose al Moro, desta suerte  
Propone el varon justo, sabio y fuerte.

Habiendo oido tu cruel demanda,  
Tu injusto y temerario pensamiento,  
Ofendido de cosa tan infanda,  
Que escandaliza el libre atrevimiento:  
Pues se remite á mí, y su Alteza manda  
Que te responda, digo, que no siento  
Que causa puede haber que sea bastante  
Que fuerce á pedir cosa semejante.

De algunas que me ofrece la memoria  
Os pudiera traer por vivo exemplo,  
Que hacen vuestra cegueded notoria

Para el fin miserable que os contemplo:  
Pues quereis arruinar por vanagloria  
La torre excelsa, y el insigne Templo  
Que al culto ha de servir, y ser estancia  
Del que ignora (quien es) vuestra ignorancia.

Pues así vuestra bárbara inclemencia  
Quiere emprender tan detextable hecho  
Sin razon, sin piedad, sin advertencia  
Que lo repugna todo buen derecho:  
La fe, piedad, justicia y la conciencia,  
Y la causa que os tiene en ese estrecho  
No permiten que sea consentida  
Tan fea maldad, ni se le dé cabida.

Y concluyendo digo, que si hubiere  
Quien de la torre ó Templo me quitare  
Una piedra, no digo si lo hiciere,  
Sino si de hacerlo imaginare:  
Que desde el Rey, al que en su Reyno fuere  
El mas ageno quel honor le ampare,  
Con pena capital pagará el yerro,  
Sin que á sexô ni á edad perdone el hierro.

Con esto concluyó el Infante, y luego  
Replicó el Moro vuelto al Rey Fernando  
La paz que ha de poner al furor ciego  
En quietud, que firmes te demando:  
De las fuerzas haré al punto el entrego  
Posesion dellas á tu Alteza dando,  
La Ciudad te será desocupada  
Dentro de siete días y entregada.

Los mismos pactos vengo á demandarte

300 CONQUISTA DE LA BÉTICA.  
(Dixo Ariadino) en nombre de la gente  
Del castillo, y de toda aquesta parte  
Que divide la Bética corriente:  
Quiere entregarse, y quiere así entregarte  
La fuerza, concediéndole igualmente  
Vida, hacienda, libertad, seguro,  
Te dará entrada en su cerrado muro.  
Cesó Ariadino, descogiendo al viento  
Un cendal blanco, en que venia revuelto  
Un papel, y acercándose al asiento  
Del Rey, dice á Sevilla el rostro vuelto:  
Firme tu Alteza aquí con juramento,  
Que cumpliendo lo dicho, queda absuelto.  
Ese pueblo, al qual quedas obligado  
De no faltar en lo que está tratado.  
Recibió el santo defensor Christiano  
Del bárbaro el papel en que venia  
El sello y firma de su Rey Pagano,  
Y encima en lengua Arábica decia:  
A Ariadino y Salimo les doy mano  
Que hagan lo que yo en la casa mia,  
Lo que hicieren yo Axartaf lo firmo,  
Lo apruebo, y hago bueno y lo confirmo.  
Leida en clara voz la poderosa  
Facultad que á los dos Embaxadores  
Concedia Axartaf, sin decir cosa  
Firmó el Rey de los fuertes guerreadores:  
A este punto el cendal con presurosa  
Vuelta, haciendo círculos mayores,  
Dió señal á los Moros que eran ciertos

LIBRO XXIII. 301  
Los pactos, y firmados los concierto.  
Resonó desde el muro del castillo  
El concavo metal, y la guerrera  
Caxa tocó á marchar para rendillo,  
Saliendo por la puerta una bandera:  
Suspendió el caso al vencedor caudillo,  
Y estando así, rompiendo una hilera  
Salió el fuerte Achilino, demandando  
Licencia, y dada dice al Rey Fernando:  
Por órden de Axartaf, que ayer tuvimos,  
Nos mandó que en el punto que Ariadino  
Moviese aquel cendal que al ayre vimos,  
Ante tí se hiciese este camino:  
Está señal al sabio Moro dimos  
Con que nos avisase, quel divino  
Pacto la libertad nos concedia  
La hacienda y las vidas que pedia.  
Seguros desto, vengo á demandarte  
Que des licencia, y que nos des seguro  
Para poder salir, y en poder darte  
Esa fuerza que cierra ese alto muro:  
Esto manda Axartaf, y por la parte  
De Abenjafon el Rey de Niebla juro  
La obediencia, y te doy en nombre suyo  
Las llaves del castillo que es ya tuyo.  
Besolas, y en el suelo arrodillado  
Quedó el valiente Moro, ante el Rey puesto,  
La respuesta aguardando del sagrado  
Caudillo, confirmando lo propuesto:  
Que de su Alteza humilde acompañado,

302 CONQUISTA DE LA BÉTICA.  
Y su celeste humanidad compuesto,  
En la memoria el caso revolviendo,  
Movi6 la ambrosia lengua así diciendo:

La libertad, las vidas, la hacienda  
Que concedí en los pactos, os concedo:  
Esto igualmente, y general se entienda,  
Con que podeis asegurar el miedo:  
Salid, que no habrá cosa que os ofenda,  
Ni faltar yo de mi palabra puedo,  
Con tal que no excedais, y me sea dada  
La fuerza que ofreceis desocupada.

A eso vengo, respondió Achilino,  
Tu Alteza envíe á quien se la entreguemos,  
Por quien al punto se pondrá en camino  
Abenjafon, y libre la daremos:  
No dixo mas el fuerte Sarracino,  
Y viendo el Rey llegar á los extremos  
Que deseaba su loable intento,  
Dice vuelto á su ilustre Ayuntamiento:

Echese luego en el real un bando  
Que á ningun Moro de ninguna suerte  
Que saliere de aquí yendo marchando  
Le despojen, cautiven, ni den muerte:  
Esto es lo que vienes procurando,  
Con esto puedes á tu Rey volverte,  
Yendo contigo Lope Diaz de Alfaro  
A quien se entregue vuestro fuerte amparo.

Esto dixo el magnánimo caudillo,  
Y el fuerte Caballero recibiendo  
Las llaves que le diéron del castillo,

Con una esquadra al Moro fué siguiendo,  
Que sin hallar quien fuese en resistillo  
Entró, y al muro con valor subiendo  
En lo mas alto puso el estandarte,  
Revolviéndolo á una y otra parte.

Con alta voz de la guerra gente  
La victoriosa insignia recibieron  
Luego que se mostró en la eminente  
Fuerza, y en ella á los Christianos vieron:  
Tristes deste placer con pena ardiente,  
Que á entender claro sus afectos diéron,  
Los dos Embaxadores inclinaron  
La vista en tierra, y sin hablar quedaron.

Destá suerte confusos y afligidos,  
Llenos de pavoroso encogimiento,  
Quedaron los dos bárbaros, rendidos  
Al dolor, al temor y al sentimiento:  
Y como así estuviesen suspendidos,  
Con turbado semblante, y tardo aliento  
Salimo como hacerlo mejor pudo  
Dixo, quitando de la lengua el nudo:

Si nuestro llanto aplicas á flaqueza,  
Invicto Rey, si pícote que adviertas  
Que no fué cobardía, sino tristiza  
De nuestra infamia y desventuras ciertas,  
Ver de la instable suerte la crueza,  
Ver nuestras glorias y esperanzas muertas,  
Vernos en nuestra patria despojados,  
Y sino despojados, della echados.

Vernos que en el lugar mas poderoso

Que alumbra el rayo del Planeta ardiente,  
 El mas rico, el mas noble, el mas famoso,  
 El de mas excelencias y mas gente,  
 Donde en quietud vivimos y reposo,  
 Donde el poder y el mando fué igualmente,  
 Veremos nuestro infame abatimiento,  
 Nuestra caída y triste asolamiento.

Esto nos conmovió, que no es posible  
 Tan duro caso no hacer efecto  
 En el hombre mas fiero y mas horrible,  
 En el mas crudo y pertinaz sugeto:  
 Que la memoria del dolor terrible,  
 Representada en el lloroso aprieto  
 Hizo su oficio, y puso en nuestros ojos  
 Del sentimiento humano los despojos.

Mas en aquesta miserable pena  
 Que nos enterneció, á entender venimos  
 Ser gloria por tu mano la cadena,  
 Mas que la libertad que Alá pedimos:  
 Y para gozar ya esta suerte buena,  
 Que no entendiendo nuestro bien huimos,  
 Envía, Señor, á quien por tí entreguemos  
 Tu Ciudad, y tu insignia levantemos.

Puso Salimo fin á sus razones,  
 Quedando con semblante sosegado  
 Mirando al Rey, mirando á los Varones,  
 Que oyéndolo se habian alborotado,  
 Queriendo entre sus hechos y blasones  
 Fixar por el mas noble y señalado  
 Ser cada qual el que primero entrase,

Y de Sevilla posesion tomase.

Siendo del fuerte defensor Christiano  
 Conocida la causa que alteraba  
 Su gente, levantando el rostro y mano  
 El alboroto sosegó que andaba:  
 Y poniendo la vista en el Pagano  
 Embaxador que atento le aguardaba,  
 Llamando á Don Alonso de Molina  
 Su hermano, dice así con voz divina:

La posesion, que ofreces entregarme,  
 Segun los pactos de ámbos concedidos,  
 A tomar enviaré sin desviarme  
 Dellos, ni por mi parte ser rompidos:  
 Por la vuestra ha de ser que habeis de darme  
 Luego que sean los siete dias cumplidos  
 La Ciudad libre, habiéndome entregado  
 Sus fuerzas, qual por mí os será ordenado.

De la torre del Oro y su alto muro  
 La posesion se le dará en mi nombre  
 A mi hermano, y él lleve por seguro  
 Cien hombres escogidos hombre á hombre:  
 Y porque si este apremio os fuere duro  
 Antes que os inquiete ni os asombre,  
 Teneis de darme la Ciudad abierta,  
 Sin que en ella cerrada os quede puerta.

Don Alonso mi hijo ha de entregarse  
 De la torre mayor, á donde quiero  
 Que esté, y la guarde sin de allí apartarse,  
 Sino fuere con orden mia primero:  
 Con gente y armas tiene de ocuparse

El Alcazar, y en ella esté el guerrero  
Don Rodrigo Gonzalez Giron, y esto  
Qual pide el caso, y qual demanda el puesto.

Y vos Don Pedro Ponce en quien ha estado  
La mayor parte deste vencimiento,  
Vos de quien siempre he sido acompañado,  
Y á quien nada encubrió mi pensamiento;  
Id con mi hijo á donde le he mandado,  
Y en lo mas alto, que preceda al viento,  
Poned la sacra insignia del divino  
Redentor, con que al Cielo abrió el camino.

Este es el órden, y por el os mando  
Me entregueis la Ciudad, como el castillo:  
¿ Ved si podeis cumplir lo que os demando?  
Y si podeis, al punto id á cumplillo:  
Poder tenemos, facultad y mando,  
De quien nadie podrá contradecillo:  
Salimo respondió, tu Alteza envíe,  
Quedarse á todo, y de esta fe confie.

Cesáron las razones, y el divino  
Caudillo de la fuerza Castellana  
Puso en órden la gente, y en camino  
A la Ciudad excelsa y soberana:  
Que rendida á la fuerza del destino  
Humilde á dar la posesion se allana,  
Abriéndole la puerta libremente  
A la invencible y victoriosa gente.

El famoso Abdalac luego que entráron  
Las Christianas banderas en Sevilla,  
Y las puertas con armas ocupáron,

Al Infante diciendo así se humilla:  
La posesion que á darte se obligáron  
Nadie puede, Señor, contradecilla,  
Axartaf la confirma, y de esté modo  
Arrayaz, Benxuel, y el lugar todo.

Mas envian conmigo á suplicarte  
Mandes que á nadie se le haga ofensa,  
Que el rigor cese, y el ardor de Marte,  
Pues solo en darte la Ciudad se piensa:  
Que con tu gente vayas á entregarle  
Por el órden quel Santo Rey dispensa,  
La posesion del rico Alcazar dando  
Ariadino á quien manda el Rey Fernando.

La fuerte torre que guardó el tesoro  
De los pasados Reyes y el presente,  
Que por esto le llaman la del Oro,  
De fábrica admirable y excelente  
Tengo de entregar yo ( del bando Moro  
Desocupada ) á la Christiana gente:  
La torre excelsa de Geber famoso  
Ha de entregar Salimo poderoso.

No dixo mas, y el invencible Infante  
Confirmó de Abdalac la legacia,  
Y á la torre del Oro en el instante  
Al fuerte tio Don Alfonso envia:  
Don Rodrigo Giron partió delante  
Al Alcazar, siguiendo al que lo guia,  
De Salimo el Infante acompañado  
A la torre mayor va encaminado.

Está del fuerte Alcazar desviada



Poca distancia, en una plaza abierta,  
 Con el famoso templo incorporada,  
 A donde tiene una pequeña puerta:  
 Por ella se concede estrecha entrada  
 Por un angosto paso y via incierta  
 De fuerte piedra, que es de su grandeza  
 El cimiento, el estribo y la firmeza.

Llegó á la puerta el bárbaro guerrero  
 Diciendo al fuerte Infante que ocupase  
 La plaza, que él queria subir primero  
 A hacer que la guarda la dexase:  
 Subió y lanzando della el bando fiero,  
 Como solo en la torre se quedase,  
 Puesto en una ventana dice, advierte,  
 Varon Real, y escucha mi ansia fuerte:

Desta torre me manda el Rey mi primo  
 ( Rey dixé, el que fué Rey, y es ya vasallo )  
 Te diese posesion, lo qual estimo  
 Como es razon, y debo yo estimallo:  
 Mas con mortal afecto me lastimo  
 Sin poder reprimirme ni escuchallo,  
 Que es pasion propia, y lo que ofende tanto  
 Provoca al sábio, al fuerte, al justo, al Santo.

Entra Príncipe invicto, y con tu gente  
 De la torre del mundo mas famosa  
 Te puedes entregar, que dignamente  
 Se le debe á tu espada victoriosa:  
 Entra quel cielo en dartela consiente,  
 A quien es ya nuestra nacion odiosa,  
 Y recibe ese cuerpo que no quiere

Ver tal, y muera pues su gloria muere.

Esto diciendo, con furor horrible  
 Juntó los brazos, levantando al cielo  
 La pavorosa vista, y dió un terrible  
 Grito, y el cuerpo al peligroso vuelo:  
 Cayó á los pies del jóven invencible,  
 De sangre y huesos rociando el suelo,  
 Huyó el alma al infierno desta suerte  
 A no morir, aunque se dió la muerte.

Del horrible espectáculo se admira  
 El sucesor de España poderoso,  
 Y atras que no le toque el pié retira  
 Del roxo humor que corre presuroso:  
 Entra la torre, que es el fin que aspira,  
 Y en lo alto su ejército animoso  
 Voces da, el estandarte tremolando  
 Sevilla por el Santo Rey Fernando.

Llevó el viento la voz, y el Rey levanta  
 La vista con alegre continente,  
 Y en lo mas alto ve la insignia Santa,  
 Do murió el humanado omnipotente:  
 Por el hermano la victoria canta  
 De la torre del Oro el exéclente  
 Joven, y en el alcazar suntuoso  
 Lo mismo hace el de Girón famoso.

Alegre el Santo defensor Christiano  
 Las torres mira, Alcazar y castillo  
 Por él, quitado del poder pagano,  
 Que no pudo aunque quiso resistillo:  
 Hallóse desta empresa tan ufano,

Tan gozoso, que muestra sin decillo  
 El contento que siente el deificado  
 Espíritu del cielo regalado.

Allí hace discurso en su memoria  
 De la insigne Ciudad que le ganaron  
 Colodro y Baños, cuya gran victoria  
 Dignamente á los dos se la aplicaron:  
 Renueva de Jaen la viva historia,  
 Y su victoria en quanto la estimaron,  
 Y con aquesta las demas olvida,  
 Que esta tiene por mas esclarecida.

Considerando en esto, revolvía  
 Quanto habia hecho su invencible gente,  
 Quanto ganado por su esfuerzo habia,  
 Quanto esperaba en la ocasion presente:  
 En esto estaba, quando el claro dia  
 Llegó sobre las aguas del poniente,  
 Donde la bella esposa de Peleo  
 Siempre le aguarda en inmortal deseo.

Viendo el Christiano defensor cubierto  
 El bello dia de la sombra obscura,  
 Las formas por su órden y concierto  
 Hermosear la celestial altura:  
 Teniendo aviso del castillo cierto,  
 Que el Rey Abenjafon su ida apresura,  
 Y que apriesa los Moros se aprestaban,  
 Y que las caxas á marchar tocaban.

Puesta en órden la gente belicosa  
 Cerca la plaza, y deste modo aguarda  
 Al bárbaro, que en su ansia dolorosa

Dexando el puesto, su persona guarda:  
 Qual carga al hijo, qual la tierna esposa,  
 Qual al anciano padre, y qual no tarda  
 De echar el grave peso al hombro fuerte,  
 Y en camino ponerse desta suerte.

Allí, ó poderoso Abenhaulama  
 La cerviz inclinaste humildemente,  
 Y en ella con desprecio de tu fama  
 La riqueza pusiste de Occidente:  
 Y tú Algasur, que ennobleciste á Alhama  
 Con los despojos de tu propia gente,  
 Vencido vas, y encima de ti llevas  
 El testimonio de tus tristes nuevas.

Almuncamuz y Aben Abet hermanos,  
 Biznietos del que dió el cuerpo glorioso  
 Del sagrado Isidoro á los Christianos  
 Contra el querer del vulgo sedicioso,  
 Aquí imitando á los demas Paganos  
 En trage humilde oficio vergonzoso  
 De hijos y mugeres rodeados  
 Los bienes que podeis llevais cargados.

Y tú, Hacen, que á Mahomad robaste  
 La bella esposa, y con violenta espada  
 La vida en su presencia le quitaste,  
 Dexándola viuda y deshonorada;  
 En el fuerte castillo te hallaste  
 Siendote del la guardia encomendada  
 Por tu deudo Axartaf, á quien no vales,  
 Y como los demas rendidos sales.

Hali Cacin, Rogel, Johar, Mahoma,

De Aben Alfacé hijos conocidos,  
 Con las insignias del que os rinde y doma  
 Salis avergonzados y afligidos:  
 No faltarás Zoar deste idioma,  
 Ni tú Albohali, ni los temidos  
 Abenhumeya y Amudir famosos,  
 Y vos Fariz y Galve belicosos.

La carga de los bienes paternales  
 Los delicados hombros recibieron  
 De Fatima, y con pasos desiguales  
 Los dos pequeños hijos la siguieron:  
 Aben Tafiñ su esposo en estos males  
 Con Culema y Juceph que le acudieron  
 Con los mas bienes y su suegro en medio,  
 Salen buscando el mísero remedio.

Y tú, ó Zeneb, quen la nacion Pagana  
 Idolo fuiste, y por deidad tenida,  
 A quien amó Axartaf, siendo tu hermana  
 Caida, que en su poder perdió la vida,  
 Y huyendo su intento y pasion vana  
 En el castillo estabas recogida,  
 De donde ibas saliendo con tu padre,  
 Llevando casi en hombros á tu madre.

Abenjafon, que en medio estaba puesto  
 Del paso por adonde iban saliendo  
 Los que dexaban el amado puesto,  
 Y al vil destierro se iban ofreciendo,  
 Aunque ocupado y suspendido en esto,  
 Triste y confuso del llorar y estruendo  
 A Zeneb conoció que iba pasando,

Y asiendo della, dixo suspirando:  
 Zeneb ilustre, á quien el cielo asconde  
 El premio digno á tu Real grandeza,  
 ¿Qué suerte miserable es esta? ¿á dónde  
 Vas del hado arrojada en tal baxeza?  
 Mal á tu honor y gloria corresponde  
 Este horrible rigor, esta cruexa,  
 Mal te trata la suerte, el hado, el cielo,  
 Pues desterrada vas y en tanto duelo.

Deten el paso, y esa piadosa  
 Carga suspende que te agrava tanto,  
 No te rinda la pena dolorosa,  
 Ni te acabe la vida el cruel quebranto:  
 Que si la instable rueda presurosa  
 Ha trocado tu alegre vida en llanto,  
 El sumo Alá que lo gobierna todo  
 Ordenará tus cosas de otro modo.

Esto diciendo el Rey de Niebla, puso  
 El fuerte pecho y recibió la carga,  
 Y mirando á las dos triste y confuso  
 De lástima lloró y congoja amarga:  
 Detuvo al padre, que siguiendo el uso  
 Con los demas de su familia carga  
 Los bienes quel temor les ofrecia,  
 Y la estrecha ocasion les permitia.

No es justo ( dice el Rey ) que desa suerte  
 Vayas, ó venerable Hatan Audalla,  
 Ni es debido á tu honor, sin el ponerte  
 En vil oficio entre esa vil canalla:  
 Aguarda pues nos da vida la muerte

Para morir viviendo, sin hallalla  
Entre la fiera espada del Christiano,  
A quien el cielo ha sido tan humano.

Lleven la carga, que tus hombros lleva,  
Los Christianos que tengo encadenados  
Para llevar conmigo, y hagan prueba  
Del destierro á que vamos condenados:  
Audalla lo acertó, y lo dicho aprueba  
Zeneb, y los demás que iban cargados  
Los lios pesados de los hombros largan,  
Y á esperar los cautivos se descargan.

Por mandado del Rey partió Achilino,  
Y el renegado Bahabu á traellos,  
Causul, Bexeira, Matalá y Zabрино,  
Enemigos del nombre y la fe dellos:  
Fenecieron los Moros su camino  
En la mazmorra, á donde entrando habellos  
Bahabut dixo, veinte de vosotros  
Salid, que habeis de ir luego con nosotros.

Sin responder se fueron levantando  
Las cautivos Christianos obedientes  
Al duro apremio y riguroso mando  
De aquel vestiglo de Christianas gentes:  
Iban por orden la prision dexando  
Uno á uno los miseros pacientes,  
Aguardando la muerte en su fortuna,  
Sin esperanza de salud alguna.

Estaba entre estos un cautivo anciano,  
Hombre sagaz y buen entendimiento,  
Quel rigor viendo del cruel Pagano

Quiso impedir el no entendido intento:  
Y revolviendo al brazo y diestra mano  
La cadena, con manso movimiento  
Se fué escurriendo á procurar su amparo,  
A donde estaba Lope Diaz de Alfaro.

Y del cobarde miedo no impedido  
Por las Christianas armas se abalanza,  
Diciendo en alta voz, ó esclarecido  
Jóven, refugio nuestro y esperanza,  
Oye con atencion nuestro affligido  
Clamor, que al cielo con su vuelo alcanza:  
Oye y remedia nuestra suerte triste,  
Pues ya cautivo qual nosotros fuiste.

Arrastrando qual ves el duro hierro  
Hui de la prision en que nos tiene  
Este Rey Moro, este tirano perro,  
A quien respeto ni temor contiene:  
Y para echarnos en mortal destierro  
Un su Ministro renegado viene  
Con otros Moros que nos van sacando  
De la mazmorra, y nos están guardando.

Acude, ó gran Señor, acude presto,  
No permitas que lleve en su cadena  
Los Christianos, guardando tú este puesto,  
Y su tirano pensamiento enfrena:  
Ven y verás, sin los que están en esto,  
La horrible cárcel de cautivos llena,  
Ven y redime la desdicha suya,  
Ven que esta suerte es propiamente tuya.

No dixo mas, y el fuerte Caballero,

316 CONQUISTA DE LA BÉTICA.  
Que al misero cautivo estaba oyendo  
Con pronto oído y con semblante fiero,  
Fué las armas al punto aperciendo:  
Acuden del ejército guerrero,  
La causa oída, á Lope Diaz pidiendo  
Que fuese, y que en hazaña tan gloriosa  
Su diestra emplee y su espada victoriosa.

El jóven invencible á quien espera  
El siglo para ser por él dichoso,  
Irritado de honor y de ira fiera  
Dice contra el Rey bárbaro furioso:  
Dexar de hacer lo que debemos fuera  
Si este tirano fuese poderoso  
En ménos precio de la espada vuestra,  
En despojos llevar la gente nuestra.

Fuéle licencia apénas concedida,  
Que entregando esta fuerza con su gente  
Al yugo esperio su altivez rendida,  
Saliese en traje humilde y obediente:  
Pues el respeto pierde á sí y se olvida;  
Yo le haré baxar la altiva frente,  
Yo daré libertad á los Christianos  
Contra el Rey fiero y sus designios vanos.

Por el órden que estamos repartidos,  
Se vele y guarde el fuerte que tenemos,  
Sin dexar hombre el puesto, prevenidos  
Qual la ocasion demanda en que nos vemos:  
Yo iré á pedir á aquestos descreídos  
Los Christianos, y en quanto que volvemos  
Este cautivo y yo, que será presto,

Guarde Gomez Ruiz por mí este puesto.

No mandes tal, yo tengo de ir contigo,  
Dió el varon invencible por respuesta,  
Tu lugar puedes dárselo á otro amigo,  
El mio, á quien su guardia queda puesta:  
Que si el cielo no estorba lo que digo,  
Mi voluntad que te obedece es esta,  
Y no se moverá, sin que primero  
El punto de mi vida vea postrero.

Llegó el cautivo y dixo: el órden dado  
Por el valiente Lope Diaz se guarde,  
Que es el que importa en el presente estado,  
Y á la ocasion que instante no se aguarde:  
De la cadena el ramal doblado  
Revolvió al brazo, y sin que punto tarde  
La estrecha argolla que lo ataba quiebra,  
Como si fuera una delgada hebra.

En el camino se pusieron luego,  
Guiados del cautivo los guerreros,  
Sin dar al curso ni al andar sosiego,  
Baxan rompiendo por los Moros fieros:  
Y por entre armas y encendido fuego  
Llegan á los Christianos prisioneros,  
Que delante del Rey cargando estaban  
Los bienes de la Mora que guardaban.

De ardiente ira estimulado el pecho  
El invencible Lope Diaz de Alfaro,  
Al Rey de Niebla por autor del hecho  
Dice el Christiano defensor y amparo:  
Si tú, que en todo has de guardar derecho,

Y ser en esto un sol luciente y claro,  
La ley traspasas ¿dime de qué suerte  
Te llamaré para que bien acierte?

Tú por merced al santo Rey pediste  
Que entregándole aquesta fortaleza  
Con los Moros que estaban, y truxiste  
A exercitar de Marte la fiereza:  
Con el mismo seguro que veniste  
Con sus hijos, mugeres y riqueza  
Irse pudiesen, y este asiento dado,  
Con libre proceder has inovado.

Cumples la execucion de tu demanda,  
Gozas de la merced quel Rey te hizo  
A costa de los nuestros, cuya infanda  
Maldad castigaré, y tu poco aviso:  
¿Parecete razon, ó en su ley manda  
El quel infierno os da por parayso  
Quel libre sea cautivo, y quel Pagano  
Rendido oprese al vencedor Christiano?

Si esto es razon ( que no será no siendo  
Aprobada de justos tal violencia )  
Yo vendré en que se haga, mas entiendo  
Que es maldad fiera y bárbara inclemencia:  
Y así el horrible acuerdo remitiendo,  
Revocar pienso tan cruel sentencia,  
Y á estos perros idólatras cargallos,  
Y á los nuestros en libre paz dexallos.

Esto dixo en voz alta el varon fuerte,  
Y al punto los Christianos arrojaron  
Las graves cargas y á gozar la suerte

De libertad gloriosa se aprestáron:  
Sin haber Moro que á hablar acierte,  
Llenos de espanto y de pavor quedáron  
Mirando al Rey, que con la vista en tierra  
Manifiesta el temor que su alma encierra.

Y sin hablar palabra levantando  
La horrible vista suspirando al cielo,  
Tomó el camino á todos obligando  
A seguirle y dexar el patrio suelo,  
A la hermosa Mora acompañando,  
Temiendo y llenos de mortal rezelo,  
Sin quedar Moro tras el Rey se alexan  
Del fuerte sitio que al Christiano dexan.

Ya á este punto del balcon de Oriente,  
Coronada de rosas parecia  
De la hermosa aurora el aurea frente,  
Nuevas trayendo del cercano dia:  
Lope Diaz de Alfaro, y el valiente  
Gomez Ruiz con una Compañía,  
De guarda se pusiéron á la puerta,  
Que quedó ido el enemigo abierta.

## LIBRO VIGESIMOQUARTO.

¶ Luego que Febo Apolo ilustró el mundo  
Con su dorado cerco, y la espantosa  
Sombra llevó los sueños al profundo

De Cimerio á su estancia tenebrosa ;  
 El caudillo de Christo sin segundo  
 Con la invencible gente belicosa  
 En el castillo entró, que entregó el fiero  
 Abenjafon al fuerte Caballero.

La inespugnable fuerza considera  
 Que ciñe en torno el levantado muro  
 De torres coronado, que á la fiera  
 Saña del tiempo le tenían seguro:  
 De la parte de Hispalis á fuera  
 El Betis mira transparente y puro,  
 Que en su menguante ó su creciente furia  
 Hierre en él siempre sin hacerle injuria.

Sube á lo alto á donde estaba puesto  
 Su real estandarte, y de allí mira  
 Los que en Hispalis mueve el viento presto,  
 Que refrenaban la Agarena ira:  
 En el tendido llano ve dispuesto  
 El campo, y lleno de placer se admira,  
 Ya la grandeza de Sevilla viendo,  
 Ya la hermosura que iba descubriendo.

Los dias en esto consumia el potente  
 Propagador de la union Christiana,  
 Solemnizando con su invicta gente  
 La victoria admirable de Triana,  
 Y habiendo siete veces en Oriente  
 Mostrádose la forma soberana  
 Que enriquece la tierra con su lumbre,  
 Sin exceder de su inmortal costumbre.

Siendo cumplido el término que diéron

Los Moros de dexar desocupada  
 La Ciudad en los dias que pidieron,  
 Quando quedó la tregua confirmada;  
 Y como desde el punto que se fueron  
 Cumplido el plazo no acudian á nada,  
 Ni para irse del lugar salian,  
 Ni á dar razon de su intencion venian.

Rezelando la bárbara inconstancia  
 No se altere movida de su injuria,  
 De su vano furor, de su arrogancia,  
 Que al mas leal quando la sigue injuria:  
 Teniendo por seguro y de importancia  
 Para el efecto, y refrenar su furia,  
 Pasar donde el ejército glorioso  
 Lo aguarda, de lo propio rezeloso.

Con este pensamiento mandó luego  
 Aprestar los infantes y caballos,  
 Sin que el ocio pudiese ni el sosiego  
 Del justo acuerdo y pretension mudallos:  
 Y quando del mortal desasosiego  
 A los hombres procuran desviallos  
 Los astros que el sabroso sueño envian,  
 El vado tientan, y á su intento guian.

La Tribia Diosa en que la sombra obscura  
 Preside entre las formas celestiales,  
 El carro suspendió, y con lumbre pura  
 Resplandecia en los humidos cristales,  
 Enseñaba la via mal segura,  
 Y Betis con sus ninfas inmortales  
 Les iba el paso abriendo de manera

Que los puso en la Hispálica ribera.

De allí atraviesan el tendido llano,  
Con el mayor silencio que pudieron,  
Y en medio del ejército Christiano  
Puestos en arma todos se pusieron:  
Esto fué visto, y dicho al Rey Pagano,  
Significando mas de lo que vieron,  
Que el temor hace siempre diferente  
Lo que ofrece á la vista diligente.

Acudieron á dar remedio en esto  
Los que tenian de Axartaf licencia,  
Y él, sin hablar en medio dellos puesto,  
Rezela alguna nueva violencia:  
En esta duda y miedo manifesto,  
Abdalac, con mas brio que reverencia,  
Conociendo la causa como sábio  
Desanudó la lengua y movió el labio.

Si quieres entender la causa cierta  
Deste súbito y nuevo movimiento,  
Desta venida á todos encubierta,  
Bien presto lo sabrás si estás atento:  
Quando le diste al vencedor la puerta,  
Y en tus fuerzas seguro alojamiento,  
Dentro de siete dias le prometiste  
Que darías la Ciudad que le rendiste.

Este plazo ha tres dias que está cumplido,  
Y no das la Ciudad desocupada,  
Qual fué en nuestros conciertos prometido  
El dia que la paz quedó asentada:  
Desto sin duda, y con razon sentido,

Viene con voluntad determinada  
De entrar por fuerza en la Ciudad que es suya,  
Donde apenas conocen cosa tuya.

Mira si en la ocasion como nos tiene  
Del cielo que nos sigue la inclemencia,  
Con tal intento el enemigo viene,  
Lo que promete su mortal violencia:  
Si esto se considera, nos conviene  
Que remedie la presta diligencia  
El descuido, enviando de tu parte  
A demandar mas plazo y disculparte.

Torciéndose las manos miró al cielo  
Axartaf, respondió, Abdalac amigo,  
Ya no temo al contrario, ni rezelo  
La fiera espada, ni el cruel castigo:  
Deste lloroso pueblo me conduelo,  
A quien en todo lo que pide sigo,  
Esto solo atribula el alma mia,  
Que no me dexa porque vea este dia.

Ve al Rey Fernando, y dile que no puede  
Cumplirse lo asentado sino aguarda  
A esta misera gente, á quien concede  
La vida y lo demas que ampara y guarda:  
Que si del tiempo prometido excede,  
Y en darle libre la Ciudad se tarda,  
Es por vender lo que forzosamente  
Llevar no puede en la ocasion presente.

Que su Alteza remedie la miseria  
En que se ve esta gente miserable,  
Y un mes le dé para que haga feria



De sus bienes y caso lamentable :

Y luego la Ciudad de toda Hesperia,  
La mas rica y del mundo mas loable,  
Desocupada quedará de aquellos  
Que sigue el cielo, y dexa Alá ofendellos.

Dexó Axartaf de proceder delante  
En su triste razon interrumpido  
Del amargo dolor, que fué bastante  
Para quedar privado de sentido:

Abdalac se aprestó y partió al instante,  
Puso el mensage en el piadoso oído  
Del Santo defensor, que lastimado  
De oílo, fué quanto pidió otorgado.

Luego que la merced del Rey fué hecha,  
Todos acuden á poner por obra,  
Quel tiempo y la ocasion que los estrecha  
No se vaya, pues ido mal se cobra:  
Qual vende el axuar, qual la cosecha,  
Qual los muebles y ropa que le sobra,  
Que no puede llevar en el viage,  
Qual vende el carro, y qual compró el bagage.

Qual el caballo que en la dura guerra  
Le defendió, y fué en la paz su ornato,  
Al mercader judio de la tierra  
Lo vende ya sin miedo ni recato:  
El buey quel llano abrió, y sembró la sierra,  
Que fué sustento á su Señor y trato,  
En pago de su afan y sus trabajos  
Para llevar al mar lo hacen tasajos.

Los dias y noches consumian en esto,

Sin tratar ni ocuparse en otra cosa,  
Porque no llegue el término dispuesto,  
Dado por ley (entre ellos) rigurosa:  
Calle ni plaza, ni escondido puesto  
Habia de toda la Ciudad llorosa,  
Que de fardos, de ropa y gente fuese  
Desocupada, ni en quietud se viesse.

Sola tu, ó Tarfira, en el horrible  
Rigor de tu cuidado estás suspensa,  
Sujeta al zelo y al amor terrible,  
Que han de ser causa de tu gloria inmensa:  
Solo acudes á tí, y por imposible  
Tienes quanto tu ardiente afecto piensa,  
Sin entender que el cielo es de tu parte,  
Y quiere en ley y en suerte mejorarte.

Viendo la bella Mora el duro estado  
De la prolixa guerra desta suerte,  
Rendido el Rey, su pueblo sojuzgado  
De la Christiana y poderosa suerte,  
Crecia en su ansia, y daba á su cuidado  
Nueva fuerza, y hacia el dolor mas fuerte  
Ver ir á Botalhá, y llevar consigo  
De la rendida gente al patrio abrigo.

Aquí perdió del todo la paciencia,  
Y el alma ardiendo en ira á la venganza,  
Llena de horrible furia da licencia  
Que obre el furor lo quel amor no alcanza:  
¿Tal (dice) he de ver yo? ¿tal inclemencia  
Ha de usar un traidor? ¿esta esperanza  
Satisface mi fe y un mal tan largo?

¿Este premio se da á mi llanto amargo?

¿Será razon que este enemigo mio  
Ofenda así el honor y clara fama  
De Hamet mi abuelo y de Ceyni su tio  
Y mi padre, que fué Señor de Alhama?  
¿Será razon que al patrio Señorío  
Lleve por quien me dexa y me disfama?  
¿Será razon que vean estos ojos  
Que ella triunfe, y yo vaya por despojos?

Primero se hallará el alto cielo  
De estrellas falto, obscuro y tenebroso,  
Primero se verá con negro velo  
Dar resplandor la noche luminoso,  
Primero se hallará en el baxo suelo  
El claro Apolo, y en el mar hondoso  
El fluxô de las aguas dulce y puro,  
Y alguno de fortuna estar seguro,

Que yo difera mas, ni punto aguarde  
De executar mi ánimo impaciente,  
Que en la ley del honor es flaco y tarde,  
Falto de esfuerzo y de valor ardiente:  
Y hagan de mi desdicha infame alarde,  
Mi desventura el libre vulgo cuente,  
Que con la sangre della y dél espero  
Lavar la mancha de mi honor primero.

No pudo decir mas, quel sentimiento  
Que le arrancaba el alma congojosa  
La lengua le trabó en el movimiento,  
Y le encendió la voluntad furiosa:  
Armada y á caballo fué al momento,

Sin aguardar ni reparar en cosa,  
Pica á buscar á su enemiga fiera,  
Donde la suerte de su bien la espera.

Resuelta de vengarse, y que se entienda  
Que le condena esta ocasion á muerte,  
Que el honor pide que la vida venda  
A trueque de gozar tan buena suerte:  
Yendo así envuelta en su mortal contienda  
Paró á considerar por donde acierte  
A hacer su negocio, y á este punto  
Halló un Christiano Caballero junto.

Conoció luego á la afligida Mora  
El fuerte Don Rodrigo de Marchana,  
Y dixóle, ¿ en qué ansia vas, Señora,  
Es todavía en tu zelosa pena?  
Voy siguiendo el furor que en mi alma mora,  
Le respondió la bélica Agarena,  
Sin proceder, quedándose suspensa,  
Y él de mirar su hermosura inmensa.

Así estuviéron sin poder hablarse  
Un largo espacio, que la Mora bella  
Dexó de su memoria arrebatarse,  
Y traspuesta quedó ocupada en ella:  
Don Rodrigo nó osó determinarse  
A tocalle la mano ni á movella,  
Sino á dexalla, y ella en sí volviendo  
Movió los bellos labios prosiguiendo:

¿ En qual parte del mundo no se cuenta  
La miserable suerte en que me veo?  
¿ A quién se encubre mi dolor y afrenta?

¿Quién no publica el fin de mi deseo?  
 La soledad me pinta y representa  
 Mi daño, y del contrario mio el trofeo,  
 Las plantas, fieras, fuentes, ríos, montañas  
 Dicen el mal que abrasa mis entrañas.

Todos hacen notorio el daño mio,  
 No sé si es de dolor, ó por mostrarme  
 Que escarnecen mi ciego desvario,  
 Si lo fué de mi deudo y Rey fiarme,  
 Y si lo fué, que yo no me desvío  
 De mi culpa, aunque puedo disculparme,  
 Que confié de un Rey con juramento,  
 Dándome mano y fe de casamiento.

Duró en este propósito mostrando  
 Quel falso pecho no encubría otra cosa,  
 Quanto la luna el cielo atravesando  
 Quince veces se vió llena y hermosa:  
 Al cabo desto el padre procurando  
 Apercibir de gente belicosa  
 La costa y bastecella, envió á Zebrino  
 Por ser varon para el efecto digno.

El inhumano Botalhá sabiendo  
 Este viage, sin tener licencia  
 Del padre, una galera apercibiendo  
 Se vino aquí dexando su presencia:  
 Dexóme á mí en mi deseo muriendo,  
 Sujeta al insufrible mal de ausencia,  
 Temiendo mas que la desdicha mia  
 La ira que en el padre conocia.

El qual nunca despues que dél se vino

Carta recibió suya ni recado,  
 Ni mas hablalle consintió á Zebrino,  
 Que hoy vive de Marruecos desterrado:  
 El sol lumbroso haciendo su camino  
 Seis veces cada signo ha visitado,  
 Desde que con ausencia tan injusta  
 De dar la muerte á mi inocencia gusta.

Desto ofendida, y del amor forzada,  
 Y como al fin muger amante y loca,  
 Sin reparar ni sujetarme á nada,  
 Con mal acuerdo y con prudencia poca  
 Con el honor dexé la patria amada  
 Por este, que no sé mover la boca  
 Sino es para llamalle mi enemigo,  
 Y al cielo demandar sobre él castigo.

Vine y hallele, qual teneis noticia,  
 Con la hija del Rey desta rendida  
 Ciudad, que sin lealtad, sin fé y justicia  
 Se la sacó, y se puso en vil huida:  
 Y viendo ahora quel traidor codicia  
 Volver á donde me dexó ofendida,  
 Y llevar por trofeos de la guerra  
 Su muger y la gente desta tierra,

Quiero pues ya ningun remedio humano  
 Puede dar á mi honor camino cierto,  
 No siendo mi marido este Tirano  
 Que al cielo ha sido en su promesa incierto,  
 Que hoy sea con este alfange y esta mano  
 El pecho aleve y sin verdad abierto,  
 Con quel escarnio de mi honor reparo,

Y su traicion y mi justicia aclaro.

He querido esta breve cuenta darte,  
Sin saber á quien hablo ni á quien sigo,  
Si me puedo fiar, si confiarte

Mi secreto dexándote ir conmigo:  
Aunque entiendo, Señor, que obligarte  
Al secreto, tratándole contigo,  
Que entre nobles es ley tan poderosa  
Que ninguna hay mas justa ni forzosa.

Suspendió aquí la voz, dexó la historia  
La hermosa guerrera, levantando  
La vista, á donde envia la memoria  
Justicia de su ofensa demandando:  
Don Rodrigo, á quien era ya notoria  
La ingratitude de Botalhá culpando,  
Y lastimado della, y conmovido  
A dolor, y á piedad le ha respondido:

Bien se, ó Tarfira, tu suceso triste,  
Público en el real de los Christianos,  
Desde que al Rey de Lybia defendiste  
De Muley General de los Paganos:  
De tí noticia y de tu historia diste,  
Todos saben tus males inhumanos,  
Todos la deslealtad y el falso trato  
Que usó contigo tu querido ingrato.

Manifiesto es qual digo el daño tuyo,  
Y así no hay que tratar en él ahora,  
Ni en pensar quel furor por orden suyo  
Te pueda dar satisfaccion Señora:  
De qualquier medio deste modo huyo,

Porque no puede aquí la vengadora  
Espada hacer cosa que convenga,  
Ni que el efecto que imaginas tenga.

Remite el caso, no á tomar venganza  
Con mano propia, porque no es posible,  
Aunque te lo prometa tu esperanza  
Regida de tu ánimo invencible:

Toma aquí por remedio la templanza  
Si quieres reparar tu mal terrible,  
Pon en el justo oído del Rey Santo  
Tu justicia, tu agravio y tu quebranto.

Destá suerte aseguro tu justicia,  
Y la venganza del doblado pecho,  
Aquí no tendrá fuerza la malicia  
De los que tuercen el legal derecho:  
De todo el caso tiene el Rey noticia,  
Sin que te canses en contarle el hecho,  
Dile quien eres, y confía que seas  
Vengada, y satisfecha qual deseas.

Yo estaré allí, sin que de tí me aparte,  
Porque esta causa es propiamente mia,  
Mia debo llamarla, y por mia darte  
Para alcanzar tu intento abierta via:  
Destá promesa puedes confiarte,  
Y en fe della qualquier temor desvia,  
Ponte al efecto, pues á punto estamos  
En que lo veas, y al real llegamos.

Vino Tarfira en el acuerdo dado,  
Y siguiendo al prudente Caballero  
Por el campo de armas rodeado,

Estancia de Belona y Marte fiero:  
Llegan á donde en el sublime estrado  
Viéron al Santo defensor Ibero,  
Cercado de sus ínclitos varones,  
Pestilencia de bárbaras naciones.

Sentado en silla, á la derecha mano  
El fuerte hijo Don Henrique estaba,  
Y á la siniestra el Príncipe Africano,  
A quien la bella Mora procuraba:  
Tarfira paró aquí, y dixo al Christiano,  
¡Ay Señor mio! yo seré tu esclava,  
Solo con que me pongas mi enemigo,  
Donde pueda hablar solo conmigo.

Y esta mano te doy con juramento,  
Como no ofenda al claro honor en ello,  
De hacer quanto fuere tu contento,  
Y hacer quanto pueda yo hacello:  
Sosiega el herboroso pensamiento,  
Y ese furor procura de vencello,  
Que yo Señora mia te acompaño  
(Respondió Don Rodrigo) al bien ó al daño,

Y esa ilustre merced que me prometes,  
Esa grandeza que será ilustrarme,  
Acepto con que solamente aceptes  
Lo que fuere ofenderte y deshonrarme:  
Y el cautiverio en que por mí te metes,  
Queriendo tú por tuyo el yugo echarme  
Me inclino, y juro en esta mano tuya  
Que hoy seas vengada, ó veas la muerte suya.

Esto diciendo, á priesa se apeáron,

Y Tafira indignada y animosa,  
Viendo al que la ofendió, y que la miráron,  
En colera mudó el color de rosa:  
Luego la conoció, como llegóron,  
El Moro que la trae querelosa,  
Y queriendo dexar libre el asiento  
Asió ella dél y dixo, escucha atento:

Escucha, no te muevas, aunque has sido  
Mudable de la fe que al cielo diste,  
Botálhá, ni me cierras hoy tu oído,  
Qual siempre al llanto en mi dolor hiciste:  
Y para confusion deste atrevido  
En el suceso de mi infamia triste,  
A pedirte justicia, ó Rey benigno,  
Rendida á tus reales pies me inclino.

Puso el hermoso rostro con el suelo,  
Besando al Rey los pies humildemente,  
Gimiendo con dolor y desconsuelo,  
Con pensamiento nuevo y diferente:  
Que tocado su espíritu del cielo  
La vuelve al cielo, y con afecto ardiente  
Hecha otra nueva Magdalena mira  
Al Santo Rey, y sin hablar suspira.

Suspendió á todos el suceso extraño  
El valor de la Mora conociendo,  
Y que en venganza de su ofensa y daño,  
Fiera venia mil daños prometiendo:  
Y verla así en un dolor tamaño,  
En tanta confusion llorar gimiendo,  
Ignorando el secreto soberano

Varios acuerdos daba el vulgo vano,  
 Mas el divino Rey quel caso entiende,  
 Inspirado del cielo que lo aspira,  
 Satisfaciendo al vulgo que pretende  
 Entender la mudanza que le admira:  
 Puesto en pié el brazo poderoso tiende,  
 Y tomando la mano de Tarfira  
 La sentó junto á sí, y la vista en ella  
 Al pueblo dice, y á la Mora bella:

Bien podeis celebrar en dulce canto,  
 O guerreros de España, esta victoria,  
 Y estimar su grandeza y gloria en tanto  
 Qual la mas alta y mas insigne en gloria:  
 Aquí la industria, ni el marcial quebranto  
 Obráron, ni hacen clara su memoria,  
 Mas la gracia divina y poderosa,  
 Que la quiere ilustrar y hacer famosa.

Bien se conoce esta merced, bien claro  
 ( O fuerte hija de Ceyni ) se ha visto  
 Que qual á Saulo á darte al alma amparo  
 Te postra en tierra, y toca en ella Christo:  
 Vuelvete á él, y dexa del avaro  
 Apóstata la secta que resisto,  
 La ceguedad desvia de tus ojos,  
 Que Dios te llama á darte altos despojos.

Despide ese turbado encogimiento,  
 Dexa esa suspension, alza la vista,  
 ¿Mira á qué aspiras? ¿dime qué es tu intento?  
 ¿Qué quieres que conceda ó qué resista?  
 No te altere el extraño pensamiento,

Ni te cause pavor la cruel conquista,  
 Que dentro de tu ánimo ahora sientes  
 De estímulos y afectos diferentes.

El suave discurso acabó en esto  
 El Santo defensor de los Christianos,  
 A Tarfira obligando en lo propuesto  
 Diga sus movimientos soberanos:  
 La qual con rostro y con semblante honesto,  
 Juntas las palmas de las bellas manos,  
 Ambas rodillas puestas en el suelo,  
 Dice los ojos levantando al cielo:

O tu, Señor, que de mi ciego engaño  
 Por tu clemencia quieres hoy sacarme,  
 Dando tu amparo á mi dolor extraño,  
 A mi deshonor el premio que ha de honrarme,  
 Pues tú remedio quieres ser al daño,  
 Y de la culpa que nací librarme,  
 Yo te confieso por mi Dios, y adoro  
 Tu ley, y desde hoy tu nombre honoro.

Permite que á esta indigna sierva tuya  
 El divino Bautismo le sea dado  
 Que pide, porque así se restituya  
 Esta alma poseida del pecado:  
 Y libre de la ofensa y maldad suya  
 Entre por esa llaga del costado  
 Que por mi culpa fué, Señor, abierta,  
 Y por ella á tu gloria das la puerta.

No pudo decir mas, y aunque pudiera  
 Fué el alboroto tal, tal el ruido,  
 Tal el rumor, y tal la voz de fuera

Que todo fué en clamores confundido:  
 Que se sosieguen pide el Rey, y espera  
 Del admirable caso suspendido,  
 Ni órden, razon, respeto, mando, ruego  
 Dan al confuso escandalo sosiego.

Con la fama del caso iba creciendo  
 Por todas partes la confusa gente,  
 Unos y otros en alta voz diciendo  
 El milagro y merced tan excelente:  
 Las partes de Tarfira refiriendo,  
 Tenida por tan beila y tan valiente,  
 Venian los unos y los otros dando  
 Gracias del hecho al cielo y á Fernando.

Sin haber órden ni tener remedio  
 Quel confuso tumulto se aplacase,  
 El Rey dexó el asiento, y puesto en medio  
 Por señas demandó que sosegase:  
 Esto sirvió de conveniente medio,  
 Y obligó quel silencio administrase;  
 Quel alboroto se quietase, oyendo  
 A un Moro que Axartaf envió diciendo:

Que ya la gente estaba aderezada  
 Para el viage, y quel siguiente dia  
 La Ciudad dexara desocupada,  
 Dando principio á su afrentosa via:  
 Que su Alteza tuviese aparejada  
 Flota para pasar en Berberia  
 Cien mil Moros rendidos en la guerra,  
 Y otros trescientos mil que han de ir por tierra.

Que á los unos y otros del seguro

Que prometió en el último concierto,  
 Quando las fuerzas le entregó, y el muro  
 Fué sin contrasté libremente abierto:  
 Aquí el mensage congojoso y duro,  
 Concluyó el Moro, y conociendo cierto  
 El Santo defensor que habia acabado,  
 Con voz divina respondió al recado:  
 Vuelve y dile á Axartaf, que de la suerte  
 Que demanda el seguro, y el pasage  
 Que ya le concedí, será, ó la muerte  
 Antes en mí que arriesgue en su viage:  
 Que salga confiado en esta suerte,  
 Sin temor que haya cosa que le ataje,  
 Que venga, que ya todo está aguardando  
 Prevenido, el efecto deseando.

Con esto se fué el Moro mensagero,  
 Y Botalha á prevenir su ida  
 Pidió licencia, y puesto en pié el primero  
 Salió el alma en mil ansias combatida:  
 Y á la que tuvo el corazon de acero,  
 A la que aborreció y jamas fué oida,  
 Ahora la desea, ahora la quiere,  
 Y en esta privacion por ella muere.

Dice entre sí turbado y congojoso,  
 Lleno de confusion y desatino,  
 ; Ay triste ida, ay prémio glorioso,  
 Que para verme en tal afrenta vino!  
 ¿ Qué llevó á Lybia un pueblo temeroso,  
 Una gente á quien sigue Alá divino,  
 Si dexo acá la gloria de mi alma,

Y á los Christianos de mi honor la palma?

No quiera Dios que vea tal deshonra

Quien debe morir ántes que la vea,

¡ Mas ay triste que no estimé mi honra,

Dexando á quien mi alma señorea!

Justamente me olvida y me deshonra,

Justamente huir de mi desea,

¡ Mas ay que no es consuelo entender esto,

Mas confusion para morir mas presto!

Que me aconseja amor en un extremo

En que tanto se extrema en daño mio,

Pues ayer fui de yelo, y hoy me quemó

En el fuego infernal de mi desvío :

Lloro mi mal, y la inocencia temo

De aquella que ofendió mi desvario,

Que andará siempre en la presencia mia

Acusando mi ingrata rebeldía.

Aquejándose el Moro así, y gimiendo

A su estancia llegó, y la noche obscura

Al mismo punto se venia tendiendo

Por el cieo, siguiendo á la luz pura :

Acabóse el concilio apercibiendo

El Rey á todos, lo que hacer procura

En la entrada que va tenia presente,

Y á la ocasion asida de la frente.

Gimiendo y suspirando aderezaban

Los bárbaros los bienes que tenian,

Unos sobre sus hombros los cargaban,

Y con ellos al campo se salian :

Otros en requas, y otros enviaban

Carros, y con clamor se despedian

Los unos de los otros, levantando

La voz al cielo en su favor llamando.

Aquí del hijo el padre se despide,

La madre de la hija allí se aparta,

Y abrazada del nieto al yerno pide

Que se detenga un punto ántes que parta :

Qual á su amigo ruega que no olvide

De encaminar á Rábato su carta,

Y quales en estrecho abrazo asidos

Dan sin hablar sollozos y gemidos.

En ésto estaban todos ocupados

Sin que el cuidado los dexase un punto,

Ni descansasen dél aunque cansados,

Temiendo el dia que tenian ya junto:

Quando Apolo salió de los bordados

Senos de Flora, el aureo carro apunto,

Rompiendo de la obscura noche el velo

Las fieras nieblas desvió del cielo.

Luego el Maestre aderezó su gente,

Y con el orden que del Rey tenia

En campaña se puso diligente

A ser escolta y dar segura via:

Botalha que á su bien se ve presente,

Y su deseo próspero acudia,

Con un baston en la derecha mano

A los que á Lybia van aguarda ufano.

Tocó del alto muro una trompeta

Un Moro, y dió señal á la salida,

Que en la Ciudad á nadie era secreta,



Y llorada de todos y sabida :  
 Altera el ronco son, mueve, inquieta,  
 Y del modo que estaba apercibida  
 Van saliendo, con lágrimas regando  
 Las calles y las casas abrazando.

Sin orden, sin sosiego, ni concierto  
 Apriesa unos tras otros van saliendo,  
 Tristes, confusos, conociendo cierto  
 La dura suerte que les va siguiendo :  
 Viendo el campo de bárbaros cubierto  
 Don Pelayo, su ida apercibiendo,  
 En escolta trescientos mil guardaba,  
 Y con ellos por tierra caminaba.

Cien mil Moros al Príncipe Africano  
 Para pasar en Africa se allegan,  
 Que temerosos del poder Christiano  
 La patria dexan, y la fe le niegan :  
 A todos habla con semblante humano,  
 Y todos como á su Señor se entregan :  
 Manda que apriesa empiecen á embarcarse,  
 Que en esto el tiempo solo ha de ocuparse.

Fué obedecido, y puesto en obra luego,  
 Trayendo ropa y embarcando gente  
 Por una parte y otra sin sosiego,  
 Ni cesar punto en el trabajo ardiente:  
 Botalha, combatido de su fuego,  
 Con la fatiga que en el alma siente  
 El dulce nombre de Tarfira envuelve  
 En un suspiro, y á buscarla vuelve.

Para y dice (ay de mí) ¿ cómo es posible

Que Tarfira me dexé así y me olvide?  
 ¿ Tan cruel ha de serme y tan terrible  
 Que huya al que adoró, y su gracia pide?  
 ¿ Ser puedo yo á Tarfira aborrecible?  
 ¿ De su amor con tal odio me despide?  
 ¿ Qué digo? no es muger quien hace que huya  
 De mí, que así me niega, y la ley suya.

El dolor le impidió la lengua, y puesto  
 En triste suspension, la vista alzando  
 Qual si viera en el ayre el Reyno infesto,  
 Tal quedó mudo Botalha y temblando:  
 Llegó Alguadayra (estando el Moro en esto)  
 Fatigada, y con lágrimas mostrando  
 El sentimiento de la patria amada,  
 La vista en ella dice lastimada:

¡ Ay Sevilla del mundo amparo y gloria,  
 Albergue de Alá santo! en paz te queda,  
 Queda en segura paz, dete victoria  
 El Hado, y vida que á la edad preceda:  
 Vivas sin que se acabe tu memoria,  
 Y el cielo en privilegio te conceda  
 Contraria suerte de la suerte nuestra,  
 Qual en tu largo asedio se nos muestra.

En su tierno discurso procediera  
 La hija de Axartaf, si la dexara  
 La gente que salió de la ribera  
 Pidiéndole que apriesa se embarcara:  
 Botalha, lleno de congoja fiera,  
 Blasfemando del cielo y suerte avara,  
 Se embarca, y dando vela al franco viento,

342 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Con cien mil Moros parte al patrio asiento.

Ya á este punto la Ciudad divina  
Desocupada, el bárbaro lanzado,  
Dar en triunfo la entrada determina  
Al Santo defensor que la ha ganado,  
Que con su invicto ejército camina  
De yedra y sacro lauro coronado:  
Dando esta heroica insignia de victoria  
Fin á su empresa, y á mi Musa gloria.